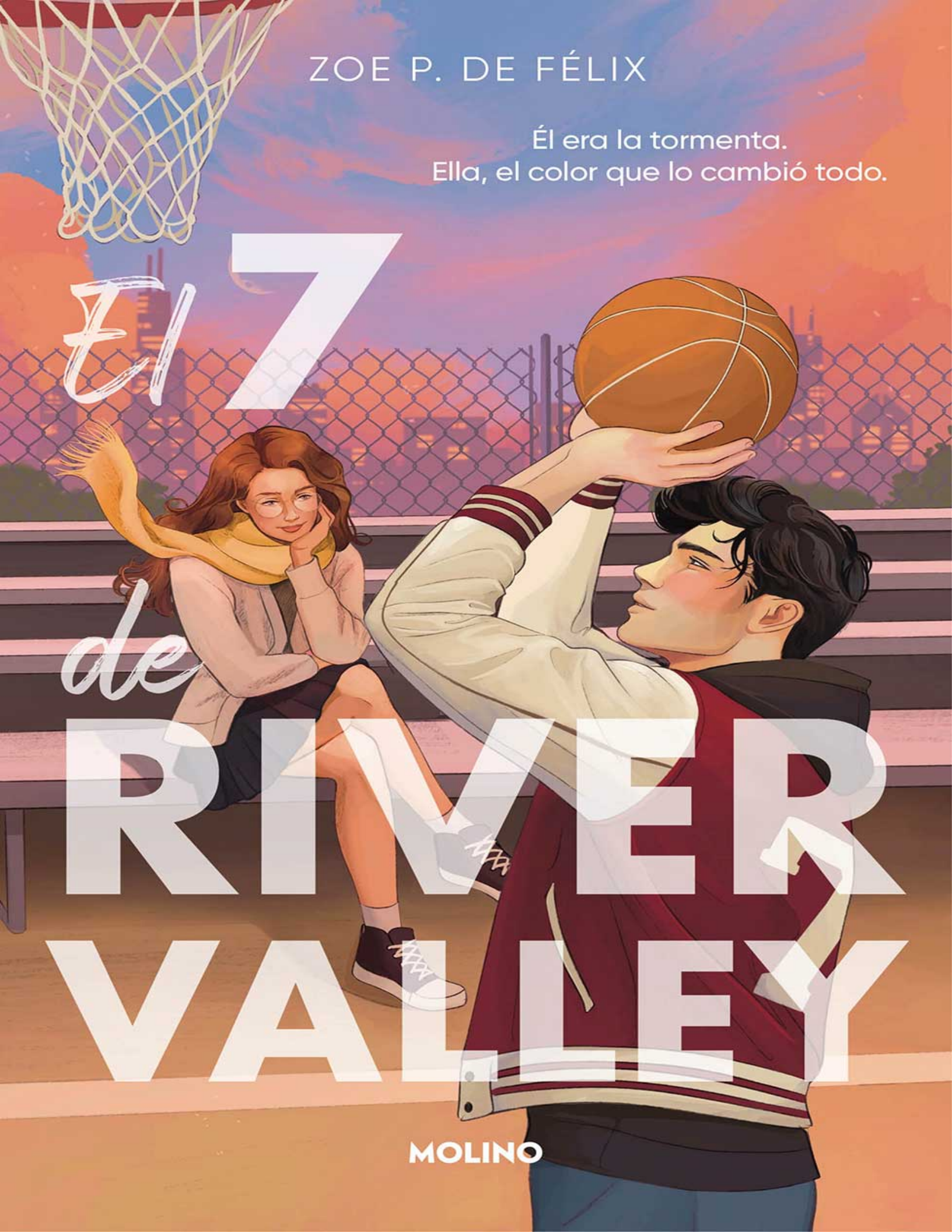
ZOE P. DE FÉLIX

Él era la tormenta.
Ella, el color que lo cambió todo.

El 7 de RIVER VALLEY



MOLINO

ZOE P. DE FÉLIX

El 7 de RIVER VALLEY

MOLINO

Nunca más vuelvas a sentir vergüenza
al llorar por personas que no existen,
siente lástima por quien no puede hacerlo.

No saben lo que se pierden.

PRÓLOGO

Paso más tiempo del que me gustaría observándolo en un silencio incómodo, en el que solo se escuchan nuestras respiraciones, pero es que necesito que hable.

¿Por qué no dice nada? ¿Por qué ni siquiera trata de defenderse? ¿Es que está tan acostumbrado a ser el malo de la película que no va a intentar demostrar que puede que esta vez no lo sea?

—Quiero que me lo digas tú —exijo, con un tono que se aleja bastante de ese con el que suelo dirigirme a él.

Entrecierra los ojos, sin dejar de mirarme, como si tratara de encontrar algo en ellos. Se lleva la mano al pelo, parece desesperado.

—¿Por qué? —suelta con voz ronca, clavando los ojos en mi boca.

—Porque las historias tienen tantas versiones como participantes —suelto, conteniendo el aire en los pulmones—. Él tiene la suya y tú tienes la tuya.

—¿Y quieres escuchar la mía?

—¿Por qué no?

—Porque él ya ha dicho que…

—Todo el mundo merece el beneficio de la duda, Bastian. No sé qué es lo que ha pasado y por eso te estoy preguntando, porque quiero saber qué piensas tú. Cómo te sientes.

Por la forma en la que me mira, podría decir, sin la más mínima duda, que el chico de los ojos azules siempre ha sido el malo en la película de todo el mundo, incluso en la suya propia.

Y quiero descubrir por qué.

PRIMER ACTO

Chica buena vs. ¿chico malo?

1

Bastian



Después de estar casi una hora y media entrenando en el sótano de casa, me cuelo en la ducha y me dejo hacer.

Apoyo las manos contra los azulejos de la pared y permito que el chorro de agua caliente caiga sobre mi nuca. Cierro los ojos, buscando un poco de paz, pero no tarda ni diez segundos en romperse.

Unos golpes fuertes hacen saltar por los aires mi momento de tranquilidad. Aprieto los dientes con fuerza y trato de ignorarlos, pero los golpes no hacen más que incrementarse.

—¡Bastian! Vas a llegar tarde —grita mi tío Luis al otro lado de la puerta.

—Joder —murmullo entre dientes, cerrando el grifo y pasándome las manos por la mata de pelo mojada para apartarla de mi cara—. ¡Lo tengo todo controlado!

—Sí…, ya veo —responde con su habitual tonito que me saca de quicio.

—¿No tienes que atender a un crío de nueve años antes que a

mí?

Cuando salgo de la ducha y me enrollo una toalla a la cintura, escucho su risita en el pasillo.

—Tengo dos niños a los que criar, por eso estoy aquí.

No me lo puedo creer.

Abro la puerta de golpe, con la rabia bullendo por todo mi ser.

Ahí está mi tío, con su habitual sonrisa vacilona, su pelo corto y sus ojos marrones sobre mí. Lo escudriño sin dejar de agarrar el pomo.

—¿Qué? —gruño.

—Vístete, anda.

Me mira de pies a cabeza y se detiene en mi torso desnudo. Sé perfectamente que está observando el tatuaje que tengo sobre el pectoral izquierdo, el cual simula el hueco de un corazón. Como si me lo hubieran arrancado y parte de mi pecho se hubiera quedado resquebrajado.

Sonrío de medio lado, porque, el día que lo vio, se llevó las manos a la cabeza, pero no iba a parar. Ese tatuaje abrió la veda para todos los que me hice después.

—¿Sabes? Había pensado ir así al instituto —respondo en un tono vacilón, chasqueando la lengua—. Me apuesto lo que quieras a que a muchas les gustaría.

—Seguramente les encantará verte aparecer con una hipotermia.

Fuerzo una sonrisa tensa, molesto porque mi tío suele tener el mismo humor ácido y punzante que yo.

Quizá por eso choco mucho más con él que con mi otro tío Don. Ese hombre es la bondad personificada.

Suspiro ligeramente irritado porque quiero que se vaya y me deje tranquilo. ¿Qué parte de «no me hables por la mañana» no ha quedado clara en los casi diez años que llevo viviendo con ellos?

—¿Algo más?

Alza la cabeza y fija la mirada en mi pelo. Nuestra diferencia de altura es casi cómica.

—Péinate. Hazme el favor.

Y se marcha sin darme opción a réplica.

Cierro la puerta del baño con todas mis fuerzas, tratando de descargar parte de mi enfado, y atravieso el pasillo para ir a mi habitación, pero el cacique de mi primo pequeño pasa corriendo sin mirar. Me paro en seco para no chocarme con él.

—¡Chapi! —grito, y me agarro la toalla a la cintura para que no se me caiga y me quede en pelotas—. ¡Ve con más cuidado!

Mi primo pequeño frena en seco y me sonríe enseñándome todos los dientes, o al menos los que le quedan, porque ya se le han caído unos cuantos. Está graciosísimo sin una de las paletas.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

—¡A abrir la puerta! —vocifera con fuerza, y echa a correr escaleras abajo.

Niego con la cabeza, revolviéndome el pelo para que deje de estar pegado como si hubiera recibido un lametón, y cierro la puerta de mi cuarto una vez que entro.

Justo cuando me estoy terminando de subir los pantalones, la puerta de mi habitación se abre de golpe y me giro como un resorte.

—¿Dónde está mi chico favorito de esta casa?

Mi mejor amigo entra en tromba, con los brazos extendidos y una sonrisa radiante. Pongo los ojos en blanco y termino de abrocharme el botón.

—¿Y tu puta educación? —protesto, frunciendo el ceño—. Por un minuto no me pillas en pelotas.

Connor levanta las cejas sin dejar de sonreír; sus dientes blancos contrastan con su piel oscura.

—¿Me estás queriendo decir algo, Wolf?

Pongo los ojos en blanco una vez más y le doy la espalda para coger la camiseta y enfundarme en ella.

—¡Pírate! Eso es lo que te quiero decir.

—Pero si acabo de llegar. —Su tono burlón me desespera porque Connor siempre está bromeando.

Lo fulmino con la mirada cuando termino de ponerme la camiseta y acto seguido me coloco la sudadera sin capucha de color gris.

—¿Y quién te ha invitado?

Enarco las cejas a la espera de una de sus respuestas rápidas, porque el tío es capaz de salir de cualquier situación con una contestación que no esperas.

Y, encima, con humor.

—¿Desde cuándo necesito invitación? Con una vez vale.

—Y esa vez de la que hablas ¿en qué momento ha sido? No la recuerdo.

—Hace más de diez años, animal. —Me guiña un ojo.

Niego con la cabeza tratando de ocultar una sonrisa.

—Eso no vale como invitación para toda una vida, Connor. Teníamos…

—Seis años, lumbreras —responde antes de que yo pueda decir nada.

Sacudo la cabeza y decido dejar el tema. Connor lleva entrando en esta casa como si fuera la suya desde que nos conocimos un verano cuando éramos unos enanos, antes de que me mudara aquí de forma permanente.

No tiene sentido llevarle la contraria, en el fondo tiene razón.

—Mentira —niego con rotundidad.

—Venga, anda. —Me da un codazo suave—. ¿Cuándo vas a

asumir que tu familia me adora?

Entrecierro los ojos pensando qué responder a eso, pero mi atención se desvía a su cuerpo desgarbado, su sudadera ancha y los pantalones caídos. No se me pasan por alto las ojeras que cuelgan de sus ojos, ni lo mucho que se le marcan los pómulos.

—Oye, ¿cómo estás? —suavizo el tono.

Se encoge de hombros sin dejar de sonreír.

—Bien.

—Connor…

Echa el aire y aparta la mirada a las playeras desgastadas.

—Estoy bien, ¿vale? —Me mira—. Estaré bien.

Aprieto los dientes porque sé que nunca me va a pedir ayuda, ni aunque la necesite de forma desesperada.

Connor es experto en ocultar su dolor y parte de su armadura es el carácter que tiene: cálido, cercano y vacilón.

Es como un rayo de luz. Aunque nunca se lo haya dicho.

Carraspeo y no insisto más. En todos los años que llevamos siendo amigos, vecinos y compañeros de equipo, hemos establecido un código de respeto según el cual ninguno nos presionamos para contarnos nuestras mierdas, aun sabiendo que las hay.

Simplemente estamos el uno para el otro, de una forma distinta.

—Vamos, venga. —Corto la conversación, agarrando la mochila —. El infierno nos espera.

Cuando bajamos las escaleras, mis tíos están terminando de adecentar a mi primo, Charlie. Casi todos lo llamamos Chapi. De pequeño no sabía decir su nombre y se llamaba a sí mismo de esa forma. Y todos sabemos lo que pasa con este tipo de cosas, que te quedas con ello.

Me quedo observándolos un momento. Mis tíos siempre me parecerán una pareja de lo más curiosa, muy distintos pero que se

complementan a la perfección.

—Nosotros nos vamos —carraspeo antes de plantarme frente a ellos.

Don me observa con sus ojos azules, a través de sus pequeñas gafitas. Cuando se pone nervioso, a veces tartamudea al hablar.

—¿Estás seguro de que no necesitas el coche?

—Llévatelo tú, no hay problema.

Me dedica una sonrisa amplia que hace sus mejillas aún más graciosas y rechonchas.

—¿A qué hora vienes hoy? —pregunta Luis.

Suspiro con pesadez, apretándome con dos dedos el puente de la nariz.

—Tarde, como siempre.

—Pensaba que, ahora que se acaba la temporada, igual…

—Quedan unos meses todavía —espeto cortante.

Aprieta los labios y aparta la mirada, como si no supiera qué más decir o hacer conmigo.

A veces me sorprendo a mí mismo deseando que, al igual que hacen con mi primo, me den una palmada en el hombro y me deseen un buen día, pero yo no soy Chapi.

Yo no tengo nada bueno que ofrecerles.

Las bestias como tú no merecen más que palos.

—¿Vais a ganar?

La voz de mi primo me hace agachar la cabeza para mirarlo, y parte de mi malestar se disuelve; él es el único que consigue hacer que no me ahogue en mi mierda.

—Claro que sí. —Le revuelvo el matojo de pelo rubio al tiempo que le dedico una media sonrisa—. Pórtate bien, ¿vale? —Arqueo las cejas y él asiente—. Luego nos vemos.

Le hago un gesto cómplice y centro mi atención en Connor, que

nos observa con un evidente brillo en los ojos.

—Vamos —exijo en voz baja y salgo por la puerta.

—Hasta luego, familia.

«Familia». Esa palabra suele ser como una astilla que no ves, pero que sabes que está ahí. Un dolor constante y lacerante que te recuerda todos los días que hay algo que no está bien y que deberías arreglar.

Y para mí, es el vivo recordatorio de que yo perdí a la mía porque no la merecía. Por animal. Por bestia.

Por eso terminé viviendo con mis tíos con tan solo ocho años, y no he vuelto a saber nada de mis padres, excepto alguna llamada puntual una vez al año, en mi cumpleaños. Y ni tan siquiera todos.

Me ajusto la chaqueta al sentir el frío calándome los huesos.

Suspiro, y de mi boca se escapa un vaho denso que se pierde en el ambiente. Los restos de nieve se extienden por nuestro barrio como un manto blanco que decora tejados y jardines. Hace un par de días que cayó una tormenta que lo tiñó todo de blanco, y los restos persistirán una semana como mínimo.

La calidez siempre tarda en llegar a Chicago.

—Oye, espera. —Connor me alcanza de dos zancadas—. Todavía quedan diez minutos para que llegue el bus.

—Ya —refunfuño frustrado, porque detesto ir en autobús. Desde que tengo carné, creo que lo he pisado dos o tres veces.

Odio depender de otros para poder seguir mi vida. Con el coche voy y vengo adonde me da la gana, cuando yo quiero.

«Pero tu tío lo necesita», me recuerdo.

Avanzo por la acera y miro a ambos lados cuando cruzo al otro lado para sentarme en la parada del bus. Tiro la mochila al suelo y me dejo caer sobre el banco.

Connor me da un codazo suave y lo miro.

—Aquí llega tu carroza, princesa —suelta con sorna.

2

Bee



Abro los ojos y casi me caigo de la cama al ver la hora en mi despertador. «Las 7.15».

—¡Ay, Dios! —exclamo, levantándome de golpe y con el corazón en la boca del estómago. ¡Bloom! Ahogo un grito al tropezarme con mis propios pies para no pisar a mi conejita de orejas caídas—. Casi te espachurro. Por Dios.

Después de darme la ducha más rápida de mi vida, y con la toalla mal puesta alrededor de mi cuerpo, avanzo hacia la silla donde anoche dejé mi ropa preparada, algo sencillo: vaqueros y jersey de cuello alto marrón. Es en momentos como este en los que agradezco ser tan odiosamente organizada.

Me hago una coleta rápida peinándome con los dedos para no perder mis ondas naturales. Me pongo las gafas porque sin ellas soy un auténtico topo y voy directa a la cocina para coger algo de comer.

Lo que sea.

Camino sobre la moqueta y, por el silencio que se respira en

casa, mi padre quizá esté durmiendo, aunque lo más probable es que no se haya acostado todavía. Está demasiado obsesionado con su trabajo.

Con la luz residual que entra por las ventanas, avanzo hasta colocarme frente a los armarios superiores de la cocina. Me pongo de puntillas para coger el paquete de pan y, cuando me doy la vuelta, casi se me cae de las manos.

—Qué susto me has dado, papá.

Me observa desde el umbral de la puerta, con el pijama arrugado mientras se frota los ojos con fuerza.

—¿Todo bien? —pregunta a la vez que bosteza.

Le dedico una sonrisa tensa y con la boca llena respondo:

—Me voy, que no llego.

Paso por su lado con la esperanza de que me frene para darme un beso en la frente o algo. Pero no lo hace. Nunca lo ha hecho.

—¿Vienes luego a comer? —pregunta, ocupando el lugar en el que estaba yo hace un segundo.

—Papá…, siempre como en el instituto.

—Es verdad, hija. —Niega con la cabeza—. No sé dónde tengo la cabeza últimamente.

Alzo las cejas.

—¿Últimamente?

—¿Has quedado con Jazmín? —Ignora mi comentario.

Le digo que no con un gesto porque, aunque todas las mañanas vamos juntas al instituto, hoy no es ese día. Con suerte podré coger el autobús que pasa por mi casa, y, si no, no me quedará otra que pillar el tren y rezar para llegar a tiempo a clase.

¿He dicho ya que odio llegar tarde?

—Papá. No llego. Me voy.

Y salgo corriendo de casa sin quedarme a escuchar lo que sea

que tenga que decirme. Bajo corriendo las escaleras de mi edificio y miro a ambos lados cuando planto los pies en la acera, que todavía tiene restos de nieve.

Avanzo deprisa a través de la avenida llena de arbolitos sin hojas, pero es cuestión de semanas que se llenen de flores y hojas.

Rezo a todo lo que conozco para que el bus no haya…

No. No. No. No.

El autobús amarillo está al fondo de la calle, recogiendo a un par de adolescentes, y entonces hago otra de las cosas que más odio en el mundo: correr.

Con la mochila resbalándose por mi hombro, tratando de no pisar ningún trozo de hielo y partirme la crisma, con las gafas deslizándose por mi nariz y medio asfixiada, suplico en voz baja para que el autobús no arranque y me dejé ahí plantada con cara de tonta.

—Por favor…, no te vayas… —jadeo en voz baja sin dejar de correr.

Las puertas se cierran y pierdo toda la esperanza de llegar, pero, aun así, no paro de correr, porque detenerme solo incrementaría mis posibilidades de llegar tarde a clase, y de verdad que me niego.

No soportaría tener que entrar cuando todo el mundo está sentado y atendiendo al profesor. Ni muerta.

Me planto frente a las puertas cerradas y las golpeo con fuerza, con el corazón en la garganta y toda mi vergüenza en el asfalto.

Y de la dignidad ya ni hablamos.

Me fijo en el conductor y canto victoria en voz baja.

Es el majo.

Su gesto de lástima y el sonido de las puertas abriéndose terminan de calmar mi corazón.

Subo las escalerillas todavía jadeando.

—Gracias por abrirme, Toni.

—Anda, venga. —Mueve la cabeza y me sonríe centrando la vista en la carretera—. Siéntate.

Observo el interior del autobús, y es entonces cuando todo el alivio que sentía hace aproximadamente dos segundos se evapora y es sustituido por un ardor insoportable en las mejillas al ver que todos están mirándome.

Igual no habría sido tan mala idea lo de perder el bus.

Sé que debería estar más acostumbrada a que me miren, al final, nuestro día a día se basa en eso, ¿no? Siempre hay alguien mirando, observando y juzgando lo que hacemos. Forma parte de nuestra realidad. Pero no logro acostumbrarme, porque me da la sensación de que solo me observan con detenimiento cuando hago algo que se sale de lo socialmente estipulado.

Vamos, cuando hago el ridículo.

Avanzo por el pasillo tratando de esquivar algún pie que sobresale y, sobre todo, las tiras de las mochilas, porque no sería la primera vez que cuelo el pie en una de ellas y me caigo de bruces.

Todo parece volver a la normalidad y la gente sigue con sus conversaciones. Eso significa que vuelvo a ser invisible. Porque no soy del grupo de las populares ni destaco por mi belleza explosiva.

No soy el tipo de chica por la que el interés amoroso haría arder el mundo entero. Más bien soy esa con la que se cruzaría sin darse apenas cuenta.

Busco un asiento libre sin levantar los ojos del suelo para que no conecten con nadie.

—¡Bee!

Alzo la cabeza al escuchar la voz de una de mis mejores amigas, y siento alivio y vergüenza a partes iguales: alivio porque ella es mi salvación en ese autobús, y vergüenza porque su grito me pone en

el punto de mira.

Otra vez.

Levanta la mano para que la vea, como si su larguísima y voluminosa melena de color rojo vino no llamara la atención entre los demás. Sonrío sin apartar mis ojos de los suyos, que me miran vivos y redondos. Son increíblemente azules.

Me agarro al reposacabezas de mi asiento para no perder el equilibro y, sin desearlo, mis ojos chocan con los del chico que está sentado justo detrás de mí.

Tiene los iris más azules que he visto nunca, pero no ese azul intenso como el de mi amiga, sino un azul hielo casi blanco que congela. Su expresión de desagrado tampoco ayuda en absoluto a suavizar la dureza de sus ojos.

—No te esperaba —dice mi amiga con una sonrisa gigantesca.

—Ni yo. —Ahogo un quejido cuando me dejo caer en el asiento —. Empieza bien la mañana…

Apoyo la cabeza en el respaldo y me quedo observando el techo tratando de recuperar el aliento y las ganas de vivir.

—¿Qué ha pasado?

Giro la cabeza sin despegarla del asiento.

—Me he dormido.

Adriel alza las cejas, sorprendida, y yo sonrío con suavidad.

—¿Beatrice Holder durmiéndose? —suelta en un tono de lo más cómico—. No me lo puedo creer. ¡Esto es inaudito!

Me rio con demasiada fuerza y niego con la cabeza.

—Anoche me acosté un poco tarde…

—Ah. Claro —asiente como si todo empezara a cobrar sentido. Entrecierra los ojos y sonríe con malicia—. Uno de tus machos sexis te ha tenido toda la noche en vela, ¿no?

Echo un vistazo rápido a mi alrededor porque ese comentario,

sin un contexto previo, puede parecer algo que no es. Y no, ningún hombre me tiene en vela por las noches. Al menos ninguno de carne y hueso.

Mi realidad no es otra que enamorarme de personas que no existen.

Asiento con la cabeza.

—¿Lo conozco?

A ojos de cualquiera puede parecer que Adri es una lectora voraz igual que yo, pero creo que jamás ha podido terminarse un libro. Supongo que su caos mental se lo impide, y es que mi amiga tiene la capacidad de hacer diez cosas a la vez mientras piensa en otras veinte distintas.

Pero me conformo con que me pregunte sobre los libros que leo y me preste atención como si fuera lo más interesante que va a escuchar jamás.

Y la quiero mucho por eso.

—No. Es un libro que empecé anoche y me atrapó de una manera que…

—¿Por la trama? ¿Está interesante?

—Bueno, se podría decir que la trama tiene el pelo rubio y los ojos verdes.

Adriel se ríe con todo, sin disimular, sin sentir vergüenza, y hace que yo también me ría.

—¿Podéis callaros?

Una voz grave y rasposa me cierra la boca de golpe y me quedo rígida en mi sitio. Busco a Adri con los ojos, pero ella ya está observando al dueño de la voz.

Giro la cabeza y me encuentro con unas manos grandes que aprietan el respaldo de mi asiento. Alzo los ojos para mirarlo.

Su pelo negro cae desordenado por su frente rozando las cejas

oscuras y fruncidas. Tiene la nariz recta y la mandíbula marcada. Sus labios están en tensión.

—Ay, perdón —dice Adri con una sonrisa, y se queda ligeramente congelada cuando se da cuenta de algo—. ¿Bastian?

El chico alza las cejas como esperando que mi amiga siga hablando.

—¿Qué pasa? —dice él sin cambiar su expresión de fastidio.

—No, nada. Que creo que nunca habíamos hablado.

Él se encoge de hombros.

—¿Y por qué deberíamos hacerlo?

Odio los enfrentamientos. Y no tienen por qué ser violentos ni mucho menos, pero a mí ya me lo resultan si implican decirle a alguien que no se está comportando bien, que no haga algo que te está molestando… No suelo enfrentarme, cojo y me marcho. Me resulta más fácil y llevadero.

Pero, al igual que le pasaba a mi madre conmigo, a mí me ocurre con mis amigas. Cuando dañan a la gente que me importa, me sale una vena protectora que barre toda mi vergüenza y compostura, y me lanza al vacío para defender a los míos.

Hincho el pecho de aire y, después de ver la carita que se le ha quedado a Adri, me dirijo al tal Bastian, que de educación parece saber bastante poco.

—Oye —le hablo a él, más nerviosa de lo que me gustaría—. No creo que haga falta decir las cosas así…

Clava sus ojos en mí.

—No he dicho nada malo. No os conozco; no tengo por qué hablar con vosotras.

—Se llama educación. ¿En tu casa no te han enseñado lo que es eso?

Su gesto cambia, y la mandíbula que antes se le marcaba ahora

destaca el doble. No se me pasa por alto cómo aprieta las manos contra el respaldo de mi asiento.

—¿Y a ti no te han enseñado a no vestirte como una abuela? —responde, haciéndome un repaso hasta lo que le alcanza la vista.

Mis mejillas arden de inmediato y mi pecho se hincha de rabia. ¿Me acaba de llamar abuela?

Abro la boca para responder, pero su amigo le pasa el brazo alrededor del cuello y rompe nuestro contacto visual.

—Bueno, bueno. Yo creo que es mejor dejar el tema. —Nos dedica una sonrisa—. Mi amigo tiene mal despertar. No se lo tengáis en cuenta.

—Eso no justifica su falta de… —añado con la intención de seguir con el tema. Me molesta mucho que se justifiquen ciertas actitudes que no tienen nada que ver.

—Es una persona altamente complicada.

Bastian fulmina a su amigo con la mirada.

—Yo no soy complicado.

—No. Claro que no —suelta con una ironía que hace reír a Adri —. Solo eres difícil de tratar.

—Tú no, ¿verdad?

—¿Yo? —responde en un tono exagerado—. Yo soy increíblemente fácil de tratar.

—Sí. Y en otros campos también. —La pulla de Bastian parece no causar ningún efecto real en su amigo, que sonríe juguetón.

—Capullo.

—¿Sois así de intensos en la cancha? —pregunta Adri como si estuviera presenciando una obra de teatro.

El chico agradable niega con la cabeza.

—En la cancha somos hombres respetables y serios.

—¿Cancha? —pregunto ligeramente desorientada, porque parece

que Adri sabe quiénes son, pero yo estoy perdida. Bastian me mira con las cejas en alto, como si todo el mundo tuviera que saber quiénes son.

—Son de los Rivers —aclara mi amiga, pero mi cara sigue siendo un poema.

—Baloncesto —contesta el borde de ojos azules con un tono excesivamente mordaz—. ¿Sabes lo que es? ¿O es que solo lees sobre tíos buenorros? ¿Es eso lo único que aparece en tus libros?

Tierra trágame.

Entrecierro los ojos, avergonzada porque haya escuchado nuestra conversación.

—Dudo que sepas lo que aparece en mis libros. O en cualquier libro, de hecho.

—Ah. —Arruga el entrecejo y la soberbia con la que habla no hace más que irritarme—. ¿Y eso por qué?

No solo me ha llamado abuela y ha sido un maleducado, sino que encima se mete con lo que leo sin tener ni idea de nada.

—No creo que tengas la capacidad suficiente para entenderlos.

Me giro y me dejo caer sobre mi asiento sin darle opción a contraatacar.

—Uuuf —bufa el amigo—. Te ha partido, tío.

—En sus mejores sueños.

—Más quisieras —musito entre dientes.

Adri vuelve a su postura inicial y coloca la mano sobre mi pierna.

—Tranquila. Ya sabemos cómo son los deportistas.

—Adri, eso no es excusa.

Ella se encoge de hombros sin saber muy bien qué decir.

—Supongo que no.

Nos quedamos en silencio, hasta que la cabeza del chico de piel oscura se cuela entre el hueco de nuestros asientos.

—Perdón —se disculpa con una sonrisa—. Solo quería preguntaros vuestro nombre.

Mi amiga responde sin pensárselo dos veces.

—Adriel, pero me llaman Adri.

—Yo soy Connor, aunque todo el mundo me llama Arias.

Ambos me miran, esperando que hable.

—Beatrice, pero me llaman Bee.

—Bzzz. —Arias hace el zumbido de una abeja y pongo los ojos en blanco, porque es la misma broma de siempre—. Era coña. Espero que no te moleste.

—En absoluto.

—Cuidado con las abejas, cuando menos te lo esperas, pican.

La voz grave de Bastian me hace tensar la espalda de nuevo y, cuando voy a fulminarlo con la mirada, él ya se ha levantado del asiento y está dirigiéndose a la salida.

—Y él es Bastian —dice Arias en un tono más bajo—. Pero para todos es la Bestia.

3

Bee



River Valley, nuestro instituto, destaca entre los rascacielos altísimos como un referente de la arquitectura neoclásica, de ladrillo rojo, columnas y vidrieras inmensas.

Las escaleras se alzan imponentes hasta la entrada y son el punto de encuentro de casi todos los estudiantes antes, durante y después de las clases.

Es una zona que siempre tiene gente, da igual la hora del día que sea. Llueva o nieve. Haga frío o calor.

Cada escalón tiene asignado su grupito, y es el mismo que para las mesas de la cafetería. Arriba del todo está la élite, compuesta por animadoras y deportistas en general. El grupito con ciertos hábitos tóxicos, o para nada saludables si hablamos de menores de edad, está abajo del todo, medio camuflado por los arbustos que bordean parte de las escaleras para poder fumar. Y en los escalones del medio estamos todos los demás: los de artes, los alternativos, los frikis y cualquier otro grupo social que puedas imaginar.

Entramos al *hall* después de que Arias se despida de nosotras y se quede con sus compañeros de equipo.

—¿No te ha parecido superemocionante que hayamos estado hablando con la estrella de los Rivers y con el base? —pregunta Adri con un brillo en los ojos.

—No me ha parecido muy emocionante, Adri. Si la estrella es Bastian, lo siento, pero es un borde de cuidado.

—Bueno, sí. Supongo que parte del éxito se le habrá subido a la cabeza… Es el mejor del equipo.

—¿Es el capitán?

—No.

—Pero has dicho que es la estrella…

Adri asiente como si fuera lógica pura y resopla cuando ve mi cara de no entender nada.

No me gusta el deporte. Me interesan más otras cosas.

—Son cuestiones diferentes, Bee. Es el mejor, pero no tiene ni de lejos la actitud que se espera de un capitán. Tú misma lo has visto.

—Ya. Puede que tengas razón.

—Siempre la tengo. —Me da un codazo suave que me arranca una sonrisilla.

—Oye, ¿y tú cómo te enteras de todas estas cosas?

Resopla, apartándose el pelo de la cara.

—El periódico del insti lo tiene en el punto de mira muchas veces.

Nos reímos, y miro por encima de la montura de mis gafas el reloj que cuelga encima de secretaría.

—¿No es eso lo que suele ocurrir en tus libros?

Frunzo el ceño y la miro de nuevo.

—¿El qué?

—Ese tipo de encuentros con el chico popular y misterioso.

—A ver… Sí. Pero es distinto.

Y es que, aunque los libros que más me gustan son exactamente así, las protagonistas que se encuentran con el chico borde acostumbran a sentir mariposas, e incluso a través de los ojos de él perciben algo más, algo intenso que las incita a querer saber más.

Lo que yo he experimentado ha sido una incomodidad pegajosa, y eso no se parece en absoluto a lo que leo.

—Adri, es mejor que dejemos a los chicos malos y misteriosos para los libros. —Suspiro—. En la vida real son bastante decepcionantes.

Alzo la mirada de nuevo al reloj y ahora sí que tengo que marcharme a clase.

—Oye. Luego nos vemos, ¿vale?

Adri asiente con los ojos enormes y subo las escaleras que me llevan a la segunda planta.

Asomo la cabeza y aún no hay demasiada gente, por lo que puedo relajarme y sacar mis cosas con tranquilidad.

Abro mi agenda para revisar todas las cosas que tengo que hacer hoy. Admito que tachar cosas me da una paz inexplicable.

Pero, para mi desgracia más absoluta, el silencio se evapora cuando un grupo de adolescentes entra en mogollón.

Bajo la vista para no cruzarme con los ojos de nadie, y espero con una calma fingida a que empiece la clase de una vez.

Y es en ese momento en el que unas manos grandes con las uñas cuadradas se posan con brusquedad sobre mi pupitre haciendo que dé un bote sobre mi asiento.

—Hola, Bella.

Ay, no.

Aprieto los labios cuando veo a Garret Grayson apoyado sobre mi mesa, con el cuerpo inclinado hacia delante y su cara demasiado

cerca de la mía.

Mi reacción natural es echarme hacia atrás hasta que mi espalda choca con el respaldo de la silla.

—Vaya… Hola, Grayson.

Esboza una media sonrisa, de una forma un tanto exagerada, y se toca el pelo castaño.

—Te estaba buscando.

Me ajusto las gafas, forzando una sonrisa.

—¿A mí?

—¿A quién si no? —responde con un tono de voz demasiado exorbitante para un chico de diecisiete años—. A veces eres tan…

Me quedo ojiplática esperando uno de sus comentarios. Esos que él debe de pensar que son ingeniosos, pero a mí, por lo menos, me sientan como una patada en el estómago.

No puedo dejar de mirar la puerta deseando que venga de una vez la profesora.

Líbrame de él, por favor.

—¿Tan qué?

Sonríe aún más, como si la respuesta a su pregunta fuera demasiado obvia, y desvía sus ojos azules por mi pupitre.

Enarca una de sus cejas y agarra mi agenda como si tuviera el derecho de hacerlo solo por ser el capitán del equipo de fútbol. Estiro la mano para alcanzarla, pero es más rápido que yo y se aparta para poder ojearla.

La rabia y la vergüenza se apoderan de mí. Son mis cosas y ni él ni nadie puede cogerlas sin permiso.

—¿Me la puedes devolver? Por favor… —digo con una calma fingida.

Frunce ligeramente el ceño no sin antes echar un vistazo a lo que hay dentro de una forma exagerada. Estirando los brazos y

ladeando la cabeza.

—¿De verdad te apuntas todo lo que tienes que hacer durante el día?

—Sí —respondo sin poder disimular la irritación que me provoca que, encima de fisgonear en mis cosas, se ría de mí. Frunzo el ceño —. ¿Qué pasa?

—Es… raro.

—¿Por qué?

—¿Quién hace eso? Vamos a ver… —Siento su burla como un puñetazo en el ojo.

Hincho el pecho de aire y me incorporo para arrancarle la agenda de las manos.

—Pues yo.

Y para mi grandísima suerte, la profesora Agramonte aparece en el aula y cierra de un portazo. Me pongo rígida al instante.

—Siento el retraso… —Se calla de golpe—. Señor Grayson, ¿qué hace en mi aula?

Él se gira con tranquilidad.

—He venido a ver a una amiga.

La profesora Agramonte alza las cejas y me mira. Lo que me faltaba.

—Las visitas en el descanso —suelta con brusquedad—. Salga de mi clase, por favor.

—¿Seguro? La aviso de que tenerme en su clase le suma puntos.

Aprieto los ojos y rezo para que se calle y se vaya ya.

—¿Y eso por qué?

Se encoge de hombros como si fuera algo obvio.

—Soy el capitán del equipo de fútbol.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Con eso es suficiente.

El murmullo y las risas de mis compañeros acompañan las tonterías que dice Grayson, y eso no hace más que hinchar su enorme ego.

La profesora suspira cansada de sus comentarios.

—Salga de mi clase. Por favor.

—Usted se lo pierde. —Antes de irse, me susurra en voz baja—: Luego nos vemos.

Espero que no.

4

Bastian



No dejo de mirar el reloj que hay en todas y cada una de las aulas en lo alto de la pizarra.

La anticipación me hormiguea en la yema de los dedos. Muevo la pierna de arriba abajo con fuerza y deslizo el bolígrafo entre mis dedos sin parar.

Y aunque debería estar atento, o al menos intentarlo, no soy capaz. La cabeza me va hacia todo lo que tengo que hacer hoy y, sobre todo, espera con un ansía exagerada el momento de ir a entrenar.

El baloncesto es lo único que tengo.

Lo único que me importa, sin contar a Chapi, claro.

¿Tengo un mal día? Entreno.

¿El día ha sido bueno? Entreno.

¿Estoy de mala hostia? Entreno.

Toda mi vida se resume en el baloncesto, pero no por elección propia ni como un don que me ha otorgado la naturaleza, sino porque es la única cosa que consigue hacerme desconectar.

El balón entre mis manos es como un anestésico de una culpa que a veces me ahoga. De esa sensación pegajosa y desagradable que se me aferra a la pared del estómago y no me deja ser ni disfrutar de nada porque tengo la sensación de que destrozo todo lo que toco.

—… La literatura a veces funciona como un espejo para el lector, porque deja de ver al protagonista de la historia y…

Las palabras del profesor resuenan por la clase y, aunque trato de hacerle caso, mi mente se va una vez más.

El bolígrafo se me resbala de los dedos y cae sobre la mesa. Trato de agarrarlo con rapidez para que no caiga al suelo, porque no me pienso levantar.

—¿Todo bien? —susurra Connor a mi lado.

—Maravilloso —respondo en un tono normal, y Connor me manda callar llevándose un dedo a los labios.

—Baja la voz, tío.

Aprieto los labios y vuelvo la vista al frente, ligeramente molesto. No por Connor, sino por mí. Una vez más, para variar. Lo empujo con suavidad.

—¿Tienes miedo de la gran figura de autoridad que nos está dando clase?

Connor ahoga una carcajada cuando observa a nuestro pobre profesor. Parece el típico hombre de buen corazón, frágil, que no sabe alzar la voz para hacerse respetar, y la verdad es que cualquiera de nosotros conseguiría lo que fuera si se enfrenta a él.

—El fondo sur. —El susodicho alza la voz sin dejar de escribir en la pizarra—. Silencio, por favor.

—Sí, mi capitán —digo en alto, haciendo que Connor se lleve la mano a la boca y que parte de nuestros compañeros nos miren. Alzo el mentón cuando una de las animadoras nos fulmina con la mirada

y le lanzo un besito para molestarla.

—Para, tío. Para.

—¿Por qué? —Me deslizo sobre la mesa a su lado y el estuche de mi amigo cae al suelo, haciendo que todo lo que hay en su interior se desparrame formando un ruido de narices.

El señor Roberts se gira con cara de pocos amigos y clava su mirada en nosotros.

Más bien en mí. Como siempre.

Suspira colocándose las gafas.

—Siempre el mismo, señor Wolf. ¿Puede dejar de montar un escándalo?

Frunzo el ceño, molesto porque haya detenido la clase para echarme la bronca como a un niño pequeño. Aprieto los dientes con fuerza e hincho el pecho de aire.

—Ha sido un estuche, no una granada.

—¿Qué ha dicho?

No hay cosa que más me reviente que alguien escuche perfectamente lo que he dicho y quiera que lo repita.

—¿Tiene problemas de audición, profe? —pregunto con chulería, porque odio que traten de ridiculizarme.

—Wolf. No le voy a permitir ese comportamiento en mi clase.

Me encojo de hombros sin apartar la mirada de él.

—No he hecho nada.

—¡Distraer a sus compañeros!

—¿A mis compañeros? —Entrecierro los ojos y me inclino ligeramente—. ¿O a usted?

Eso termina de desestabilizarlo por completo y no puedo evitar sonreír satisfecho cuando se pone rojo de la rabia.

—Es usted un… maleducado.

Suelto una risita suave y me apoyo en la mesa para arrastrar la

silla. Agarro la mochila y me levanto, con los ojos de todos mis compañeros sobre mí.

El profesor me observa entre confundido y horrorizado. Supongo que no le aporta mucho valor como figura de autoridad que uno de sus alumnos se vaya por su cuenta.

—Hasta mañana. —Le guiño un ojo mientras farfulla.

—¡Vuelva aquí ahora…!

Salgo sin prestarle atención, con una sensación desagradable. Pero, entonces, un cuerpo choca contra mi pecho y maldigo mentalmente.

Bajo la vista y me encuentro con la chica de esta mañana.

La del autobús.

Aprieto los dientes. Ella da un paso hacia atrás colocándose las gafas redondas de montura fina que ocupan gran parte de su cara.

—Perdona —dice bajito.

—Perdonada —gruño.

Intento seguir mi camino y ella parece que también, solo que nos movemos en la misma dirección y nos chocamos de nuevo.

—Ay, Dios… —dice ligeramente avergonzada.

Desvío la mirada hacia ella cabreado, porque de forma inconsciente me está impidiendo ir a la cancha cuando es lo único que deseo en esos momentos.

Le hago un barrido para nada disimulado y arrugo un poco el ceño. Efectivamente, parece una señora mayor en el cuerpo de una adolescente.

Levanta la cabeza y se da cuenta de mi descarado escrutinio, pero no dice nada. A mí alguien me mira de esa forma y me falta tiempo para decirle algo.

Parece que mueve los labios para soltar algo, pero, con el follón que hay, no escucho nada. Me inclino hacia ella.

—¿Qué? —alzo la voz.

Da un botecito bastante gracioso cuando se da cuenta de nuestra cercanía.

—Oye. —Hago una pequeña mueca y entrecierro los ojos—. ¿Tan feo soy?

Me mira con una expresión de confusión y desvía la mirada como si la incomodara mirarme de frente.

—Yo no he dicho eso.

—Pero has reaccionado como si lo fuera.

—No es eso. Es que… —carraspea—. No te esperaba tan cerca.

Vuelvo a mi posición inicial para darle más espacio.

—No pienses cosas raras, ¿eh? —Niego con la cabeza—. No eres para nada mi tipo, así que puedes estar tranquila.

Me mira despacio, como si no pudiera creerse lo que he dicho, pero es la verdad. No es mi tipo. Y no es nada malo, ¿o sí?

—¿Qué? —pregunto de nuevo.

—Lo dije en el bus y lo sigo diciendo ahora. Eres un maleducado.

Lanzo una carcajada sonora al aire y me humedezco los labios.

—No, perdona. Soy sincero, que es diferente.

—¿Alguien te ha pedido tu opinión? —se enfrenta, y su coleta se desliza por su hombro—. No, ¿verdad?

—No, pero…

No me da tiempo a responder porque ella sigue hablando, como si le hubieran dado cuerda.

—Hay cosas que no hace falta decir en voz alta…, aunque las pienses.

No grita. No se enfada. No pierde los nervios.

—¿Por qué?

Desvío la mirada confuso y saludo con un gesto de cabeza a uno de los chicos del equipo que pasa por allí.

—Pues…, porque no. —La observo de nuevo y no se me pasa por alto cómo desvía la mirada, hasta que la clava de nuevo en mí y me fijo en su iris marrón con el borde de la pupila verde—. No te he preguntado si soy tu tipo y no es…

La interrumpo con sequedad.

—Porque no lo eres.

Se coloca un mechón de pelo que tiene suelto detrás de la oreja y no se me pasa por alto cómo hincha el pecho de aire.

—Es que no me importa.

Su respuesta me pilla por sorpresa, y no porque le dé igual lo que yo piense o no (que tiene sentido, porque no nos conocemos de nada), sino por decírmelo de frente, sin decorarlo para que no me sienta ofendido, pero con una calma y una calidez que envidio.

—A mí tampoco me importa.

—Pues mira tú qué bien. —Apoya el peso de su pequeño cuerpo sobre una de sus piernas—. A ninguno nos importa lo que diga el otro.

—Eso es —espeto con brusquedad.

Desvía sus ojos detrás de mí y su expresión cambia.

Movido por la curiosidad, giro el cuerpo para ver qué es eso que le ha hecho poner esa cara.

El pasillo está más o menos concurrido y al fondo veo al gilipollas de Grayson que se dirige hacia nosotros. Se me revuelve el estómago. No soporto a ese tío.

Cuando me giro, ella ya está caminando en dirección contraria.

5

Bee



No eres para nada mi tipo.

Su voz me persigue mientras camino por los pasillos para ir a buscar a las chicas y comer juntas antes de las clases extracurriculares.

No es que su comentario me haya herido el orgullo porque soy la primera que sé lo que soy y no me avergüenzo en absoluto, pero creo que hay cosas que no se dicen.

Suspiro aliviada cuando veo a Adri entre la multitud.

Avanzo mientras me espera con los brazos en jarras, su camiseta gráfica de manga corta que lleva encima de una de manga larga y sus vaqueros desgastados.

—Hola, Bee. —Me abraza con efusividad como si llevara mucho sin verme—. ¿Qué tal?

—Ahora bien.

—¿Ahora? —Arruga la nariz y ladea la cabeza, ajustándose la mochila de color lila al hombro—. ¿Qué ha pasado?

Niego con la cabeza porque no me apetece demasiado hablar de ello, y desvío la mirada a mi otra mejor amiga, que está apoyada en las taquillas, observándome con sus ojos de color miel ligeramente entrecerrados y bordeados de unas densas y oscuras pestañas, mientras su larga melena de color negro le cae por los hombros.

El conjunto de todos sus rasgos: nariz grande, boca perfilada y gruesa y mirada salvaje la hacen explosiva. Bien podría ser la protagonista de un libro ambientado en Oriente Medio. O dar vida en una adaptación a Cleopatra o a cualquier diosa egipcia.

Levanta la mirada, expectante, y sé perfectamente lo que está pensando.

«Desembucha. Suéltalo todo», me diría, pero no abre la boca. Se acerca a mí y me agarra la mejilla con ternura.

—¿Qué pasa, Bee? —pregunta con un tono de voz que solo reserva para mí—. ¿A quién hay que pegar? —bromea, y eso me saca una risita.

Niego con la cabeza y me fijo en los pantalones anchos de tiro bajo que cuelgan de sus voluminosas caderas, el jersey fino de un azul eléctrico que deja una ligera franja del vientre al aire y unas playeras anchísimas que apenas se ven por el bajo desgastado de sus pantalones.

Esa chica tiene fuego en las venas, no sabe lo que es el frío.

—Ha sido una mañana horrorosa —resoplo.

En su rostro se dibuja una sonrisa y echa una mirada fugaz a nuestra amiga de pelo rojo.

—Ya me ha dicho Adri que esta mañana se te han pegado las sábanas —bromea—. Bienvenida a mi rutina diaria.

Pongo los ojos en blanco cuando me rodea los hombros con su brazo y empezamos a caminar. Adri va en cabeza, caminando hacia atrás para poder hablar con nosotras.

—No compares —me quejo con una carcajada—. Si por ti fuera, te pasarías la vida durmiendo… A mí me gusta madrugar y desayunar con tiempo.

—Prefiero cinco minutos más de sueño que cualquier otra cosa.

—Con lo maravilloso que es despertarse con tiempo suficiente para poder hacer las cosas con calma.

—Eso tiene un nombre, y se llama «infierno».

Adri se ríe a carcajadas y yo pongo los ojos en blanco, porque, aunque conozco todas y cada una de sus manías, muchas de ellas no casan con mi estilo de vida.

Cada una de nosotras cuatro es distinta a su manera, y en todos estos años creo que hemos encontrado un equilibrio perfecto.

—Yo lo llamaría «paraíso». —La pico un poco.

Jaz pone los ojos en blanco y se humedece los labios.

—¿Din? —pregunto con curiosidad—. ¿Dónde está?

Es automático. Cuando pronuncio su nombre, la cara de mi mejor amiga cambia y sus rasgos ya de por sí duros se dulcifican un poquito. Supongo que esa es la reacción natural de alguien que está enamorado.

—Creo que con Alex. —Se encoge de hombros—. Vendrán ahora, supongo.

Aprieto los labios y trato de no pensar en lo que eso implica: si Din y Alex se unen a nosotras en la comida, la última integrante del grupo, Mils, puede no estar muy de acuerdo.

Y es que nuestra amiga no se lleva demasiado bien con la gente. Es una persona con un carácter un poco difícil de tratar y, aunque sabemos más o menos de qué pie cojea, eso no hace que no tengamos nuestros más y nuestros menos.

Sobre todo, ella y Jaz. Últimamente, sus enfrentamientos son como ver a dos mafias rivales luchando por el control de la ciudad.

—No cambies de tema, listilla, y cuéntanos qué ha pasado, quitando la parte en la que has tenido la suerte de quedarte dormida y me ha tocado venir sola.

En su tono de voz no hay reproche, solo su habitual sarcasmo.

—Oye —gimoteo—. No ha sido culpa mía…

—Ya lo sé, Bee. Era broma. —Se encoge de hombros—. He venido con Din.

Desde que empezamos el instituto, Jaz y yo siempre quedamos a mitad de camino para ir juntas, pero hoy ha sido distinto.

—Desembucha —insiste de nuevo.

—Grayson —confieso al fin.

Su cara de asco es automática cada vez que hablamos del capitán del equipo de fútbol.

—¡No! —El grito de Adri me hace mirarla un poco sorprendida—. Antes de Grayson ha aparecido la Bestia.

—Ah. Es verdad.

—¿Se puede saber qué me estoy perdiendo? —Jaz frunce el ceño, confusa.

Adri se adelanta a cualquier cosa que pueda decir y se para en seco en mitad del pasillo, haciendo que casi choquemos con ella. Con los ojos muy abiertos, empieza a contarle a Jaz lo que nos ha pasado esta mañana en el bus.

Una experiencia para nada emocionante, si te soy sincera, pero no quiero quitarle la ilusión.

—Adri. Camina, porfa —le pido con ternura.

Avanzamos hacia la cafetería, que es enorme, con dos plantas para albergar a todos los alumnos.

Visualizo nuestra mesa, cerquita de las escaleras que suben a la planta superior, donde, obviamente, está la élite, y ninguno de nosotros intenta acceder.

No porque haya un cartel enorme que nos lo prohíba, sino por esas normas sociales entre adolescentes de las que nadie habla, pero que todo el mundo acata. Cuando nos sentamos, una parte de mí espera que cambiemos de tema. Jaz tamborilea sus uñas almendradas sobre la mesa, mientras que Adri, a mi lado, trata de ponerse cómoda.

—Bueno, venga —dice Jaz, ansiosa de chisme, dando golpecitos en la mesa—. Cuenta.

—Me he vuelto a encontrar con Bastian.

Adri me agarra del brazo y giro la cabeza para mirarla.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Qué te ha dicho? ¡Beatrice, esas cosas se dicen en el momento!

—Me lo acabo de encontrar ahora, Adri. Me he chocado con él al salir de clase y…

—Ay, tía. Eso es taaaaaan romántico —me interrumpe con un tono exageradamente dulce y mira a Jaz, olvidándose de que estoy delante—. Es que, imagínatelo: la estrella del equipo coladito por…

La corto en el acto.

—No soy su tipo.

Ambas fruncen el ceño y me miran confusas, como si acabara de decir una locura.

—¿Por qué dices eso, Bee? —La pregunta de Jaz me hace hinchar el pecho de aire—. Eres el prototipo de cualquiera.

Mi largo historial de conquistas lo refleja a la perfección: un total de cero.

Hago una mueca y busco el valor de repetir sus palabras.

—Palabras textuales: «No eres para nada mi tipo».

Observo a mis amigas, que se han quedado planchadas.

Jaz se inclina un poco más hacia mí.

—¿En serio ha dicho eso? —Asiento en silencio—. Menudo

gilipollas. Ni que él fuera el tipo de nadie, no te jode.

—A ver. —Por el tono de Adriel, ya sé perfectamente qué va a decir a continuación—. El chaval está tremendo.

Pongo los ojos en blanco.

—Deja de estar bueno cuando dice esas tonterías. ¿A ti te parece normal? —Jaz se apoya contra el respaldo de la silla, con una indignación evidente—. Llego a estar yo y…

—Ya sabemos lo que habría pasado si llegas a estar tú, y de verdad que no hace falta, Jaz. —Niego con la cabeza.

Se cruza de brazos y entrecierra los párpados.

Adriel, en cambio, me observa ansiosa por saber, pero no hay nada más que sacar de esa desagradable conversación.

—No ha pasado nada más, Adri. Al menos no con él.

El golpe que da Adri sobre la mesa me asusta tanto que doy un bote.

—¿Cómo que «al menos no con él»? ¿Es que hay otros o qué? ¿Tú quieres matarme? ¡Cuenta!

Me sale una risita involuntaria porque la intensidad de Adri a veces me abruma.

—Grayson. Os lo he dicho antes.

—Otro que tal baila… —escupe Jaz—. Ese sí que es un gilipollas.

Adri y yo no podemos evitar soltar una carcajada, porque a Jaz casi todos le parecen idiotas.

—El rey supremo. —Adri levanta su dedo índice para darle más énfasis.

La carcajada de Jaz me hace cosquillas. Me encanta su risa, es rasposa y cálida, como la arena de la playa entre los pies descalzos.

—Hay veces en que me gustaría que me mirara como te mira a ti, pero luego, cuando abre la boca, se me pasa.

—Adri, no te entiendo.

—Que también le parece que está bueno —continua Jaz—. Es eso, ¿no?

Adri asiente y empieza a toquetearse los anillos de plata que lleva en casi todos los dedos.

—Es que, seamos sinceras…, el chico está de muy buen ver; no me podéis decir que no. Y supongo que el hecho de que sea el capitán del equipo de fútbol lo hace aún más… ¿deseable sería la palabra? —Niega con la cabeza y se muerde el labio inferior—. El otro día, en el metro, vi a un chico…

—Aprieta los labios con fuerza y menea la mano porque es expresiva hasta la saciedad—. Menudo hombre. Esos no existen. Bueno, sí existe porque lo vi en el metro, pero entendéis, ¿no?

—Entendemos —contesta Jaz con sequedad—. Pero siento decirte que, si es taaan guapo, seguro que su personalidad no lo es.

—¿Qué dices, Jaz? —La miro por encima de la montura de las gafas—. Esto no es una ciencia exacta.

—Eso de «guapo por dentro y por fuera» solo existe en los libros que lee esta muchacha —suelta, y alza el mentón para señalarme. Noto cómo me arden las mejillas.

—¿Y Din? ¿Estás diciendo que tu novio es feo? —Adri apoya el codo en la mesa y deja caer la barbilla sobre la palma de su mano—. A mí me parece hiperatractivo.

Jazmín arquea una ceja y Adri se pone un poco colorada.

—No quería decir…

—Adri, por favor. Ya lo sé. Si Din te parece guapo, sabes que puedes decirlo. No soy ese tipo de novia. —La palabra «novia» aún le sale con cierta timidez, como si le diera vergüenza o miedo decirla en voz alta—. A mí también me lo parece…

—A ti te parece ¿qué?

La voz y el acento de Din silencian nuestra conversación, y Jaz

se gira para encontrarse con un muchacho delgaducho, de pelo negro desordenado y una sonrisa gigante.

Y la forma en la que él la mira a ella es como aspiro yo a que me miren algún día.

6

Bastian



No sé si me estoy volviendo loco o qué me pasa, pero ahora, en cada sitio al que voy, me encuentro con la chica del autobús. La de gafas.

Y no es que su presencia me moleste, porque para molestarme debería importarme. Pero es incómodo.

Seguro que lleva los mismos años que yo viniendo a este instituto y no ha sido hasta ahora, hasta esta misma mañana para ser exactos, que la veo.

Por ejemplo, ahora mismo está enfrascada en una conversación con sus amigas y ni siquiera me ve cuando paso cerca de su mesa para subir por las escaleras de la cafetería.

—¿Las has visto? —suelta Connor mientras ascendemos.

Claro que la he visto.

—No —miento.

—Estaban en la mesa de…

Me giro con brusquedad para mirarlo.

—Me la suda, Connor. ¿Qué te pasa, tío? —gruño mientras

agarro la silla para sentarme—. ¿Desde cuándo te interesan?

Se encoge de hombros.

—Me han caído bien. Son majas.

—Majas —repito.

Cuando trato de buscar un adjetivo para una mujer que despierta un mínimo de mi interés, no suele ser «maja», pero eso es algo que tampoco voy a discutir con él. Connor ve las cosas de forma diferente. A él le gusta hablar con la gente (y sobre todo con las chicas), le encanta esa fase de conocerse, hablar y contarse su vida.

Yo pienso en lo que conlleva contar mi vida y en todo lo que me ha traído hasta aquí, y me echa para atrás.

No me apetece contarle mi pasado a nadie, y menos a una chica que seguramente sea una presencia breve en mi vida.

—Entonces, ¿qué? —Me da un codazo juguetón y eso hace que lo haga añicos con la mirada.

—¿Qué?

—La fiesta. —Extiende las dos manos para enfatizar el mensaje.

Intento que no se me note en la cara que no quiero ir. Sé que es algo que le hace mucha ilusión, porque, después de mucho tiempo, sus padres están fuera y eso le da libertad total, no solo para montar un fiestón, sino para sentir que la situación que tiene en casa le da un poco de tregua.

No tiene una vida fácil y, aunque llevamos muchos años siendo amigos, creo que solo hemos hablado del tema unas cuantas veces, y parte de ellas fueron por una causa de fuerza mayor.

Entiendo que no quiera exponer su situación al igual que yo no expongo la mía, y que tampoco se atreva a pedirme ayuda.

Yo podría prestársela para cualquier cosa que me pida.

Me golpea el hombro y lo miro.

—Venga, anda. No te hagas el duro.

Suelto una carcajada.

—Parece que no conozcas a tu padre cuando se enfada…

Connor niega con rotundidad ignorando mi advertencia. En realidad, me la suda si quiere hacer una o veinte fiestas, pero ambos sabemos cómo es su padre y la forma de castigar a su hijo, por mucho que Connor haga como que no pasa nada.

Desventajas de ser su vecino y escuchar los gritos desde la ventana de mi habitación.

—No va a pasar nada.

—¿No? Venga, tío. Las fiestas son un hervidero de…

—¿Gente borracha?

—Iba a decir «gilipollas», pero sí.

—Tranquilo, ¿vale? No voy a invitar a mucha gente. Vamos a ser unos pocos. Así, en confianza.

Sacudo la cabeza y me toqueteo las manos.

Ambos sabemos que no va a ser una fiesta pequeña. En cuanto se corra la voz, todo el mundo se va a presentar en su casa, y, como se entere su padre…, puede darse por muerto.

—¿Cómo llevas el examen?

Su expresión cambia y sé que le estoy cortando el rollo porque, al igual que yo, tiene que mejorar sus notas si quiere acceder a una beca deportiva para ir a la universidad.

—Lo llevo.

—No te he visto estudiar ni un día.

Bufa recostándose en el respaldo de la silla y se frota la cara con las manos.

—Tú tampoco estás demasiado implicado.

—No estamos hablando de mí.

—Estamos hablando de mi fiesta. No de mis estudios, así que no

cambies de tema. —Baja un poco el tono—. Oye, Bastian. Lo necesito, ¿vale?

Aprieto los dientes y desvío la mirada por encima del hombro de mi mejor amigo cuando veo al resto de los chicos del equipo subir. Me enderezo sobre la silla.

—Me gustaría que vinieras.

Justo lo que no quería que me dijera.

—¿Qué hay, chavales?

Uno de nuestros compañeros corta nuestra conversación y decido que es buen momento para ir a por la comida.

7

Bee



Las chicas y yo avanzamos por los pasillos para ir a las últimas clases del día.

—Oye, ¿sabéis algo de Mils? —pregunto distraída.

—Estará en el laboratorio. —Jaz se encoge de hombros—. Supongo.

—O en el restaurante —añade Adri, sacando un montón de papeles de su mochila sin dejar de caminar.

Nuestra amiga siempre ha sido la que va y viene. Tiene una vida tan ajetreada que, aunque vayamos al mismo instituto, no la vemos todos los días. Cuando no está estudiando, tiene que ayudar a sus padres en el restaurante familiar o, directamente, no le apetece ver a nadie y se aísla.

Pero estas últimas semanas ha estado más rara y distante de lo habitual.

—Esperad.

Adri se desvía y va al tablón de anuncios que hay en la entrada.

Un corcho enorme con un montón de papelitos y anuncios de todo tipo.

Se coloca de puntillas y arranca el cartel del club de teatro que anuncia el musical de este año. Me lo tiende mientras cuelga uno nuevo que es prácticamente igual.

Leo el cartel arrugado y pintarrajeado que tengo entre las manos y me muerdo el labio inferior porque me habría encantado presentarme a la audición para ser Bella.

RIVER VALLEY PRESENTA

Bella y Bestia

ESTRENO
viernes 15 de abril, a las 19.00 h, en el auditorio

¿Quieres formar parte del elenco?

Audiciones: del 1 al 3 de febrero,
a las 15.30 h, en el auditorio (planta baja)

¿Quieres ayudar detrás de las bambalinas?

Reunión informativa: 15 de febrero, 15.00 h (aula 063)

ORGANIZA
el Club de Teatro y el Dept. de Artes Escénicas

Pero ni me apunté ni me presenté. Fui una cobarde, y hay días en los que no dejo de preguntarme qué pasaría si tuviese el valor de luchar por lo que quiero.

Mi madre siempre decía que el «y si» hace bastante más daño que un «lo hice».

Un fogonazo de nostalgia me inunda los pulmones al pensar en ella, porque es en momentos como este, cuando siento que todo flaquea, cuando más falta me hace. La echo de menos todos y cada uno de los días, pero supongo que, cuando peor estoy, es cuando más falta me hace.

Aprieto el papel entre las manos porque sé perfectamente lo que me hubiera dicho cuando se me pasó por la cabeza presentarme y lo que me diría ahora mismo.

—Oye, Adri. —Carraspeo porque la voz se me ha roto un poquito al acordarme de mi madre—. ¿Todavía hay plazas?

Se gira a toda velocidad, con los ojos abiertos como platos.

—¡Sí, claro! Por eso estoy cambiando el cartel. —Lo señala con el dedo, ligeramente distraída—. Es horrible. No se ha apuntado nadie para el *backstage*…

Aprieto los labios y no puedo evitar sentir cierta lástima por ella y la forma tan intensa que tiene de volcarse en esto y en cualquier cosa que se propone.

—¿Podría apuntarme? Para ayudar y eso.

Me agarra de las manos con ímpetu.

—¿Lo dices en serio?

—Claro.

—Eres la mejor, Bee. —Me abraza y eso me hace soltar una risa nerviosa—. De verdad. Todas las manos son pocas. —Se separa de mí y me analiza—. Oye, no te estarás ofreciendo por pena, ¿verdad?

—Claro que no. —Niego con la cabeza—. Me apunto porque me apetece ayudar.

«Y porque siento lástima de mí misma», podría añadir, pero me callo.

—Jaz, ya sabes que, si quieres, tus preciosas manitas también me vienen bien.

Jaz niega con la cabeza.

—Ahora mismo me es imposible, Adri. Estoy ayudando a Din con el idioma e intento echar un cable a mi padre con el local.

—No te preocupes. —Adri niega con una sonrisa—. Ya sé que estás liada.

—Si puedo escaparme algún rato, me uno.

—Genial.

Me he pasado toda la vida estudiando para acceder a una buena universidad y poder formarme como maestra, porque era lo que quería hacer desde que tengo memoria, pero ahora no me resulta nada atractivo.

Pienso en la universidad y me agobio. Y esa sensación solo me hace replantearme aún más si realmente era un sueño o algo que estaba establecido y ya está.

Pensar en mi futuro me asusta, cosa que el año pasado no. Es como si, de repente, todo lo que tenía pensado y planificado se estuviera desmoronando y no pudiera hacer nada al respecto.

—No veo el momento de salir de aquí —suspira mi mejor amiga —. Estoy deseando ir a estudiar lo que me gusta de verdad.

El sueño de Jaz siempre ha sido la moda. Quiere cambiar el concepto, romper las normas preestablecidas y un montón de cosas revolucionaras.

—Quiero todo lo que saques, ¿eh? —Adri alza el dedo índice—. Supongo que algún tipo de ventaja tendremos como amigas.

Jaz se ríe con fuerza y me da un codazo suave.

—Estás muy callada, Bee. ¿Pasa algo?

—No. Nada —respondo con rapidez—. ¿Qué opina Din?

Espero que no se note mucho que quiero evitar que me

pregunten a mí.

—Está feliz por mí.

—Normal —añade Adri—. Te quedas aquí, ¿no?

—Si me aceptan, sí. Prefiero estar cerca de los míos.

—¡Anda, no seas mentirosa! Si no llega a ser por Din, te habrías marchado a Nueva York.

Jaz se encoge de hombros.

—Bueno, el destino supongo, ¿no? —Arquea las cejas con una sonrisilla.

—Supongo —musito.

8

Bastian



Estos últimos días han sido agotadores, y en realidad no he hecho nada del otro mundo: entrenar, ir a clase, entrenar otra vez, volver a casa y sacar a pasear a Chocolate, nuestro perro de más de mil años y al que se bautizó con ese nombre gracias al enano de la casa.

Todos los días es lo mismo, y tampoco es que me disguste demasiado.

Salgo de la ducha con el pantalón de pijama puesto, mientras me subo la cremallera de la sudadera y bajo a la cocina.

Llevo tantos años aquí que reconozco cada uno de los sonidos que escucho a medida que bajo las escaleras: el murmullo de mi tío Luis mientras tararea alguna canción; el ruido de los zapatos de Don, que suenan con fuerza sobre los azulejos de la cocina mientras va y viene abriendo cajones; el olor que sale de la cocina hacia el resto de la casa; la risita de Chapi mientras está sentado en el sofá viendo la tele, y los ladridos de Chocolate porque quiere recibir algo de eso que huele tan rico.

Me asomo al arco de la cocina y observo cómo mis tíos se

complementan y se ayudan en las tareas de la casa. No hay diferencias ni discusiones sobre quién debe hacer qué o a quién le toca hacer más cosas porque el otro no ha hecho otras tantas.

Hay un equilibrio que aporta serenidad.

Una punzada de lástima se expande por mi pecho porque supongo que esto es una familia.

Esto es lo que me habría gustado tener.

«Ahora lo tienes», me reprocho en voz baja, apartándome de allí, y busco a mi chico favorito de esa casa que parece sacada del barroco.

Me dejo caer en el sofá, a su lado. Clavo los ojos en la tele.

—¿Los tíos saben que estás viendo esto?

—Sí —afirma sin pestañear.

—Chapi…

—¿Qué?

—Mírame —exijo—. O te apago la tele.

Mi primo gruñe y finalmente despega los ojos de los personajes amarillos que copan la pantalla para poder mirarme.

—¿Qué? —pregunta irritado.

—Oye…, tranquilo, ¿vale? No te he dicho nada.

— Déjame verlo… —gimotea haciendo pucheros.

—Eres muy pequeño todavía para ver esto, enano.

—¡Que dices! Puedo verlo perfectamente.

Me cruzo de brazos.

—No puedes.

—Pregúntaselo a mis padres, listo —suelta en un tonito de soberbia que no me gusta un pelo.

—Claro que se lo voy a preguntar, chulo.

Pero su cara no cambia, lo que me hace pensar que en realidad sí que tiene permiso para verlo. Y lo cierto es que no sé por qué he

dudado de su palabra, porque Charlie nunca me ha mentido.

—No les voy a decir nada.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros y fijo la vista en la televisión.

—Porque confío en ti, supongo.

—Yo también.

Lo miro de reojo con una sonrisilla.

—No deberías.

—¡A cenar, niños!

Charlie se levanta del sofá como un resorte, mientras que yo me tomo mi tiempo, porque en realidad me gustaría cenar solo. A veces las cenas en familia me cuestan. Es lo que pasa cuando creces comiendo solo alrededor de una mesa demasiado grande.

Luis se agacha para besar a Chapi, y él responde con una sonrisa completa y sincera. Arrastra la silla para sentarse.

—¿Cómo estás, Bastian? —pregunta Don.

—¿Y tú? —suelto con sorna, observando su delantal de leopardo.

—¿Tienes algo que decir? —Luis no tarda en salir en defensa de Don.

—No. Nada —miento, aguantándome una risita—. En realidad, está divino.

—No te rías de tu tío. —Luis me apunta con la cuchara de madera y yo levanto las palmas—. Se lo regalé yo, y está guapísimo.

Luis baja un poco la voz y sonríe mientras halaga a Don, que se pone rojo como un tomate.

De los dos, Luis es el que tiene un carácter más fuerte y se muestra afectuoso y vacilón con Don delante de cualquiera. Es mi tío Don el que es más tímido y recatado frente a los demás.

Y a Luis le encanta sacarle los colores.

—Por favor —carraspeo—, los arrumacos luego. Cuando nos

hayamos ido.

—Ay, hijo. —Luis gruñe cuando Don lo empuja con suavidad y empieza a servir la cena—. Qué arisco eres. Espero que, cuando traigas aquí a tu novia, no le roces ni la mano.

Alzo las cejas y lo miro con atención.

—¿Qué novia?

Luis se encoge de hombros mientras sirve el agua en los vasos.

—Yo qué sé. Algún día tendrás que sentar la cabeza, ¿no?

Suelto un no rotundo y permanezco en silencio, porque no tiene sentido explicarles que en mis planes no entra tener pareja.

No aspiro a compartir mi vida con nadie, porque nunca nadie la ha compartido conmigo, y lo que he visto del amor no termina de gustarme del todo.

Además, ¿quién iba a ser capaz de amar a una bestia?

9

Bastian



Por suerte, toda la nieve se ha derretido en cuestión de unos días y ya no queda nada de ella; es como si nunca hubiera estado allí.

Sentado en el coche, con la calefacción puesta, espero a que Connor salga de su casa para ir al instituto.

Ya vuelvo a tener mi coche, y eso me levanta un poco el ánimo.

Tener examen a primera hora, no tanto.

Me he pasado las dos últimas noches reprochándome lo irresponsable que soy por no sentarme a hincar los codos, aun sabiendo que es lo que tengo que hacer si quiero acceder a la Ivy League.

¿El problema? Que no tengo ni tiempo ni ganas. Y sé que no soy capaz. Por eso abandoné la idea demasiado rápido y simplemente busco una buena beca deportiva en una universidad decente. Así podría demostrarme que soy capaz, y que no rompo todo lo que toco.

—Hola, guaperas. —Connor abre la puerta del copiloto y se sienta de golpe.

—¿Qué hay, princesa? —Giro la cabeza para mirarlo y me quedo rígido al ver el evidente hematoma de su pómulo. Mi tono cambia drásticamente—. Connor.

Me observa y no hace falta decir nada más porque sabe que lo sé. Lo llevo sabiendo mucho tiempo, pero nunca he sabido qué hacer o qué decir.

—Por fin con coche, ¿eh? —dice como si el tema no fuera con él —. Pensaba que tu tío no te lo iba a devolver.

—Se ha alargado un poco más de lo esperado, pero ya está.

Trato de apartar los ojos de su hematoma, pero no puedo.

Acelero para incorporarme a la carretera.

—¿Cómo lo llevas? —pregunto, ansioso por aliviar ese silencio incómodo.

—¿El qué?

—El examen de literatura.

—Ah. Eso. —Se encoge de hombros—. Bien. Está todo controlado.

Hago una mueca porque sé que no está todo bien, pero lo dejo estar y conduzco en silencio hasta llegar al aparcamiento del instituto.

Avanzo hasta encontrar las plazas reservadas para los alumnos de último curso, que destacan entre las demás porque una de las tradiciones del River Valley es que, a principios de curso, se nos otorga una plaza a cada uno que podemos decorar y pintar como nos dé la gana.

Yo pensaba dejar mi plaza sin pintar, porque me daba mucha pereza y encima soy malísimo pintando. Pero, para variar, Connor me insistió en pintarla.

—Tío, ¿cómo vas a perder la oportunidad de personalizar tu plaza de aparcamiento? ¡Eso es una pasada! —me dijo con los ojos

chispeantes de la emoción.

Negué con la cabeza. Toda la gente ya estaba eufórica pintando su plaza, pero yo no tenía ni idea de cómo hacer la mía. No había nada más allá del baloncesto que me representara. Y, en realidad, no quería hacer lo que habían hecho casi todos mis compañeros de equipo: un aro con un balón o las líneas de una cancha.

Cedí porque a Connor le hacía ilusión. Él no tenía coche propio y su padre jamás le prestaría el suyo, así que le di el gusto de pintar juntos mi plaza, ya que él no tenía la suya propia.

—¡Cuidado!

El grito de mi mejor amigo me hace frenar con brusquedad, y es entonces cuando veo al tonto de Garret Grayson andando por mitad de la carretera con la barbilla alzada y los brazos en una forma antinatural, como si los músculos le impidieran llevarlos pegados al cuerpo.

Aprieto las manos contra el volante y él se detiene frente al morro de mi coche.

—¡Wolf! ¡Mira por dónde vas!

Connor baja la ventanilla y se asoma por el hueco.

—¡Grayson, eres tú el que va por mitad de la carretera!

Suelto el freno y acerco el morro del coche hacia él para que se aparte de una vez. Pero ni se inmuta.

—¿Qué coño haces, Wolf?

Bajo la ventanilla y alzo la voz.

—Quítate del puto medio o te atropello.

Alza las cejas y se apoya con toda su fuerza sobre el capó de mi coche.

—No hay huevos.

Pongo el freno de mano y salgo del coche hecho una fiera. Me planto frente a él, con la rabia bullendo en mi interior y haciéndome

arder.

—Como vuelvas a poner las manos en mi coche, te las arranco, gilipollas.

—Tranquilo, hombre. No tienes que ponerte así. —Su tonito no hace más que alimentar algo oscuro dentro de mí.

—¡Bastian! —Connor me llama, pero yo sigo centrado en Grayson y en mis ganas de partirle la boca. No lo soporto, y él a mí tampoco.

—Apártate de mi coche y de mi vista —exijo en un tono mortalmente frío—. No me hagas repetírtelo otra vez.

Me aparto de él colándome de nuevo en mi coche y, después de aguantarme la mirada, finalmente, gira la cabeza y se va.

Suelto el aire con fuerza y avanzo hasta mi plaza de aparcamiento, que está pintada como si fuera una hoja de cuaderno en blanco con líneas horizontales donde está escrito en cada una de ellas: «Debo portarme bien».

Un mensaje que, por mucho que vea todos los días, me cuesta cumplir.



—Tenéis una hora para hacer el examen. —La voz de la profesora de literatura se escucha a la perfección en el silencio del aula—. A la mínima que vea un movimiento extraño, os vais a la directora con un cero. ¿Queda claro?

Echo un vistazo a la clase y todos asentimos como autómatas. Le guiño un ojo a Connor, que mueve la pierna de arriba abajo sin parar. Se muerde la uña del dedo pulgar. Y no deja de suspirar.

—¿Estás bien? —susurro mientras la profesora reparte los

exámenes.

Los ojos marrones de mi colega muestran una preocupación que muy pocas veces le he visto, y puedo imaginarme lo que le pasa.

—No me sé nada —dice angustiado—. Mi padre me va a matar.

Echo el aire con fuerza y me llevo la mano al pelo, porque llevo toda la semana diciéndole que estudie, pero no me ha hecho ni caso.

Su padre no es como mis tíos. Él no le va a dar una palmada en la espalda y le va a decir que no pasa nada. Ese tío es extremadamente violento y paga con Connor muchas de sus frustraciones.

Alzo la cabeza al techo, desesperado por encontrar una solución, pero ahora mismo no soy capaz de pensar en ninguna.

—Silencio —exige la maestra, y ambos miramos a nuestra mesa.

El sonido de las hojas moviéndose sobre las mesas no hace más que incrementar los latidos de mi corazón. Primero porque los exámenes no me gustan demasiado, como tampoco me mola nada el silencio incómodo que envuelve la clase. Es un silencio que me da pie a desconcentrarme y pensar en todo eso que trato de apartar.

No sé si tiene algún sentido.

Y segundo, es que no he estudiado demasiado, por no decir nada. Aunque, a poco que escuche y esté atento en las clases, me quedo con bastante información. La suficiente para llegar al examen con alguna idea general, aunque, ni de coña me hace tener las notas que necesito.

La profesora termina de repartir y se sienta detrás de su escritorio.

—Podéis empezar.

El ruido que hacemos al dar la vuelta al examen marca el inicio. Como el pistoletazo de salida para una carrera. O la bocina

anunciando el comienzo del partido.

Empiezo a rellenar algunas de las preguntas, pero otras las dejo sin hacer porque no me suenan demasiado y prefiero ir primero a lo seguro y después tratar de inventarme algo.

Desvío la mirada hacia mi amigo, que lleva un buen rato en la misma postura, pero no ha escrito ni una sola palabra. Sigue moviendo la pierna de arriba abajo con rapidez y no levanta la cabeza del folio.

Me muerdo el interior de la mejilla y, cuando miro al frente, la profesora me está observando. Alza el mentón indicándome que deje de mirar a Connor y vuelvo a lo mío.

—Bastian —susurra Connor.

Sin levantar la cabeza, lo observo con disimulo y veo su cara de desesperación.

—¿Cuál es la tres? —susurra casi sin pronunciar sonido y no entiendo lo que dice.

Vuelvo a mirar a la profesora, está centrada en lo que sea que hay en su ordenador, así que miro de nuevo a Connor.

—¿Qué? —susurro, gesticulando en exceso.

—La tres. —Hace el símbolo con los dedos.

—¿El bloque tres?

Connor niega con la cabeza.

—Pregunta tres del bloque uno —susurra vocalizando demasiado.

Suspiro llevándome la mano al pelo y agarrándolo con fuerza.

—La C —vocalizo sin dejar de mirar a la profesora.

—¿La D?

—No —gruño—. La C. —Lo miro y hago el gesto con la mano.

El sonido de una silla arrastrándose me alerta y vuelvo la cabeza como un resorte, fingiendo que estoy pensando mientras observo el

techo.

La profesora avanza y pasa por nuestro lado, y miro de reojo para ver que alguien había levantado la mano.

Connor me llama de nuevo.

—¿Y la cuatro?

Tengo ganas de mandarlo a la mierda por no haberse puesto a estudiar. Él sí necesita una beca: si no la consigue, ¿qué narices va a hacer? Yo tengo más opciones.

«Y la última son mis padres», pienso, sintiendo una presión desagradable en la nuca.

—Venga, dame tu examen —le digo, haciendo un gesto con la mano para que me lo pase. Connor no tarda demasiado en ser consciente de ello y nos intercambiamos los exámenes con rapidez.

Unos segundos después, la profesora pasa de nuevo por nuestro lado y se sienta sobre su escritorio.

«Menos mal», pienso, sintiendo cierto alivio, pero aún con el corazón en la boca.

—Me encanta el compañerismo que tenéis algunos, de verdad que es honorable, pero entenderéis que no puedo permitirlo.

El silencio se hace todavía más pesado y yo siento que solo se escuchan los latidos de mi corazón bombeando con una fuerza sobrehumana entre mis costillas.

—Connor Arias y Bastian Wolf. Venid aquí.

—Mierda.

Aprieto los ojos con tanta fuerza que, cuando los abro de nuevo, veo puntitos blancos. Connor y yo nos echamos un vistazo y avanzamos adonde la profesora.

—Dame tu examen, Connor —exige con dureza, mientras las arrugas de su cara muestran su enfado. Connor se lo extiende y ella empieza a observarlo—. Bastian, el tuyo.

Hago lo mismo que Connor y espero, porque sé perfectamente lo que viene después de nuestro silencio. No hay que ser muy listo para saber que nos hemos intercambiado los exámenes.

—¿Me lo podéis explicar?

Veo cómo mi mejor amigo está a punto de perder los nervios.

—He sido yo —suelto.

—Esto es inaceptable, Bastian. Ya lo sabes —suelta con dureza —. Estáis en el último curso y ¿andamos así?

Niega con la cabeza.

—No volverá a pasar —dice Connor con la voz tomada por la angustia.

—No. Claro que no. Id a la directora y lo habláis con ella.

Dirijo la mirada al techo maldiciéndome mientras vamos hacia la puerta, pero, antes de salir, la voz de la profesora nos obliga a detenernos.

—Tenéis un cero en la asignatura.

Mierda.

10

Bee



Adri y yo avanzamos hasta el auditorio y, cuando entro, me sorprende el ajetreo que hay, a pesar de que tampoco se ve mucha gente.

—Mira, ven. —Me agarra de la mano y me arrastra por todo el pasillo entre las butacas hasta el escenario, donde están ensayando los actores—. Aquí es donde hacemos los ensayos mientras el resto se ocupa del decorado, del vestuario y de todo lo demás.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Podrías empezar con el *backdrop*.

Pestañeo confusa.

—¿*Backdrop*?

Se gira para mirarme sin dejar de caminar hasta la parte trasera del escenario, donde hay un cuarto pequeño.

—El fondo que se pone detrás de cada escena.

—Ah. Vale.

—Mira, aquí está todo el material.

La habitación se ve algo desordenada. Llena de botes de pintura, pinceles, cartones y todo tipo de material.

El olor a pintura que desprenden los botes mal cerrados me recuerda al que hay siempre en el taller de mi padre.

—¿Empiezo ya?

Se gira para mirarme con los ojos brillantes.

—Si no tienes nada que hacer, te lo agradecería. El tiempo se nos está echando encima.

En realidad, sí que tengo cosas que hacer, pero me apetece probar a pasar mi tarde de una forma distinta. Quizá esto me ayude a desconectar un poco y despejar la cabeza.

—Cualquier cosa que necesites, me dices, ¿vale? Yo voy a ver cómo va la pareja principal. —Avanza hacia la salida con el paso acelerado.

—Espera. ¿Y qué cojo? ¿Qué hago?

—Puedes empezar haciendo la biblioteca, estoy segura de que eso se te va a dar genial.

Volteo los ojos y le dedico una sonrisa.

—Vale.



—Adri, ¿te importa que me vaya ya?

Mi amiga está en lo alto del escenario y se gira para mirarme.

—No, tranquila. —Me dedica una sonrisa—. Descansa, que te lo mereces.

Y se da la vuelta para observar a los actores, que no parecen estar demasiado contentos de que a ellos no los mande a su casa.

Cojo mi mochila después de recoger todo y voy hacia la salida

trasera, que da al aparcamiento.

¿Conoces esa desagradable sensación de no haber conseguido nada? Así es exactamente como me siento después de haber estado casi dos horas haciendo el boceto a lápiz de una estantería.

¡Dos horas! Y no he hecho más que borrar una y otra vez. Pensaba que no iba a ser tan complicado, o que quizá no sería tan perfeccionista, pero claramente parece que, después de diecisiete años, no me conozco en absoluto.

Me quedo planchada cuando, nada más abrir la puerta, está lloviendo a cántaros y no tengo paraguas.

Suspiro agotada, porque solo quiero llegar a mi casa de una vez y todo se me está empezando a hacer bola.

Me pongo la capucha y empiezo a caminar, con el ruido de la lluvia de fondo. No echo a correr porque hacerlo sería arriesgarme a caerme de culo.

Soy un poco patosa cuando juntas correr y lluvia en la misma frase.

—Bzzz.

Giro la cabeza ante ese sonido y veo a Bastian y Connor sentados en el coche, con las ventanillas bajadas.

A mi lado.

—¿Adónde vas? —pregunta Connor con una sonrisa.

—A mi casa. —Desvío la mirada algo nerviosa y confusa. Sobre todo, lo segundo.

—Sube, que te llevamos.

Niego con la cabeza.

—No hace falta, voy a…

—Sube —gruñe Bastian sin mirarme a la cara—. Te vas a empapar.

—Pensaba ir…

Pero, en cuanto gira la cabeza y clava sus ojos azules en los míos, cierro la boca y todas las excusas que pensaba poner desaparecen de mi mente.

Mi orgullo me grita que me vaya andando tranquilamente, romantizando mi vida bajo la lluvia, y que no me meta en el coche de un chaval que no ha sido nada agradable las veces que nos hemos cruzado, pero mi parte friolera, la que parece un perro mojado, me suplica que ceda, porque en menos de diez minutos estaré en casa. Además, está Connor, y eso facilita mucho las cosas.

Abro la puerta y me siento en la parte de atrás.

El calorcito que hace dentro del coche me hace sentir como un polluelo en su nido.

Bastian arranca y se incorpora a la carretera.

—¿Dónde vives? —Me mira por el espejo retrovisor.

—Streeterville.

Me doy cuenta de que pone mala cara, pero no dice nada.

Connor, en cambio, se gira sobre su asiento para mirarme.

—Una chica del Loop, ¿eh?

Sonrío sin enseñar los dientes y asiento, porque no sé qué más decir. Sí, soy una chica nacida para habitar en el campo, pero destinada a vivir en el centro de una ciudad.

Supongo que será su forma de ser agradable y cercano, pero tampoco hace falta forzar nada.

—¿De dónde vienes? —habla de nuevo, supongo que para llenar el silencio.

—Del auditorio.

Alza las cejas.

—¿Actúas?

Niego con la cabeza.

—Ayudo con el decorado y eso.

—No todo el mundo vale para actuar —suelta Bastian como si nada.

Le lanzo una mirada de odio, aunque no me atrevo a observarlo directamente por el espejo, así que me centro en su espalda.

Pero Connor habla antes de que yo pueda defenderme.

—Como si la hubieras visto actuar alguna vez.

—¿Me equivoco? —Clava sus ojos en el espejo.

—Mi madre decía que era muy buena actriz cuando era pequeña —trato de defenderme de alguna manera. No debería hacerlo, pero lo hago.

—¿Y por qué no te lo dice ahora? ¿Es que has perdido facultades?

Una bola de angustia se me atraganta en la base de la garganta, y aprieto mi mochila con fuerza.

—Falleció.

Noto cómo la tensión aumenta de golpe en el interior del coche. Connor me mira con una lástima que detesto, y Bastian ha apartado la vista del espejo, pero no abre la boca.

—No queríamos…

—Tranquilo, Connor. —Me encojo de hombros—. No tenías por qué saberlo.

Me dirijo solo a él, porque creo que Bastian ni se merece que lo mencione. Las dos veces que he hablado con él le han servido para hacer gala de sus prejuicios sobre mí.

No me apetece seguir hablando, solo quiero llegar a mi casa y darme un baño. Leer un poco y cenar con mi padre.

Observo la ciudad a través de la ventanilla y me encanta cómo el agua se estrella contra los cristales.

—Nosotros hemos estado en el despacho de la directora.

Giro la cabeza de golpe, llamada por la curiosidad.

—¿Qué?

—No creo que haga falta que le cuentes nuestra vida —gruñe Bastian, con una mano sobre el volante—. Ni siquiera te ha preguntado.

—Bueno, ¿y qué pasa? ¿Es un secreto de Estado o qué?

—No. Pero, joder.

—Oye… —interrumpo—. No hace falta que me lo cuentes si no quieres.

—Si a mí me da igual.

—Sí, claro. Porque te he salvado el culo.

Parecen un matrimonio.

—Bueno…, pero yo me he lanzado de cabeza contigo.

Bastian suelta una carcajada sonora y algo grave. Y veo cómo sus ojos se achinan ligeramente, y cómo le salen unas líneas al lado de las comisuras de la boca.

Tiene un gesto extremadamente cálido cuando se ríe en comparación con la dureza de sus rasgos cuando no lo hace.

—¿Ha sido por un tema serio? —preguntó, movida por la curiosidad.

—Bueno…, nos han dado un toque de atención.

—No. No nos han dado un toque. —Por un momento quita las manos del volante y yo ya nos visualizo empotrados en un edificio. O cayendo al río Chicago—. Nos han puesto un cero como una casa.

—Podría haber sido peor.

Bastian mira a su amigo, apartando la atención de la carretera, y de forma inconsciente me agarro al asiento. Como si eso me fuera a salvar en caso de accidente.

—Connor, a la siguiente nos echan del equipo —gruñe enfadado, tanto que se le hincha la vena del cuello—. ¿Te la suda?

—No. Claro que no. Pero podría haber sido peor.

—Estamos en el punto de mira, joder.

Aprieto los labios realmente incómoda y deseosa de llegar a mi casa, pero el tráfico no me lo está poniendo demasiado fácil.

Después de un par de indicaciones, pido en voz alta que me deje ahí mismo, y Bastian no opone resistencia.

—Bueno, gracias por traerme.

Salgo del coche y, antes de cerrar la puerta, lo último que veo son los ojos azules de Bastian, que me observan con detenimiento.

—Hasta mañana —dice antes de acelerar y desaparecer.

11

Bee



Cierro la puerta de casa totalmente exhausta y dejo todas mis cosas en una pequeña butaca que hay en el recibidor.

Enciendo la luz del pasillo y siento una pequeña angustia al ver que no hay nadie dentro. Las bienvenidas y los recibimientos cariñosos murieron con mi madre. Bloom es la única que corre a mi encuentro, a no ser que esté dormida o comiendo, y su recibimiento alivia un poco mi pena.

Me agacho para recibirla.

—Hola, bolita —digo con suavidad, acariciándola detrás de sus orejitas caídas—. ¿Cómo estás? Yo estoy muerta.

La estrecho entre mis brazos y hundo la cara en su cuerpecito suave y esponjoso mientras voy hacia mi cuarto. En días como hoy agradezco que mi casa no tenga escaleras, aunque deba atravesar todo el salón para llegar a él.

—Voy a darme una ducha. Ahora salgo.

Al cabo de un rato, salgo con mi pijama de dos piezas de flores y

el pelo atado con una pinza. Y aunque me muero de hambre, decido esperar un rato a mi padre para poder cenar juntos. Agarro mi libro (sí, siempre lo llevo conmigo a cualquier lado, aunque sepa que no voy a leer) y me siento en el sofá, solo que, después de leer el primer capítulo, lo cierro de golpe porque no hay cosa que más odie en la vida que leer con hambre y estar cada dos minutos pendiente del reloj o de si mi padre me ha escrito para avisarme de sus planes.

Ligeramente mosqueada, voy a la cocina y empiezo a preparar la cena, aunque sin las mismas ganas de antes.

Mientras cojo las cosas para hacer unos tacos, intento no enfadarme con mi padre por su falta de atención ante algo tan sencillo como decirme: «Oye, hija, hoy no me esperes, que no voy a cenar».

Sé que el trabajo lo consume y se olvida del resto del mundo. Ama de forma incondicional lo que hace y pierde la noción del tiempo. Las piezas rotas que se dedica a restaurar son toda su vida, y de verdad que lo entiendo, porque para mí los libros son lo mismo. Mi lugar seguro. Pero que lo entienda no hace que su falta de consideración duela menos.

Ver su plato de comida enfriándose mientras yo estoy a punto de terminarme el mío me quita el hambre por completo.

Me levanto con una brusquedad que pocas veces demuestro, agarro los platos con rabia, y es el sonido de la puerta y de las llaves cayendo sobre el mueble de la entrada lo que me detiene.

Después de un par de segundos, aparece con su camisa de cuadros, sus pantalones de pana y el poco pelo que le queda algo alborotado.

—Hola, Bee —saluda, ajustándose las gafas de la misma forma que hago yo.

—Hola. —Ni siquiera parece percatarse de que mi tono no es el

de siempre. Echa un vistazo a la cocina sin prestar atención a los platos que tengo entre las manos.

—Me voy al taller.

Se me cae el alma a los pies.

—Pero...

Me mira por encima de la montura de sus gafas.

—Tengo un encargo muy gordo, hija, y quiero ponerme con él lo antes posible.

Aprieto los labios con tanta fuerza que me hago daño, pero no me importa. Miro el reloj de la cocina y frunzo el ceño.

—¿Has cenado? —pregunto, sabiendo de sobra lo que va a responder, pero supongo que es una excusa para rascar algo de tiempo con él.

Niega con la cabeza y agarro los platos con más fuerza.

—No, pero comer ahora es lo de menos —me sonríe, agitando la mano para quitarle importancia a una necesidad básica—. Voy al taller. Descansa.

Y se va.

Me muerdo la mejilla con fuerza aguantando las ganas de hacerme una bola y echarme a llorar. Pero no porque no se haya dado cuenta de que le he hecho la cena ni por ese mensaje que esperaba recibir.

Lo que más me duele es que no se ha detenido ni un segundo a preguntarme cómo estoy o qué tal mi día.

Nada.

Con una sensación de lo más desagradable, dejo la cocina sin recoger y me encierro en mi habitación.

Casi el noventa por ciento del tiempo tengo una conciencia que no me permite vivir tranquila; está constantemente recordándome lo que hago mal y las cosas que debería mejorar, porque recordarme lo

que hago bien no parece ser una opción.

Ahora, por ejemplo, no soy capaz de pensar en otra cosa que no sea la cocina que he dejado hecha un desastre. Y es la primera vez que trato de quedarme quieta y no ir corriendo a hacerlo, porque es la única manera que se me ocurre de expresar mi disgusto.

Increíble, ¿eh? Una táctica infalible, sobre todo para alguien tan despistado como mi padre.

Una vergonzosa y ridícula parte de mí espera que caiga en la cuenta y entienda que mi decisión de no recoger la cocina es porque estoy enfadada y esa es mi forma de exteriorizarlo, en vez de hacer algo tan sencillo como hablarlo con él.

Nunca hemos sido de esos que hablan las cosas, y mucho menos si están relacionadas con los sentimientos. Con mi madre, en cambio, sí. Ella se abría a mí con una facilidad que me provocaba ganas de contarle cómo me sentía. Era demasiado fácil.

Suspiro con un deje de frustración mientras acaricio a Bloom, que no ha tardado ni dos segundos en subirse a mi regazo. Echo la cabeza hacia atrás hasta apoyarla contra el cabecero de la cama y cierro los ojos.

El recuerdo de mi madre sobre una colina verde, con un vestido vaporoso de color pastel, con su larga melena al aire atada con un pasador de mariposa y sus enormes ojos marrones sobre mí es una de mis imágenes favoritas.

—¡Más alto! ¡Grita más alto! —dijo con una sonrisa.

Y yo le hice caso. Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo. Alcé la cabeza y grité con todas mis fuerzas con los ojos puestos en el cielo de color azul moteado de nubes blancas.

Después de eso, me sentí agotada, pero mucho más ligera que antes. Ella se acercó a mí y me agarró de las muñecas.

El tacto de su piel me puso los pelos de punta.

—¿Estás mejor?

—Sí —dije con la garganta un poco irritada.

—Me alegro, Beatrice. —Sonrió aún más—. Cuando no sepas qué hacer o cómo decirlo, grita.

—Pero..., no puedo gritar en el colegio.

Mi madre alzó la cabeza y soltó una carcajada que resonó entre aquel paisaje montañoso que parecía sacado de *Sonrisas y lágrimas*, creando un sonido que, aunque en ese momento no lo sabía, años más tarde iba a añorar desesperadamente.

Ojalá hubiese podido encerrar todos nuestros recuerdos y vivencias en una caja para luego abrirla y volver a ese momento tantas veces como quisiéramos.

—Pero aquí sí puedes hacerlo.

—Supongo que sí...

—¿Vamos? —Extendió su mano con una manicura perfecta y yo se la agarré sin dudar un segundo.

—Tengo hambre —confesé, y ella se rio de nuevo.

—Yo también.

Abro los ojos de golpe y no veo demasiado bien por la cantidad de lágrimas que se me han agolpado por culpa de ese recuerdo de hace tantos años, cuando fuimos a veranear a un pueblecito al norte de Francia porque mi padre tenía trabajo allí y mi madre quiso acompañarlo.

Recuerdo aquel verano con una nitidez que a veces me asusta, porque yo no tendría más de ocho años, y lo tengo igual de presente o incluso más que lo que hice ayer.

Antes de que pueda hasta planteármelo, el sonidito de «videollamada en curso» salta en la pantalla de mi portátil y me muerdo los labios pensando en si cogerlo o no.

En nuestro grupo se han ido instaurando pequeñas rutinas, y hacer videollamada cada noche es una de ellas. Al igual que esperar a Jaz al otro lado del puente para ir juntas a clase, el *brunch* de los

domingos, o los viernes de pijama y peli.

La sonrisa de Adri es lo primero que veo nada más darle a «aceptar».

—Hola, guapetona —me saluda con su efusividad habitual—. ¿Qué tal?

—Cansada.

Se carcajea sin piedad.

—Es normal. Te irás acostumbrando.

—Eso espero —bufo, acomodándome.

Y mi amiga, que, aunque parezca que siempre está en su propia burbuja, es bastante perspicaz para calar a la gente, menea la cabeza.

—¿Pasa algo? ¿Te arrepientes?

—Estoy cansada.

Estoy intentando trabajar en expresar y exteriorizar lo que siento, pero a veces aún me sigue costando, porque supongo que vivir en un ambiente en el que nunca se interesan por ti hace que te encierres un poco más en tu propio universo.

—Bee… —dice en un tono de reproche cariñoso.

Suspiro y alzo la vista al techo de mi cuarto.

—Lo de siempre, supongo. Mi padre.

Me callo con la esperanza de que quizá hoy empiece a hilar un tema con otro y mi «problema» se diluya entre las mil conversaciones que es capaz de tener en menos de un minuto.

Pero no.

Adriel está en silencio, esperando que siga.

Escuchándome y prestándome atención.

Hincho el pecho de aire y agarro un bolígrafo que tengo sobre la mesita de noche. Abro y cierro la tapa mientras cuento lo que ha pasado.

—Había preparado la cena para los dos, como siempre, y…, bueno, aparte de que no me ha avisado de que iba a llegar tarde, pues…, cuando ha llegado a casa no ha querido cenar.

Adri curva las cejas.

—¿Ya había cenado?

Niego con la cabeza, apretando los labios.

—Bueno, igual…, ¿estaba cansado?

Suelto una risita amarga y niego de nuevo con la cabeza.

—No, Adri. Ni estaba cansado ni había cenado. Parece ser que tiene un nuevo proyecto y ya sabes cómo se pone con eso.

—Bueno, Bee…, igual que tú con un libro nuevo. —Sonríe de esa manera tan suya, con la boca y los ojos—. O yo con un vinilo que encuentro en una tienda de segunda mano.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Nueva obsesión semanal?

Mi amiga se obsesiona con las cosas. Cada semana tiene una afición nueva.

—Esa lleva ya unos meses.

—Tienes razón, ¿cuál es la de esta semana?

—Decorar mi habitación con revistas de los dos mil y poner lucecitas.

—¿Desde hace…?

—¿Cuatro horas?

Nos reímos con fuerza y, antes de que yo pueda preguntarle qué es eso exactamente, Jaz se une a la videollamada. Lleva un enorme moño en lo alto de la cabeza y un pijama de seda azul cielo.

—Mis chicas. ¿Qué hacéis?

—Adri me está enseñando su obsesión semanal.

Jaz se troncha de risa como si ya lo supiera.

—¿Las revistas? Dime que no. —Adriel asiente y nos enseña un

taco inmenso de ellas—. Pero si me lo has dicho antes. —Jaz se ríe con más fuerza que antes—. Eres todo un caso.

—Te colgué y fui directa a mi tienda de confianza a ver si tenían.

—Pero —interrumpo con toda la educación del mundo, porque odio cortar una conversación, pero son mis amigas y tenemos confianza de sobra—, ¿por qué?

El origen de las obsesiones de Adri por lo general es muy aleatorio y algunas no tienen un sentido lógico o racional, simplemente aparecen. Por una casualidad. Una imagen. Un recuerdo. Una canción. O una palabra.

—Todo esto ha surgido porque hemos comprado un DVD en una tienda de segunda mano, porque tenemos un montón de pelis antiguas que no podemos ver, y Coral, mi hermana mayor, se ha puesto a ver…, ay, ¿Cómo se llamaba? —Chasquea la lengua contra los dientes y se lleva la mano al pelo—. No me acuerdo. Es una serie que veía ella de pequeña… ¡Ah, sí! *Beverly Hills 90210*.

Jaz y yo ponemos una mueca que deja claro que no sabemos de qué está hablando.

—Bueno, fue muy famosa en los noventa y tiene esas *vibes* que me encantan. Y, no sé…, entre eso y que mi *feed* de Pinterest está lleno de decoración *vintage*, pues así he acabado.

Adriel es esa típica chica que se ha subido al carro de todas las modas porque le encanta probar cosas nuevas y sentir que está en la cresta de la ola con todo el mundo antes de que se pase el *boom*: flequillo de lado, bigotes y *leggings* de galaxias, mechas de colores, flequillo recto, blusas anchas con el hombro al descubierto, vaqueros rotos con medias de rejilla debajo. Converse pintadas. Y muchas pulseras y anillos.

Todo lo que sale lo prueba y va implementando en su estilo una migaja de esas cosas, creando una expresión propia muy llamativa

que la caracteriza.

—Escribí a Jaz para ver si ella seguía guardándolas. Porque las pocas que yo tenía se las di a mi hermana Índigo y, evidentemente, no me las quiere devolver.

Hay veces que envidio la cantidad de hermanas que tiene Adri y la vida que hay en su casa.

Los ojos de Jaz se posan en mí y se le borra la sonrisa de golpe

—¿Estás bien, Bee? Te noto muy callada.

—Cansada.

Entrecierra los ojos y yo me rindo, porque con ella es imposible fingir nada.

—Ay, de verdad. Deja de mirarme así —exijo, fingiendo que me molesta.

—¿Cómo?

—Como si me leyeras.

Jaz sonríe satisfecha.

—Es que lo hago.

Y, de repente, Oro, su gatita egipcia, ocupa todo el plano cuando se sube sobre la mesa exigiendo un poco de atención por parte de su dueña. Jaz la agarra y se la coloca sobre las piernas.

Y con sus ojos color miel clavados en mí, repito lo que le he contado a Adri un rato antes, mientras me mira de esa forma, como si me analizara en profundidad y tratara de buscar más allá. Y no sé cómo expresarlo, pero su interés por mí y la capacidad que tiene de saber que me pasa algo me hacen sentir que le importo.

—No le pidas más de lo que puede darte, Bee. —Niega con la cabeza—. Tu padre es un genio, y ese tipo de gente vive en su propio universo.

—No es un genio, Jaz —aclaro—. Es restaurador.

—De los mejores de la ciudad. Es famoso y admirado por su

trabajo… —Se pasa la lengua por los labios—. ¿Cuántas veces ha estado en tus fiestas de cumpleaños? ¿O en las obras de teatro del cole? ¿Y en…?

La corto con más brusquedad de la que suelo usar con nadie.

—Vale. Ya lo pillo. Mi padre pasa de mí.

Y prefiero no hablar del dolor que siento al verbalizarlo.

Mi amiga se inclina, acercándose a la cámara más de la cuenta, como si me tuviera delante.

—No, Bee. No quiero decir eso. Tu padre no pasa de ti, sino del mundo en general. Nada de lo que tiene a su alrededor le interesa…, nada que no sean sus piezas rotas.

Y aunque se supone que soy la más sensata del grupo (no lo digo yo, lo dicen ellas), con las cosas relacionadas con mi padre suelo perder cualquier tipo de raciocinio, e irónicamente Jaz es la que aporta un poco de calma cuando mi cabeza se desmorona.

12

Bee



La alarma de pajaritos me despierta y remoloneo un poco sobre la cama. Abro los ojos con calma y me siento extremadamente bien. Ruedo un poco y me topo con la bolita de pelo que duerme sobre el hueco de mi cuello.

—Bloom, ¿cómo estás? —susurro con la voz aún pastosa por el sueño mientras ella, con su naricita y sus bigotes, me hace cosquillas—. Quédate un rato más tú que puedes —digo, exagerando la situación, como si en realidad no me encantase despertarme con tiempo de sobra para desayunar.

Después de una ducha rápida, me pongo un jersey de cuello alto de color blanco, una falda plisada en un tono marrón y unas medias tupidas.

Me preparo el desayuno y me lo como tranquilamente mientras leo un poco antes de ir a clase, aunque tampoco puedo permitirme perder mucho la noción del tiempo porque soy una persona extremadamente puntual. Cada poco rato, miro el reloj que cuelga

de la pared de nuestra cocina.

—Buenos días, Bee.

Levanto la vista y me encuentro con mi padre en el umbral de la puerta. Por su aspecto, parece que no se ha acostado todavía.

—Buenos días, papá.

Se acerca a mí y posa un beso en mi frente.

Trato de que no se note demasiado que ese beso es parte de mi fuente de energía para sobrellevar el día. Quizá porque, desde que perdí a mi madre, traté de aferrarme mucho más a él, pero aún no he conseguido sentir lo mismo. Ella era el pilar que sustentaba absolutamente todo en mi vida mientras mi padre estaba encerrado en su mundo, aunque nunca me he visto capaz de echárselo en cara porque yo también me encierro mucho en el mío.

Carraspeo y cierro el libro. Aunque me encantaría seguir leyendo, me parece de mala educación no mostrarle un mínimo de atención, como si fuéramos dos extraños compartiendo un mismo espacio.

—¿Ya has desayunado? —pregunta mientras me toca el pelo, mirando, pero sin ver.

Hago un gesto señalando la tostada que tengo en la boca y que claramente indica que sí estoy desayunando.

Niega con la cabeza y suelta una risita.

—No sé dónde tengo la cabeza.

En todos los lados menos en mí, supongo.

Mi padre es un genio y me he pasado toda la vida tratando de justificar su falta de atención hacia el resto del mundo porque, cuando algo te apasiona, te atrapa de tal manera que no puedes dejar de pensar en ello, ¿no?

Me empecino en justificarlo de esa manera en vez de darle voz a los pensamientos que discurren por mi mente y que trato de evitar de todas las formas humanamente posibles.

Fuerzo una sonrisa y alzo los ojos al reloj. Otra vez.

—Me voy. —Agarro mis cosas con algo de prisa porque la bola de nervios que siento de forma habitual cuando se trata del tiempo empieza a hacerse cada vez más grande y electrizante—. He quedado con Jaz.

Mi padre alza la vista al reloj y me mira de nuevo.

—Son las siete.

—Ya.

—Vas bien.

—Ya sabes que me gusta llegar con tiempo suficiente.

Nunca he sabido cómo explicarle que para mí una hora equivale a cinco minutos.

Lo observo mientras recojo mis cosas y me produce una especie de ternura amarga verlo tan perdido en un lugar tan común para cualquiera como puede ser su propia cocina. Siento una especie de pellizco en el corazón.

—El pan está en el armario de arriba, papá.

Pestañea confuso.

Suspiro y voy hacia el armario, me pongo de puntillas y abro la puerta.

—Gracias. —Sonríe—. No sé qué haría sin ti.

Le regalo una sonrisa amarga y tensa, pero de la que ni se da cuenta, porque él nunca se ha detenido para mirarme y mucho menos para verme.

Me trago el nudo que amenaza con abrirse del todo porque no puedo ponerme a llorar ahora. Y menos delante de él. Mi padre es el típico hombre que te ve llorar, frunce el ceño y te dice: «¿Por qué lloras? No llores, anda».

Gracias por el consejo papá, no lo habría pensado.

Cuando bajo a la calle, empiezo a sentir una especie de

tranquilidad que no experimento cuando estoy con mi padre, y no por algo que haga, sino por todo eso que *no* hace.

Aparto cualquier atisbo de esperanza en nada que requiera su inteligencia emocional y me concentro en lo mío: pasar por uno de los puentes levadizos que conectan mi barrio con el centro de la ciudad para quedar con Jaz e ir juntas a clase.

El resto de nuestras amigas suelen ir al River Valley por su cuenta. Adriel vive con sus padres y sus cinco hermanas a unos quince minutos andando de mi barrio, en una zona residencial de casas inmensas, con jardín y vallas blancas. Y al igual que su mente es un caos, la forma de ir al instituto también, porque lo mismo la traen en coche que coge el metro o se presenta en el autobús como el otro día. Milán, en cambio, vive a las afueras en un edificio que, aparte de ser su casa, también es el restaurante de comida asiática de sus padres. Un negocio familiar que sustentan desde hace varias generaciones y donde ella pasa la mayor parte de su tiempo. Y suele ser la única del grupo que siempre coge el metro, pase lo que pase, en cualquier época del año.

Trato de no entretenerme demasiado con las tiendas, el olor de las panaderías y el ruido de los coches y de la vida en general. Todo eso junto con el frío le da un toque romántico.

Tuerzo la boca cuando llego al otro extremo del puente y no la veo, aunque no sé por qué me extraña, es una tardona de manual.

Saco el móvil para escribirle porque la necesidad de ser puntual empieza a acuciarme.

¿Cómo vas?

Jazzy♥: En cinco minutos estoy.

Sí, vamos, que todavía no has

Si algún día Jazmín te dice que está saliendo de casa, seguramente esté entrando en la ducha. O vistiéndose. O, con muchísima suerte, puede que una vez de cada cien sí sea verdad. Creo que, hoy en día, Din es el único que la hace ser medianamente puntual.

Hay algo bonito e incluso romántico en su caos y mi orden. Me gusta pensar que su desorden calma un poco mi parte perfeccionista, que me hace un poco más flexible con otras cosas.

Levanto la mirada y la veo venir corriendo hacia mí con su melena al viento. Se planta enfrente y sopla parte del pelo que se le ha quedado en medio de su preciosa cara.

—Perdona, es que… —jadea, colocándose la mochila al hombro —. Bueno, ya sabes cómo están las cosas en casa. Es un caos.

—No te preocupes. —Niego con la cabeza—. Acabo de llegar.

Alza las cejas.

—Mientes fatal.

—Ay. Ya lo sé. Déjame.

La agarro del brazo para atraerla hacia mí y le beso la frente.

Sin decir nada, hago un poco de fuerza y empezamos a caminar hacia el tren elevado que nos lleva al instituto, porque, sí, el autobús que cogí el otro día suele ser para casos excepcionales.

Jazmín odia el autobús del instituto y, como a mí me da igual, pues no tengo problema en ir de cualquier otra forma.

—¿Cómo estás? —pregunto con verdadero interés.

—¿Bien? No lo sé, Bee, son las siete y media de la mañana. Nadie puede estar bien a estas horas.

Me entra la risa porque Jazmín es la persona más dormilona que conozco. Odia madrugar, y eso no ha cambiado en todos estos años.

—No seas exagerada, anda. Ya deberías estar acostumbrada.

—A las cosas horribles de la vida no me acostumbraré jamás. —Niega con la cabeza haciendo que los enormes aros dorados que cuelgan de sus orejas se muevan de un lado a otro.

Me coloco las gafas que se me han ido bajando a la punta de la nariz y miro al frente para cruzar la calle.

—Oye, ¿y Din?

—Tenía cosas que hacer y, como no tiene clase hasta las diez, viene más tarde.

—¿Con Alex? —pregunto, viendo la estación en la acera de enfrente.

—Supongo. —Se encoge de hombros.

—Oye, ¿reuniste información sobre…?

Me corta antes de que pueda seguir con la pregunta.

—No.

Me giro con el ceño fruncido.

—¡Jazmín! No puedes seguir así. Las matemáticas también influyen en tus notas.

Para acabar el instituto e ir a la universidad.

Me asesina con esos ojos ámbar y trago saliva porque sé el infierno que puedo desatar con este tema.

—No todas aspiramos a sacar una media de diez en todas las asignaturas. —La frialdad de su tono y el golpe bajo me duelen; son como una bofetada.

Trago saliva para que el maldito nudo no se haga más grande. Para mí las clases siempre han sido una especie de refugio y una validación externa. Es el único camino que me han enseñado o, por lo menos, con el que mi padre me hacía caso durante un rato, y lo he seguido ciegamente.

Porque tampoco sé hacer otra cosa.

Después de un rato en el tren que circula por encima de la ciudad, nos bajamos en silencio y caminamos hacia el edificio que se alza imponente al otro lado de la calle: el River Valley.

Pero una parte de mí no puede dejar el tema. No cuando siento que se está equivocando y que yo la estoy dejando.

—Entonces, si quieres tirarte por un precipicio, ¿te tengo que dejar? ¿Es eso?

Sus ojos en blanco dejan claro que está cansada de que sea el pepitogrillo del grupo.

—Sabes de sobra que no es eso —alza un poco la voz.

—¿Y qué es entonces?

—No tengo mala media. Tener una nota más baja en mates no me va a impedir entrar donde quiero.

Aprieto los labios con fuerza porque siempre me he preocupado demasiado por las notas, y Jaz ha sobrevivido con unas medias bastante más bajas porque estaba más centrada en encontrarse a sí misma.

Se muerde la lengua y me mira fijamente.

—Yo ya he conseguido lo más importante para mí, Bee. —El brillo de orgullo que hay en sus ojos hacia sí misma me da un poco de envidia—. El resto, me la sudaba antes y me la suda ahora.

Solo le ha faltado decir: «¿Y tú? ¿Qué has conseguido?».

Absolutamente nada, supongo.

13

Bastian



Bajo a la cocina en busca de algo que comer para ir a clase lo antes posible, pero mi tío Luis ya está allí.

Como todos los días.

—Buenos días, Bastian.

—Hola —digo, abriendo la nevera.

—¿Hoy por la tarde puedes quedarte con Chapi? Nosotros tenemos que ir a hacer unos recados.

Aprieto los ojos con fuerza, porque, desde mi visita a la directora, ya me dejó bastante claro que o mejoraba mis notas y mi evidente falta de disciplina, o acabarían suspendiéndome del equipo.

—Tengo que estudiar.

Cierro la nevera y me encuentro con las cejas alzadas de mi tío.

—¿Tú? ¿Estudiando?

—Sí. ¿Qué pasa?

—No te he visto con un libro en mi vida.

Me encojo de hombros.

—Siempre hay una primera vez para todo, ¿no crees? —Me llevo

el brik de leche a la boca y, cuando termino, me limpio con el dorso de la mano. Un gesto que mi tío detesta.

—Coge un vaso, hombre.

—Bah. ¿Para qué voy a ensuciar un vaso si puedo beber a morro?

—¿Porque los demás también bebemos de ese brik?

—¿Y?

Mi tío suspira y niega con la cabeza.

—No puedo tratar de educar a Chapi con unas normas y que tú pases de ellas, Bastian. ¿Lo entiendes? —Me pongo rígido y asiento con la mandíbula apretada—. Hazme el favor —suspira cansado—. En esta casa hay normas y…

Lo corto con cierta brusquedad, porque su expresión y su tono me recuerdan que conmigo siempre han tenido que hacer un esfuerzo para reconducir mi comportamiento.

—Lo pillo.

—Píllalo, pero hazlo.

Salgo de la cocina y, sin girarme, hago un gesto con el dedo pulgar.

Chapi baja las escaleras corriendo y corre a abrazarme las piernas cuando estoy a punto de salir de casa.

—Adiós, Bas.

Le revuelvo el pelo.

—Luego nos vemos, Chapi.



Estamos en las taquillas y Connor se apoya con tranquilidad en ellas mientras yo rebusco lo que necesito.

—¿Has dicho algo en casa?

—No —respondo, y giro la cabeza para mirarlo—. ¿Y tú?

—¿Estás de coña? —Niega con la cabeza mientras sus ojos parecen buscar algo entre la gente—. Qué va. No me apetecía morir.

Cierro la puerta metálica con fuerza y me coloco la mochila al hombro.

—Pues ponte las pilas. Ya escuchaste a la directora: una más y adiós baloncesto.

Suspira y se encoge de hombros.

—Es un farol, seguro.

—Sea un farol o no, me da igual. No podemos permitírnoslo si queremos salir de aquí este año.

—Oye. Gracias, tío —baja el tono y me mira—. Por cubrirme.

—Da igual. —Me encojo de hombros—. Para eso estamos, ¿no?

—Ya, pero no cualquiera lo habría hecho. —Me coloca la mano en el hombro y aprieta—. Eres un buen colega. El mejor.

Le dedico una sonrisa suave y me siento extraño con sus palabras. No es que me hayan halagado mucho sobre el tipo de persona que suelo ser, y que él lo haga me produce sensaciones encontradas.

—¡Calla, anda! —suelto algo avergonzado—. Me voy.

—¿Adónde? ¿No vamos a desayunar?

Niego con la cabeza.

—Voy a la biblioteca. —Abre los ojos como platos—. No me mires así, capullo; tú deberías hacer lo mismo.

Se ríe con fuerza.

—No caerá esa breva.

Me siento completamente extraño cuando entro en la biblioteca y no sé adónde ir. Así que me dirijo a la señora del mostrador.

—Vengo a estudiar.

La mujer me mira con el ceño fruncido.

—Baje el tono, por Dios —exige entre susurros, y señala un cartel que tiene detrás donde se indica claramente que está prohibido hablar.

La observo sin saber qué decir.

—¿Qué quiere?

—Saber adónde tengo que ir.

Pestañea y se quita las gafas. Se levanta y señala las mesas del fondo con el dedo.

—Ahí.

—Vale.

Avanzo en la dirección que me ha dicho y me siento en el primer sitio que pillo.

Suspiro con cierto alivio cuando no hay nadie más. Abro el portátil y deslizo la mirada por las imágenes y los cuadros de texto que llenan la pantalla sin saber muy bien por dónde empezar.

Echo un vistazo a la gente que hay a mi alrededor y parece que llevan haciendo esto demasiado tiempo. Tienen un montón de subrayadores, carpetas y papeles sobre la mesa. Parecen cómodos en un ambiente que a mí me cuesta demasiado.

Me muerdo el labio.

—Quizá debería haberme traído algún cuaderno para… —digo para mí mismo—. ¿Para qué?

Suelto el aire de golpe y me siento como un elefante en una cacharrería.

Deslizo los dedos por el *touchpad* hasta llegar al principio.

¿Por dónde empiezo?

14

Bee



Las bibliotecas tienen algo que me atrae mucho; no sé si es por el silencio que hay, igual que en los templos en los que se reza a un ser superior, o por la calma que todo eso me produce. Sea lo que sea, me gusta, porque me traslada a cuando era pequeña y acompañaba a mi madre a la iglesia.

Quizá por eso me gustan tanto, porque siento que estoy con ella, aunque sea de forma simbólica.

No obstante, prefiero mil veces una biblioteca a una iglesia. Las inmensas estanterías con libros de todos los tipos y tamaños. Los carteles que clasifican cada género. Los lomos viejos y los cantos desgastados. Las páginas amarillentas por el paso del tiempo. El olor a libro nuevo y viejo. Y el silencio.

Saludo con una sonrisa a la señora Becket, la bibliotecaria, y ella me devuelve el gesto sin dejar de hacer sus tareas en silencio. Echo un vistazo de rigor, porque me gusta disfrutar de las vistas, pero tengo claro adónde voy a ir.

Soy de esa clase de personas que siempre se sientan en el mismo lugar en su casa y fuera de ella.

Avanzo entre las inmensas estanterías hacia el fondo con un par de libros pegados al pecho y casi se me caen cuando veo a alguien que no espero sentado en mi mesa. En mi silla.

«¿Qué hace en mi templo? En mi sitio», pienso sin saber muy bien qué hacer.

Lleva una camiseta de manga corta que deja al aire sus brazos con algún que otro tatuaje, y está apoyado sobre sus enormes manos con la vista fija en unos papeles. Supongo que está estudiando o leyendo, aunque perfectamente podría estar dormido.

Y justo en ese momento levanta ligeramente la cabeza y sus ojos se clavan en mí. Como si no hubiera nada más a su alrededor.

Siento un zumbido que recorre todo mi cuerpo y hace que mis piernas flaqueen.

Aunque deseo darme la vuelta y echar a correr, no lo hago, porque incluso eso me da vergüenza.

Bastian yergue la cabeza al completo y deja caer las manos sobre la mesa.

—¿Qué miras? —escupe con dureza.

Doy un respingo ante su tono de voz y la dureza con la que me habla, aunque no sé de qué me extraño si es su forma de dirigirse a todo el mundo. Me encojo sobre mí misma y miro a todos los lados, buscando unos ojos que me acusen de estar con una persona que no sabe hablar bajito en una biblioteca.

—Nada —susurro.

Frunce el ceño y sus ojos son dos rendijas.

—¿Y qué haces ahí plantada? —imita mi tono de voz con burla.

—Estás en mi sitio.

Adopta una actitud sobrada, se reclina sobre el respaldo de la

silla y cruza los brazos sobre su pecho.

—No veo tu nombre por ningún lado.

Aprieto los ojos con fuerza porque no sé cómo explicarle que ese sitio es mío y ya está.

—Bueno, siempre me siento aquí.

—Pero eso no quiere decir que sea tuyo. Así que puedo sentarme en él, ¿no?

«Supongo», me digo, aunque no pienso darle la razón.

Pero, con mi silencio, su sonrisa no hace más que ensancharse.

—Puedes sentarte a mi lado si quieres.

—Me gusta estudiar sola.

Apoya las manos sobre la mesa y se endereza en toda su altura, haciendo que sus hombros parezcan más anchos. El chirrido de la silla me pone igual de nerviosa que sus ojos azules sobre mí.

Aprieto los libros con fuerza cuando bordea la mesa y se apoya en ella. Cruza los pies por los tobillos y se queda justo frente a mí.

—Ven —dice con dureza.

Al ver que no me muevo del sitio, me hace un gesto con las manos, pero niego con la cabeza.

Los músculos de su mandíbula y sus brazos se tensan. Se agarra del borde de la mesa con fuerza.

—Ven aquí —ordena de nuevo.

Pero yo sigo clavada en mi sitio porque no sé qué es lo que quiere.

Gruñe y se acerca despacio hacia mí sin quitarme los ojos de encima.

Trago saliva y alzo el mentón cuando se me planta enfrente porque es altísimo y siento un hormigueo en el estómago.

—¿Estás sorda?

Niego con la cabeza a la vez que trago saliva.

Ladea la cabeza haciendo que los mechones de su frente se dispersen aún más.

—¿Y muda? —Clava la mirada en mi boca y siento una incomodidad que me retuerce las tripas—. ¿Tampoco sabes hablar?

—Hay sitios en los que es mejor no hacerlo.

—Pero lo estás haciendo.

Aprieto los labios.

—Porque soy educada.

Chasquea la lengua con los dientes.

—No como yo, ¿verdad? —suelta con condescendencia, alzando las cejas—. Ah, no. Espera. Que ayer te llevé a tu casa.

—Pero porque lo dijo Connor.

—Es mi coche y yo decido. —Sus ojos me perforan—. Si no hubiera querido llevarte, no lo habría hecho.

Trago saliva.

—Ya te di las gracias.

—No quiero que me las des —suelta con brusquedad.

—¿Entonces?

Se frota la barbilla y termina lamiéndose los labios. Me mira de arriba abajo, deteniéndose más de lo necesario en los libros que agarro a la altura del pecho.

—Quiero saber cómo te llamas.

—Bee.

Niega con la cabeza sin despegar sus ojos de mí.

—Tu nombre real.

—¿Por qué?

Suelta el aire por la nariz y mira hacia un lado. Soy consciente de que cada uno de sus gestos parecen… contenidos. Como ese animal que está encadenado para aplacar sus dentelladas contra los demás.

Se muerde la punta de la lengua y entierra una de sus manos en

el pelo antes de mirarme de nuevo.

—Me gusta saber a quién llevo a casa.

Pues ayer no parecía muy dispuesto a preguntarme cómo me llamo. No entiendo por qué le interesa ahora.

—Beatrice.

Asiente con la cabeza, en silencio.

—¿Nunca le devuelves las preguntas a los demás?

—¿Qué? —Me coloco las gafas.

—Nunca devuelves las preguntas de cortesía. Al menos no conmigo. —Me hace un barrido de cuerpo entero y finaliza con una sonrisa ladeada—. Luego el maleducado soy yo.

Cojo aire y movida por la rabia y la confusión, retrocedo un paso.

—Tengo que irme.

—Nos vemos, *abejita.*

Me guiña el ojo y vuelve a *mi* sitio con tranquilidad.

Como quien sabe que ha ganado una batalla.

15

Bastian



El sonido de los balones botando y las carcajadas de alguno de mis compañeros llenan la pista. El chirriar de las playeras contra el suelo encerado. El evidente olor a sudor después de llevar casi una hora y media sin parar empieza a llenar el ambiente.

—¡Wolf!

El grito de McKay, nuestro capitán, me hace mirar en su dirección y veo un balón a punto de impactar contra mi cara.

Amago hacia un lado y lo esquivo con facilidad. Me yergo por completo y extiendo los brazos, dirigiéndome a él.

—¿Qué coño haces? —alzo la voz.

—No, ¿qué haces tú? Llevas toda la tarde distraído.

Agarro el balón y se lo lanzo con fuerza. Deseando que le dé en esa cara de modelo que tiene.

«Capullo», no puedo evitar pensar cuando veo su sonrisilla.

Aunque no le voy a dar la razón en voz alta, puede que sí haya estado un poco en mi propio universo, pero es que mi encuentro de esta mañana con Bee me ha dejado pensando más de lo que me

gustaría.

Y no. No la tengo en la cabeza de esa forma. Sigo diciendo que no es mi tipo.

He pensado en ella porque se ve a la legua que es una empollona. Una chica que tiene su propio sitio en la biblioteca tiene pinta de serlo, ¿no?

Y desde el momento en el que se ha ido y he intentado concentrarme, ha sido imposible, porque una idea no dejaba de rondar por mi cabeza: ¿y si le pido ayuda? No creo que haya nadie mejor que ella para ayudarme un poco con los estudios.

Por supuesto, no le he dicho nada porque estoy seguro de que me va a decir que no. Igual no me lo dice directamente, pero fijo que pone alguna excusa.

Tengo que encontrar algo que ella quiera y yo le pueda ofrecer, pero ¿el qué?

Después de que todos hayan entrado al vestuario, me quedo un rato más, porque jugar con el equipo está bien, pero lo que siento cuando tengo la cancha solo para mí es una pasada. Cuando el único sonido que rebota contra aquellas paredes es el de mi respiración. El chirriar de mis playeras con cada movimiento y cómo se me eriza la piel cuando el balón roza las cuerdas cuando entra en el aro.

Me seco el sudor de la frente y decido que ya es hora de ir a la ducha, pero, cuando entro, mis compañeros siguen ahí, medio en pelotas y haciendo todo tipo de gilipolleces.

«¿Qué he hecho yo en esta vida?», mascullo desesperado, porque, en el fondo, pese a que sabía que estaban ahí, esperaba que se hubieran evaporado y poder disfrutar de una ducha con tranquilidad.

Cojo la toalla que hay dentro de mi taquilla y cierro con fuerza,

aunque ninguno de mis ruidos consigue callar los berridos de mis compañeros. Me quito la camiseta y tiro, para hacer que salga por mi cabeza. Me bajo los pantalones de golpe y empiezo a escuchar lo mismo de siempre.

Un «uoooooo» coreado por todos ellos me hace enfurecer. Parecen niños pequeños cuando se trata de ver o hablar de pollas, joder.

—Ya vale, ¿no? —protesto, colocándome la toalla en la cintura y tratando de avanzar hacia la ducha.

—Venga, anda, ¿desde cuándo te da vergüenza? —grita uno de los chicos.

Me giro.

—No me avergüenzo de mi rabo, sino de cómo os ponéis cada vez que lo veis. —Niego con la cabeza y alzo las cejas—. Parece que os lo queréis llevar a la boca.

Suelto una sonrisa torcida mientras todos corean un «uuuh». Y sin darles tiempo a espetar alguna gilipollez más, me voy a la ducha antes de que el sudor se quede como una capa dura de roña sobre mi piel.

Con el pelo mojado y la mochila al hombro, nada más salir del vestuario me encuentro con Connor, que me está esperando apoyado en la pared de enfrente.

—¿Qué? —Se golpea la muñeca de forma exagerada como si tuviera un reloj—. Pensaba entrar a salvarte por si te había tragado el desagüe.

Me llevo la mano al pelo y me coloco la gorra hacia delante, con la capucha de la sudadera por encima.

—¿Y por qué no has entrado?

—Luego lo he pensado mejor, y quizá sea tu momento de relax, de desconexión… y no me apetece cortarte el rollo mientras te la

sacudes.

La seriedad con la que habla me hace detenerme de golpe. Giro la cabeza y pestañeo, aunque tampoco sé de qué me extraño si Connor es así. Siempre suelta ese tipo de comentarios.

—¿Tú eres tonto? ¿Te piensas que me voy a hacer una paja aquí?

Connor se encoge de hombros, alzando las manos en señal de inocencia. Le doy un puñetazo en el hombro y eso no hace más que incrementar sus carcajadas.

Salimos por la puerta trasera y me encuentro mirando a todos los lados, como si buscara algo.

En realidad, sé perfectamente lo que espero, y es encontrármela una vez más. Como esta mañana en la biblioteca. O como ayer por la tarde en el aparcamiento.

Parece que, desde nuestro encuentro en el bus, el destino la pone en mi camino como mínimo una vez al día, y quiero seguir con la racha, o incrementarla. Por qué no.

Pero ¿qué coño estoy diciendo?

—Oye. —La voz de mi mejor amigo hace que deje de buscar a la abejita—. Voy a invitar a Adriel a la fiesta.

Me enervo, porque no me puedo creer que después de la liada del otro día siga pensando en la puñetera fiesta.

Lo miro con cara de pocos amigos, pero no digo nada sobre lo que me parece.

—¿Estás de coña?

—¿Qué pasa? ¿No te cae bien?

Entrecierro los ojos y niego con la cabeza.

—¡No es eso! ¡Es la fiesta! —subo la voz—. ¿De verdad piensas seguir adelante con ella?

—Claro. —Se encoge de hombros—. ¿Por qué no?

—No sé. ¿Porque estamos con un pie fuera del equipo? Por ejemplo —suelto con ironía y rabia—. Porque deberías ponerte las putas pilas y estudiar. —Doy un paso hacia él—. Y tú lo único que haces es pensar en…

—¿Adriel?

—Adriel —asiento.

—¿No te cae bien? ¿Es eso? Sé que en el bus fue un poco intensa, pero…

—¡Esa chica me la suda, Connor! ¡Ella no es el problema! Sino tu maldita inconsciencia.

—Ya te he dicho que está todo controlado. No ha pasado nada. Nos merecemos esta fiesta, ¿no te parece?

No. No me lo parece en absoluto, y aún menos sabiendo cómo va a reaccionar su padre si se entera. Pero si él, que es quien sufre las consecuencias, no lo piensa, yo no puedo hacer nada.

Avanzo hacia el coche con la rabia asfixiándome.

—Pensaba que, si invitaba a Bee, te animarías.

Me detengo en seco, notando el enfado en la nuca. En verdad, sería gracioso verla fuera de su hábitat natural. ¿Cómo será su vida más allá de estas paredes? ¿A qué se dedicará en su tiempo libre?

Niego con la cabeza.

—Connor, déjalo —suelto con dureza movido por la rabia—. Me da igual que invites a la pelirroja o a su amiga la empollona. No voy a ir.

—Pero es que quiero que vengas —gimotea.

—¿Para qué?

—Para estar juntos. —Estira los brazos como si fuera algo obvio —. Echarnos unas risas. Tomar algo. No sé. Las cosas que se hacen en las fiestas, supongo.

Pestañeo y aprieto los dientes, porque las fiestas no son un lugar

seguro para la bestia que hay dentro de mí. Siempre que me dejo llevar, acabo liándola. Y ni quiero ni me lo puedo permitir.

—No.

—Joder. ¿Y qué vas a hacer? ¿Quedarte en casa?

Lo fulmino con la mirada.

—¿Qué pasa? ¿No puedo o qué? —Me encojo de hombros tratando de gestionar la mala hostia que siento en la piel—. Iba a llevar a Chapi a la bolera.

—Charlie no te va a odiar porque el viernes salgas un rato con tus amigos.

Aprieto los dientes y lo miro directamente a los ojos.

—No se me olvida lo que pasó la última vez.

Se le borra la sonrisa y lo veo tragar saliva. Sabe perfectamente de qué estoy hablando.

—Fue un accidente, Bastian.

Niego con la cabeza.

—Todavía tengo pesadillas.

Connor da un paso hacia mí con cierta cautela.

—Han pasado dos años. No pienses en eso. —Coloca la mano sobre mi hombro y eso es lo que termina de reventarme por dentro.

—Como si fuera tan fácil… —Echo el aire por la nariz—. ¡No fuiste tú el que casi mata a una tía!

—¡Fue un accidente, joder! Y ni siquiera…

Me golpeo el pecho con fuerza cortando lo que va a decir.

—Pero fue mi culpa.

CHICAGO, ILLINOIS; GOLD COAST

Hace dos veranos

La noche había ido muy bien y estaba en ese punto en el que sientes que todo tu cuerpo flota.

Supongo que las copas habían ayudado a relajar mis músculos hasta el punto de no sentirme parte de este mundo. Ya no apretaba los dientes con fuerza de forma inconsciente, sino que tenía la boca ligeramente abierta, relajada.

Me había pasado parte de la noche bromeando con unos cuantos de mi grupo de amigos, jugando al *beerpong*, bebiendo de un barril de cerveza caliente y compitiendo a ver quién hacia el mejor mortal en la piscina.

—Wolf. —La voz de una chica me hizo girar sobre mí mismo y centrar toda mi atención en ella. Era rubia con unos ojos verdes muy bonitos, y mi primer pensamiento fue cómo sería sentirla encima de mí.

La inspeccioné sin disimular y, cuando volví a sus ojos, ella parecía satisfecha.

—¿Sí? —dije con la voz pastosa sin apartar la mirada de ella a la vez que bebía de mi copa.

—Pensaba que no ibas a venir.

—Aquí estoy.

Empezó a tocarse el pelo, y eso, sumado a su risa, lo sentí como una señal de que buscaba lo mismo que yo: pasar un buen rato.

Empecé a analizar el entorno para encontrar un lugar al que poder llevármela. Quizá detrás del cuarto de la limpieza que estaba al fondo del jardín.

Se acercó a mí hasta que sus tetas rozaron mi pecho.

—¿No me vas a invitar a una copa? —me susurró con voz melosa.

Desvié la vista a la mano que sujetaba un vaso de plástico y alcé las cejas.

—¿No tienes una ya?

Torció el morro y, sin dejar de mirarme a la cara, la tiró al suelo.

Pasé la mano por su cintura; la atraje hacia mí.

—Creo que ya lo pillo —sonreí, pasando la punta de la nariz por su cuello—. ¿Te apetece dar una vuelta?

Noté la vibración de su risa en todas partes.

—Pensaba que no me lo ibas a pedir nunca.

Ascendí hasta la comisura de su boca y, cuando la besé, me recibió con ganas. Pasó una de sus manos por el pelo de mi nuca.

—¿Nunca has pensado en cortarte el pelo?

—¿No te gusta? —Le metí la lengua hasta la campanilla.

No dijo nada más y, en verdad, poco me importaba si le gustaba o no mi pelo largo. Le agarré

la mano y empecé a caminar en dirección al final del jardín, donde la cantidad de gente disminuía considerablemente.

La música empezó a sonar con intensidad dentro de la casa, y muchos de los que estaban fuera entraron cantando al unísono. Eso me dio más libertad para moverme por el porche, hacia el jardín.

Ella me siguió sin preguntar nada. Bordeamos la piscina y, de pronto, noté que tiraba de mí hacia atrás.

—¡Espera! —dijo con voz cantarina.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa? ¡Venga! —grité molesto.

—Se me ha caído el pareo... y...

Me llevé la mano al pelo y comencé a sentir un hormigueo demasiado familiar que no había experimentado en esa noche.

La impaciencia. El querer algo ya y ahora.

Me empecé a poner nervioso. Odiaba que me hicieran esperar; la paciencia no era lo mío. Algo que de normal podría tratar de controlar, en ese momento, con todo el alcohol que tenía en el cuerpo, me sería imposible.

Tiré con fuerza de ella y se zafó de mi agarre.

—Espera.

Aquello terminó de reventarme.

—No espero. Tú sabrás lo que haces —la amenacé.

Me di la vuelta con la rabia llenando cada recoveco de mi cuerpo, frustrado por no conseguir lo que quería y ansioso por no saber cómo gestionarlo.

Caminé hacia el fondo del jardín buscando algo de aire y, sobre todo, silencio para calmar mi mente.

—¡Espera, Wolf!

Seguí andando incluso cuando escuché el impacto de un cuerpo cayendo al agua. ¿Era ella? ¿O alguien se había tirado porque le apetecía?

No me importó. No me detuve hasta que alguien gritó:

—¡Brittany! ¡Ayuda! ¡No sabe nadar!

—¡Mierda! —gruñí, y fijé los ojos en el agua. Britanny braceaba tratando de buscar oxígeno. El corazón empezó a aporrearme con tanta fuerza que incluso sentía pinchazos. Me quité la camiseta

y me lancé al agua. En cuanto me sumergí, parte de mi fuego interno desapareció para dejar pasó a la desesperación por encontrarla bien.

La agarré y subí a la superficie lo más rápido que pude. Di una bocanada de aire y la miré; estaba inconsciente entre mis brazos.

Se me paró el corazón al instante.

«Que no esté muerta, por favor», supliqué para mis adentros, con una culpabilidad que me encharcó los pulmones.

Avancé basta el borde de la piscina y la dejé ahí. Subí de un salto y me arrodillé a su lado sin saber muy bien qué hacer. ¿Le practicaba compresiones en el pecho? ¿El boca a boca?

Connor apareció a mi lado y sentí un alivio instantáneo, menos cuando sus ojos se clavaron en los míos y pude ver un rastro de reproche en ellos. Aunque quizá solo estaba preguntándome un «¿Qué ha pasado?» y yo estaba exagerándolo todo.

No lo sé.

Pero una cosa estaba clara: si esa chica no hubiera gritado, yo ni siquiera me habría girado al escuchar cómo caía a la piscina, porque, en el fondo, estaba tan centrado en lo que yo quería que lo demás me daba absolutamente igual. No había sido capaz de esperarla un segundo, aun sabiendo que después ambos acabaríamos satisfaciéndonos mutuamente.

La culpa me golpeó en la nuca. Si hubiera sido por mí y mi falta de consideración, esa chica podría haberse ahogado y yo no habría hecho el amago de darme la vuelta.

Cuando se incorporó tosiendo y escupiendo el agua, me dejé caer en el suelo y pude respirar de nuevo.

Aunque ese peso sobre mis hombros nunca se me terminó de quitar del todo.

16

Bastian



No he pegado ojo en toda la noche. La imagen de esa chica ahogándose en la piscina sigue siendo un recuerdo lo suficientemente nítido como para quitarme el sueño y alimentar la idea que lleva carcomiéndome desde hace años.

Rompo todo lo que toco.

Mi madre, al contrario que mi padre, nunca me lo llegó a decir, pero lo vi en sus ojos el último día que pisé esa casa.

Soy un animal y no tengo nada que aportar a las personas que me rodean. Quizá por eso, aunque todo el mundo me conoce, no tengo demasiados amigos. Puede que por eso solo me motiva el baloncesto, es lo único en lo que soy bueno, o lo suficientemente bueno como para que no me manden a tomar por el culo con demasiada rapidez. Al menos por el momento.

Eso es lo que me da vueltas por la cabeza mientras recorro los pasillos del River Valley a primera hora de la mañana. No son los pensamientos más alegres, y la cosa solo empeora cuando me encuentro al mítico grupito de animadoras que se consideran el

centro del universo del instituto obstaculizando el paso.

—Ey, tío.

Connor se para a hablar con uno de tercero, pero yo sigo mi camino, porque no tengo el día para hablar con nadie.

Me ajusto la gorra y la capucha. Cojo aire y me planto frente al pelotón de chicas, que obviamente ni se percatan de que estoy ahí, aunque mida casi el doble que ellas.

Están cotorreando y riendo al lado de la puerta del baño. Mirándose las uñas y tocándose el pelo, como si a las ocho de la mañana ese fuera un tema de conversación trascendental.

¿Podría pasar? Sí. Pero no me apetece tener que ponerme de lado y pegarme a la pared para pasar cuando ellas pueden tener la amabilidad de dejar el pasillo libre, que para eso está.

—Eh —alzo la voz y las cuatro giran la cabeza hacia mí.

—¿Qué?

Alisson Read, la capitana de las animadoras, me observa con sus ojos azules y unas cejas gruesas y definidas que no le favorecen demasiado, pero ¿quién soy yo para juzgar?

—Dejad pasar —exijo sin cambiar mi expresión.

Se cruza de brazos y corta por completo el hueco libre por el que podía pasar.

Me muerdo la lengua ante su desafío.

—¿Por qué nos tenemos que mover? ¿No pasas o qué?

—Molestáis.

—Nadie nos ha dicho nada.

—Igual el problema es ese. —Meneo la cabeza mientras toqueteo la visera de mi gorra—. ¿Escuchas algo de lo que te dice el resto?

Ella suelta una risita que incrementa aún más mi rabia, pero trato de no mover ni un músculo de la cara.

—Solo lo que me interesa.

—Alisson…

Me corta antes de que pueda acabar la frase.

—¡Vaya! —Su tonito condescendiente me irrita, y la manera que tiene de morderse la uña postiza del dedo índice, aún más—. Es la primera vez que la estrella del equipo se digna a decir mi nombre. —Mira a sus amigas como si fuera un tema recurrente en sus conversaciones y clava sus ojos en mí de nuevo—. ¡Guau! El dios ha bajado del Olimpo.

Frunzo el ceño.

—¿Qué coño dices?

—Lo que oyes, Wolf. —Me mira de arriba abajo—. Nosotras no somos las únicas que nos movemos por intereses.

—No sé de qué hablas.

—Que vas de diferente y único, pero en realidad eres igual que nosotros. Perteneces a nuestro mundo. Eres parte de la élite y te comportas como tal.

Creo que es de las pocas veces que no sé qué decir, porque siempre he creído que voy bastante a mi bola, pero no porque vaya con mi estatus de «estrella del equipo», sino porque no tengo nada que ofrecer más allá del baloncesto.

—Por favor, chicas. —Connor me coloca una mano sobre los hombros—. Necesitamos un poco más de espacio, ¿nos habéis visto?

Se señala el cuerpo, algo más delgado que el mío, pero grande y alto, al fin y al cabo.

Sus ojos nos recorren de pies a cabeza y me siento ligeramente incómodo y satisfecho a partes iguales.

No sé qué prefiero: que me miren con ganas de arrodillarse o que me ignoren.

El alma aborrece el vacío, querido.

—Bueno, a ti te dejamos pasar. —La voz chillona de Alisson se cuela en mi tímpano y, en ese momento, desearía tener falta de audición—. Pero el número siete debería disculparse.

Entorno los ojos y me lamo los labios, a la vez que una de mis comisuras se curva hacia arriba.

—No te pega ni el aire.

Ella mueve su larga melena rubia, porque es lo que siempre le funciona, como si su pelo tuviera poderes mágicos que, entremezclados con las hormonas de los adolescentes que la rodean, les bajara la bragueta. Pero conmigo eso no va a funcionar. Conozco a la capitana de las animadoras desde hace muchos años y no la soporto. Ella a mí tampoco, no es un secreto para nadie.

—Pues no pasas. —Levanta el mentón.

Me sitúo frente a ella y suelto una risita suave. Me inclino lo suficiente para quedar a la altura de su cara y hablo en un tono más bajo:

—Sabes que no me costaría nada cogerte en volandas y dejarte donde me dé la gana, ¿verdad?

Me fijo en cómo cambia su respiración, en el pequeño espasmo que da al recibir mis palabras. Pero no se mueve.

—Venga, no me hagas ser un capullo, Read. Muévete.

—Apártame.

Sus ojos arden. Como si lo que estuviera buscando fuera precisamente que la tocara.

Pongo las manos alrededor de su cintura y sus ojos brillan con impaciencia; pero, antes de que pueda alzarla, escucho una voz que me desagrada aún más que la de la capitana de las animadoras.

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí?

Lo que me faltaba.

Me estiro en cuanto lo veo aparecer, con esos aires de rey del

instituto.

«Este sí que se cree que acaba de bajar del mismísimo Olimpo», pienso sin dejar de mirarlo.

Aunque he de admitir que agradezco su llegada, porque hace que Alisson se despegue de mí y, como una polilla hacia la luz, se gire hacia él.

—Grayson —dice en un tono pastelón.

Y qué más quiere él, que lo ronden como moscas.

—Aliss —ronronea con su habitual tono forzado de hombre de cuarenta años que fuma dos paquetes de tabaco al día—. ¿Cómo estás?

—Ahora bien.

Los ojos de Grayson se clavan en mí y su mandíbula se tensa, pero su sonrisa arrogante no desaparece. Nunca lo hace.

—¿Pasa algo, Wolf? —Su pregunta es una indirecta. Como si yo le hubiera hecho algo a ella.

—¿Qué va a pasar? —contesto con sequedad.

—De ti espero cualquier cosa.

Una parte de mí desearía partirle la boca de un golpe seco. Que cayera al suelo a plomo, como un saco. Pero tengo muy claro que no voy a arriesgar mi futuro por ese capullo.

Grayson vuelve la vista a la capitana.

—¿Estás bien?

Ella mueve su pelo rubio y lo mira.

—Es una bestia… —dice bajito, pero no lo suficiente porque la escucho perfectamente.

Grayson suelta una carcajada.

Aprieto ambos puños dentro de los bolsillos de mis pantalones.

—Por algo lo llaman así.

Le da un toquecito en la barbilla y, aunque ella sonríe, a mí me

parece una manera sutil de llamarla imbécil. Ella no parece recibirlo así.

Garret Grayson es la definición de baboso, narcisista y pedante.

—¿Podéis apartaros para que el resto podamos pasar?

Grayson me mira y sé que va a abrir su enorme bocaza, pero algo llama su atención y, como un cuervo ante un objeto brillante, gira la cabeza de golpe.

—¡Bella! —grita sin ningún reparo—. ¡Espérame!

Se aparta de Alisson como si su contacto le quemara, y se gira por completo.

Mis ojos chocan con Bee y noto algo extraño en el estómago. Como una especie de tirón fuerte.

Veo todo su cuerpo tensarse al acaparar la atención del capitán del equipo de fútbol. Pero ¿sabes qué es lo más gratificante de todo? Que, cuando se gira, no repara en él, sino en mí.

Nos quedamos así durante unos segundos, hasta que ella aparta la mirada para centrarse en Grayson, que reclama de una forma exagerada y casi asfixiante su atención.

Y mientras ese payaso se acerca a ella, yo la observo.

Sus gafas redondas que ocupan gran parte de su cara, sus rasgos suaves y finos. Su boca pequeña, pero de labios gorditos. El pelo castaño ondulado que le cae por el hombro hasta el pecho y esa chaqueta horrorosa que podría haberle robado a mi abuela.

La comisura de mis labios se alza un poquito.

Su estilo no se asemeja en nada al del resto de las chicas que la acompañan. A su lado hay una chavala de tez más oscura que el resto que aniquila a Grayson con la mirada. Adriel, la del pelo rojo que parece haber salido de un festival *vintage*, y luego, un poco apartada de las demás, hay una chica extremadamente delgada de ojos rasgados que da la sensación de odiar a todo el mundo.

Parece que ninguna de ellas, excepto Adriel, se alegra demasiado de tener la atención de Grayson, y eso me satisface un poco.

—Tenemos clase —contesta la de piel morena, con brusquedad.

—Puedo escoltaros para que no os pase nada.

Que alguien le parta la boca, por Dios.

Echo chispas por los ojos, y de verdad que eso ya es suficiente para el cupo de gilipolleces que puedo soportar.

Miro a mi mejor amigo, que está centrado en el grupo de chicas, y le doy un golpe suave.

—Eh. —Connor aparta los ojos de ellas y me mira—. Yo me piro.

Y antes de darme la vuelta, me encuentro mirando a Bee, pero ella no vuelve a mirarme.

17

Bee



Cuando escucho la voz de Grayson, me detengo en seco y me odio por hacerlo. Porque, en realidad, me encantaría seguir caminando, fingiendo que no lo he oído, pero mi parte inconsciente me hace detenerme, aunque no me apetezca.

Desde que conozco a Grayson, siempre he tratado de tener el menor contacto posible con él, porque no es el tipo de persona con el que la conversación fluya. Toda gira en torno a él y a su vida. Y un rato vale, pero siempre ese «Yo. Yo. Y después yo» es agotador y aburrido.

¿La parte positiva de todo eso? Que tenemos clase y, cuando pasa eso, nadie consigue apartarme de mi objetivo. Pocas cosas son tan importantes como para que yo pierda la noción del tiempo y no esté todo el rato pensando: «Llego tarde», «Tardo cinco minutos en subir las escaleras, cruzar el pasillo y llegar a clase».

No ha sido, ni será, Garret Grayson quien me haga llegar tarde. Quizá, en todo caso, podría ser el dueño de unos ojos claros como el

hielo el único que podría conseguirlo.

Cuando me he girado, han sido sus ojos lo primero que he visto, y mi corazón ha empezado a aporrear con una fuerza brutal mi caja torácica. He sentido un zumbido en la base del estómago porque parece que no hay lugar en el que no me lo encuentre, aunque trate de esquivarlo con todas mis fuerzas.

—Tranquila —susurra Jaz en mi oído—. Llegamos bien.

Le dedico una sonrisa y quiero gritarle que es la mejor, pero no es el momento.

—La clase empieza en ocho minutos —digo en el mismo tono.

—Llegamos de sobra —añade Adri, y soy testigo de cómo mira a Connor mientras él se va con Bastian—. ¿Nos vamos ya? Grayson parece haberse distraído mirándose sus propios… —Lo observa con una expresión de confusión que creo que tenemos todas—. ¿Se acaba de levantar la camiseta y está sobándose los abdominales?

—Justo eso —escupe Mils—. Voy a vomitar.

Suelto una risita ante el tono mordaz de mi amiga, quien, en términos generales, odia a casi todo el mundo, pero, si la persona en cuestión es deportista, todavía más.

Sus ojos se entrecierran al mirar a Grayson.

—Ni para lavar la ropa en el río… —escupe Jaz con una mueca de desagrado.

—Pues poca broma, pero está bueno —contesta Adri sin quitar los ojos de Grayson. Mi amiga de pelo rojo debe de notar el silencio que se instaura entre nosotras y nos mira un poco incómoda—. ¿Qué? Solo he dicho que…

—¡Cállate! —grita Mils, levantando la mano—. Por favor. Acabas de perder todo el respeto que podía tenerte.

Adri alza las cejas buscando a Milán con la mirada, porque su debilidad por ella sobrepasa cualquier aprecio que nos tenga a las

demás.

—¿Qué pasa? —Se encoge de hombros realmente confusa y trata de arreglar lo que ha dicho—. Grayson está bueno. Lo hablamos el otro día, ¿a que sí? —Nos mira buscando apoyo.

—Sí —asiente mi mejor amiga—. Pero no pudimos acabar de hablar. Creo que cambiamos de tema.

Adri se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja ligeramente avergonzada, porque sabe que nos cuesta mantener el hilo de la conversación porque empieza a entrelazar temas. Pero la queremos así, con todos sus enredos, y ella lo sabe.

Lo sabe, ¿no?

Milán clava sus ojos negros en Adri, con la confianza suficiente de quien sabe que puede decirle cualquier cosa a la otra persona y no habrá consecuencias.

—No te puede parecer que está…

—Bueno… —Adri titubea, insegura. Baja la vista a sus Vans negras. Cruza las piernas enfundadas en unos pitillos negros con dos rajas en las rodillas que dejan ver las medias de rejilla que lleva debajo y se muerde el labio.

—Oye, chicas, no es por nada, pero ¿vamos? —pregunto con la voz suave. Primero, porque quiero ir a clase y, segundo, para aliviar un poco la tensión que se ha generado entre nosotras.

Jaz asiente con la cabeza y echa a andar conmigo. Adri y Mils nos siguen en silencio, pero es Adri quien lo rompe en cuanto llegamos a la planta de arriba.

—Para que lo sepas, no tiene nada que ver una cosa con otra…

No necesito observarla para saber que se está justificando ante Mils. Como siempre.

—Tiene todo que ver, Adri. —Milán nunca la llama por su diminutivo—. Si me estás diciendo que alguien como Grayson te

gusta…, eso refleja cómo eres.

¿Te suenan las típicas escenas de las películas en las que todo se queda en silencio y el plano se aleja de la protagonista hasta hacer que parezca una hormiga en mitad de un montón de gente? Pues así me imagino a Adri ante las palabras de nuestra amiga.

—Milán —interviene Jaz con un tono cortante—, te estás pasando.

—¿Por qué? —Se encoge de hombros como si no acabara de herir a su mejor amiga—. No he dicho ninguna mentira.

—Da igual, chicas —contesta Adri con un hilo de voz y una sonrisa amargamente forzada—. Tengo que irme a…, bueno…, que luego nos vemos.

Me siento fatal por ella, porque no hay nada más horrible que el que la gente a la que aprecias te diga que eres una mierda de persona, sin ningún tipo de filtro.

—Adri… —La agarro del brazo para impedir que se vaya y siento un millón de abejas en el estómago cuando me mira aguantándose las lágrimas.

—Luego hablamos, ¿vale? —dice con un hilo de voz—. Estoy bien. No pasa nada.

Se va sin mirar a nadie más. Sin despedirse con su habitual buen humor. Sin la luz que siempre la acompaña, y me siento la peor persona del mundo por no haber tenido el valor de defender a mi amiga con uñas y dientes.

Pero es que una cosa es cuando alguien externo se mete con lo mío, que me sale ese instinto protector (o maternal, como dicen ellas de forma cariñosa), y otra muy distinta cuando el conflicto es entre ellas.

Ahí me siento entre la espada y la pared, porque siento que, si defiendo a la una, estoy atacando a la otra, y al revés.

Es en esos momentos en los que mi mente se apaga y me siento como un pájaro que se choca contra un cristal una y otra vez.

Porque odio el conflicto y huyo de él. O escondo la cabeza como un avestruz y eso me hace sentir que soy muy mala amiga.

—Ya te vale —gruñe Jaz con un tono para nada amistoso.

Ahí está la leona que sí defiende a sus cachorros. Mils la observa como si no fuera con ella el tema.

—¿Qué?

—Pareces nueva, colega. —Jaz es peleona, de ese tipo de mujer que no tiene problema en plantarte cara. De hecho, del grupo, es la única que se enfrenta a Mils, cosa que las demás solemos evitar—. Sabes lo sensible que es y, aun así, no dejas de meter el dedo en la llaga. ¿Qué coño ha sido eso, tía?

—Lo que pienso —responde con una emoción inexistente.

—Nadie te ha pedido tu opinión, Milán —escupe con dureza, y sus ojos dorados se oscurecen—. Hay veces que deberías metértela por el…

La interrumpo.

—Nos ha quedado claro… —Me dirijo a Mils—. Lo que quiere decir Jaz es que has sido un poco brusca…

Mi mejor amiga me mira con las cejas curvadas casi hasta el crecimiento de su pelo, como diciendo: «Sí, venga. Eso no era lo que iba a decir».

—¿Eres la defensora de los débiles? —pregunta con retintín, ignorando lo que he dicho yo y observando a Jaz, que se encoge de hombros como si disfrutara del enfrentamiento con Milán.

—Si tú no fueras así con ella, yo no tendría que salir en su defensa.

La cosa es que Mils tampoco se queda atrás y da un paso hacia Jazmín. Ese pasito peligroso que deja claras tus intenciones.

—Eres una follonera —escupe con desprecio—. Eso es lo que eres.

Jazmín arquea las cejas ante su ataque.

—¿Yo soy follonera? —Se lleva la mano al pecho—. Tienes que estar de coña.

Mils nunca alza la voz. Te suelta los ataques con toda la tranquilidad del mundo, casi como si le diera igual herirte, mientras que Jazmín es visceral. Como un animal salvaje.

Mils niega con la cabeza y su brillante melena negra por encima de los hombros se mueve al compás. Aún recuerdo el día en que llegó a clase con ese nuevo corte de pelo y todas nos quedamos quietas en nuestro sitio. No dijo nada de que se lo iba a cortar. Ella es así. Hermética hasta decir basta.

—Desde que apareció Din, has cambiado.

Me tenso porque mencionar a Din es cruzar una línea roja.

—¿Te molesta? —pregunta con las cejas arqueadas, visiblemente molesta.

—No eres la misma de antes.

Jaz suelta una carcajada amarga.

—¿Y tú? —Alza el mentón buscando una reacción por parte de nuestra amiga, que no mueve ni un músculo—. ¿Qué te está pasando, Milán? No eres la misma de antes, ni de lejos.

—No estamos hablando de mí.

—Tampoco de mí, y aquí estamos.

Mils no dice nada, pero no aparta la mirada.

—Adri sabe de sobra cómo soy —suelta, tratando de esquivar los dardos envenenados de Jaz.

—El respeto que exiges para ti no se lo has dado a ella. Pero ni de coña.

Se quedan un rato mirándose en silencio, como dos animales

salvajes a punto de saltar al cuello del otro. Ninguna de las dos se acobarda ante los ataques de la otra.

Y Mils es la última en atacar.

—Ocúpate de defender tus derechos y de alzar la voz como estás haciendo últimamente y deja de meterte en la vida de los demás.

Y se va sin dar margen a escuchar una réplica.

18

Bee



—¿Has visto a Adri? —pregunta Jaz unas horas después mientras vamos a la cafetería.

Niego con la cabeza sin dejar de apretar con fuerza la tira de mi mochila de piel sintética. Jaz bufa a mi lado, y es que no se le ha pasado el enfado de esta mañana. Y no me extraña, porque Mils se toma demasiadas libertades con lo que dice y lo que hace, sin tener en cuenta a las demás.

Vale que siempre ha sido un poco así, pero es que últimamente no sé qué ha ocurrido en su vida para que se comporte de esa forma tan destructiva. Y sobre todo con Adri, que, de las cuatro, ha sido siempre su punto de apoyo.

Avanzamos entre la multitud hasta llegar a la cola de la comida. Cogemos las bandejas y aguardamos nuestro turno.

—Ya sabes cómo es… —digo, volviendo al tema.

—Me da igual —contesta con brusquedad mirando al frente—. Me tiene cansada. ¡No somos su saco de boxeo personal!

—Ya lo sé —suelto cabizbaja—. Igual ha tenido problemas en casa…

Jaz me interrumpe con los ojos ardiendo.

—Pues que lo diga. Que cuente de una vez lo que le pasa.

Aprieto los labios.

—Tampoco podemos obligarla. Si no quiere hablarlo…

—Que no lo hable si no quiere, pero que por lo menos nos trate bien. —Avanzamos despacio—. A mí me tiene harta, la verdad.

—Se nota.

Gira la cabeza hacia mí y me mira, inquisitiva.

—¿Qué pasa?

Levanto los hombros restándole importancia.

—Nada. Que se nota que cada día la soportas menos.

—Hombre, Bee. ¿Me vas a decir que no se está pasando de la raya?

—Sí…, si yo no digo que no.

Jaz suspira.

—¿Pero?

—Pero estoy segura de que hay algún motivo que desconocemos.

—Siempre tan buena… —Me da un codazo suave antes de colocar la bandeja en el mostrador e ir arrastrándola—. Eres un ser de luz.

Sonrío con cierta timidez.

—¿Qué vas a hacer hoy? —pregunto.

—Lo mismo de las últimas semanas. Ir a mirar tiendas, muebles…

—Tu padre lo está dando todo por lo que veo.

—Bueno, ha delegado en mí parte del trabajo, y no me disgusta.

—Me alegra que por lo menos lo estés disfrutando y que confíe

en ti.

—A mí también, la verdad. Ya tocaba, ¿no?

—¿Qué le parece que te vayas a quedar aquí?

—Está dando volteretas.

Nos echamos a reír.

—Y yo.

—Dice que está muy orgulloso de mí por haber encontrado algo que me motiva.

—Yo también lo estoy, Jaz —digo con sinceridad.

Hace un gesto, tratando de quitarle relevancia, porque, en el fondo, le da un poco de vergüenza que alguien le diga cosas bonitas, sobre todo relacionadas con su talento para casi todo lo que se propone.

—Y yo de ti.

Frunzo el ceño.

—¿De mí?

Los hombres y las mujeres que sirven la comida nos atienden con una sonrisa y paramos nuestra conversación para elegir el menú. Después de eso, volvemos a nuestra mesa con las bandejas llenas.

Jaz se sienta frente a mí.

—De que te hayas apuntado al musical.

Noto cómo mis mejillas arden.

—Para ayudar.

—Da igual. —Me mira fijamente mientras se lleva un trozo de zanahoria a la boca—. Lo guay es que has salido de tu zona segura. Has pasado la línea y te has lanzado a algo que querías hacer. Y esto es solo el principio de una gran cantidad de pasitos.

Le dedico una sonrisa, porque, aunque odio reconocerlo en voz alta, soy de ese tipo de personas que necesitan la validación externa

de la gente que me rodea. Por eso, que Jaz se sienta orgullosa de mí y me apoye en mis pequeños logros para salir de mi cascarón me da mucha tranquilidad.

—¿Te he dicho alguna vez que no sé qué haría sin ti?

—Más de las que puedo soportar.

Nos reímos a la vez.

Empezamos a comer y, al cabo de un rato, Jaz rompe el silencio.

—¿Bee? —Alzo la cabeza con la boca llena—. ¿Cuándo me pensabas contar que Bastian te llevó a casa el otro día?

Me atraganto y comienzo a toser, porque, de todas las cosas que podía esperar, esta no era una de ellas.

Su sonrisa no hace más que ensancharse mientras espera a que termine de ahogarme. Coloca los codos encima de la mesa, entrelaza sus bonitas manos con algún que otro anillo dorado que le decora los dedos, y apoya la barbilla en sus manos unidas.

Agarrándome el pecho, cojo el agua y bebo hasta saciar ese picor constante.

—Venga, anda. Desembucha.

19

Bastian



—Entrenador… —Connor se acerca jadeando y se coloca frente a él—. ¿Puedo salir media hora antes?

El señor Robinson alza las cejas y se cruza de brazos.

—¿Pasa algo, Arias?

Mi amigo niega con la cabeza y, por cómo mueve el pie, sé que está mintiendo.

—Tengo cosas que hacer en casa.

—Vale, pero mañana la recuperas.

Connor asiente y, cuando se da la vuelta, se topa de pleno conmigo.

—¿Todo bien? —pregunto con el balón bajo el brazo.

—Sí.

Pasa por mi lado y me golpea el hombro.

—No me esperes.

Entrecierro los ojos, pero no digo nada en voz alta porque nuestro entrenador nos está mirando.

Connor echa a correr hacia los vestuarios y yo sigo con mis tiros

libres.

—¡Wolf! —el grito de mi entrenador me hace buscarlo con los ojos, con el balón entre las manos a punto de lanzarlo—. ¿Todo bien?

—Sí —contesto en automático.

—Eso espero.

Trago saliva y desvío la atención al aro de color naranja, porque, si se entera de algo de lo que pasó la semana pasada, estamos jodidos.



Cuando salgo de la ducha, se me hace rarísimo que Connor no me esté esperando fuera, aunque ya me lo avisara. Es lo que tienen las costumbres.

Me llevo la mano al pelo húmedo y puedo imaginármelo echando a correr hacia la entrada del auditorio para esperar a cierta chica de pelo rojo, porque, aunque no me lo haya dicho, sé de sobra que está interesado en Adriel.

Aunque tampoco hay que ser muy listo para darse cuenta.

Salgo al aparcamiento con las llaves en la mano y me encuentro buscando a una chica con gafas, pero no hay ni rastro de ella.

No debería extrañarme, si nunca hemos coincidido a la salida de mi entrenamiento, solo esa tarde. Como un eclipse de sol, que sucede una vez cada muchos años.

—Hola.

Cierro la puerta de casa con el pie y dejo las llaves sobre el recibidor. Veo a mi primo sentado en el último escalón, apoyado sobre las rodillas con la consola que encontramos la semana pasada

en el desván.

—Chapi.

—Hola —responde sin apartar los ojos de la pantalla.

Niego con la cabeza y voy hacia el salón.

—Ya he llegado. —Me apoyo en el marco de la puerta y observo a mis tíos dando media vuelta al salón.

—Ay, mira qué bien —jadea Luis arrodillado, mientras Don trata de coger uno de los jarrones de hace mil años. Y es que el interior de esta casa es como el de un castillo del siglo XVII—. ¿Puedes sacar a Chocolate?

—¿Ahora? —gruño.

—Bastian, por favor. —Luis se incorpora—. Nosotros estamos liados, y el pobre lleva toda la tarde esperando para salir.

—Vale —suspiro.

—No tardes. Es viejo y tiene incontinencia. Ya sabes lo que pasó la última vez.

Como para olvidarlo.

—No hace falta que me lo recuerdes. El que se pasó dos horas limpiando la alfombra fui yo.

Luis y Don dejan escapar una sonora carcajada y yo contengo la risa, porque, aunque no me hizo gracia, ahora es algo que sí me arranca una sonrisa.

—¡Chocolate! —llamo al Schnauzer mediano de pelaje oscuro y, mientras voy a coger su correa, escucho sus patitas por el parqué. Me agacho a su lado cuando se sienta frente a mí moviendo la cola —. Vamos a dar una vuelta.

Me lame la mano y ladra, emocionado por salir un rato.

Enseguida me incorporo y miro a Chapi, que sigue en la misma posición en la que lo he encontrado.

—¿Vienes?

—No.

—Al final te vas a quedar lelo con tanta consola.

No espero a que me conteste y salgo a la calle.



Avanzo por la acera y me dirijo a un parque que no está muy lejos. Es un lugar tranquilo al que suele ir la gente con sus mascotas.

Al llegar, lo suelto de la correa para que pueda corretear con libertad y meto las manos en el bolsillo de mi sudadera. Mientras avanzo, echo un vistazo a mi alrededor y, de repente, veo a una chica con una pose un tanto extraña.

—¿Qué hace? —musito entre dientes, entrecerrando los ojos para enfocar la imagen que no logro entender.

Y es que está sentada a los pies de un árbol y tiene, literalmente, la cara metida en un libro.

Mi sorpresa llega cuando veo que es ella.

Algo en mi estómago se enciende. Como una corriente eléctrica.

No puedo dejar de observarla, porque creo que nunca había visto a nadie leyendo en público de esa forma. Cierra el libro de golpe y se lleva la mano a la boca a la vez que niega con los ojos cerrados.

Yo me toco el pelo y sacudo la cabeza con incredulidad.

—Qué rara es…

Y aunque intento seguir mi camino, mis piernas me llevan en su dirección y, cuando me doy cuenta, estoy plantado frente a ella.

—Vaya casualidad.

—¡Ay! —grita asustada y, cuando gira la cabeza para mirarme, su gesto cambia.

Ladeo la cabeza.

—No quería asustarte.

—Pues no lo has conseguido…

Suelto el aire por la nariz y echo un vistazo a Chocolate, que está olisqueando un matorral.

—Ya veo…

Ella aprieta los labios sin dejar de agarrar el libro entre sus manos.

—¿Estás así por eso?

Trato de fijarme en la portada para averiguar qué es lo que está leyendo, pero no tengo ni idea de qué puede ser.

—Sí.

—Ah.

—¿Has venido hasta aquí por eso?

—Me ha llamado la atención ver tu cabeza ahí dentro. Pensaba que te pasaba algo.

Sus mejillas se ponen rosas. Mis comisuras se alzan un poco.

—Bueno…, es que…, yo… —titubea, nerviosa.

—¿Sueles venir mucho por aquí?

Cambio de tema de forma radical porque tampoco quiero que se sienta avergonzada.

—Sí. Me gusta.

—¿Y cómo es que nunca te he visto?

Se encoge de hombros y se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Bueno, pues supongo que igual que en el instituto…

—Ya —respondo, lamiéndome los labios—. Y ahora te veo en todos lados.

Desvía la mirada. Una parte de mí quiere ponerse de cuclillas para estar a la misma altura y poder mirarla de frente, pero no lo

hago.

—No es mi intención…

—No he dicho que me moleste.

—Ah —suelta de forma ahogada—. Eh. Bueno, yo me iba ya.

—Mentirosa —suelto, y eso hace que me mire otra vez.

—¿Perdona?

Me encojo de hombros.

—No parecía que quisieras irte.

—Pues sí.

—Vale, vale —digo con una sonrisilla.

Empieza a recoger sus cosas y, cuando se pone en pie, me hace gracia nuestra diferencia de altura.

Con la bolsa de tela colgada del hombro, me observa colocándose las gafas.

—Bueno —dice, como ligeramente incómoda—. Me voy.

Asiento en silencio.

—Hasta mañana.

Y no sé por qué, pero tengo ganas de que sea mañana para encontrármela de nuevo.

20

Bee



—¿Cómo estás? —pregunto abriendo los botes de pintura.

Adri me observa con los brazos en jarras y el peso de su cuerpo sobre una de sus piernas.

—Bien.

La miro a través de mis gafas y me apoyo sobre la mesa.

—Adri…

—¿Qué?

—Ayer desapareciste.

Niega con la cabeza.

—Estuvimos juntas aquí, como todas las tardes.

Niego con la cabeza porque siento que está evadiendo el tema.

—Ya, pero no hablamos de lo que pasó por la mañana.

Sus ojos azules me observan y brillan con cierta tristeza. Una que siempre ha camuflado con ese carácter tan brillante.

—No hace falta hablarlo. —Se encoge de hombros—. Yo creo que no he dicho nada malo. Solo di mi opinión porque siento que

con vosotras puedo decir cualquier cosa sin sentirme juzgada. —Se mira los pies—. Pero… parece que me equivocaba. —Me dedica una sonrisa triste que me parte el alma, porque de eso trata la amistad, o al menos la nuestra. De la seguridad de poder decir cualquier cosa sin miedo a sentirnos juzgadas—. Sé cómo es. Y que su vida es complicada…, pero… —Levanta la cabeza hacia el techo y suelta el aire de forma brusca antes de mirarme—. Yo no voy a ir detrás de ella a ofrecerle una justificación.

La miro sorprendida porque su relación con Mils siempre ha sido lo primero para ella. Adriel daría la vida por nuestra amiga y, de hecho, siempre estaba ahí para ella incluso cuando Mils la echaba.

—Para ti Mils siempre ha sido…

—Lo primero. Sí, lo sé. Pero me estoy cansando de dar prioridad a quien parece que me tiene en último lugar.

Noto que la voz se le rompe un poco y supongo que es normal. No es fácil darlo todo por alguien que nunca está satisfecha con lo que haces.

Su confesión me hace sentir un poco de pena por ella, y por la manera tan sincera que tiene de entregarse.

Acerco la mano para tocarle el brazo, para que entienda que estoy ahí si necesita algo. Me sonríe con el gesto más desolador que he visto nunca.

—Estoy bien.

Asiento y dejo el tema.

—¡Uf! —Inspira el aire con fuerza—. Me encanta el olor a pintura. ¡Dios, qué rico! —Se acerca a los botes—. Me dan ganas de comérmelos.

Suelto una carcajada cuando se alza y veo la punta de su nariz manchada de pintura dorada.

—Te has pintado, boba.

Rodeo la mesa para acercarme a ella y, con la confianza suficiente, me chupo el dedo y le limpio la nariz.

—Pareces mi madre.

Niego con la cabeza sin dejar de sonreír hasta que le dejo la nariz limpia, y le doy un besito.

—¡Hala, ya está! —Regreso a mi sitio—. ¿Alguna novedad más?

Su sonrisa se hace gigante y sus ojos brillan con fuerza.

—Puede.

—¿Te vas a hacer la misteriosa?

—Claro que no. —Se apoya con fuerza en la mesa y hace que todo se tambaleé—. Ay, tía. Es que… Connor es tan mono…

—¿Puedo saber para qué vino ayer?

—Me ha invitado a su fiesta.

Alzo las cejas sorprendida y muy contenta por ella, primero porque ama las fiestas, y segundo porque que te inviten a este tipo de cosas es una especie de reconocimiento social.

—¡Qué bien!

—¡Sí! —Se muerde los labios sin dejar de sonreír—. Y, claro, Connor me ha dicho que puedo ir con mis amigas… —Me da miedo cómo ha cambiado su tono de voz, porque puedo imaginar lo que va a decir a continuación—. Y había pensado en que vinieras conmigo.

Llegados a este punto, la culpa que suelo sentir de forma habitual hace acto de presencia, porque no quiero ir.

No me gustan las fiestas, y menos las que organizan los deportistas, que, no es por nada, pero suelen desmadrarse demasiado. Si a eso le sumas el alcohol que no podemos consumir porque es ilegal, la gente que no deja de hacer el ridículo... El ruido y los gritos…

Y esos son solo algunos de los muchos factores que me hacen aborrecer las fiestas.

Y de las cuatro, Adri es la única que vive por y para ese tipo de eventos. Siempre que escuches «fiesta», Adriel estará por ahí, solo que no ha tenido mucha suerte con nosotras en ese sentido.

Aunque espero que en otros ámbitos sí se sienta afortunada.

Por norma general, y de una forma que después de todos estos años no he logrado comprender, su compañera de batalla en este tipo de eventos era la mismísima Milán.

Y ahora todos sabemos cómo está el tema entre ellas, ¿verdad? Bueno, pues si habitualmente me cuesta bastante decir «no», imagínate cuando sé cómo están las cosas y cuando pone esa carita de cachorro abandonado.

Y lo peor es que sé que, si le digo que no quiero ir, no se lo va a tomar mal, porque no es rencorosa, en su alma eso no existe, y mucho menos te obliga a hacer cosas que no quieres.

Quizá por todo eso me veo obligada a ir, aunque lo que más deseo es pasar el finde tranquila.

—Me lo ha dicho Connor.

—¿El qué? —frunzo el ceño.

—Que vengas.

Eso sí que me pilla por sorpresa, porque quitando las fiestas que se organizan en el instituto, nunca me han invitado a una. Al menos no el anfitrión.

—Ah. Qué majo.

—¡¿A que sí?! —alza la voz, emocionada—. Entonces ¿qué? ¿Vienes?

Me encantaría decirle que no.

—Bueno… —digo poco convencida—. ¿Qué puede salir mal?

Su grito de emoción me hace encogerme un poco. Me abraza con una fuerza desmedida y, después de darme las gracias unas diez veces, se va corriendo al escenario con la energía por las nubes.

Supongo que, por verla así de contenta, vale la pena ir a una fiesta que no me apetece en absoluto.

21

Bee



—¿Por qué no sabré decir que no? —maldigo entre dientes, mirándome por última vez.

Después de comerme la cabeza con qué ponerme para una fiesta a la que no me apetece ir, me decanto por una camiseta básica de color negro, una minifalda plisada del mismo color y unas medias de cristal. Y para darle algo de color, mi cárdigan amarillo. Uno de mis favoritos.

Me peino con los dedos para no perder mis ondas y me ato dos mechones detrás de la cabeza con un lazo del mismo color que el cárdigan.

Espero no pasar demasiado frío.

Miro el reloj, ligeramente ansiosa, porque Adriel debería haber llegado hace quince minutos y no hay ni rastro de ella.

Mientras la espero para ir juntas, repongo el comedero de Bloom en su rinconcito, donde puede comer y hacer sus necesidades. Le acaricio la cabecita y mi móvil empieza a sonar.

Me meto en el grupo que tenemos y leo los mensajes.

A🔔: Bueno, ¿seguro que no
os animáis a venir?

Jazzy❤: Nosotros nos quedamos en casa…

A🔔: ¿Otra vez manta y peli?
Qué aburridos sois…

Jazzy❤: Sabemos pasarlo bien 😛

A🔔: Guarda la lengua, que
últimamente le das mucho
uso, cochina 👉👌

Jazzy❤: Mmm ¿huelo a envidia?

A🔔: Pues claro que sí, jajaja

¡Callaos ya! No necesitamos
saber las intimidades de
nadie.

Jazzy❤: No te pongas nerviosa, Beatrice.

Con la mirada perdida, dejo el móvil sobre la encimera de la cocina. En cuestión de segundos el telefonillo suena y corro a cogerlo.

—¡Soy yo! Baja.

—Voy.

Me observo por última vez, como si hubiera cambiado algo en ese rato, pero supongo que es a causa de los nervios.

Aunque he pasado la mañana de lo más tranquila adelantando trabajos y tratando de estudiar un poco, a medida que se ha ido acercando la hora mi corazón latía más deprisa, y no sé si es por ir a un sitio lleno de gente, con todos los factores que no me gustan y no voy a repetir, o porque, sabiendo que la fiesta es en casa de Connor, puedo imaginar quién va a estar por allí.

Un chico de ojos azules que últimamente veo en todas partes.

Agarro un bolso antes de que se me olvide y bajo para encontrarme con mi amiga.

La abrazo con todas mis fuerzas en cuanto me encuentro con ella.

—Qué guapa.

Se encoge de hombros y da una vuelta sobre sí misma. Lleva una camiseta de manga larga de rayas de colores y una minifalda vaquera con medias de cristal.

—Tú también estás preciosa. Muy *cute*.

Después de un rato caminando hacia la estación, rompo el breve silencio que hay entre las dos.

—¿Sabes dónde es la fiesta?

—Bee, ¿estás bien? En casa de Connor. Lo hemos hablado esta mañana. Y ayer. Y seguramente…

Hago un gesto de desaprobación y la interrumpo porque creo que no nos estamos entendiendo.

—No me refiero a eso. Me estoy refiriendo adónde es. En qué lugar.

—Aaah. Vale. —Se muerde el labio inferior—. Creo que es en Lincoln Park.

Una de las zonas más bonitas de la ciudad; no está muy lejos del

centro, pero sí lo suficiente como para sentir que es un universo paralelo con avenidas repletas de árboles y casas preciosas, como el barrio en el que vive ella.

Mentalmente pienso en la línea que tenemos que coger y en dónde bajarnos.

—¿Y qué vamos a hacer allí?

Quizá ha sido una pregunta estúpida.

—Beber. Hablar con la gente. No sé. Las cosas que se suelen hacer en las fiestas, ¿no?

—Ya. ¿Estaremos con Connor?

¿Estoy queriendo preguntar algo, pero dando demasiados rodeos? Puede ser.

—¿Supongo?

—¿Supones? O sea, ¿te ha invitado, pero no sabes si vas a estar con él?

—Es el anfitrión y supongo que tendrá que estar a… —deja de hablar y me observa con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa?

—Nada. Es que me pone nerviosa ir a un sitio en el que no conozco a nadie…

—No nos va a pasar nada. Además, ni que fuera la primera vez que vas a una fiesta.

—Ya, pero no sé.

—No te preocupes. Connor es mi amigo, todo va a ir bien.

Me muerdo los labios porque quiero decirle que él no tiene mucha pinta de querer ser su amigo precisamente, pero prefiero no adelantarme y equivocarme.

—Bueno…, pero no el mío.

—Mis amigos son tus amigos, Bee.

—¿Y tus amigos por qué tienen que hacer fiestas?

Se ríe con fuerza.

—Todos los adolescentes hacen fiestas, menos nosotras. —Levanta las cejas—. Además, siéntete afortunada, porque conocemos al anfitrión… Lo normal es no saber quién las organiza… Piénsalo, ¿alguna vez has ido a una fiesta conociendo al que la da?

Me pongo seria y niego con la cabeza.

—No voy a fiestas.

—Ya, bueno... —Hace una mueca—. Pero en el hipotético caso de que fueras. Yo he ido a muchas y creo que nunca he conocido al que las organizaba. Aunque, bueno, el año pasado sí estuve en una… —Ya empieza a desvariar—. Fue muy gracioso, porque conocí a una chica que iba a mi clase de pintura, y ella era amiga… Ah, no. Espera. ¿Se estaba enrollando con el que organizaba la fiesta? —Frunce el ceño y se muerde el labio—. ¿O aún no se habían liado? Bueno, no me acuerdo exactamente. La cosa es que me pidió que la acompañara, y ya sabes que a mí no tienes que pedírmelo dos veces.

¿Y dónde está esa chica ahora para que te acompañe a este infierno?

—Sí, vale. —Nunca sé cómo cortarla cuando empieza a desvariar —. Ya lo entiendo.

—Hubo una movida… —Agita las manos, emocionada—. Casi queman la casa.

¿Qué?

Me paro en seco en mitad de la calle. Definitivamente, no quiero ir a la fiesta.

—¡Adriel! —grito—. Eso no me da ningún tipo de confianza.

—Ay, tía. —Pone los ojos en blanco y tira de mí—. No seas exagerada. Eso no tiene por qué ocurrir ahora. Lo vamos a pasar genial, ya verás.

Después de un rato en silencio con el ruido de la ciudad de

fondo, Adri clava su mirada en mí y me observa con sus enormes ojos.

—¿Qué es lo que pasa? Puedes decírmelo. ¿Es por el casi incendio?

Suelto el aire con un poco de angustia, porque es un cúmulo de demasiadas cosas.

—No sé. Me da cosa que esté Grayson. No me apetece encontrármelo.

—Pensaba que me ibas a decir el nombre de otra persona.

Arrugo el entrecejo y me coloco las gafas.

—¿De quién?

—No lo sé. Quizá el nombre del número siete del River Valley.

Entrecierro los ojos porque ella sabe de sobra que no sé nada de deporte, pero identifico el número siete con una persona concreta, porque, alguna vez que lo he visto, llevaba ese número en la espalda.

«Bastian».

Niego con la cabeza.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. Creo que es tan tu rollo…

¿En serio?

Pestañeo, escéptica, cuando Adri me tira del brazo para que crucemos como si no acabara de soltar una barbaridad por la boca.

—No es para nada mi tipo —alzo la voz, ligeramente ofendida.

—Bee, por Dios. —Extiende los brazos—. Te encanta leer sobre hombres bordes y misteriosos que odian a todo el mundo menos a ella.

—Tú lo has dicho. Me gusta «leer». —Pestañea como si no entendiera la diferencia, así que continuo—. Que me guste en la ficción no quiere decir que eso sea lo que busco en la vida real.

—¿Me estás diciendo que, si en un libro te gusta un personaje borde, eso no quiere decir que en la vida real te gusten los bordes?

Asiento con una sonrisa.

—Eso es.

Ladea la cabeza y su expresión me deja claro que no lo entiende.

—No comprendo tu lógica, pero diremos que vale.

Me tira de la mano y entramos en la boca de metro.

Ligeramente molesta conmigo misma por no haberme explicado bien, o con ella por no comprender la mentalidad de una lectora, me dejo arrastrar de nuevo.

Pasamos las tarjetas para acceder a los vagones. Aunque estar bajo tierra no me hace especial ilusión, me alivia saber que, unas cuantas paradas antes de llegar a nuestro destino, el tren sube a la superficie y hace el recorrido por las vías elevadas que atraviesan calles y edificios.



Cuando llegamos adonde se supone que es la fiesta, yo solo quiero darme la vuelta, ponerme el pijama y leer hasta quedarme dormida. Aún no hemos entrado y la música retumba por toda la calle. Tanto que puedo imaginar a la perfección como si estuviera ocurriendo a tiempo real cómo nos van a arrestar cuando los vecinos nos denuncien por exceso de ruido.

Me planteo salir corriendo de allí, pero Adri me mira fijamente, me agarra fuerte de la mano y su sonrisa me pellizca el corazón.

—¿Lista?

No.

Asiento en silencio y me dejo arrastrar por ella, con una sensación molesta e incómoda, como si me adentrara en la casa de los Salvatore y me fueran a drenar la sangre hasta dejarme seca. Aunque, si esta fuera la situación, habría venido hasta descalza.

Para qué mentir.

22

Bastian



Camino por la casa de mi mejor amigo, en la que, cuando éramos pequeños, nos pasábamos las tardes jugando a la consola, o robando chocolatinas del cajón de las chuches y yendo a la casa del árbol para comerlas a escondidas de sus padres.

Ahora, avanzo entre la marabunta de cuerpos que bailan, beben y gritan, y me pregunto qué hago aquí.

Y aunque podría poner mil excusas, hay una que destaca entre todas. Una que tiene gafas y ropa de abuela. Una empollona que pasa más tiempo en mi cabeza del que me gustaría, y no porque haya sentido un flechazo abrasador. Ni porque quiera acostarme con ella, sino porque me causa curiosidad.

Ella y su forma de vivir.

Cuando Connor me confirmó que le había dicho a Adriel que Bee estaba invitada, empecé a replantearme venir.

¿Soy un amigo de mierda por no estar aquí solo por Connor? Seguramente. Pero estoy, ¿no? En un lugar que no me hace sentir cómodo. En un sitio que me trae unos recuerdos de mierda.

Recordándome que nunca seré lo suficientemente bueno.

Avanzo tenso, con las manos en los bolsillos, en busca de Connor, pero me encuentro con McKay, que me para con su habitual sonrisa.

—Wolf.

—Ey. —Alzo el mentón a modo de saludo.

—¿Cómo estás? —pregunta con los ojos un poco vidriosos—. ¿No tomas nada? —insiste, buscando en mis manos un vaso rojo, igual que el que sostiene él.

Niego con la cabeza y me ajusto la gorra que llevo del revés.

—De momento no.

—Chico responsable, ¿eh?

Asiento con los labios apretados. En parte, me alivia ver que no hay ni un ápice de burla en sus palabras.

—¿Has visto a Connor? —quiero saber mientras lo busco entre la gente.

—Qué va, tío… Es raro que no esté recibiendo a la gente, ¿no?

Dirijo los ojos a la puerta de entrada, porque igual está por allí. Y es entonces cuando veo un punto amarillo entre la multitud.

Trago saliva. El corazón me da una especie de brinco raro cuando la distingo: melena castaña. Gafas redondas. Boquita de piñón. Una chaqueta de punto amarilla fea de cojones, pero una faldita que estiliza sus largas piernas…

Aparto la vista de golpe y trato de centrarme en mi capitán, que me mira como si esperara que le respondiera; el problema es que no sé qué me ha dicho, porque yo estaba distraído mirando las piernas de Bee.

¿Qué me había preguntado? Joder.

Carraspeo y trato de seguir la conversación con algo sencillo y trivial.

—Bueno… ¿Qué tal?

McKay es un genio para las relaciones sociales, por eso, a parte de nuestro capitán, es el presidente del club de debate.

Habla hasta con las piedras.

—Bueno. Estoy pendiente de que no aparezca mi hermana pequeña por aquí. Ya le he dicho que no venga, pero ya sabes. —Pone los ojos en blanco—. Las fiestas son demasiado tentadoras…

Espera, ¿qué?

—¿Tienes una hermana? —pregunto con sorpresa.

—Sí, tío. —Suelta una risita nerviosa, como si fuera algo que sabe todo el mundo que lo conoce un poco.

Una sensación extraña se instaura sobre mi pecho, pero trato de no hacerle mucho caso, porque solo reafirmaría mi teoría de que no tengo demasiados amigos, y este tipo de cosas explicaría por qué.

McKay y yo llevamos yendo a clase juntos desde noveno grado y yo me entero ahora de que tiene una hermana pequeña.

Así está el patio.

—Oye, luego nos vemos… —Estira la mano para que se la choque y lo hago de forma automática.

Antes de que se dé la vuelta, tengo los ojos fijos en la puerta principal.

Y como si la música se hubiera detenido de golpe y yo hubiera gritado: «Eh. Tú. Abejita», ella gira la cabeza. Y pese a toda la gente que hay a nuestro alrededor, sus ojos se clavan en mí. Y llámame loco, pero, cuando me mira, siento el suelo temblar bajo mis pies.

—Necesito una cerveza.

Y voy a la cocina antes de hacer una tontería.



La cabeza de Connor se asoma por detrás de la barra. Sus ojos marrones se clavan en mí y me recibe con una enorme sonrisa.

—Joder, tío —grita emocionado—. ¡Pensaba que no ibas a venir!

Me abraza con fuerza y deja las manos sobre mis hombros.

—Ya me estoy arrepintiendo —jadeo angustiado—. ¿Tienes una cerveza para mí?

—Joder. Sí. Claro. —Vuelve a la barra mientras yo me siento en uno de los taburetes de la isla de la cocina—. ¿Y Chapi?

—He pasado la tarde con él y se ha quedado sopa en el sofá mientras veíamos *Space Jam*.

Asoma la cabeza y alza las cejas con una sonrisa ladeada.

—Enseñándole cultura general, por lo que veo.

—Hombre, por supuesto —digo orgulloso.

Se estira y me tiende la cerveza.

—¿Cómo te sientes?

—Bueno. Estoy.

—No va a pasar nada. —Sale de detrás de la barra y arrastra un taburete para sentarse a mi lado—. Nos lo vamos a pasar bien, ya verás.

Asiento en silencio, porque tampoco tengo mucho que decir a eso.

—¿Cuándo vuelven tus padres? —pregunto para evitar pensar en lo raro que me siento.

—El martes.

—Cuando esto acabe, te ayudo a recoger.

—No te voy a decir que no. —Suelta una risita—. Esto se va a quedar hecho una mierda.

Bufo y doy un trago a la cerveza.

—Te metes en unas…

—De vez en cuando viene bien.

Pego otro trago para ganar algo de tiempo y no dejarme llevar por lo que me carcome por dentro.

—Oye —bajo un poco la voz y lo miro fijamente—, ¿tú sabías que McKay tenía una hermana pequeña?

Connor pestañea sin dejar de mirarme. No hace falta ser muy listo para ver la confusión en sus ojos.

—Sí. Claro.

De puta madre. Soy el único que no lo sabía o, más bien, que no se ha interesado lo suficiente por su capitán.

—He visto a tu amiga. La del pelo rojo.

Los ojos se le abren de par en par y su sonrisa dice todo lo que necesito.

—¡Calla! —Gira la cabeza hacia la puerta de la cocina como acto reflejo, como si ella fuera a estar ahí plantada al haberla mencionado —. ¿Sí? ¿Y le has dicho algo? ¿Te ha dicho…?

—Nada. En cuanto las he visto, he venido a buscarte.

—¿Ha venido con…?

Lo corto antes de que pueda decir nada más.

—¿Con la empollona? —suelto como si me molestara su presencia—. Sí.

Connor frunce el ceño. Parece que no le ha hecho mucha gracia mi tono.

—¿Por qué haces eso?

—¿El qué? —Me encojo de hombros y levanto un poco el mentón.

—Fingir que te la suda tanto que no sabes cómo se llaman. —Se aparta un poco de mí y suelta un quejido—. Te pido, por favor, que no me jodas con esto. —Alzo las cejas—. No me mires así. —Niega con la cabeza—. Me interesa ella, y, por lo tanto, sus amigas.

—Connor… —trato de decir en un tono divertido para aliviar

parte de su mosqueo. Porque él nunca suele enfadarse.

—¡No, joder! ¡No! —Por fin empieza a sonreír—. No lo digo en ese sentido, capullo.

—Sé que eres liberal, pero no sabía que…

Niega con la cabeza.

—¡Cállate! —Bebe de su cerveza y, unos segundos después, vuelve a hablar—. En serio, Bastian. Las chicas son muy raras, y, si a sus amigas no les caes bien, estás jodido…

—Yo no pinto nada en todo esto —digo con sinceridad—. Eso es cosa tuya.

—Eres mi mejor amigo y nos pasamos todo el día juntos. No quiero que las asustes cada vez que nos las encontremos.

Traro de mantenerme impasible ante su comentario, que no hace más que recordarme lo que soy. Lo que todo el mundo ve en mí y que yo mismo me he ganado a pulso.

Me apoyo sobre la barra.

—¿Por qué dices eso?

Pone los ojos en blanco.

—¿En serio me lo preguntas? Se te da igual de bien relacionarte que cuidar plantas.

Suelto una carcajada seca, porque mi relación con la jardinería es bastante lamentable, pero que haga ese símil solo incrementa la sensación que tuve antes con McKay, y no me gusta.

—¿Tengo que ser majo solo para que tú te folles a Adriel?

Quizá lo he soltado con más condescendencia de la que merece, porque en realidad tampoco está haciendo nada malo. Está interesado en una chica, y punto.

Joder. Qué tonto soy.

—No se trata de… —discrepa—. No es eso, Bastian. No quiero que seas agradable para que pueda follármela. Es que igual deberías

empezar a cambiar un poco tu actitud con los demás, ¿no? Ábrete un poco. Socializa.

Trago saliva y me aparto de la barra para poner algo de distancia entre los dos.

—Soy como soy…

Me corta, alzando la voz como muy pocas veces lo he visto hacer, y menos conmigo. Se baja del taburete para enfrentarse a mí.

—Deja esa excusa para otro. No me vale, Bastian… Sé bastante bien lo que es tener una vida complicada, y no me parece que sea una excusa para mandarlo todo a la mierda. —El dolor de sus palabras se me cuela como astillas en la piel.

—Yo no soy tú, Connor. Deberías saberlo.

Me quito la gorra para echarme el pelo hacia atrás y colocármela de nuevo para aliviar la tensión que siento con esta conversación.

Sé que no soy ningún ejemplo a seguir y que mi forma de enfrentarme a las cosas es destrozándolas o fingiendo que todo me la suda.

¿Debería cambiarlo? Sí, pero llevo demasiado tiempo siendo así. Yo qué sé.

—No quiero que seas como yo. Solo me gustaría que te abrieras más… Eres un tío de la hostia, y deberías enseñárselo al mundo.

Miro hacia el techo buscando las palabras adecuadas en mi cabeza, tratando de silenciar todo lo que bulle en mi interior, porque crecí en una casa en la que nunca nada estaba bien.

Todo lo que hacía Bastian estaba mal, al menos a ojos de mi padre.

Y llegó un punto en el que lo mejor era fingir que todo me daba igual.

10 años atrás

Bastian se había pasado toda la mañana jugando al baloncesto. Sus tíos habían colocado un aro encima de la puerta del garaje para que su sobrino pudiera practicar cuando los visitaba durante las vacaciones de verano.

En ese momento, Bastian no lo sabía, pero salir de su casa de Nueva York y pasar parte del verano en la de sus tíos le aportaba una paz inexplicable. Allí no tenía tantas ganas de hacer daño a los demás para llamar su atención.

Sus tíos estaban pendientes de él y pasaban mucho rato haciendo cosas juntos. Y eso le gustaba.

Aquella calurosa mañana de mediados de julio, estuvo jugando al baloncesto. Intentando encestar sin ningún éxito.

No coló ni una, y eso le provocaba un ardor intenso en el pecho. Deseaba tirar el balón lo más lejos posible. Quería gritar. Golpear algo.

—Una más y ya está —se prometió a sí mismo, agarrando el balón de nuevo y centrando su vista en el aro de color naranja que colgaba de la fachada.

Jadeando, con el aliento entrecortado y una capa de sudor que le pegaba el pelo a la nuca, se impulsó sobre los dos pies y lanzó el balón, que rebotó contra el aro, con la mala suerte de que le golpeó de lleno en toda la cara. Se cubrió con las manos y cayó al suelo de rodillas.

Un dolor intenso lo atravesó de arriba abajo, y la rabia por haber fallado y encima haberse hecho daño terminó de reventar lo que fuera que estuviera sintiendo por dentro.

Una especie de llamarada interna le prendió desde el pecho hasta el resto de las extremidades, y una necesidad visceral de gritar y reventar algo se apoderó de él.

Con los ojos llenos de lágrimas, se quedó ahí encogido, conteniendo las ganas de destrozarlo todo, hasta que el sonido de la puerta cerrándose lo puso alerta.

—¿Bastian? —preguntó su tío Luis—. ¿Qué pasa? —Escuchó sus pasos acercándose donde estaba y, por el sonido de su ropa y la brisa que levantó con su movimiento, supuso que se acuclilló a su lado. Cuando Luis posó la mano sobre el hombro de Bastian, confirmó sus sospechas—. Oye...

Sollozando con fuerza, se apartó las manos de la cara, y los ojos de Luis fueron

directos a la nariz, de la que le caía sangre.

Hizo una mueca y le agarró el mentón para verlo mejor.

—Vaya golpe... ¿Te duele?

Bastian asintió sin decir nada.

—Ven y lo curamos.

Bastian rechazó la idea porque una parte de él sentía un placer inexplicable al regodearse en su dolor.

La brisa fresca secó la capa de sudor que cubría su cuerpo y dejó de sentir ese fuego ardiente en sus venas con tanta intensidad.

Echó un vistazo a su tío, que lo observaba con los ojos ligeramente entrecerrados, y se dio cuenta de que llevaba algo en la mano.

Frunció el ceño e hizo un gesto con la mandíbula.

—Estamos remodelando el salón. —Levantó la mano para mostrarle una máscara de cerámica blanca con una expresión bastante fea—. Cosas de tu tío Don. Ya sabes cómo es. —Entornó los ojos.

Al ver que Bastian no reaccionaba, se colocó la máscara delante de la cara, y eso extrañó a su sobrino.

—¿Qué haces? —Se quitó la sangre y los mocos con el dorso del brazo.

—Esconderme.

Bastian pestañeó confuso.

—Pero si no te has ido... Estás aquí.

—Esto también es una forma de esconderse. —Y se apartó la máscara del rostro.

Y aquello activó algo en el interior de Bastian que ni tan siquiera él mismo comprendería hasta muchos años después.

Aunque su tío lo único que quería hacer era distraerlo y animarlo para que dejara de pensar en el golpe que se había dado, le tendió un puente invisible que Bastian cruzó como quien se hunde en el mar y se aferra a un trozo de madera podrido.

¿Si él se colocaba una máscara podría ser capaz de esconder a la bestia que rugía y arañaba en su interior?

Esconderse era la solución. Su única salida para poder convivir en una sociedad de la que no se sentía parte.

Fingir ser quien no era para sobrevivir.

23

Bastian



Connor sigue hablando y yo sigo medio absorto en mis recuerdos.

—… Mírate. Eres un chaval de dieciocho años que está buenísimo. —Lo observo con una expresión que le arranca una carcajada—. No. A ver. —Sacude la cabeza con el gesto divertido—. No eres mi tipo, ¿vale? Pero creo que eres el prototipo de muchas: deportista, atractivo y misterioso. Con dos cojones bien puestos…, bueno… —Mueve la mano para dejar de hablar de esos temas que tanto a él como a mí nos ponen incómodos—. Todas esas cosas que les gustan a las chicas.

—Connor. —Niego con la cabeza y me encojo de hombros—. No sé qué les gusta a las chicas.

—Ese es el problema. Estás tan encerrado en ti mismo que no eres capaz de ver más allá. —Se pasa la mano por el pelo corto—. ¿Tú has visto cómo te miran?

Pestañeo confuso, porque te juro que no entiendo nada.

Suelto el aire por la nariz.

—¿Cómo?

Sonríe de forma sutil.

—Empieza a observar más lo que te rodea. Te vas a sorprender. —Bebemos en silencio y, acto seguido, habla de nuevo—. Oye, ¿salimos? —pregunta, quitándose el bigote de espuma—. Me muero aquí dentro.



Lo sigo sin rechistar al porche trasero que da al jardín con la piscina cubierta por una lona. Trago saliva y me coloco junto a la barandilla mientras él se sienta en un banco justo debajo de la ventana, frente a mí.

—¿Nunca te has planteado hacer las cosas de otra manera? —pregunta en un tono más calmado que antes, quizá incluso arrepentido.

Me muerdo los labios y pierdo la vista en el techo del porche, analizando hasta qué punto he llegado a pensar o no en los demás.

—¿A qué te refieres?

—En la cancha eres buenísimo. Diría que el mejor…

Por su tono y la forma de mirarme, sé que se viene el temido «pero» que nunca nadie quiere escuchar. Al menos yo no.

Enarco las cejas esperando que continúe.

—Pero… —Ahí está—. Ser el mejor implica más cosas. ¿No te das cuenta de que el entrenador estaba deseando ponerte de capitán?

Frunzo el ceño, confuso.

—Pero el capitán es McKay.

—¿Y por qué crees que tú no?

Hincho el pecho de aire y me quedo callado porque no quiero decirlo en voz alta.

No tengo cojones.

—Un capitán no es solo el que juega mejor, sino el que consigue hacer equipo, y nosotros no lo somos. —Trago saliva—. ¿Sabes algo de la vida de los quince del equipo? ¿Alguno se ha acercado a contarte sus mierdas? ¿Has celebrado algo con ellos más allá de cinco segundos en la cancha? Yo qué sé… ¿Sabes qué quieren ser de mayores?

Sus palabras me caen como un puñetazo en la base de la garganta. Como un mordisco en la lengua mientras comes. Como vivir en un cuerpo que odias.

Aparto la mirada, buscando a través de la ventana que da al interior algo que me distraiga y alivie la picazón que siento en la piel.

—No sé cómo hablar con ellos de algo que no sea el baloncesto —admito avergonzado.

Se levanta y se coloca a mi lado.

—Tienes cualidades de sobra para hablar de mil cosas que no sean el baloncesto, Bastian, pero, si no practicas, nunca lo vas a conseguir.

—Joder, Connor. Yo no sé hacer eso.

Se encoge de hombros y me dedica una sonrisa.

—Habrá que intentarlo, ¿no?

«¿Y cómo empiezo?». Me gustaría preguntarle.

Pero el estruendo de la puerta golpeando la pared me hace girar la cabeza de golpe.

24

Bee



Se me para el corazón de golpe cuando salimos al porche trasero y nos encontramos con Connor y Bastian.

Y es curioso cómo sus ojos azules como el hielo se fijan en mí, aunque Adriel esté delante. Seguramente, si el porche estuviera más iluminado, se me verían las mejillas rojas como tomates.

—Ay. Hola —dice Adri, sin disimular su alegría.

La imagen de los dos ahí apoyados sobre la barandilla del porche bajo las tenues luces de los farolillos no hace más que destacar lo altísimos que son.

—Pensaba que no vendrías. —Connor se acerca a Adri sin vacilar y yo no sé dónde meterme. Me siento una intrusa.

—Te dije que no me la perdería por nada del mundo.

—Ya…

Se miran, y la tensión evidente y palpable que hay entre ellos lo llena todo. Aprieto los labios, porque, si antes quería quedarme en mi casa, mis ganas ahora han aumentado de forma considerable.

Connor desvía los ojos hacia mí, pero creo que es más por cortesía que por otra cosa.

—Me alegra que hayas venido, Bee.

—Gracias por invitarme —respondo con cierta timidez, porque mentir nunca se me ha dado demasiado bien.

—Podéis sentaros —dice en un tono divertido, y lanza una mirada a Bastian—. No mordemos ¿A que no?

—No.

Por su tono de voz y la rigidez de sus anchos hombros, cualquiera diría que no se dedica a descuartizar a gente en sus ratos libres.

Adri me mira buscando mi aprobación y yo le dedico una sonrisa suave y la sigo hasta el banco, tratando de ignorar la incomodidad que me supone que esos dos chicos nos estén prestando toda su atención.

Connor vuelve al lado de su colega, pero sin quitar los ojos de encima a mi amiga.

—Bueeeno —rompe el hielo Adri en un tono cantarín cuando nos sentamos en el banco—. ¡Hay muchísima gente!

Odio ese tipo de situaciones incómodas en las que ninguno sabe de qué hablar o qué decir ¿O soy la única que se siente así?

—La verdad es que sí… —La voz de Connor suena distendida y fluida—. No pensaba que fuera a venir tanta gente. ¿Lo estáis pasando bien?

—Mucho. —Adri me mira—. ¿A que sí, Bee?

—Muchísimo —suelto con brusquedad de forma automática.

Me arrepiento en el mismo momento en el que lo digo porque creo que se ha notado demasiado que obviamente no me lo estoy pasando bien.

Opto por cerrar la bocaza y dejarles hablar a ellos, así que, para

no mirarlos como si fueran los protagonistas de mi nueva novela, me observo las manos, como si hubiera algo interesante en ellas.

Uno de los motivos por los que no levanto la vista es porque noto sus ojos sobre mí, y no quiero enfrentarme a ellos.

O quizá es que no tengo el valor para hacerlo.

—¿Qué tal los entrenamientos? —La facilidad de mi amiga para sacar temas de conversación es admirable.

—El fin de la temporada nos está jodiendo. —Connor suelta una risotada—. Más entrenamientos significa menos tiempo libre.

—Vaya. Qué pena.

—Podríais venir a vernos algún día…

—¡Claro! —grita mi amiga con su habitual euforia, y me da un codazo suave—. Podemos decírselo al resto e ir todas, ¿no te parece?

Asiento con una sonrisa floja cuando la miro.

—Oye, Adri, ¿podemos hablar?

Levanto la cabeza de golpe y desvío mis ojos entre él y ella. Y yo no puedo evitar pensar que, obviamente, esa pregunta es una indirecta clarísima de que quiere llevársela por ahí y dudo mucho que sea para hablar. Mi amiga lo contempla ensimismada con los ojos enormes y no puede contener la sonrisa que tira de las comisuras de sus labios.

Evidentemente, ella quiere ir con él.

—Sí. Claro. —Me busca y baja la voz—. ¿Te importa?

—No —miento—. Vete.

No hace falta que se lo diga dos veces para que se coloque a su lado y bajen juntos las escaleras que llevan al jardín.

Él camina con las manos en los bolsillos y ella va a su lado, dando pequeños saltitos y alzando mucho la cabeza para mirarlo.

El silencio empieza a pesar tanto que siento como si se me

hubiera caído encima un armario gigante a rebosar de ropa.

Bastian los observa irse, y no sé si es porque quiere hacerlo o como una forma de evitar mirarme a mí.

Mis pensamientos se diluyen cuando me detengo a verlo mejor, ahora que está de perfil siguiendo con la mirada a Connor y Adri.

Está apoyado en la barandilla con las piernas cruzadas sobre los tobillos. Me llama la atención su camiseta de manga corta ligeramente ancha, la cual deja al aire sus brazos, con algún que otro tatuaje. No entiendo cómo no tiene frío. También me gustan sus vaqueros desgastados, que se le ajustan a las piernas. No obstante, he de confesar que el elemento clave que hace que mi estómago empiece a revolucionarse de una forma que no comprendo del todo es la gorra que lleva puesta hacia atrás.

Gira la cabeza de golpe y sus ojos coinciden con los míos sin ningún tipo de vacilación.

¡Ay, Dios!

Me ahogo al sentir el peso de su mirada sobre mí, porque me ha pillado de pleno examinándolo. Nerviosa por múltiples motivos, abro la boca y digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¿No tienes frío?

—No. Ahí dentro hace un calor horrible.

«Pero estamos aquí fuera», quiero decir.

—Ya… —Aprieto los labios y coloco las manos debajo de las piernas.

—¿Me has estado evitando?

Quizá un poco.

—¿Qué? No. —Y acompaño mis palabras con un movimiento de cabeza—. ¿Por qué dices eso?

—No sé. —Se encoge de hombros—. La última vez no parecías muy contenta de verme.

«Me interrumpiste en un momento muy épico de un libro, eso es imperdonable», pienso.

—Ya, bueno…, es que… cuando estoy leyendo…

—No te gusta que te molesten —finaliza por mí sin pestañear.

—Sí.

Suelta lo que parece ser una especie de ¿risita?

—Pido perdón por eso.

Le dedico una sonrisa cortés y nos quedamos de nuevo en silencio, hasta que habla otra vez.

—¿Sabes? Es que… —carraspea, mirándose las playeras—. No se me da bien la gente, y mucho menos los que sois como…

Agita la mano como si con eso lograra encontrar las palabras para definirme, y yo frunzo ligeramente el ceño porque puedo esperarme cualquier comentario ofensivo con la intención de ser gracioso, igual que haría Grayson.

Y no quiero enfrentarme a algo así. No me apetece. Pero, una parte de mí siente una curiosidad irracional por esta versión de Bastian que no conocía.

—¿Como qué? —pregunto con curiosidad, porque lo más bonito (es ironía) que me ha dicho es que parezco una abuela, así que ya puedo esperarme cualquier cosa.

—Brillantes.

Me quedo con la boca abierta. Me mira fijamente.

—No sé cómo me tengo que tomar eso…

Se muestra indiferente, como si no acabara de decirme algo muy… bonito. Aprieta sus manos contra la barandilla y termina lamiéndose los labios. Gesto que no me pasa desapercibido.

—Como quieras.

Hago una mueca con la boca.

—Después de llamarme «abuela», cualquier cosa que reciba de

ti es un halago increíble. —Trato de disimular el impacto que han provocado sus palabras.

Restarle importancia para no ponerme más nerviosa de lo que ya estoy.

Clava sus ojos en mí y veo cómo sus labios dibujan una sonrisa que muestra parte de sus dientes.

—No te lo tomes a mal. No era mi intención…

—¿Decir que parezco una señora de ochenta años? La verdad es que es un comentario muy agradable. Se nota que tienes mucho tacto.

Y entonces suelta una carcajada alzando la cabeza al techo, dejando una panorámica de su cuello y la nuez de Adán. Cuando me mira de nuevo, sus ojos tienen un brillo que no estaba antes.

—Yo no he dicho que fueras una señora de ochenta. Solo que tu ropa la podría llevar mi abuela.

No lo está mejorando, si esa era su intención.

Entrecierro los ojos.

—Pero hoy estás muy guapa —suelta con la voz más ronca, haciéndome un barrido de arriba abajo que me hace arder.

Para aliviar la vergüenza y el bote que ha dado mi estómago al sentir sus ojos sobre mí de esa manera, trato de hablar. De lo que sea.

—¿Hoy no llevo ropa de abuela?

Yo quería cambiar de tema, no seguir con el mismo. Por Dios.

—No.

Trago saliva y desvío la mirada hacia otro lado.

—Venga, dilo.

Giro la cabeza hacia él y lo miro confusa.

—¿Qué?

—Lo que sea que estés pensando. Dilo.

—Pero…

Me interrumpe.

—Yo te he llamado abuela. Tú puedes llamarme lo que quieras. —Aguarda, expectante y dispuesto a soportarlo todo—. Es lo justo.

Suelto el aire y me coloco las gafas.

—Borde.

Suelta una carcajada seca que me pilla por sorpresa. Se lame los labios y termina con el inferior entre los dientes.

—Me esperaba algo peor, la verdad —dice aún sonriendo.

Qué guapo es.

Y qué poco sonríe para lo bien que le queda.

—No se me da bien insultar a la gente —confieso avergonzada.

—A mí tampoco.

La seriedad con la que lo dice hace que nos quedemos mirándonos y, de repente, estallemos en carcajadas. Aunque yo con mucha más fuerza que él.

Esta versión me gusta. Parece alguien diferente. Es como si ahora estuviera más ligero. Como si en el instituto llevara una carga demasiado pesada sobre sus hombros y ahora, esta noche, se hubiera quitado parte de ella.

Nos quedamos en silencio. Él contempla la punta de sus playeras y yo lo miro a él. Otra vez.

La vergüenza me invade las mejillas cuando alza los ojos sin mover la cabeza ni un ápice y me encuentra mirándolo. La dureza de sus rasgos, junto con la intensidad de sus iris, me hacen tragar saliva.

La comisura de sus labios se eleva ligeramente.

—¿Me estás mirando, abejita? —pregunta en un tono ronco, con un deje ¿juguetón?

Hincho el pecho de aire.

«Abejita».

En su momento, cuando me lo llamó por primera vez, no le di demasiada importancia, pero ahora, en ese contexto y esa situación, el apelativo hace que mi estómago tiemble.

Y no entiendo por qué.

Aunque admito que en los libros el momento en el que él le pone un apodo es una de mis mayores debilidades. Pero esto no es un libro y nosotros no somos los protagonistas.

—No.

Arquea las cejas con diversión.

—No mientas —insiste, negando con la cabeza y descruzan las piernas—. No se te da bien.

—No miento.

Se cruza de brazos.

—¿Tanto te cuesta admitir que me estabas mirando? —insiste.

Yo aprieto los labios y siento las mejillas ardiendo.

—Bueno, te estaba mirando…

—Está bien saberlo.

—Pero que te mire no quiere decir que…

Me callo antes de seguir porque no soy de ese tipo de personas que hablan y después piensan. De hecho, suelo sobrepensar mucho las cosas que voy a decir.

Por la forma en que entorna los ojos, parece que es capaz de escuchar los engranajes de mi cabeza. Y sin dejar de mirarme, se separa de la barandilla y avanza hacia mí, lo que me obliga a levantar el mentón para mirarlo.

¿Por qué te acercas?

Desde esa altura, puedo confirmar que intimida más de lo normal. Se detiene cuando sus deportivas rozan mis zapatos y, con las manos en los bolsillos, habla con voz ronca.

—Dilo, abejita. No tengas miedo.

Una bola de nervios me aplasta el estómago y toda la saliva que tenía en la boca desaparece.

—Pues eso. —Carraspeo para calmar mis nervios—. Que te esté mirando no quiere decir que sea por algo… bueno.

Su mandíbula se tensa y, sin esperarlo, se agacha frente a mí.

Ese gesto me bloquea cualquier tipo de pensamiento racional. Aplasta mi lógica y mi estabilidad. Supongo que su cercanía no ayuda en absoluto, ni lo que me provoca su olor corporal.

Reprimo la necesidad imperiosa de apretar las piernas con fuerza y me agarro al borde del asiento para mantenerme un poco estable, porque siento que voy a perder el equilibro de un momento a otro.

Si a estos pequeños factores le sumas la intensidad de sus ojos azules, la anatomía de su cara, la anchura de sus hombros y la dichosa gorra hacia atrás, yo solo rezo para no deshacerme ahí mismo.

«Dios mío, ¿qué me pasa?», me repito para mis adentros sin separar mis ojos de los suyos.

—Me sorprendería si lo fuera —ronronea.

Y tengo que tratar de recordar qué era lo que le he dicho anteriormente. De qué estábamos hablando.

Me aclaro la garganta y alzo un poco el mentón para ganar algo de tiempo.

—¿Por qué?

—No suelo causar buena impresión.

—Ya. —Me muerdo el labio inferior, como un mecanismo para aliviar la tensión que está empezando a ahogarme.

Suelta una especie de carcajada.

—¿Qué? Si no he dicho nada. —Desvío la mirada.

—Es cómo lo has dicho.

Pestañeo y me coloco las gafas, que se me estaban empezando a caer. Él no pierde detalle de mi gesto y yo me ahogo un poco más en mi vergüenza.

—¿Cómo?

—Con una naturalidad que nadie usa conmigo.

Sus ojos son de un azul tan claro que parece casi gris. Y no entiendo cómo unos ojos tan fríos ahora mismo me están asfixiando de calor.

Se me hace extraño no verlo con el pelo sobre la frente. Lleva la gorra hacia atrás y eso le despeja el rostro al completo.

Debería hacerlo más.

En cuanto me doy cuenta de lo que estoy pensando, me reprendo mentalmente.

—¿Qué?

Un tirón en el estómago.

—Nada.

—Nada no. Me estabas mirando. —Curva las cejas—. Otra vez.

—Te tengo delante, ¿adónde quieres que mire?

—Oye. No te enfades, abejita. —Una de sus comisuras se alza—. No me molesta que lo hagas.

Traga saliva, y no pierdo detalle de cómo se mueve su nuez de Adán.

—Mis ojos están más arriba.

Siento un fogonazo abrasador de vergüenza y no soy capaz de mirarlo. Quiero enterrar la cabeza en la tierra.

Lo que menos me espero es que me coja del mentón para que lo mire. Cuando su piel toca la mía, siento un chispazo fugaz que se intensifica al alinear nuestros ojos.

Quita la mano de mi barbilla y ese hormigueo extraño no me abandona.

—Me gusta que me miren a la cara cuando hablan conmigo. —Su voz es más ronca de lo normal—. ¿A ti no?

—Sí —susurro—. Supongo.

—¿Supones? Pensaba que una chica tan inteligente como tú sería capaz de mucho más.

Ese comentario no me gusta demasiado y entrecierro los ojos.

—Espero que no deduzcas que soy inteligente por mi aspecto…

Hago una mueca con la boca y el estómago se me contrae cuando él clava los ojos en ese movimiento.

—¿Qué pasa si digo que sí?

Me cruzo de brazos.

—¿Es por las gafas? —pregunto molesta, pero niega con la cabeza y se pone muy serio—. ¿Entonces? ¿Qué es?

Me mira de arriba abajo sin ningún tipo de disimulo, como si estuviera evaluándome antes de responder.

—¿No puedo deducir que eres inteligente y ya está?

—Parecía que ibas a acompañarlo de algo más.

—No —suelta con la voz ronca, haciéndome un barrido que siento como si estuviera pasando los dedos por cada trozo de mi piel —. Puedes estar tranquila, Bee. En serio. Relájate.

No voy a centrarme en el cosquilleo que experimento en el estómago cuando mi apodo sale de sus labios. Así que, para evitar hacer aún más el ridículo o decir algo de lo que me arrepienta, intento apartarlo colocando los dedos en su pecho.

Pero no se mueve de su sitio y yo necesito poner algo de distancia, porque siento que no puedo respirar con normalidad.

Me siento demasiado pequeña, y no lo soporto.

Sin esperar que se aparte, porque a la vista está que no lo va a hacer, me levanto de golpe, dispuesta a marcharme. ¿El problema? Que él sigue de cuclillas frente a mí y me observa desde esa

posición.

Creo que ambos tragamos saliva a la vez, y sus ojos, antes fijos en los míos, se deslizan hasta detenerse en mis piernas. Su mirada deja un reguero por mi cuerpo como si hubieran vertido lava liquida.

Nunca me habían mirado de esa manera.

Creo que es la primera vez que siento como si me estuvieran acariciando con los dedos sin que nadie me haya tocado. No sé cómo explicarlo, pero me ahogo en una especie de excitación que no he experimentado nunca.

—Me… me tengo que ir.

Con el corazón en la garganta salgo de allí en busca de aire.

25

Bee



Avanzo entre la gente con una sensación de ahogo e incomodidad, buscando aire. Sé que no tiene mucho sentido que lo busque precisamente en una casa llena de adolescentes borrachos y sudorosos con la música a todo volumen, pero créeme que en el jardín con Bastian me estaba asfixiando.

Atravieso la multitud como un pollo sin cabeza, y visualizo la puerta principal para salir por ella y buscar un poco de calma entre todo el caos que siento ahora mismo.

Cuando estoy a punto de salir a la calle, me choco con un cuerpo que casi me hace tropezar.

—Bella.

Aprieto los ojos con fuerza y alzo el mentón para encontrarme con la sonrisa de Grayson.

No. Por favor. Lo que me faltaba.

—Hola, Grayson —digo casi sin voz.

—Te estaba buscando.

—Yo ya me iba.

Trato de esquivarlo, pero me agarra de los brazos y hago lo que puedo por zafarme de su contacto.

—¿Ahora? No, mujer. Si esto acaba de empezar.

Trago saliva.

—Estoy cansada y…

Me ahoga una sensación desagradable cuando se acerca demasiado a mi cara, y es que su loción de afeitado me provoca náuseas.

—Grayson, de verdad… —suplico, tratando de controlar la presión de mi pecho. Me encojo ligeramente—. Me quiero ir.

—¿Ahora que nos hemos encontrado? —Me pasa el brazo por el hombro y me estrecha contra él—. Te invito a una copa y te cuento cómo me ha ido en el entrenamiento, seguro que te encantará saber lo bien que se me da. —Me arrastra hacia la barra y yo no sé cómo decirle que no—. Nunca has venido a un partido mío. Deberías hacerlo.

—No… no me gusta el fútbol.

—Bueno, pero una cosa es ver fútbol y otra muy distinta verme mí. —Me mira con una sonrisa arrogante que aumenta mis ganas de querer salir corriendo—. ¿No crees?

No digo nada porque todo lo que se me pasa por la cabeza son formas de huir. No me gusta el deporte. Ni el fútbol, y mucho menos me interesa verlo jugar a él.

Busco a Adriel por todas partes y me arrepiento de haber huido en la dirección equivocada. Tendría que haberme tirado a la piscina, así por lo menos me habría ahogado y no tendría que estar entre los brazos de Grayson, que me aprietan demasiado.

—¿Qué quieres beber?

—Nada.

—Bella, no me hagas el feo.

Odio que me llame de esa forma. No lo soporto. Aprieto los labios y expulso el aire, incómoda.

—Una botella de agua.

Me suelta por fin y me mira como si fuera un bicho raro.

—¿Qué? —titubeo, sintiéndome insegura.

—¿Agua? —Soy consciente de la burla que hay en su tono—. ¿En serio?

—No bebo —miento.

Hace una mueca de desaprobación.

—Pero hoy lo harás por mí, ¿verdad? —Ensancha su sonrisa llena de dientes rectos y blancos—. Venga, anda.

—No, gracias —suelto con un tono de irritación que él ni percibe.

—Hazlo por mí. —Se inclina hacia donde estoy y mi reacción natural es echar la cabeza hacia atrás—. Te va a encantar.

Desesperada, repito de nuevo, con la intención de que esta vez sí me haga caso.

—No, de verdad que…

Pero pasa de mi cara, y le pide a un chico que está allí que nos ponga una copa. Yo solo quiero llorar de frustración. ¿Tan complicado es entender la palabra «no»?

Más allá del hecho de que le da igual lo que yo quiera, y de que está fatal que anule mis deseos, ¿por qué pide una copa y no dos?

Me muerdo los labios y trato de insistirle de nuevo.

—Grayson, de verdad…, no me apetece. Además, es que me iba ya a casa…

—Venga. No me hagas el feo.

—Te ha dicho que no.

Esa voz.

Mi corazón aporrea casi más fuerte que la música. Giro sobre mis

pies y me encuentro con Bastian justo detrás de mí, con los ojos ardiendo fijos en Grayson.

Verlo así convierte mis piernas en gelatina.

La expresión del capitán del equipo de fútbol cambia de golpe cuando escucha hablar a Bastian.

Fuerza una sonrisa arrogante.

—Nadie te ha dado vela en este entierro, Wolf.

—Ella. —Me echa una mirada fugaz ignorando el comentario de Grayson—. Te ha dicho que no quiere.

Su tono es cortante, sin subir la voz, como si en esa aparente calma no hubiera más que una amenaza velada.

Grayson se pasa la lengua por los dientes como si rebuscara entre los huecos algún trozo de comida, y es algo repulsivo. Si cree que con ese gesto muestra tranquilidad, está muy confundido.

—No sabe lo que quiere. Ella… —Coge el vaso y me lo tiende. Yo no hago amago de agarrarlo—. Necesita que la guíen un poco.

Pestañeo, sin dar crédito.

¿De verdad ha dicho eso?

—Creo que sí sabe lo que quiere. Te ha dicho que «no» —retumba su voz con una dureza que me provoca ganas de juntar las piernas. Y ya van dos veces que tengo esa sensación en un intervalo de tiempo muy corto a causa de la misma persona. Y encima seguro que él ni siquiera lo hace aposta. ¿Qué me pasa?—. Dos veces.

Grayson me fulmina con la mirada como si deseara hacerme beber la copa de un solo trago. Sin soltar el vaso, alza el mentón de forma desafiante.

—¿Llevas la cuenta, Wolf?

En los ojos de Grayson hay un brillo extraño, como si hubiera encontrado algún punto débil en la fachada de Bastian que yo no soy capaz de ver.

—Está conmigo —suelta Grayson—. Así que soy yo el que decide.

Vale que nunca había confiado demasiado en la capacidad de Grayson para respetar a las mujeres, pero ahora mismo siento que la está cagando más que nunca.

Bastian avanza de una sola zancada hasta posicionarse frente a Grayson, y, con una delicadeza que no esperaba, me aparta al mismo tiempo que acompaño el movimiento hacia un lado y tengo una panorámica perfecta de la escena.

Bastian, con las manos en los bolsillos, inclinándose hacia Grayson, que lo mira estirando el cuello para parecer más grande.

—Me sorprende lo gilipollas que puedes llegar a ser si crees que puedes decidir por ella —suelta Bastian con una tranquilidad que no me da ninguna confianza.

—Tú no te quedas atrás.

—Yo no decido por nadie que no sea yo. —Bastian sacude la cabeza, y un mechón de pelo se le escapa por el agujero de la gorra.

—Porque nunca te han dejado hacerlo. —Grayson le da un empujón.

Ay, Dios.

Se me corta la respiración cuando veo cómo Bastian baja la cabeza cuidadosamente y, sin moverse un milímetro, alza sus ojos hacia Grayson.

—Estás muerto, hijo de puta —grita con los ojos ardiendo de rabia, y se lanza contra él.

Me llevo las manos a la boca para sofocar el grito que suelto cuando escucho y casi soy capaz de sentir en mis propias carnes el puño de Bastian en la mandíbula de Grayson, que se enfurece al instante mientras se toca la cara y arremete contra Bastian.

Caen al suelo, enzarzados en una pelea que llama la atención de

todos los presentes, quienes no tardan en formar un círculo, como si ver una pelea fuese un espectáculo.

¿Por qué nadie los para y todo el mundo mira?

Busco aterrorizada a Connor para que los detenga antes de que se maten, pero ni rastro de él ni de mi amiga.

Deslizo la vista por el suelo y veo la gorra de Bastian, que ha salido volando desde su cabeza en el transcurso de la pelea, y me agacho para cogerla.

Giro la cabeza desesperada y trato de acercarme a esa maraña de brazos, golpes, gruñidos e insultos.

—Parad… —suplico, pero claramente ninguno de los dos me escucha.

Me armo de valor, porque en el fondo me siento demasiado culpable de que esa pelea haya empezado ¿por mi culpa? Si hubiera aceptado la copa, no habría pasado nada de esto. Pero tampoco tenía que hacer algo que no quería solo para mantener la paz social.

Bastian está de espaldas a mí, y es la oportunidad perfecta para acercarme a él. Estiro la mano para tocarle el hombro y pedirle que pare, pero el grito de Connor me hace apartarla antes de llegar a tocarlo.

—¡¿Qué cojones está pasando aquí?! —Abre los ojos de golpe cuando atraviesa la marabunta de gente y ve a su amigo sobre Grayson—. ¡Bastian! ¿Qué cojones estás haciendo?

Mi mirada se cruza con la de Adriel y siento un alivio enorme al verla. Corre hacia mí y, sin decir nada, me lo pregunta todo, pero no puedo pronunciar palabra porque mi atención está centrada en el chico de ojos azules que jadea con la mejilla hinchada mientras su mejor amigo lo agarra por los hombros.

—A la puta calle —grita Connor—. ¡Ahora!

Bastian resopla y lanza una mirada a Grayson, que ya se ha

incorporado y se está arreglando el pelo enmarañado.

—Eso es. ¡Llévatelo! ¡Es un puto animal!

Los gritos de Grayson no parecen tener ningún efecto sobre Bastian, que ahora tiene los ojos clavados en mí.

Su mirada me ahoga.

—Vete de mi casa —grita Connor.

El gesto de Grayson cambia por completo, como si no pudiera creerse que alguien le hable así y menos que lo echen de la fiesta.

—¿Yo? Creo que te estás confundiendo.

—Fuera de mi casa.

Grayson niega con la cabeza y se lame la sangre del labio.

—No sabes lo que acabas de hacer, Arias. —Aprieta la mandíbula y le dirige una última mirada a Bastian—. Esto no acaba aquí, Wolf.

—Oh. —Bastian sonríe y se muerde el labio inferior como si estuviera aguantando una carcajada—. No sabes las ganas que te tengo.

Connor le da un empujón a Bastian, lo aleja hacia la calle y nosotras los seguimos.

26

Bastian



—Dime qué coño ha pasado, tío. No me puedo creer que me vaya un minuto y…

Lo fulmino con la mirada mientras avanzo hacia la acera.

—No ha sido un minuto, Connor —gruño con la vena del cuello hinchada—. No me jodas. Si te vas de tu puta fiesta, te arriesgas a que estas cosas pasen, colega.

—¿Me estás echando la culpa de vuestra mierda?

—No. Bueno, sí. Yo qué sé. —Chuto el suelo con rabia, y me llevo la mano al pelo—. Te dije que era una idea de mierda. Las fiestas sacan lo peor de mí.

Suspiro mordiéndome los labios, tratando de calmar la rabia que sigue ardiendo en mi interior.

—¿Me vas a contar qué ha pasado? —dice en un tono mucho más calmado sin acercarse a mí.

Me está dejando mi espacio, y eso me gusta. Respiro hondo. Con los brazos en jarras, alzo la cabeza al cielo y expulso todo el aire que siento que está contaminándome por dentro. Toda la rabia que he

sentido y sigo experimentando quiero sacarla fuera, porque conservarla solo va a empeorar las cosas.

—Grayson —suelto en un tono cortante—. Eso es lo que ha pasado. ¿Cómo se te ocurre invitar a ese capullo?

—Joder. Pues yo qué sé. Es de los nuestros.

—No. No te equivoques. No nos compares con ese tío solo porque hagamos deporte.

—Pensaba que…

—¿Qué? ¿Qué pensabas? ¿Que lo que se ha ido cociendo todos estos años no iba a reventar por algún lado? Joder, tío. —Suspiro y mis ojos pasan a través de él para ver a la chica con la chaqueta amarilla y su amiga de pelo rojo, que nos miran desde el jardín.

Mi corazón revienta con fuerza, y abandono a Connor.

Avanzo hacia Bee sin prestar atención a nada más. Como si todo a mi alrededor se hubiera fundido a negro y solo estuviera ella al final del túnel con ese conjunto que le hace parecer una abeja.

Me planto frente a ella con brusquedad.

—¿Cómo estás? —pregunto, observando cada recoveco de su cara.

Joder. Qué guapa es, ¿no? Desde cuándo…

Niego con la cabeza y trato de centrarme en mi objetivo, que es saber cómo está. Al final, estaba en medio de esa mierda de situación.

Ella pestañea confusa.

—¿Estás bien? —repito.

—Sí… ¿Y tú? —Me recorre la cara con esos enormes ojos de color marrón con cositas verdes.

Le dedico una sonrisa ladeada y asiento.

—¿No me ves?

Alza las cejas y me mira a través de sus gafas de una forma que

me arranca una carcajada.

—No lo hagas más.

—¿El qué?

—Meterte en una pelea que ni te va ni te viene.

Pestañeo, confuso, y ladeo la cabeza.

—¿Te molesta que me haya metido en medio? Pensaba que…

—¿Que no podía defenderme?

Y aquí es donde cualquier otro hombre con un mínimo de experiencia con las mujeres seguramente se habría callado la boca.

Pero yo no soy ese tío.

—No podías. Vamos a ver, Bee —espeto con la lengua entre los dientes—. ¿Cuántas veces le habías dicho que no? —La miro fijamente esperando su respuesta, pero no llega—. Pues eso. No es culpa tuya, sino de él.

Y como si lo hubiera invocado, aparece por la puerta colocándose el pelo. No aparto la mirada de él en ningún momento porque quiero que vea con quién estoy, y que ni se le ocurra molestarla otra vez.

—Wolf, ¿todavía sigues aquí? —grita en cuanto me ve.

En el fondo, tengo ganas hasta de reírme, porque parece que nunca se cansa de quedar como un gilipollas. Y sus ojos se clavan como dardos sobre la espalda de Bee. Una parte de mí quiere cogerla y colocarla detrás de mí.

Pero la veo tensarse nada más escuchar la voz de Grayson, lo que me hace replantearme seriamente mi primera idea.

Grayson no se va, sino que, después de pararse a hablar con no sé quién, avanza hacia nosotros.

—Viene —le susurro a Bee, porque quiero ver si reacciona igual que hace unos segundos.

Levanta la cabeza y me mira con los ojos brillantes.

—¿Hacia aquí? —pregunta ansiosa.

Frunzo el ceño.

—No te preocupes. Estás conmigo.

Y sin pensarlo demasiado, paso el brazo por encima de sus hombros y la acerco a mí. Grayson se detiene a medio camino y entrecierra los ojos.

—No me lo puedo creer. ¿El siete del River Valley con Bella?

—Se llama Beatrice, gilipollas —suelto con rabia—. Eso para empezar.

—¿Y para acabar?

—Para acabar, ella está conmigo. Pírate.

Su gesto demuestra claramente que le encantaría abalanzarse sobre mí y partirme todos y cada uno de los huesos del cuerpo, pero hoy no va a tener esa suerte.

No dejo de mirarlo hasta que se va y Bee se revuelve bajo mi brazo. Bajo la cabeza para mirarla.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta, ajustándose las gafas.

—Una forma de ayudarte.

Niega con la cabeza.

—No hacía falta.

—Yo creo que sí te hace falta mi ayuda, Bee.

Me humedezco los labios, y la idea que se formó el otro día en mi cabeza toma más forma.

—Oye…, había pensado que…

—Bastian. —La voz de Connor corta lo que iba a decirle, y gruño —: Creo que ya está bien por hoy.

Se coloca a nuestro lado, sujetando a Adriel de la misma forma que yo estaba haciendo con Bee, pero la diferencia es que la chica de pelo rojo no se ha apartado. Parece cómoda bajo su brazo.

—Sí. Yo me quiero ir a casa.

La miro de nuevo.
—Te acompaño.
—No hace falta. —Busca con los ojos a Adriel—. Voy con Adri.
—Es que…, bueno…, yo pensaba quedarme un poco más.
—Ah. Bueno. Vale.
—Te acompaño —repito sin darle opción.
Bee suspira y asiente con los dientes apretados.

27

Bee



Me muerdo los labios y observo de reojo a Bastian, que camina a mi lado con las manos metidas en el bolsillo de su sudadera, la capucha puesta y la cabeza gacha.

Miro al frente y trato de caminar con tranquilidad, aunque tengo la sensación de que es capaz de escuchar los latidos de mi corazón.

No me han gustado nunca las fiestas por este tipo de cosas, pero jamás pensé que la situación se fuera a desmadrar tanto y mucho menos que fuera Bastian el que se metiera en medio.

Eso sí que me ha dejado dándole más vueltas de lo que me gustaría.

—¿Estás enfadada? —rompe nuestro silencio.

—No.

—¿Seguro?

Cuando giro al cabeza para mirarlo, él ya lo está haciendo y se me corta un poco el aliento.

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Nunca he tenido que

enfrentarme a una situación así y no sé si me molesta o no.

—¿Que yo haya intervenido o que Grayson se haya comportado como un capullo?

—Grayson es siempre así…

Me corta.

—Vamos, que te ha molestado que yo me metiera.

Me ha molestado y gustado a partes iguales. ¿Eso tiene sentido?

Suspiro y niego con la cabeza.

—No hacía falta que lo hicieras.

—Eso no responde a mi pregunta, Bee.

Se detiene en seco y yo hago lo mismo por inercia. Inspiro cuando dejo de ocultar mi cara para mirarlo y sus ojos azules me atraviesan.

—No me gusta que hablen por mí.

Alza las cejas.

—Era él quien estaba haciendo eso, ¿o ya no te acuerdas?

—Ya lo sé, pero…

—Oye, ¿qué te pasa? ¿Por qué no te caigo bien?

—Yo no he dicho que no me caigas bien.

—Pero es bastante evidente cada vez que nos encontramos.

—No es que hayas sido la persona más amable del mundo.

Entrecierra los ojos y aprieta los labios con fuerza, como si quisiera hablar.

—Ya te he dicho que no se me da bien la gente.

—A mí tampoco —confieso—. Pero no soy una borde.

Da un paso que me hace hinchar el pecho de aire.

¿Por qué te acercas?

—¿Hoy he sido borde? —baja el trono de voz, y eso no hace más que aumentar mis nervios.

—No.

—Bueno, eso quizá quiere decir que las cosas van poco a poco, ¿no crees? Joder. Ya sé que tengo un tacto de mierda.

Me da rabia tener que admitirlo, pero es así. Quizá debajo de esa fachada hay una persona agradable.

Antes, en el porche, lo fue.

Hago el amago de entrar en la boca de metro, pero me agarra del codo con suavidad y tira de mí (solo las lectoras entenderán la vibra).

Mi corazón revienta contra mis costillas cuando noto el tacto de sus dedos sobre mi piel. Y debido a su fuerza, termino chocando contra él. Subo la cabeza y me encuentro con unos ojos azules que no se despegan de los míos.

—Vamos caminando —dice sin pestañear, en un tono de voz más bajo.

—¿Por qué?

—Te necesito. —Mi corazón se para de golpe, porque, de todos los comentarios que podía soltar, ese jamás se me habría pasado por la cabeza—. Y tú me necesitas a mí, abejita.

—Ay. No me llames así.

Sus labios se curvan en una sonrisa y su mirada se ablanda. Aprieto los labios y muevo el brazo para que me suelte, pero no lo hace. Se me corta el aliento cuando baja la cabeza hacia mi cara

—¿Cómo quieres que te llame?

¿Sabes cuando quieres hablar, pero no te sale la voz? ¿Cuando te gustaría gritar, pero sabes que te vas a ahogar en el proceso?

Yo me estoy ahogando en sus ojos.

Nunca he estado frente a alguien con una mirada tan intensa; de un color helador, pero que a la vez quema.

Trago saliva y me humedezco los labios. Cojo un poco de aire y él se percata de cada uno de mis movimientos.

—¿Bee? —Inclina la cabeza, y unos cuantos mechones se mueven con soltura sobre su frente.

—Bee está bien.

Entrecierra los ojos y, por la forma en la que se estiran sus comisuras, parece que está conteniendo una sonrisilla que nunca llega a mostrar.

—¿Y qué hacemos si me gusta más llamarte abejita?

Hago un mohín con la boca y entrecierro los ojos. Parece que intenta suavizar la tensión, pero no lo consigue en absoluto.

—¿Por qué? —Me coloco las gafas.

—Me hizo gracia cuando Connor hizo el zumbido aquel día en el coche —dice con la voz baja—. Tu apodo literalmente significa «abeja», y… —Desliza sus ojos por mi cuerpo de una forma tortuosamente lenta—. Hoy pareces una.

Pestañeo y me miro el cuerpo. Voy de negro y amarillo, y en ningún momento había pensado que eso podría ser…

—Vale. —Suspiro, agotada, porque él ya ha ganado esta conversación—. Llámame como te dé la gana.

Su sonrisa se ensancha al completo mostrando parte de su dentadura. Un brillo malicioso brota de sus ojos como si hubiera algo más que no quiere decir y prefiriere mantener en secreto.

Me suelta y pone un poco de distancia, que me gusta y desagrada a la vez. Pero lo agradezco, porque siento que puedo respirar de nuevo.

—¿Puedes decirme por qué… nos necesitamos? —Me da vergüenza repetirlo cuando esa conversación parece haber muerto, pero tengo mucha curiosidad.

Me mira de reojo con la cabeza ladeada. El pelo le cae por la frente y ese gesto, la sonrisilla y la diversión de sus ojos por primera vez hacen que parezca una persona muy distinta a la de estos días.

Parece cálido y cercano. No borde y distante.

—Yo tengo que mejorar mis notas. Tengo un cero en literatura, no sé si te acuerdas. —Alza las cejas y me obligo a reprimir una sonrisa, porque aún recuerdo la forma en la que Connor me lo dijo y Bastian refunfuñó—. Y tú necesitas a alguien que te libre de Grayson.

Desvío la mirada porque sigo sin entender el fin de todo esto.

Se detiene de nuevo.

—Tú me das clases. Yo salgo contigo.

Abro los ojos de par en par, sin creerme del todo lo que acaba de salir de su boca.

—¿Qué? Es broma, ¿no?

—No —dice muy serio.

—Pero… ¿cómo? —Paro para procesar lo que quiero decir, aunque ni yo misma lo sé. De todas las cosas que me esperaba, esa no era una de ellas—. ¡Estás fatal!

Empiezo a caminar soltando una carcajada y no tardo en escuchar el sonido de sus pisadas.

—¡Oye! —Se coloca a mi lado—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

Lo miro de reojo sin dejar de caminar.

—¿Tú escuchas lo que dices? —Lo miro con un gesto de burla—. Que yo te dé clases, bueno, vale. Puedo entender que lo necesites, pero… ¿de qué me saca a mí que tú…?

Se me empiezan a trabar las palabras solo de pensar en salir con él.

—¿Finja ser tu novio? —termina mi pregunta con tranquilidad, como si fuera algo normal. Para nada extraño. Y me detengo en seco.

—Sí. Justo eso.

Se cruza de brazos y, antes de hablar, se humedece los labios.

—Estar conmigo va a hacer que Grayson desaparezca y deje de acosarte.

—No me acosa. —Niego con la cabeza, y con toda la naturalidad del mundo se toma la libertad de colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja.

Trago saliva ante ese gesto.

—Bee —insiste.

—No me acosa —repito, menos convencida que antes.

—Sí lo hace. —Da un paso hacia mí—. Y no va a parar hasta que consiga lo que quiere.

—¿Y qué quiere? —pregunto, pronunciando claramente cada sílaba.

Se lame de nuevo los labios y mis ojos se fijan en el movimiento de su lengua, de una forma lenta y tortuosamente sexy.

Oye, ¿este chico todo lo hace de forma sensual o qué pasa?

Frustrada, lo miro de nuevo a los ojos, tratando de apartar las sensaciones que me provoca tenerlo tan cerca, con esa calidez que nunca había mostrado.

—¿En serio, Bee? —pregunta con los brazos cruzados—. ¿De verdad que no te lo imaginas?

Aprieto los labios porque decirlo en voz alta se me hace extraño e incluso me hace sentir algo egocéntrica, porque, vamos a ver, ¿quién va a creerse que el capitán del equipo de fútbol me persigue a mí?

—Quiere enrollarse contigo. Echarte un polvo. —Asiente—. Dilo como quieras. Pero es lo que hay. Y todos sabemos lo que va a pasar cuando lo consiga.

«Que dejará de insistir porque ya logró lo que quería», pienso, pero no digo nada, simplemente aprieto los labios en silencio.

—Porque entiendo que tú no quieres nada con él, ¿o sí? —me interroga con la voz ligeramente rasposa.

—Ni muerta.

Lo pillo justo cuando sus comisuras se alzan un poquito, lo suficiente para ver el amago de sonrisa.

—En el fondo te gusta…

—¿El qué?

—Joder a Grayson. Por eso quieres «ayudarme». —Enfatizo las comillas con los dedos—. Porque sabes que eso lo va a herir en su enorme ego.

Debería darme igual el motivo, ¿no?

Hincha el pecho de aire llevándose la mano al pelo.

—Joderlo va dentro del *pack*.

—¿Qué más hay dentro de ese *pack*?

Y después de mantener sus ojos fijos en los míos, alza la vista al edificio que tengo detrás.

—Fin del trayecto, abejita.

Me quedo de piedra y me giro de golpe. No me puedo creer que ya hayamos llegado a mi casa. ¿Cómo se me ha podido pasar tan rápido? Ni me he dado cuenta de… nada.

Lo miro algo avergonzada y, mientras saco las llaves de mi bolso, veo su gorra ahí guardada, la cojo y se la tiendo.

—Toma. Se te cayó antes.

Desliza sus ojos hacia la gorra y me mira de nuevo sin mover un músculo del cuerpo.

—Quédatela.

—Yo… no uso gorras.

—Bueno, pero tu futuro novio sí. —Me guiña el ojo y sonríe.

Totalmente estupefacta, abro el portal y entro sin volver la vista atrás, porque sé que está ahí plantado esperando a que llegue a

casa.

Cuando me asomo por la ventana de la cocina, lo veo, esperándome y mirando hacia arriba.

—Buenas noches, abejita —levanta la voz y yo me muero de vergüenza.

Y se va por donde hemos venido, sabiendo que yo estoy en casa a salvo.

Qué mono, ¿no?

SEGUNDO ACTO

Proximidad ¿forzada?

28

Bastian



«Tú me das clases. Yo salgo contigo».

Una propuesta que no me ha abandonado ni un segundo desde que la dije en voz alta. Un trato que, en mi cabeza, tiene todo el sentido del mundo. Ella es inteligente, se pasa el día estudiando en la biblioteca y saca notazas. Es una empollona de manual. Un cerebrito, y yo soy un zote que necesita ayuda para concentrarse y hacer lo que tiene que hacer. Tengo una meta clara, pero lo que hay que hacer para alcanzarla me cuesta un poco.

Quizá no soy lo más inteligente del mundo, pero le puedo aportar seguridad. Conmigo a su lado, no va a tener miedo de que se le acerquen más de la cuenta.

No sé por qué puso esa cara cuando se lo dije, como si me hubiera vuelto loco. No me parece para tanto. Es una cuestión de egoísmo. Nos beneficia a ambos, joder.

Bajo las escaleras trotando, con el pelo húmedo, deseando, por primera vez en años, ir al instituto.

—Buenos días, bella durmiente…

Fulmino a mi tío Luis con la mirada.

—Qué gracioso eres, ¿no?

Pongo los ojos en blanco y me acerco a Chapi, que está desayunando un cuenco gigante de cereales.

Desde que me fui de Nueva York, no he podido volver a comerlos.

Bajé en pijama, enfadado porque nadie había venido cuando me desperté dando gritos por los terrores nocturnos. Me sorprendió ver a mi madre, porque nunca solía estar en casa a esas horas.

Pasé por su lado sin decirle nada. Yo estaba pensando en los cereales que me iba a comer, pero, cuando no los vi sobre la mesa, me giré con un picor incómodo en el cuerpo.

—¿Dónde están los cereales? —dije malhumorado.

No cambió su gesto como solía hacer mi padre, que no tardaba en arrugar las cejas. Ella curvó la boca.

—Buenos días, mi niño. No sabía cuándo te ibas a despertar, por eso no está preparado.

Apreté los puños con fuerza porque no lo entendía. Tenía hambre y quería comer.

—Pues hazlo.

—Claro. —Dejó todo lo que estaba haciendo y fue hacia los armarios—. ¿Qué te apetece?

—Cereales.

—¿Y galletas?

—¡Quiero cereales! —grité enfadado.

Mi madre me habló con el mismo tono dulce que siempre usaba conmigo, hiciera lo que hiciera.

—No quedan, cielo. Luego, Roberta irá a comprar comida.

—Vete ahora —exigí, porque yo quería cereales y no entraba en mi cabeza de niño de cinco años que no hubiera. ¿Cómo no iba a haber?

—Ahora no puedo, cariño.

Me acerqué a ella movido por un ardor que me quemaba y la golpeé en el muslo.

—¡Mala! ¡Eres malaaaaaa!

Pero ella no cambió el gesto en ningún momento. Nunca lo hacía.

—Bastian —suspiró, agachándose para quedar a mi altura—. ¿Quieres unas galletas de chocolate?

—¡Yo quiero cereales! —grité de nuevo.

—No hay, Bastian.

—Pues cómpralos.

—No.

Aquella palabra desató algo en mí que se formaba en la barriga y me subía hasta la boca. Me quemaba todo el cuerpo y solo quería gritar y golpear.

—¡Que síííííí! —grité, perdiendo todo el control, y me encaré hasta pegar mi cara con la suya.

—Mira lo que hay aquí. —Se levantó rápido y fue hacia el armario—. Chocolate. Podemos hacer chocolate caliente y unas tortitas.

Cuando asentí de mala gana, soltó un suspiro raro. Y se pasó el resto de la mañana temblando con una sonrisa demasiado forzada.

—Hola, Bas.

La vocecita de Chapi me saca de mis recuerdos de golpe, y trato de quitarme esa mala sensación revolviendo su mata de pelo y dándole un beso en la cabeza.

—¿Cómo estás, colega? —Me siento a su lado—. ¿Nervioso?

Tiene un examen que hemos estado intentando preparar este finde, y la verdad es que me he sentido un completo inútil al no poder solucionarle algunas dudas, porque yo también las tenía.

Estuve tentado de llamar a Bee, pero luego caí en la cuenta de que no tengo su número, pero sí sus redes sociales.

Sí. La he buscado, pero su perfil es privado, así que le he enviado una solicitud.

Y lleva todo este tiempo sin aceptarla.

—Un poco. —Me mira con esos ojos grandes y redondos—. Pero

yo creo que me va a salir bien.

Le dedico una sonrisa.

—Seguro que sí.

—¿Te duele? —Señala mi pómulo, que tiene un color no muy agradable.

Niego con la cabeza y me tenso un poco, porque llevo todo el finde tratando de evitar esa conversación. Otra vez.

—¿Y Connor? —pregunta Luis con un café en la mano sin dejar de mirar el golpe que tengo en la cara.

—Es raro que no haya venido…

—Igual le ha molestado que quisieras demostrar tu masculinidad en su fiesta, ¿no?

Aprieto los dientes con fuerza y lo fulmino con la mirada, porque en realidad no tiene ni idea de lo que ha pasado y da por hecho cosas que no son.

—Tú no sabes nada —suelto con dureza, molesto porque dé tanto por sentado.

—¿Entonces? —Se cruza de brazos—. ¿Cuál es tu excusa?

—¿Excusa?

Asiente con la cabeza.

—Para haber vuelto a casa así.

Suspiro cansado, porque eso ya lo hablamos la misma noche de la fiesta y no llegamos a ninguna conclusión clara. Él pensaba una cosa y yo defendía otra.

—Estoy bien —reitero, sin dar pie a más.

—¿Y él?

—También.

—¿Seguro?

—Deberías ver su cara —suelto orgulloso.

—Bastian, no puedes ir por ahí pegando a la gente y regodearte

de ello como si fuera algo de lo que sentirte orgulloso.

Pierdo la mirada en el techo con una desesperación que me quema por dentro, porque supongo que tiene razón. Mi actitud no deja de reforzar lo que he sentido hacia mí mismo desde que empecé a ser consciente de que lo que hacemos afecta a los demás, y viceversa.

Aprieto los dientes, frustrado porque una parte de mí está segura de que pegué a Grayson porque se lo merecía, pero la otra me grita que las cosas no se solucionan así.

¿Por qué es todo tan complicado?

—Lo hemos hablado muchas veces… —suspira, apoyando ambas manos sobre la encimera—. En esta casa hay unas normas que se deben cumplir, y tú no estás exento de ellas. —Recalca con la mirada —. Aquí las peleas están prohibidas. Ya sé que tenemos que trabajar en muchas cosas que no te enseñaron en casa y…

La sola mención de mi infancia me revuelve las tripas. Es algo que prefiero omitir, como si no hubiera existido.

—Déjalo, ¿vale?

Me levanto arrastrando la silla y miro a Chapi por última vez antes de salir por la puerta.

Se comporta como un hombrecito, justo como yo no hacía a su edad. Ni ahora.

Estoy tan orgulloso de ese niño que siento hasta vergüenza de mí mismo por no poder ser un buen ejemplo para él.

29

Bee



La primera hora siempre es un absoluto caos, sobre todo en lo que respecta a la entrada principal y las famosas escaleras. Eso se colapsa.

Avanzo buscando la puerta trasera y me quedo quieta a unos pocos pasos cuando veo una figura acurrucada en los escalones, con la cabeza metida entre las manos y el pelo negro brillante cubriendo su rostro.

—¿Milán?

Me acerco a ella con cautela, como si se tratara de un animal salvaje. Siempre con precaución.

Alzo las cejas cuando se destapa la cara y veo sus ojos rojos e hinchados.

—¿Qué? —gruñe.

Aprieto la tira de mi mochila y me muerdo el labio.

—¿Puedo sentarme?

—Como quieras.

Me siento a su lado en los escalones y me froto las manos pensando en qué decirle.

—¿Qué ha pasado?

—No es nada, Bee. —Se limpia las lágrimas—. Tengo la regla.

—No vayas por ahí. No te excuses con algo tan fácil.

Suspira, sorbiéndose los mocos.

—Ni siquiera debería sentirme así. Mis padres dicen que no tengo derecho a hacerlo.

—¿Y crees que tienen razón?

Me mira de soslayo y asiente sin decir ni una sola palabra.

Aprieto los labios con fuerza.

—¿Ha pasado algo para que estés así?

Alza la cabeza al cielo y expulsa el aire como si no supiera por dónde empezar.

—Mi hermano ha vuelto a casa.

Levanto las cejas, sorprendida, porque lo último que sabía de su hermano, Sam, es que estaba en la universidad.

—¿Y qué tal?

—Bien, Bee.

Asiento un poco cortada, porque hay muchas veces que no sé cómo actuar con ella. Antes de que pueda pensar en algo que decirle, se pone en pie y se sacude los pantalones.

—Me voy. Tengo que pasar por la biblioteca a recoger unos libros.

—Oye, Mils, sabes que puedes contarnos cualquier cosa, ¿verdad?

Me mira y suelta una especie de risa amarga que me pone los pelos de punta.

—Supongo que no todas estáis dispuestas a escucharlas —suelta con dureza, echando un vistazo justo detrás de mí, y un grito me

sobresalta al instante.

Las risa de Adriel llena el aparcamiento mientras Connor la abraza por detrás y hunde la cabeza en el hueco de su cuello.

Me giro para mirar a Mils, pero ya no está. Me muerdo el interior de la mejilla y suspiro.

—¡Bee! —grita Adri, acercándose a mí—. ¿Cómo estás?

Una maraña de nervios se posa en mi estómago porque de forma inconsciente espero encontrarme al número siete con ese par de tortolitos.

Pero Bastian no aparece.

—¿A quién buscas? —pregunta, y se da la vuelta con una sonrisilla.

—A nadie. —Aparto la mirada con rapidez y me levanto—. ¿Vamos? O…

Echo un vistazo a Connor, que, aunque se ha parado a hablar con alguien, no suelta a Adriel de la mano.

—Sí. Vamos. Espera un segundo.

Le da un tirón y él se agacha para estar a su altura. El chico sonríe mostrando su blanquísima dentadura, que destaca sobre su piel oscura, y asiente con la cabeza.

—Venga, vámonos.

Avanzamos en silencio hasta las taquillas porque tengo que hacer el cambio de libros para no partirme la espalda y tratar de llevar el menor peso posible.

—¿Y Jaz?

—No tenía clase a primera hora, y ya sabes que, si puede, aprovecha para quedarse durmiendo. Estará al llegar… —respondo, sin dejar de colocar los libros—. ¿Puedes coger esto un momento?

—Sí. Claro.

Le tiendo mi lectura actual mientras busco mi archivador en el

interior del cubículo metálico.

—Tengo la taquilla hecha un desastre y no sé por qué —maldigo, molesta—. La ordené el otro día.

El silencio de Adri no me da demasiada confianza y giro la cabeza para ver que está haciendo. Sonrío cuando la veo hojeando mi libro. Cierra la portada y ladea la cabeza.

—Qué curiosas son las modas, ¿eh? —espeta de repente—. Hace unos años, daba igual. Te metían la foto de un tío sin camiseta y mazadísimo. O de una pareja besándose… y la gente se lo compraba…

Sonrío sin disimular, porque tiene toda la razón del mundo.

—Pero ahora las cosas han cambiado. —Extiendo la mano para coger el libro que observa con atención porque tiene ese tipo de portadas—. No queremos personas de verdad en ellas.

Adri alza las cejas.

—¿Y esto qué es?

—Siempre hay excepciones, Adri. Esto… —Golpeo el libro con el dedo índice—. Es una obra de arte, y solo por eso merece la pena.

—La portada no incita a…

—Ya lo sé, pero esto es una versión *indie*. Este verano lo publica una editorial tradicional.

—¿Y te lo vas a comprar?

—Claro.

—¿Y va a tener el mismo título? ¿*Binding 13*?

Me encojo de hombros.

—Supongo. No lo sé.

—Y, si sabes que va a salir con otras portadas, ¿por qué no has esperado?

—No tengo una respuesta lógica para eso —contesto con una carcajada—. He escuchado hablar de ellos, tienen unas reseñas

brutales, y lo vi en una librería de segunda mano. —Me encojo de hombros—. Lo sentí como una señal, como si…

—Bella.

Cierro la boca de golpe al escuchar a Grayson detrás de mí. La expresión de Adriel también ha cambiado y, ya en serio, ¿este tío no se da cuenta de cuándo molesta?

Cierro la taquilla y lo veo ahí apoyado. Demasiado cerca de mí.

—Es una suerte encontrarte sola —suelta con retintín—. Últimamente, siempre estás con Wolf.

Aprieto los labios con fuerza tratando de no cambiar mi expresión facial, porque eso es totalmente mentira.

—Me tengo que ir, Grayson.

—Te acompaño. No vaya a ser que alguien te moleste.

—No. De verdad. No hace falta. —Trato de ser educada y de que no se tome demasiado mal mi rechazo.

Sus ojos se clavan en los míos y siento un escalofrío que me recorre la columna vertebral y me provoca un latigazo en la nuca.

Me detengo a mirar su cara con más atención. Tiene el pómulo hinchado y el labio roto.

—Estoy bien, Bella. No sé si lo viste, pero él acabó bastante peor.

Trago saliva y entrecierro los ojos porque el recuerdo que tengo de Bastian era con una leve rojez en la mejilla, pero nada más allá.

—¿Estáis juntos? —pregunta sin venir a cuento.

Ay, Dios.

Abro la boca para responder un «no», pero Adriel se adelanta.

—¿No se nota? —Suelta una risita—. Es que no quieren que lo sepa mucha gente. Sobre todo, Beatrice. Ella prefiere tener algo más de intimidad.

Adri enfatiza mi nombre, porque todas odiamos que me llame

Bella, pero él parece no darse cuenta, y yo tampoco le he pedido que no lo haga, así que no puedo culparlo.

Grayson me observa como si no pudiera creerse que yo esté con la estrella del equipo de baloncesto. Como si hubiera algo en todo aquello que no terminara de encajar.

—Ese tío no es de fiar, Bella.

«¿Y tú sí?», me gustaría decirle, pero me mantengo callada al lado de mi amiga.

—¿Por qué dices eso?

—Lo conozco hace mucho tiempo y es un capullo. No lo quiere nadie, ni siquiera sus padres.

Pestañeo ligeramente confusa porque en realidad no sé nada de él, y que Grayson afirme algo así me parece demasiado.

Me quedo callada con un montón de pensamientos rondándome la cabeza, hasta que Grayson rompe el silencio de nuevo.

—No puedes estar con el chico malo del River Valley. —Me pasa el brazo por los hombros y me pongo rígida al instante—. Tienes que estar con un hombre de verdad. Alguien que tenga las cosas claras.

—¿Como tú? —pregunto con un tono que le hace gracia.

Se ríe alto, como si quisiera captar la atención de los demás para que nos miren.

Algo que yo detesto.

—Claro, Bella. —Me dedica una sonrisa arrogante, pero sin mirarme—. Todos lo esperan. No podemos decepcionarlos.

Suspiro aliviada cuando el timbre suena con brusquedad y me hace dar un bote. Aprovecho para soltarme de su agarre y poner algo de distancia, pero, antes de que pueda marcharme, me atrapa por la cintura.

—Luego comemos juntos y hablamos de esto. —Detiene sus ojos en mi boca y trato de apartarme—. ¿Vale?

—No puedo.

—Sé que quieres que te invite al baile, Bella. Deja de hacerte la difícil.

En realidad, prefiero que me viertan ácido por todo el cuerpo antes que ir al baile contigo.

—Nos tenemos que ir, Grayson.

Adriel me agarra de la mano y tira de mí en dirección a nuestra odiada clase de gimnasia.

—Gracias —digo bajito, sin dejar de caminar.

—Yo ya sé que dije que me parecía guapo, pero ¿no sabe lo que es un «no» o qué?

—Es una palabra que le cuesta —respondo, tratando de quitarme esa sensación desagradable que siempre aflora con él—. No sé si darte las gracias por mentir con esa facilidad o enfadarme contigo.

—Somos amigas, Bee. Habría dicho cualquier cosa con tal de que te quitara las manos de encima. —Me dedica una sonrisa sin dejar de caminar por los pasillos—. Además, ha sido él quien me ha dado pie a mentir sobre Bastian.

Aprieto los labios con fuerza, porque parece que todos los astros están alineándose para que le dé la razón al número siete.

Hace un par de días, todo esto de fingir a cambio de darle clases me parecía una auténtica locura sin sentido, pero ahora, de repente, es como si la vida no dejara de lanzarme señales.

Quizá la única forma de que Grayson me deje en paz es fingiendo que estamos juntos, pero ¿cómo se finge eso?

En plan, ¿tendría que ir de la mano con él?

Ay, madre mía.

Solo de pensarlo, el estómago empieza a accionarse como el tambor de la secadora. Todo me da vueltas y siento una especie de hormigueo por todo el cuerpo.

Pero es un hormigueo agradable.

30

Bastian



—¿Estás más tranquilo?

La voz de Connor alivia parte de la angustia que se ha asentado entre mis costillas durante las primeras horas de la mañana. No ha habido un solo día en todos estos años en los que él haya decidido venir a clase por su cuenta a no ser que fuera por extrema necesidad.

Una de dos: o sigue enfadado por lo que pasó en la fiesta, o a partir de ahora le va a coger el gusto a venir con Adriel y a mí me van a apartar del todo.

No me he tomado demasiado bien que ni me avisara de sus planes, porque he estado mis diez minutos de cortesía esperándolo en el coche y, cuando he ido a llamar a su casa, no me ha molado mucho encontrarme con su padre apestando a tabaco y alcohol.

Cierro la taquilla con un golpe seco tratando de apartar la imagen de ese hombre siendo un deshecho de persona.

—Siempre lo estoy. —Giro sobre mis pies y lo veo apoyado en el resto de las taquillas con las manos en los bolsillos, y trato de fingir

que no siento un consuelo extraño al verlo a mi lado.

Alza las cejas con una expresión de: «¿En serio?».

—No tienes mal aspecto.

Me echa un vistazo rápido de arriba abajo. Yo me encojo de hombros.

—Estoy bien.

—¿Has visto a Grayson? —pregunta, observando a nuestro alrededor.

Niego con la cabeza esperando que me diga lo que quiero escuchar.

—¿Cómo está?

—Jodido. Le has tocado lo que más le gusta.

No disimulo la sonrisa que se dibuja en mi cara, y mucho menos delante de Connor, pero mi mejor amigo no parece muy contento, y eso daña un poco mi sensación de victoria.

—No es gracioso, Bastian.

—No. De hecho, es muy satisfactorio. —Me coloco la mochila al hombro y me yergo al completo—. ¿No te parece? —suelto con arrogancia.

—O sea, has estado dándome la lata con que me responsabilice y estudie bla, bla, bla… Que tenemos que centrarnos en el baloncesto y nuestro futuro… —Su tono no mejora para nada mi humor, de hecho, lo empeora—. Y, de repente, no dudas en meterte en movidas a la primera de cambio… ¿Por qué motivo exactamente?

Me paso la lengua por el dorso de los dientes y aguanto las ganas de gritar. Él no tiene la culpa ni de lo que pasó en la fiesta ni de mis problemas de autocontrol en ciertas situaciones, pero no puedo evitar mosquearme.

—Grayson estaba molestando a Bee. —Cierro la taquilla con fuerza y lo miro con las cejas en alto—. ¿Contento?

Las comisuras de sus labios se elevan sin ningún disimulo.

—¿Toda la movida del otro día fue por ella?

—¿Qué pasa?

—Jamás pensé que llegaríamos a este punto, querido Bastian. —Pongo los ojos en blanco al escuchar su tono divertido—. Ahora sí que puedo justificarte.

Me paro en seco y lo fulmino con la mirada.

—Ah. Vaya —suelto con sarcasmo—. Ahora sí y antes no.

—Efectivamente. No puedes darte de hostias con él solo porque te cae mal.

—Pero ¿por una chica sí? —pregunto escéptico.

—¿Claro? —responde como si no entendiera mi pregunta—. Si ella no puede defenderse, mátalo. Sin duda alguna.

—De verdad que a veces no te pillo, tío.

Me pasa el brazo por el hombro.

—No, joder. Ahora todo tiene más sentido. Así que le ponías el bracito así a Bee…

—Quita, imbécil.

Lo aparto soltando una risa porque, cuando se pone así de pesado, me pone nervioso.

El impacto de un cuerpo contra mi espalda me deja fuera de juego. Caigo al suelo a plomo.

—¿Qué haces, pedazo de gilipollas? —grita Connor.

—No te metas —exijo con dureza, tratando de quitarme a ese capullo de encima.

—Llevo todo el finde esperando esto… —me habla al oído y siento un desagrado profundo.

Alzo las cejas fingiendo que no me jode demasiado.

—¿Atacarme por la espalda? Joder, Grayson. —Me rio—. Sabía que eras un mierdas, pero…

—¡Te voy a matar! —grita rabioso.

Me da un puñetazo en la única parte visible de mi cara, y sus nudillos impactan en mi labio inferior. La piel se rompe y noto el sabor metálico de la sangre al instante.

Eso solo incrementa mis ganas de reventarlo hasta quedarme saciado. Me revuelvo y consigo darle un codazo que le arranca un grito de dolor.

Me incorporo con rapidez y me lanzo a por él hasta quedar encima.

—Te veo con problemas, Grayson.

Me burlo de él y me deleito en las marcas de su cara, que no son más que un recordatorio de lo que puedo hacerle sin mucho esfuerzo.

—Yo soy tu problema —gruñe—. Llevo todo el finde pensando en…

Me rio de nuevo, con mi mano cerrada sobre su cuello.

—No eres mi tipo, lo siento.

Me gusta demasiado vacilarle y ver cómo pierde los papeles.

—Bella.

Mi risita burlona desaparece de golpe, porque pensaba que había quedado claro el otro día que esa chica no podía estar en su radar. Vamos, no me jodas.

La rabia me llena las venas y le doy un tortazo que no va con la intención de hacerle daño físicamente, sino en su orgullo.

Una humillación en toda regla.

—Está conmigo. —Miento—. No me gustaría volver a repetírtelo, Grayson.

Fuerza una sonrisa arrogante y me enseña sus enormes dientes.

—Vaya…, pues esta mañana se la veía muy cómoda cuando la acompañé hasta clase.

Me muestro impasible, al menos en lo que concierne a mi expresión facial. La realidad es que me jode que siga acosándola y ella no haga nada, joder.

—¿Aún sigues con eso? Pero deja a la pobre chavala.

—¿Quién lo dice? ¿Eh?

Agarro su sudadera y me acerco a su cara más de la cuenta.

—Yo.

Grayson se ríe de nuevo como si el tema no fuera con él.

—Eso tendríamos que preguntárselo a ella, ¿no te parece?

—Cuando quieras. —Sonrío de medio lado—. No tengo problema en demostrarte que está conmigo.

—Genial. Entonces, deberíamos llamarla, ¿no?

No. Joder. No.

Unas cuantas manos tiran de mi cuerpo con fuerza y me apartan de Grayson. Uno de ellos me coge de la nuca y me pone la mejilla contra el suelo. Otro se tira sobre mi espalda mientras le dan tiempo a Grayson para incorporarse con rapidez e inclinarse hacia mí.

El capullo aprovecha para retorcerme el brazo en la espalda.

—¿Entre tres? ¿En serio? —jadeo dolorido y, sobre todo, humillado.

—¿Qué pasa, Wolf? —Escuchar la voz de Grayson en mi oreja me produce náuseas—. ¿Tienes miedo?

Intento girar la cara para verlo bien y suelto una carcajada seca.

—Por favor. —Me rio de nuevo—. Suéltame. Y venid de uno en uno.

—A las bestias hay que tratarlas como merecen.

Aprieto los labios con fuerza y trato de mantener una respiración medianamente tranquila, pero no ayuda tener a estos tres bichos encima de mí, ni al tonto de Grayson regodeándose como un pavo real esperando a no sé qué.

—¡Bastian! —Su voz revienta todas mis barreras—. ¿Qué estáis haciendo? ¡Soltadlo!

—Estaba… defendiendo tu honor… —«¿Qué cojones?»—. No dejaba de fanfarronear sobre lo que te hizo en la fiesta y yo…

Bueno, lo que me faltaba.

Mi interior estalla en llamas y saco la fuerza necesaria para quitarme a esos mierdas de encima. No sé ni cómo, pero lo hago.

Me yergo, jadeando. Y aunque una parte de mí se dedicaría a reventarles la boca con una lentitud extrema para que sufran todo lo posible y recrearme en su dolor, mi atención está en ella, que me observa con los ojos enormes y brillantes.

—Retira eso. —Señalo a Grayson con el dedo—. Lo de la fiesta te va a parecer una caricia en comparación con lo que puedo hacerte ahora mismo.

Connor se coloca a mi lado, resollando, como si acabara de echar una carrera, pero no tengo tiempo de preguntarle nada. Ahora mismo tengo el foco puesto en el tono de Grayson, que trata de dejarme por los suelos delante de Bee.

—Vosotros lo habéis escuchado —se dirige a sus amiguitos, que están a su lado.

—Sí.

Me hierve la sangre y me planto frente a él de una zancada.

—Ten los cojones de decirlo otra vez —amenazo con los dientes apretados y la voz más baja.

Mi pecho arde y siento que me van a reventar los pulmones. Tengo los puños a ambos lados de mi cuerpo y cargo el brazo derecho para soltarle un gancho que lo tumbe en el acto, pero entonces noto la mano de Bee sobre mi antebrazo.

Un latigazo me atraviesa la columna. Se me corta el aliento cuando bajo la mirada y veo su mano sobre mí. Clavo los ojos en los

suyos y mi estómago se retuerce. Se me seca la boca y mi corazón palpita frenético.

—Bastian, por favor…

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no cerrar los ojos ante su súplica.

Mi nombre con su voz y sus ojos sobre los míos son todo lo que necesito para darle sentido a esa maraña extraña que no logro entender y que me está empezando a trastocar.

Aflojo toda la fuerza que estaba haciendo y, por mucho que quiera centrarme en Grayson, ya no puedo.

No consigo desengancharme de sus ojos jaspeados.

—Ven conmigo —me pide con un hilo de voz.

No hace falta nada más.

Me voy con ella, guiado por una emoción que desconozco.

—¡Así que es verdad! —grita Grayson comido por la rabia—. ¿Estás con él?

Pero ninguno de los dos le prestamos atención.

31

Bastian



Trato de mantener la calma. De concentrarme en mi respiración y no en las sensaciones que me provoca estar en una clase vacía con la luz del día entrando por las ventanas y ella frente a mí, esperando a que diga algo, pero ¿el qué?

«¿Qué quieres que te diga, Bee? ¿Que no ha sido mi culpa?», pienso, pero no digo nada.

—Bueno, ¿qué? —El sonido de su respiración llena la clase—. ¿Qué ha pasado, Bastian?

¿Por dónde empiezo?

Creo que cualquier cosa que diga va a sonar a excusa barata. «Él ha dicho…», «Es que no es lo que parece» y todas esas cosas que igual en otro contexto o en la boca de otra persona no suenan tan mal, pero en este, desencajan. Como una bisagra que chirría constantemente al abrir una puerta.

—Nada —suelto con brusquedad, porque es más fácil eso que explicarle cómo me siento.

No me apetece comerme otro reproche. Y creo que tampoco

tengo la fuerza suficiente para enfrentarme a lo que sea que piense de mí, así que esquivo su mirada girando la cabeza hacia la ventana.

—¿Por qué no me lo cuentas?

Levanto la vista sin mover un solo músculo. Me observa sin pestañear, con sus enormes ojos veteados en tonos verdes y marrones. Esperando que le dé una explicación de lo que ha pasado hace un momento, y yo odio tener que excusarme ante nadie para que me crean.

Porque nunca lo hacen, y ella no va a ser diferente.

Me paso la lengua por el carrillo. Molesto.

—¿Qué quieres que te diga, Bee? Ya te lo ha dicho él.

Está apoyada en el borde de un pupitre y me mira por encima de la montura de sus gafas, con las cejas arqueadas y la boquita en una mueca.

Parece enfadada y, sinceramente, le sienta muy bien.

Deslizo la mirada por su camiseta de color blanco, que deja entrever parte de las curvas que definen su cuerpo, y por una falda de pana marrón que le llega hasta la mitad de los muslos, cubiertos por unas medias finas.

Trago saliva y aparto la mirada de golpe.

—Quiero que me lo cuentes tú —dice con un tono exigente que se aleja bastante del que suele usar conmigo.

Entrecierro los ojos sin dejar de observar los suyos, buscando sinceridad en ellos. Mi corazón tropieza cuando parece que hay una necesidad por su parte de conocer mi versión, y me ahogo en la maldita necesidad de querer hacerlo bien y contárselo para que ella decida; pero ni siquiera sé por dónde empezar.

Me llevo la mano al pelo, desesperado. Ya no solo porque toda su atención está puesta en mí y en el efecto que todo eso provoca en mi interior, sino porque creo que es la primera vez que no hay

una acusación.

—¿Por qué? —Mi voz sale más ronca de lo habitual. Bajo la vista a su boca.

—Porque las historias tienen tantas versiones como participantes. Él tiene la suya y tú tienes la tuya.

—¿Y quieres escuchar la mía?

—¿Por qué no?

—Porque él ya ha dicho que…

Me interrumpe y, aunque de normal odio que lo hagan, ahora mismo pagaría porque fuera algo recurrente entre nosotros.

—Todo el mundo merece el beneficio de la duda, Bastian. —Se encoge de hombros y habla con una tranquilidad que me fascina—. No sé qué es lo que ha pasado y por eso te estoy preguntando, porque quiero saber qué piensas tú. Cómo te sientes.

No puedo dejar de mirarla asombrado, porque siempre he sido el malo en la película de todo el mundo, incluso en la mía propia. Estoy acostumbrado a que me acusen sin preguntar. A que me juzguen a gritos o en silencio. A esas miradas que se te clavan en la piel y que hacen que te sientas culpable.

Me remuevo nervioso y un fogonazo de dolor me atraviesa el hombro.

—No creo que sea algo tan raro, ¿no?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Es que, cuando era pequeño, todas las culpas eran para mí.

—¿Eres hijo único?

Asiento en silencio y veo que se acerca con cautela.

—Bueno, es normal que, siendo el único, te echen la culpa de todo, a mí también me pasaba.

Curvo las cejas porque se me hace raro imaginarme a Bee de pequeña liándola por casa.

—Dudo mucho que a ti te echaran la bronca. Mira qué cara de buena.

Se sonroja y esconde su media sonrisa parándose a medio camino y colocando los brazos en jarras.

—Bueno, en realidad culpaban antes a mi conejita que a mí.

—¿En serio? —Solo imaginar la escena me hace reír—. Aunque mi casa estuviera llena de animales salvajes, el primer culpable era yo. Siempre.

—Y por eso ahora piensas que no mereces ni siquiera la oportunidad de poder explicarte.

No es una pregunta, sino una afirmación que me duele más de lo que me gustaría admitir.

—Supongo. —Trago saliva.

Retoma su camino y se acerca sin apartar sus ojos de los míos.

—Pues creo que ya es hora de cambiar eso, ¿no?

Carraspeo y procuro erguirme sin que mi hombro sufra.

—¿Qué quieres decir?

Se me corta el aire de golpe cuando se acuclilla frente a mí y se apoya sobre una de sus rodillas.

—Todos vivimos muy cómodos con cosas tipo: «Es que soy así…», «No sé cómo ser de otra manera», y parece que con eso tenemos todo justificado. —Se lleva la mano al pecho—. Yo misma me incluyo. Y sé que debería cambiar muchas cosas, pero no lo hago por miedo. Porque sé que me va a suponer un esfuerzo que no sé si me compensa… —Sus ojos brillan con intensidad—. Y tú haces lo mismo. Te refugias en que eres lo peor para no hacer el esfuerzo de intentarlo.

Frunzo el ceño y aparto la cara con brusquedad, porque es la primera persona que parece ver a través de mí y me aterra que vea cómo soy.

—¿Nos podemos ir? —suelto con brusquedad, deseando salir de ahí y dejar de sentirme tan expuesto.

—Ya veo. —Su tonito me molesta—. Así que, cuando algo no va como tú quieres, huyes.

La rabia se apodera de mí y, movido por un impulso, me inclino hacia ella y me agarro a la mesa que tengo al lado.

—No. Claro que no —refunfuño, posando los ojos en su boca de forma fugaz—. Pero ¿qué quieres que te diga? ¿Que tienes razón?

—Lo que pienses. Da igual lo que sea.

—Es gracioso que los consejos no te los aplicas a ti misma. —Chasqueo la lengua—. El otro día podrías haber mandado a Grayson a la mierda y no lo hiciste.

Bee aprieta los labios con fuerza e hincha el pecho de aire.

—Te he dicho que yo soy la primera que no cambia cosas que debería.

—Entonces, ¿por qué me dices a mí que lo haga cuando tú tampoco eres capaz?

Quizá haya sido demasiado brusco con ella cuando lo único que intenta es ayudarme. Pero no estoy demasiado acostumbrado a recibir ayuda de forma desinteresada o a que no venga con algún comentario doloroso.

—Ahora no estamos hablando de mí. —Niega con la cabeza—. Sino de ti.

—¿De qué va esto? ¿Yo me sincero y, a cambio…?

—¿Te acuerdas del trato?

La miro atónito.

—¿Cuál? —Finjo no acordarme.

—Ay. ¡Bastian! —Se muerde los labios y no puedo fijarme en otra cosa—. ¿En serio?

—Te lo juro.

Una especie de cosquilleo me llena el estómago, y es en ese momento en el que parte de mi malestar se ve sustituido por unas ganas de vacilar que últimamente me salen cuando estoy con ella.

Me gusta sentirme así y voy a estirar el chicle lo máximo que pueda. Y aunque me duele, coloco el peso de mi cuerpo hacia delante y me apoyo sobre los codos. Consigo acortar casi toda la distancia con ella.

El ritmo de su respiración cambia. Su garganta se mueve al tragar saliva. Sus labios entreabiertos. Sus mejillas rosadas. Y el olor dulzón que desprende como… a miel.

—Venga, abejita —ronroneo—. Recuérdamelo. Tengo la memoria de un anciano de ochenta años.

Trato de picarla un poco y ella me fulmina con esos ojazos a través de los cristales de sus gafas.

—Eres incorregible.

—Eso dicen.

Sonrío aún más porque no parece que lo diga a malas, sino nerviosa. Ese nerviosismo que se te pone en el estómago y te seca la boca.

Agarro un mechón de su pelo y me lo enredo en el dedo.

—No te desvíes del tema y recuérdamelo, anda —le pido sin despegar mis ojos de su cara.

—Yo te doy clases y tú…

Aprieta los labios, y sé que se muere de vergüenza solo de repetir lo que le dije. Mi sonrisa se ensancha y me lamo la boca.

—Salgo contigo —finalizo por ella.

Asiente en silencio y, por fin, después de un momento, habla de nuevo.

—He estado pensando en ello y creo que nos podría beneficiar. A los dos.

—Has tardado en darte cuenta, ¿eh?

Pone los ojos en blanco.

—Necesito mi tiempo para asimilar que voy a tener que pasar más tiempo del que me gustaría contigo.

Finjo estar ofendido.

—¡Vaya con la abejita…! —exclamo en un tono divertido que hace que ella se ría—. O sea, ¿que todo esto es por puro interés y no porque estés locamente enamorada de mí? —Me llevo la mano al pecho y hago que me duele—. Me has roto el corazón.

Sus carcajadas podrían reventar los cristales que nos rodean y yo podría estar escuchándola en bucle.

—¿No has pensado en apuntarte a arte dramático? —pregunta, subiéndose las gafas mientras sus carcajadas se desvanecen—. Lo haces muy bien.

—Ni loco —susurro sin dejar de mirarla.

—Bueno, lo que te quería decir es que acepto el trato, pero con una condición.

No digo nada porque estoy muerto de curiosidad.

—Para que esto funcione y pueda sentirme cómoda, necesito sinceridad. Que esto sirva como un espacio para poder abrirnos.

Frunzo el ceño porque la idea no me agrada demasiado. Abrirme no es uno de mis puntos fuertes; de hecho, todo lo contrario.

—¿Y si no quiero?

Entorna los ojos y suelta un gruñido muy tierno.

—Bueno, hombre…, la idea es que lo hagamos, aunque nos cueste.

—Pero… ¿todo el rato? —Niego con la cabeza—. No entiendo.

—No tiene que ser algo matemático, sino una cosa que se vaya viendo… Para poder hacer esto, yo necesito sentirme cómoda. Me hace falta confianza.

Asiento en silencio porque, en parte, lo entiendo. Quizá yo no necesite una confianza plena para que me dé clases, pero ella sí que la necesita para fingir que tenemos una relación.

—Quiero que mi novia se sienta lo más cómoda posible, así que supongo que no puedo negarme.

Abre mucho los ojos y le dedico una sonrisita.

—Pues… tu novia aún está esperando a que le cuentes qué ha pasado ahí fuera.

Joder. Qué lista es.

Me llevo la mano al pelo sin despegar los ojos de ella.

—¿Me creerías si te dijera que lo que él estaba diciendo era mentira?

Entrecierro los ojos esperando su respuesta.

—¿Por qué tendría que dudarlo? —pregunta extrañada, como si su primer impulso fuera creer lo que dicen los demás y no al contrario, como me suele pasar a mí.

Cojo aire y me lanzo hacia delante, rompiendo casi por completo la distancia que nos separa. Ella coloca las manos sobre mis rodillas como si necesitara mantener el equilibro, y yo sigo jugueteando con su pelo.

Mi sorpresa llega cuando me encuentro con que Bee alza el mentón para encontrarse de frente conmigo.

—La gente miente, Bee.

—Suelo confiar en los demás si no me dan motivos para lo contrario.

—¿Así, sin más?

Frunce el ceño y me fijo en sus pestañas. En la marca que le dejan las gafas en el puente de la nariz. En la forma de sus labios.

—¿Sí? No sé qué responderte a eso.

—Y yo que pensaba que me odiabas. —Una de mis comisuras se

alza un poco, pero no demasiado.

—Creo que la palabra odiar es demasiado grande y que se usa muy a la ligera. Que no comparta tus métodos para solucionar las cosas o que tengamos opiniones distintas no quiere decir que te odie. —Se encoge de hombros—. Solo que tenemos formas diferentes de actuar.

Miro de forma fugaz su arco de cupido y vuelvo a centrarme en sus iris jaspeados de marrón y verde.

—Y ¿cuáles son tus métodos, Bee? —ronroneo.

—El diálogo —carraspea, y noto cómo me mira la boca.

Suelto el aire por la nariz, con una risita que me cosquillea en el pecho. Bajo la cabeza y niego.

—¿Por qué no me extraña?

—¿Tiene algo de malo? Creo que es la forma más sencilla de solucionar las cosas. Las personas se entienden hablando.

Aprieto la mandíbula.

—No todas.

—Bueno, pero la mayoría sí. ¿La gente normal?

—Según tu lógica, yo no soy muy normal que digamos, ¿o sí?

—A ver…, técnicamente, a ojos de los demás nadie es normal, pero, bueno, en términos generales, supongo que lo eres.

—Supones… —susurro alzando las cejas.

—Casi no te conozco. —Se sube las gafas, parece nerviosa—. Estoy hablando de lo poco que he visto…

Me muerdo la punta de la lengua, y no sé si es por su cercanía, por la forma en que me observa o yo qué sé.

—¿Y te gusta lo que ves?

No entraba en mis planes encauzar la conversación así, pero, si la respuesta es positiva, tampoco voy a negarme a escuchar lo que quiero.

—Me… Me gusta que me hayas defendido, sí.

El titubeo de su voz. La manera en la que aparta sus pupilas de las mías. El modo de meterse el mechón de pelo detrás de la oreja. Cómo se sube las gafas. Otra vez.

Supongo que no soy el único que está nervioso.

—Lo haría las veces que hiciera falta.

—Porque soy tu novia falsa —afirma con un hilo de voz.

—Y aunque no lo fueras, Bee —confieso—. Si me necesitas, tú solo silba.

Me mira por fin, con las cejas fruncidas y una discreta sonrisa.

—No sé silbar.

—No… —mascullo—. No puedo creerme que no sepas silbar.

—Digamos que no he recibido una enseñanza muy de macho…

—Bueno, eso va a cambiar a partir de ahora. Yo puedo enseñarte.

El silencio se acomoda entre nosotros como un participante más de la conversación, y lo extraño es que no resulta nada tenso, podría pasarme horas observándola.

Tiemblo cuando noto sus dedos sobre mi antebrazo desnudo.

—Perdona. —Aparta la mano de golpe.

—No pasa nada.

No he sentido dolor, sino una especie de chispazo cuando sus yemas han entrado en contacto con mi piel.

Pero me gustaría que lo hiciera otra vez.

Sus ojos se posan en mi ceja hinchada. Pasan de forma veloz por mis ojos y mi nariz hasta quedarse en mi boca. Trago saliva con dificultad y, cuando veo cómo analiza cada rasgo de mi cara, me quedo rígido. Alza una de sus pequeñas manos con la intención de tocarme el labio partido, pero, antes de que pueda hacer nada, le agarro la muñeca con brusquedad.

Bee ahoga un jadeo y yo aprieto los dientes para regular lo que estoy sintiendo.

—¿Tienes una tirita? —pregunto desesperado, sin saber muy bien qué hacer o decir.

—No —susurra desconcertada—. Pero puedo ir a buscar una.

Hace el amago de levantarse, y eso era lo último que quería, joder. Le agarro la muñeca y tiro de ella, haciendo que caiga prácticamente en mi regazo.

Tragamos saliva a la vez y aparto el pelo de su cara.

—Quédate conmigo —digo con un hilo de voz. Miro su boca y me humedezco los labios—. Me da miedo la sangre.

No sé si es la seriedad con la que lo digo, la cara de imbécil que debo de tener o que está igual de nerviosa que yo, pero rompe a reír con fuerza hasta apoyar la frente sobre mi hombro.

Ahogo un gruñido y me mira con sus enormes ojos.

—Ay. Lo siento.

Niego con la cabeza.

—Tranquila.

—Quizá deberíamos… —susurra sin apartar los ojos de mi boca.

—¿Qué?

—Igual nos están buscando… o algo.

Una de mis comisuras se alza un poco porque verla así de nerviosa me gusta. Me parece muy tierna.

—Si quieres irte, dímelo.

—No es eso.

—¿Entonces?

Baja la vista y se muerde el labio. Me acerco un poco hasta que la punta de mi nariz roza su mejilla.

—Esta tarde. —La miro a los ojos—. A las seis en el aparcamiento.

—¿Qué?

—Te recojo y vamos a algún lado.

—Ah. Eh. Bueno, quizá lo mejor sería coger un aula de estudio. Las hay muy buenas.

Niego con la cabeza.

—No quiero que nuestro primer contacto sea en un aula de estudio. ¿No querías confianza? Pues esa empieza de otras formas.

Traga saliva, y es con ese movimiento con el que me doy cuenta de que mi mano está sobre su muslo.

Ambos miramos hacia ese punto y nos observamos de nuevo.

—Yo creo que ya has cogido bastante confianza.

—Esto no es nada, abejita —susurro a un palmo de su boca.

Estoy tentado a acortar la poca distancia y besarla. Porque tiene unos labios que incitan a ello y porque no recuerdo la última vez que besé a alguien.

—Te advierto que soy una persona de extremos. O detesto que me toquen… —En ningún momento aparto los ojos de los suyos—. O no quiero que dejen de hacerlo nunca.

—¿Me lo tengo que tomar como una amenaza?

—Tómatelo como una advertencia. Si me tocas, no te prometo que vaya a poder parar —confieso con la voz ronca—. Quizá no quiera hacerlo.

Me encanta cómo su pecho se detiene y abre la boquita.

En el fondo habría sido muchísimo más fácil para mí comerle la boca ahí mismo que expresarle parte de lo que siento cuando estoy con ella.

—¿Esto forma parte del trato? ¿Fingir que sientes algo más que una atracción que evidentemente no sientes? Porque lo estás haciendo muy bien.

Y el hechizo se rompe como una pompa de jabón. Como estar

durmiendo y que te despierten con un jarro de agua fría, así me sientan sus palabras.

—Esa es la idea, ¿no? —comento con la voz ronca—. Fingir delante de los demás para que se crean que tú y yo…

—Estamos juntos —finaliza.

—Nos gustamos.

—Eso implica… —Se pasa la lengua por los labios y yo me muerdo los míos—. ¿Besarnos?

Rozo su mejilla con la punta de la nariz. Y me coloco de tal manera que, si me inclino un poco más, mis labios estarían sobre los suyos.

—Por ejemplo.

—Pues hazlo.

—¿Ahora?

Asiente en silencio y todas mis extremidades tiemblan.

—Vas a saco, ¿eh? —Ambos nos reímos nerviosos—. Joder, Bee. Es que…, no sé. Tengo miedo —confieso en una especie de susurro.

—¿De mí?

—De mí.

—Pero yo no.

Ese es el detonante para que pierda totalmente la razón y me lance a su boca. Trago saliva y paso la mano por su nuca. El tacto de su pelo entre mis dedos me hace temblar, al igual que lo hace ella entre mis manos.

—Ya no hay vuelta atrás, abejita —susurro a punto de besarla.

—Sobreviviré —murmura con una sonrisa.

Y cuando creo que estoy a punto de tocar el cielo con la punta de los dedos, la puerta se abre de golpe.

—Wolf, al despacho de la directora.

32

Bastian



—¿Usted cree que esa es la actitud que se espera de un estudiante del River Valley, señor Wolf?

Su tono condescendiente me hincha las pelotas de una manera que trato de ocultar bajo una máscara de indiferencia.

Me encantaría gritarle que yo no he empezado nada, que ha sido Grayson, pero, claro, ella nunca haría nada a su sobrino querido.

—¿Me está escuchando? —levanta la voz.

Sin mover ni un solo músculo, alzo los ojos para encontrarme con una señora que perfectamente puede tener entre cincuenta y ochenta años, y que me observa con cara de asco, porque, cómo no, ¿para qué se va a molestar en fingir neutralidad con sus alumnos?

Nuestra directora es la típica persona que sabe que tiene poder y abusa de él. Que, si te odia, va a dejártelo claro. No se anda con rodeos, y en parte lo agradezco. Prefiero eso a una sonrisa falsa y un puñal en la espalda.

—Claro.

Hace un mohín con la boca, que no hace más que incrementar

las arrugas que bordean sus labios.

—Le pido, por favor, que me conteste entonces.

—No tengo nada que decir.

—Lo suponía. A su entrenador no le va a gustar nada lo que ha pasado. Está de camino.

Aprieto los puños con fuerza y me incorporo sobre la butaca.

—Ya le he dicho que yo no he empezado nada.

—No es eso lo que me han dicho.

—¿Quién? —exijo, sabiendo perfectamente qué me va a decir, pero quiero escucharlo de su boca—. ¿Quién le ha dicho eso?

—Da igual quién. Lo que importa es el problema que tiene usted con el cumplimiento de las normas.

La veo sonreír con malicia cuando se abre la puerta y mi entrenador aparece con una cara de cabreo increíble, y mi mejor amigo lo sigue detrás.

—Señor Robinson.

—Buenos días, señorita Hoffman. —Me echa un vistazo con el que perfectamente podría haberme aniquilado ahí mismo—. Wolf.

—Entrenador.

—La situación no se puede sostener más. Les pasé lo del examen, pero esto ya no tiene justificación. —Aprieto los dientes porque sé lo que viene a continuación y no soy capaz de asumirlo—. Espero que lo entiendan. —Su mirada se posa en nosotros tres—. Les di una última oportunidad y no han sabido aprovecharla, así que quedan temporalmente fuera del equipo de baloncesto.

Aunque ya me lo esperaba, la noticia es como una bomba para mí.

El baloncesto es lo único a lo que podía aferrarme, ¿y ahora qué?

—¡Pero la temporada está a punto de terminar! —grita Connor

mientras se lleva las manos a la cabeza—. No puede…

—Sí que puedo.

—¿No hay alguna manera de…?

—Se acabó el baloncesto hasta nuevo aviso.

—La temporada termina en un mes y medio —escupo con rabia —. ¿Cuándo va a ser ese nuevo aviso? ¿Cuándo estemos preparando la carta de presentación para la universidad a la que no podremos acceder?

—Bastian… —reprocha mi entrenador entre dientes.

—Tranquilo, Robinson. El muchacho está enfadado porque no ha podido salirse con la suya. —Aprieto los dientes con tanta fuerza que siento cómo chirrían. La directora saca un folleto del cajón y lo coloca sobre la mesa—. Si cumplen el castigo, quizá puedan volver al equipo para el último partido.

Estiro el cuello para ver qué pone en el folleto. Connor hace lo mismo, pero ninguno de los dos decimos nada.

La directora habla de nuevo:

—Van a ayudar en el musical de primavera.

—¿Pretende que cantemos? —pregunto sin podérmelo creer.

—No, por Dios. Para eso ya se ha presentado gente que vale —escupe como si me hubiera escuchado en algún momento cantar. Igual soy un cantante de la hostia—. Van a ayudar en cualquier cosa para la que se les necesite en el *backstage*. ¿Saben lo que es?

—Claro —respondemos al unísono.

—Compórtense y podrán volver al equipo.

Me muerdo la lengua con fuerza, porque siento como todo mi mundo se está viniendo abajo por el gilipollas de Garret Grayson.

Ahora sí que lo voy a matar.

—¿Lo toman o lo dejan?

—No nos queda otra, ¿no? —respondo derrotado, mirando la

punta de mis playeras.

Su sonrisa se ensancha y mi pobre entrenador no dice nada, pero puedo percibir perfectamente lo que está sintiendo: decepción.

—Muy bien. Ahora, por favor, hagan pasar al señor Grayson.

Nada más abrir la puerta, lo veo recostado en la silla, como quien está esperando a que le sirvan una cerveza. Como el que sabe que no va a tener ningún tipo de consecuencia porque tiene enchufe, y de los gordos.

Levanta los ojos y me observa.

—¿Que? —escupe.

—Entra.

Se levanta con gran parsimonia y camina hacia mí con la cabeza bien erguida. Yo no me muevo de la puerta y él tampoco hace ningún amago de esquivarme. De hecho, se planta decidido frente a mí.

No puedo evitar mirar sus heridas y sentirme bien por haberle dejado la cara peor que el otro día.

Por capullo.

—¿Te quitas? —gruñe.

Me encantaría cogerlo del pecho y darle un cabezazo, pero no lo hago, ya no solo porque mi futuro pende de un hilo, sino porque es la clase de persona por la que no merece la pena matarse, aunque, si se trata de Bee, sí que lo haría de nuevo.

El simple recuerdo de él molestándola me retuerce las tripas y se cuela hasta lo más hondo de mi ser. Como las espinas de una rosa cuando agarras el tallo sin guantes.

Me aparto y empiezo a caminar.

—¿Sabes? Antes pensaba que solo eras un gilipollas que iba de guay porque odia a todo el mundo. —Se ríe de una forma que me da ganas de vomitar—. Lo que no esperaba es que toda esa mierda

fuera una fachada.

Me giro hacia él.

—¿Qué cojones estás diciendo, Grayson?

Mi respuesta no hace más que ensanchar esa sonrisa arrogante que me encantaría borrar de un tortazo.

—¿Crees que no sé cómo funcionas? —Se pasa un dedo por los labios—. Sé lo que estás haciendo y no te va a servir.

—Grayson. —Carraspeo, apretándome el puente de la nariz—. No tengo todo el día y mucho menos me sobra el tiempo para tus…

Sacude repetidamente la cabeza.

—Es por ella. —Un pinchazo me atraviesa el pecho, pero no muevo ni un solo músculo—. Te quieres hacer siempre el interesante y por eso usas esa fachada de… —Me mira de arriba abajo—. De bestia torturada que odia a todo el mundo… —Sus ojos brillan con malicia al terminar de hablar—. Menos a ella.

Me callo, porque quizá sea cierto que odio a todo el mundo menos a ella. Porque es la única que ha visto más allá. Ella me ha dado el puñetero beneficio de la duda, y solo por eso le debo más que a cualquiera.

Antes de que pueda lanzarle una dentellada, la mano de mi entrenador se coloca sobre mi hombro y aprieta un poco, a modo de ¿consuelo? La puerta del despacho se abre y la directora nos observa con cara de pocos amigos.

—Garret Grayson. Pase.

—Te voy a dar un consejo, Wolf: la bestia nunca se queda con la chica.

Me guiña el ojo y cierra la puerta a sus espaldas.

33

Bee



Aún con el corazón en la garganta, avanzo hacia la cafetería con Jaz, sin enterarme muy bien de lo que me está contando, porque mi mente está muy lejos de ahí. Se ha quedado anclada en unos ojos azules como el hielo.

En un casi beso.

Trato de apaciguar los nervios que siente mi estómago, aunque hayan pasado un par de horas.

Entrecierro los ojos al entrar en la cafetería y veo a Alex de espaldas, reclinado sobre la mesa como si estuviera hablando con alguien.

—Hola —decimos Jaz y yo a la vez cuando llegamos a la mesa.

Alex tarda unos segundos en apartar los ojos de Mils para erguirse al completo y girarse hacia nosotras.

—Hola, chicas —saluda con tranquilidad.

Mils está sentada sobre la silla fulminando a Alex con la mirada. Él, en cambio, se muestra impasible, con las manos en los bolsillos

de su pantalón de pinzas de color negro.

—¿Y Din? —pregunta mi mejor amiga.

Alex se encoge de hombros.

—Pensaba que lo sabrías tú.

Jaz bufa, apartándose el pelo de la frente.

—No —contesta un poquito desquiciada—. No sé lo que hace a cada hora del día, ¿vale?

—Si tú lo dices… —Alex suelta una risita—. No tardará en venir.

—¿Tú te quedas a comer? —pregunta mi amiga—. Sí, ¿no?

Alex se lleva la mano a su pelo oscuro perfectamente peinado.

—Bueno, la verdad es que tenía que ir a…

Jaz lo agarra del brazo y tira de él hacia la mesa.

—Déjate de hacer cosas. Comer también es importante. Muy importante, de hecho.

Y lo sienta justo frente a Mils, que lleva un rato ignorándonos, con el móvil en la mano. Como si no fuéramos lo suficientemente importantes para que nos preste atención.

Pero sé que hay mucho detrás de sus gestos.

Tras esa coraza de que todo le da igual, Mils sufre, y no sé cómo ayudarla.

—¿Cómo estás? —Me siento a su lado, justo enfrente de Jazmín —. Siento que no te veo desde hace mil años.

Hace un mohín para nada sutil con la boca y, sin mirarme siquiera, saca sus cosas para comprobarse los niveles de glucosa antes de comer.

Su relación con la diabetes siempre me ha llamado la atención. No la oculta. No se victimiza; de hecho, tiende a quitarle hierro al asunto y se exige casi más que una persona sana.

Alex no le quita el ojo de encima.

Frunzo el ceño al ver que no saca sus lancetas ni el glucómetro,

sino que se sube la manga y pasa el móvil por un sensor blanco que tiene en el tríceps.

—Mils, ¿desde cuándo tienes eso?

—Desde hace unos días —responde sin despegar los ojos del móvil.

—Ah. Qué bien, ¿no? Tiene pinta de ser mucho más cómodo.

—Sí. Resulta agradable no tener que pincharme todo el tiempo.

Le dedico una sonrisa tensa, porque no sé hasta qué punto se alegra de verdad. Ella siempre es así.

—Bueno, ¿y qué tal el finde? —No pierdo la esperanza de que, en algún momento, interactúe con nosotras.

Me observa de refilón.

—Como siempre.

Cierro la boca con fuerza y se me quitan las ganas de preguntar nada más.

—¿Y tú? —Se baja la manga con cuidado—. Ya me han dicho que os lo pasasteis increíble en la fiesta, ¿no? —suelta mordaz.

No me gusta para nada el tono que utiliza, como si yo hubiera hecho algo malo.

—¿Has hablado con Adriel? —pregunto.

—No.

—Oye, ¿qué pasa? —Jaz alza la voz dirigiéndose a Mils—. ¿Tú te has enterado antes que yo?

Jaz es una cotilla redomada y siempre quiere saberlo todo sobre la vida de sus amigas. Por eso hay una mezcla de curiosidad y diversión en su voz, pero nunca de reproche.

Mils, sin mover ni un músculo, alza los ojos hacia Jaz.

—Se ha enterado todo el River Valley —suelta con brusquedad.

Antes de que nadie pueda decir nada, aparece Adriel como un huracán, arrasando con todo. Deja su mochila de color lila sobre la

mesa con un golpe seco que hace que Alex aparte las manos con rapidez.

—Ay. Perdón, Alex —se disculpa con un gesto terriblemente adorable—. ¿Te he dado?

Él niega con una sonrisa suave.

Los enormes ojos de Adri se posan en cada una de nosotras, excepto en Milán.

—¿Os habéis enterado?

Nos miramos entre nosotras.

—¿De qué? —pregunta Jaz, confusa—. Oye, de verdad. En este grupo no hay comunicación, ¿eh? Estoy muy perdida.

—Grayson y Bastian Wolf se han pegado esta mañana en las taquillas.

Trago saliva y me muerdo las mejillas por dentro lo más fuerte que puedo, porque aún no he hablado con ellas sobre ese tema y parece que se lo estoy ocultando, pero no es así.

Jaz me lanza una mirada que me hace sentir pequeñita.

—¿Bee? ¿Algo que comentar?

—Bueno…, puede que quizá haya estado presente.

—¡¿Qué!? —grita Adriel—. Beatrice, de verdad. Estas cosas se cuentan. Se gritan.

—Pero estabais en clase… —trato de justificarme.

—¡Me da igual! Nos esperas en la puerta y, nada más vernos, nos lo cuentas. —Busca a Jaz con los ojos—. ¿A que sí? —Jaz asiente—. ¿Lo ves? Tía, parece mentira que no nos conozcas… ¡Vivimos por y para estas cosas! Claro, ahora ya esto no tiene gracia, porque yo venía a contaros el drama, pero veo que tú lo has presenciado…

—Bueno, a ver… —titubeo nerviosa porque no sé por dónde empezar—. Es que yo iba a ir a la biblioteca y vino Connor a

buscarme…

—¿Connor? —pregunta Mils, lanzando una mirada demoledora a Adriel—. ¿Ese con el que te lo pasaste tan bien en la fiesta?

El silencio se adueña de la mesa y la tensión puede cortarse con un cuchillo. Busco a Adri con la mirada, y hasta ella se ha quedado cortada con el comentario de Milán.

—Si tienes algo que decir, hazlo. Pero deja los puñales a un lado.

—No era más que un comentario.

—Un comentario que no aporta nada, Milán. —Adri se apoya en la mesa sin dejar de observar a nuestra amiga—. ¿Se puede saber qué te pasa conmigo?

—Nada.

—Mientes fatal.

Antes de que Milán pueda decir nada, una chica de pelo rubio se acerca a Adri.

—¡Hola! —Nos echa un vistazo rápido y sonríe a modo de disculpa—. Oye, Adri, me han dicho que tenemos dos nuevos voluntarios para el musical.

Adri la mira con los ojos enormes.

—¿En serio? Ay, Dios. Qué bien —suspira con alivio—. Gracias por avisarme, Rachel.

—Nada. —Le dedica una sonrisa enorme y se va con la misma rapidez con la que ha venido.

—¿Todo bien? —pregunta Jaz.

—Ahora sí, pero llevamos unas semanas…, ¿verdad? —Me echa un vistazo y asiento sin dudarlo—. Pensaba que podríamos con todo y que con el tiempo se acabaría presentando más gente para ayudar con el musical, pero no ha sido así. Se acerca el día y yo no puedo más. Ayer el tonto de Scooter me dejó tirada para irse a no sé qué cosa. Dijo que tenía que hacer algo importante, pero yo sé que lo

que tenía que hacer eran manitas con Kathia. Sabéis quién es, ¿no? —Nos mira con los ojos abiertos.

»La presidenta del comité de estudiantes. Que en primero se lio con Grayson y que tiene el pelo larguísimo casi hasta las rodillas. No sé cómo conseguirá desenredárselo, yo me mato con el mío y no lo tengo tan largo…, aunque tengo mucha cantidad… Y, por cierto, hablando de Grayson… —Clava los ojos en mí y siento el pánico en las costillas—. ¿Qué ha pasado, Bee? Entiendo que está furioso después de la fiesta… Bastian le dejó la cara… —Agita las manos con efusividad haciendo sonar todas las pulseras que envuelven su muñeca—. ¿Lo has visto?

Pestañeo porque ya no sé de quién me está hablando.

—¿A quién?

Me mira ojiplática.

—¡A Grayson!

Adri espera a que siga, o al menos así me lo tomo por la forma en que me observa.

—Ah. Eh. Sí…, pero no me he fijado demasiado en su cara, la verdad.

—¿Había algo más importante en lo que fijarte? —pregunta Jaz, cruzándose de brazos.

Me encantaría decir que sí, porque es la realidad. No podía apartar los ojos de Bastian.

—Puede ser.

—Seguro que está picado porque Bastian te acompañó a casa y…

—¿Me estás diciendo que ese hombre te ha acompañado a casa? —La indignación de Jazmín es palpable.

—Hum… Sí.

Cierra los ojos.

—Y cuando yo te he preguntado si tenías algo que contarme…, no sé. ¿No te ha parecido una buena idea empezar por ahí? Por ejemplo.

Abro la boca para hablar, pero Adri lo hace por mí.

—Yo lo sé porque estaba allí, pero, vamos…, si no tampoco lo sabría.

—Bueno, tú tampoco le has dicho a nadie que te estuviste enrollando con Arias mientras esos dos imbéciles se daban de hostias. —Las palabras de Milán caen como un chaparrón sobre nosotras, y Adri se queda tan cortada que creo que es la primera vez que no reacciona—. Anda, mira. Hablando de los reyes de Roma…

Mi corazón empieza a palpitar con una fuerza descomunal y, cuando miro a la puerta de entrada, lo veo. Camina junto a Connor, con las manos dentro del bolsillo de su sudadera y la vista fija en sus playeras.

Trago saliva y mi primer impulso al ver que no suben las escaleras y vienen hacia nuestra mesa es echar a correr.

—Hola.

Connor se dirige al grupo, mientras se sitúa al lado de Adri y pasa el brazo por su hombro con naturalidad, como si lo hubiese hecho toda la vida.

Mis piernas se hacen gelatina cuando veo que Bastian se coloca detrás de mí y posa un beso en mi cabeza.

¡Pooor favor!

Apoya ambos brazos en el borde de la mesa y baja la cabeza hasta que su boca se alinea con mi oreja y me susurra:

—¿Cómo está mi chica favorita?

Me quedo inmóvil y rezo a todo lo que conozco para que mis mejillas no estén como creo que están.

Rojas como tomates.

Hincho el pecho de aire y giro ligeramente la cabeza. Su cara está demasiado cerca de la mía y no sé cómo gestionar eso, porque mi mente me lleva a hace un par de horas, cuando casi nos besamos.

—¿Cómo estás?

Sin dejar de mirarme, me dedica una sonrisa amplia.

—Bien. Oye… —Sin mover un solo músculo, alza los ojos para echar un vistazo a nuestro alrededor. Yo ni me muevo—. ¿Te acuerdas de nuestra cita? —Asiento en silencio—. Bueno, pues no hace falta que quedemos en el aparcamiento…

Frunzo el ceño confusa y el gritito de Adri me saca de nuestra conversación.

—¡No me lo puedo creer! —grita con la boca abierta y señala a Connor y Bastian—. ¿Sois vosotros dos?

—Los mismos —afirma Connor con una sonrisa.

—No es por meterme donde no me llaman, pero… ¿podemos saber qué pasa?

Me siento mal por Jaz y por el resto, que están en la mesa mirándonos sin entender nada. Esto es una falta de educación.

—Si te sirve de consuelo, yo estoy igual que tú.

Me encojo de hombros al mismo tiempo que Bastian se estira en toda su altura y me da un poco de espacio.

—Vamos a ayudar con la decoración del musical —suelta Connor, mirándonos a todas.

—¿Y quién os ha obligado?

La pregunta de Mils cae como una losa sobre nosotros.

—La directora y nuestro entrenador —suelta Bastian a mi espalda, con un tono muy diferente al que ha usado Connor.

Por supuesto que veo la sonrisa de satisfacción que se forma en la boca de Milán.

Volteo un poco mi cuerpo hacia Bastian, porque no me gusta hablar con alguien dándole la espalda. Se lame la herida del labio sin dejar de mirarme.

—Se acabó el baloncesto hasta próximo aviso —suelta con dureza, y puedo ver la angustia que se cierne sobre sus ojos azules.

34

Bastian



—Eso no va ahí…; tienes que conectar el cable de alimentación con…

—Ya sé dónde va —espeto con brusquedad, mirando al chaval que lleva toda la tarde dándome la lata—. Y si tienes algún problema con cómo lo hago, te subes tú y lo haces, ¿vale?

—¿Cómo van mis chicos favoritos?

Bajo la cabeza sin mover las manos de los cables para mirar a Adri.

—De puta madre, ¿no me ves?

—Siempre tan gracioso… —Deja escapar una carcajada sonora y Adriel desvía sus ojos a mis manos—. ¿Crees que podrás arreglarlo?

—Claro.

—Genial. Eres el mejor.

Aprieto los labios porque aún me sigue sorprendiendo la facilidad que tiene esta chica para coger confianza con alguien como yo.

—Perdona, pero creo que te has confundido, preciosa. —Connor agarra su cintura y la acerca a él—. El mejor aquí soy yo.

Ahora el que suelta una carcajada soy yo.

—Más quisieras.

—Capullo —replica con diversión.

Adriel se muerde los labios conteniendo una sonrisa.

—Aquí no… —dice bajito, y se va.

Mis ojos se clavan como puntas de flecha en la chica que está al fondo del auditorio.

Nunca me había parado a observarla con demasiado detenimiento, pero desde esta mañana no dejo de pensar en lo guapa que es. Sí, sé que he dicho que no es mi tipo, y sigo diciéndolo, pero ella tiene otro tipo de belleza que va más allá de un buen físico. Es de esa clase de personas a las que ves más y más guapas a medida que hablas con ellas.

Y la realidad es que, desde que hemos llegado aquí, no he podido dejar de mirarla: Adriel me enseñaba las instalaciones y yo la buscaba. Bee me miraba y bajaba la vista.

Y así hemos estado toda la tarde.

El carraspeo intencionado de Connor me hace apartar los ojos de golpe y mirarlo a él, que tiene una sonrisa burlona estampada en la cara.

—¿Qué? ¿Bien? —me pregunta con sorna.

—Todo lo bien que se puede estar aquí metido —refunfuño entre dientes, y vuelvo a centrar mi atención en los cables que hay por encima de mi cabeza—. Llevo dos horas arreglando esto.

Los gritos de Adriel me desconcentran y giro la cabeza para verla. Está gesticulando de forma exagerada, sosteniendo el guion entre las manos y dirigiéndose a los actores que interpretan a Bella y Bestia.

Ninguno de los tres parece contento.

—Menudo carácter.

—Ni te imaginas…

Mi amigo se muerde los labios y yo prefiero no pensar en el significado de sus palabras. Carraspeo y me bajo del escenario con los brazos doloridos por la postura.

Miro la hora en el móvil y arrugo la frente, porque, lo siento, pero yo tengo planes.

Miro a Bee, que sigue enfrascada en su trabajo.

—Yo me voy ya. —Miro a mi amigo—. ¿Te quedas?

—Depende de lo que haga Adri.

Me sacudo las dos manos en los vaqueros y camino hacia el fondo del auditorio, donde se encuentra Bee. A medida que avanzo, un cosquilleo asciende lentamente por mi estómago.

—No deberías trabajar tanto, abejita —susurro, inclinándome sobre la mesa.

—¡Ay! Qué susto. —Da un pequeño bote.

Sonrío porque me parece un gesto extremadamente adorable; pero, cuando se alza, pasa de parecerme adorable a exageradamente… sexy.

Lleva un moño deshecho en lo alto de la cabeza, con unos cuantos mechones sueltos y las gafas en la punta de la nariz.

—Deberías parar, muchacha… —Connor le planta un codazo.

La soltura que tiene con ella me aguijonea el pecho, porque una parte de mí envidia su forma de ser con el resto del mundo.

¿Por qué yo no puedo ser así? ¿Por qué tuve que aprender a mantener una distancia que ahora mismo no sé cómo romperla?

—Bueno… —Bee se termina quitando las gafas y se pasa los dedos por el puente de la nariz.—. No es que tengamos todo el tiempo del mundo…

—¿Y por qué no pides ayuda? —pregunto sin despegar los ojos de ella.

Me mira como si le hubiera hablado en un idioma totalmente desconocido al nuestro. Como si no entrase en sus planes pedir ayuda o delegar trabajo en los demás.

—Porque no hace falta —responde sin despegar sus ojos de los míos—. Puedo con ello.

Mi amigo se acerca un poco más.

—¿Me dejas ver? —Ella asiente—. ¡Oye, pues está muy bien! Mira, tío. Se parece a tu biblioteca.

Me acerco por el otro lado, me quedo tras ella y me inclino hacia delante.

¿Podría haberme quedado donde estaba? Sí. ¿Habría valido poniéndome a su lado o al lado de Connor? Claro, pero no sé por qué he decidido que era mejor opción ponerme detrás de Bee, con mi pecho a una distancia ridícula de su espalda.

—Sí. —Me quedo anonadado al percibir su aroma a miel—. Se da un aire.

—¿Tienes una biblioteca en tu casa?

El estómago me hace chiribitas cuando Bee gira la cabeza para mirarme y sus ojos me observan enormes y brillantes. Me quedo enganchado en ellos sin saber qué decir.

—Puuuf —bufa Connor—. Su casa es como vivir en un palacio del siglo XVII.

—¿En serio? No me digas eso…

No hay que ser muy listo para percibir su emoción.

—Cuando quieras, te la enseño —respondo, tocándome la nuca.

Me observa en silencio hasta que aparece Adri y deja de mirarme para centrarse en su amiga.

—¿No os ibais? —pregunta.

—Sí. —Carraspeo—. Pero a Connor le encanta el «pinta y colorea».

Miro a Bee sin saber por qué. ¿Quizá porque espero que se ría, aunque yo no soy gracioso?

—Me encanta, Bee. —Adri se acerca—. Va a quedar genial.

—Hago lo que puedo.

—¿A qué hora tienes pensado salir? —pregunta Connor a Adri.

—Pues no lo sé. —Se aparta el flequillo de la cara—. Todo depende de cómo sigan esos dos zoquetes. —Señala a la pareja que sigue ensayando en el escenario—. Si no, lo dejamos para otro día…, mañana o…

—Adri, llevas aquí desde las tres de la tarde. —Parece que la abejita es la voz de la razón dentro de su grupo de amigas—. Creo que ya vale por hoy.

—¿Y tú?

Bee alza los ojos hacia mí. Como si me estuviera preguntando en silencio. No se ha olvidado de que habíamos quedado, y eso está bien.

—Yo… recojo esto y me voy. Y tú deberías hacer lo mismo, Adri. Creo que ya está bien por hoy.

—Tienes razón. —Gira la cabeza y lanza un grito que paraliza a todo el mundo—. ¡Chicos! ¡Se terminó por hoy! ¡Seguiremos mañana! —Señala con el dedo a Sierra Byrd y Joel Morris, que ya se están marchando, como también lo hace el resto de la gente—. Quiero las canciones perfectas para mañana.

Connor sonríe y la atrapa de nuevo entre sus brazos.

—¿Vamos?

—Hasta mañana —dicen al mismo tiempo.

La puerta se cierra de golpe y, de repente, se hace palpable el peso del silencio y esa especie de tensión densa que nos envuelve.

Todos se han ido.

Bee coge aire y se repasa los labios con la lengua. Unos que he

estado a punto de besar estar mañana… Y llevo todo el día sin dejar de pensar en eso. En cómo sería. En cómo se sentirá. ¿Será como las otras veces?

—¿Nos vamos? —pregunto.

Ella aprieta los labios y desvía la mirada.

—¿Qué?

—Es que… me gustaría terminar esto.

Miro todo lo que tiene sobre la mesa.

—Por lo que parece, no eres de esas personas que dejan las cosas a medias, ¿no?

—La verdad es que no. Me quedan cuatro cosas y estoy. —Afirma, y me quedo ahí. Mirándola. Pero ella no parece muy contenta—. No puedo concentrarme si te quedas ahí mirándome.

—¿Te pongo nerviosa?

—Bueno…, me pone nerviosa que la gente me mire cuando hago algo.

—Vale, vale.

Levanto las manos y le dejo su espacio, porque tengo ganas de salir de allí. Llevo demasiadas horas en el instituto y siento que me voy a volver loco.

Hoy ha sido mi primera tarde sin entrenar, y creo que no lo estoy llevando tan mal como pensaba, pero, aun así, noto la necesidad de botar un balón. De sentir su rugosidad en las manos. El chirriar de las suelas sobre la cancha.

En cuanto llegue a casa, voy a lanzar tiros hasta que caiga rendido.

—Oye. —Giro la cabeza sin dejar de caminar hacia el escenario —. No tardes. Que la película empieza a las ocho.

—¿Película? ¿Qué?

—¿Te gustan las palomitas? —sonrío satisfecho.

35

Bee



Quizá tendría que haber dejado las cosas a medio hacer como ha hecho todo el mundo y dar por finalizado el día, pero me he puesto nerviosa al quedarme sola con Bastian. Al recordar que íbamos a quedar.

Él y yo. Solos. Fuera del instituto.

Solo de pensarlo, me tiemblan las piernas porque no se me dan muy bien este tipo de cosas.

«Imagina que es como si fueras con Jaz. Como una tarde de chicas», pienso, y voy sintiendo cada vez más nervios, porque claramente no es lo mismo.

Me estiro para desentumecer los músculos tras haber pasado demasiado tiempo en esa postura infernal, y me quedo rígida cuando veo a Bastian moverse por el escenario con un balón entre las manos. Avanzo sin despegar los ojos de sus movimientos y, para qué mentir, de su cuerpo sin camiseta.

Tiene la piel ligeramente perlada en sudor. Con cada

movimiento, sus músculos se marcan como brochazos sobre un lienzo. Los hombros anchos (aunque eso ya lo sabía) y tatuajes en ambos brazos.

Todos los músculos de su espalda se tensan cuando levanta el balón y las alas de ángel que tiene tatuadas entre los omóplatos llegan a cada uno de los extremos de sus hombros.

Me resulta muy poético que alguien como él, a quien llaman la Bestia, lleve un ángel bastante grande tatuado en la espalda.

Con las piernas semiflexionadas, se gira hacia mí, pero sin verme, y me deleito con su pecho definido. Aprieto los labios y siento cierta lástima cuando en su pectoral izquierdo se ve claramente un corazón roto, con un montón de grietas a los lados; como si se lo hubieran arrancado del pecho.

Aparto la mirada ligeramente incómoda porque parece que ese dibujo dice mucho de lo que él ha podido sentir en algún momento de su vida. Si no, no te tatuarías algo tan trágico, ¿no?

Sigo deslizando la vista por sus abdominales y la hendidura perfecta que los separa. Llego hasta la uve que se esconde por el borde de sus pantalones.

—¿Te gusta, abejita?

Su voz me hace apartar los ojos de golpe y finjo de una forma pésima que estoy concentrada en las cortinas del escenario.

—Beatrice.

Me desestabilizo por completo cuando lo vislumbro con el balón bajo el brazo, y el pelo húmedo y desordenado sobre su frente. Su pecho subiendo y bajando.

Y sus ojos ardiendo sin despegarse de los míos.

—¿Qué? —preguntó, alzando un poco el mentón.

Ladea la cabeza.

Una punzada me atraviesa el bajo vientre.

—Que si te gusta.

—Claro que no.

Camina hasta el borde del escenario y se pone de cuclillas, haciendo un gesto con los dedos para que me acerque. Clavo los ojos en los tatuajes sueltos que hay sobre su antebrazo y por un momento me encantaría saber la historia que se esconde detrás de cada uno de ellos.

—¿Qué? —pregunto nerviosa.

—Nada. Solo quería facilitarte las cosas y que me vieras desde más cerca. —Su sonrisa insolente hace que abra la boca y me la tape con la mano.

Puede que esa manera de sonreír sea una de las cosas más bonitas (y sexis) que he presenciado nunca. De hecho, podría competir con cualquiera de mis novios literarios, y ese suceso no había ocurrido jamás.

Bastian se lame los labios y entrecierra los ojos. Se seca el sudor de la frente con el antebrazo y yo hasta me atraganto con mi saliva porque no sabía que un movimiento tan mundano pudiera ser tan sexy.

—¿Quieres subir y te enseño?

No quiero hacer más el ridículo, gracias.

—Otro día quizá.



Chicago de noche me parece algo digno de ver. Es tan bonita que, si supiera pintar, me encantaría dibujarla; pero, como no tengo ni idea de eso, saco el móvil y hago una foto a una de las transversales.

—¿Eres de esas?

Aparto el móvil un poco avergonzada. Bastian está a mi lado con las manos en los bolsillos de su cazadora.

—¿De esas?

—Que le hace fotos a todo.

—Ah —suelto nerviosa—. No. Bueno, a veces. Depende.

—¿De qué?

—De lo que sienta. Hay cosas que me apetece fotografiarlas, para recordar el momento. O simplemente porque me parece algo digno de capturar.

Se queda en silencio, observándome.

—¿A ti no te pasa? ¿No hay momentos que quieres que sean eternos?

—No tengo mucho de eso, la verdad.

—Vaya. Qué pena.

Después de mirarme como si no me entendiera, se adelanta un poco y me abre la puerta del cine para dejarme pasar. No le doy las gracias, pero le dedico una sonrisa que en mi idioma significa lo mismo.

El calorcito de la sala me reconforta. La moqueta del suelo. El olor de las palomitas. El murmullo de la gente, que, gracias a Dios, es poca.

Miro hacia las pantallas que muestran los estrenos.

—¿Cuál vamos a ver?

Bastian bufa y me mira.

—Una que no sé si nos va a gustar, pero fue lo más decente que encontré.

—Ah. —Lo miro sorprendida—. Que ya tienes las entradas.

—Claro. Te he dicho que la peli empezaba a las ocho.

Aprieto los labios y asiento con la cabeza.

—Era una forma de asegurarme de que no me dijeras que no. —

Me da un codazo suave—. Tenía la sensación de que podía ocurrir.

Trato de ocultar la sonrisa, porque en realidad sí que había estado pensando en ponerle una excusa y anular el plan. Por nervios e incomodidad más que nada. ¿De qué íbamos a hablar? Me provocaba mucha angustia no saber cómo iba a sentirme fuera del instituto. Sin tanto estímulo. Sin la opción de salir corriendo con cualquier excusa.

Y aunque el plan del cine me parece que está muy bien porque hablaremos poco, nadie me había avisado de lo nerviosa que iba a estar por pedir unas palomitas. Por entrar en la sala, que, por suerte, tenía las luces encendidas, porque, si no, seguro que me habría tropezado con los escalones. No esperaba que me temblaran así las manos a la hora de coger la bebida, que está demasiado cerca de su pierna.

Él, en cambio, parece tranquilo, ahí sentado con la atención fija en la pantalla.

Disfruto de mis palomitas saladas hasta que, de repente, su mano y la mía coinciden.

—¿Qué haces? —susurro observándolo, y echo un vistazo a su mano sobre mi cubo de palomitas—. ¿Me estás robando?

Bastian suelta el aire por la nariz y se acerca a mí.

—Ya se me han acabado, y pensaba que no te importaría que te cogiera alguna. —Echa un vistazo a mi cubo gigante—. Llevas media hora con eso y no ha bajado nada.

—Bueno, es que como despacio —susurro.

Lo veo detenerse en mi boca cuando me como una palomita.

—Doy fe de ello.

Sonrío, cortada. Él vuelve a su postura y entrelaza las manos sobre el abdomen. En ese momento me siento un poco mal, porque en realidad no me importa que coja; de hecho, hasta lo agradezco,

porque yo no me voy a acabar mi cubo y me da vergüenza dejarlo lleno.

Encima de que me ha invitado él… Me moriría de la vergüenza si lo dejo casi lleno.

—Oye, que era broma. Coge.

—Tranquila. No pasa nada. —Gira la cabeza y me mira—. Cómelas tú.

—Que no. Toma. —Le tiendo el cubo con más fuerza de la que me gustaría y parte del contenido se derrama sobre sus largas piernas—. Ay. Perdón.

Avergonzada, intento quitárselas de encima, pero él empieza a revolverse y me agarra la muñeca. Casi me ahogo con la intensidad de sus ojos, a pesar de que la única luz que nos ilumina es la de la pantalla.

—Bee. Para —gruñe sin quitarme los ojos de encima con la mandíbula tensa—. De verdad.

—Pero…

Niega con la cabeza y, cuando me doy cuenta de lo que estaba haciendo, quiero enterrar la cabeza en una de las butacas.

—Madre mía —jadeo—. Perdona. No era mi intención, de verdad. Yo solo quería…

—Eh. Tranquila. —Desliza sus dedos hasta mi mano y tira un poquito para acercarme hacia él—. No has hecho nada malo.

—Soy un desastre.

Me busca con los ojos hasta que, por fin, encuentra los míos.

—Estás hablando con el desastre número uno. —Se encoge de hombros.

—Ya, pero…

—Mira, Bee, si no te callas ya, voy a tener que callarte yo —refunfuña con severidad—. Y no quiero que me odies más de la

cuenta.

Abro los ojos como platos. Una parte de mí quiere saber cómo podría callarme, aunque, por cómo me mira la boca, puedo llegar a imaginármelo. Y, para qué negarlo, leer literatura romántica solo hace volar aún más mi imaginación.

Romantizar mi vida e idear situaciones ficticias que no van a pasar es un gran pasatiempo.

—¿Y cómo…?

—¿No te haces una idea? —Se acerca un poco más y se apoya en el reposabrazos que nos separa—. ¿Ni un poco?

Niego con la cabeza, mintiendo como una bellaca. Él se lame los labios.

—¿Te acuerdas de esta mañana? —«cómo olvidarlo»—. Cuando hablábamos de las cosas que teníamos que fingir…

Asiento en silencio porque no sé qué decir y quiero que siga hablando. En ese tono. Con esa calma. Transmitiéndome esa electricidad que empieza en mi garganta y desciende hasta mi bajo vientre.

Y él habla de nuevo:

—Como un beso —dice con la voz ronca—, por ejemplo.

Trago saliva porque ahora mismo me da igual si es por fingir, pero me apetece. ¿Cómo sería besarlo? ¿Será igual que en los libros que leo?

Me lamo los labios.

—Podemos fingirlo ahora —continúa.

Asiento en silencio con el corazón a mil por hora.

Me aparta un mechón de pelo que, por lo visto, se me había quedado en la comisura de la boca. Su mano se desliza por mi cuello hasta encajar a la perfección en mi nuca y, cuando estoy a punto de soltar un gemido solo por ese gesto, posa sus labios sobre los míos.

El primer impacto me quita el aire. Como tirarte al agua sin previo aviso. Como estar en lo alto de una atracción y caer al vacío.

Nada más juntar nuestras bocas, siento una explosión. Como un zumbido muy intenso en todo el estómago. Separamos los labios por inercia y su lengua entra en contacto con la mía.

Y aunque nunca he besado a nadie, y mucho menos con lengua, siento la necesidad de hacer que se encuentre con la de Bastian. Es una sensación que no sé cómo describir, pero es como… saber lo que tienes que hacer, aunque nunca te hayan enseñado cómo hacerlo. Como un pájaro que nace y su primer instinto es volar.

Me tiemblan las manos y una parte de mí quiere tirar el cubo de palomitas y pasar las manos por su cuello, pero no lo hago. Supongo que me da miedo romper ese momento, por eso me quedo quieta, disfrutando de la calidez que desprende en ese momento, que poco se parece a cuando está en el instituto.

Bastian sabe a sal, azúcar y burbujas.

Se separa de mí y sonríe a un palmo de mi boca.

—Sabes a palomitas, Bee.

Me mira con intensidad mientras se lleva una palomita a la boca y vuelve a su postura de antes.

Y me paso el resto de la película con el corazón en la garganta.

No sabía que un beso podía saber tan bien.

36

Bee



—¿Cuándo pensabas contárnoslo?

La decepción en el tono de Jaz me hace sentir mal por no haberles contado lo del trato con Bastian antes. Yo misma estaba intentando asimilarlo.

Bajo la mirada, avergonzada.

—No he encontrado el momento para hacerlo.

—Claro, porque será que no nos vemos nunca.

—Ay, Jaz…, no seas así —suelta Adri, pasando el brazo por mi espalda—. Nuestro pepitogrillo ha estado muy ocupada.

—Ya. La tienes explotada haciendo manualidades.

—Eh. Que yo no la he obligado a nada, lista.

Jaz se ríe.

—Es broma. Oye, Bee… —Coloca su mano sobre la mía—. Lo que he dicho antes también era broma. No te lo tomes a mal. Ya sé que necesitas tus tiempos.

La miro y le dedico una sonrisa.

—Es que… es como que no termino de asimilar todo lo que está pasando. Me siento un poco extraña.

—¿Te hace sentir incómoda?

Lo cierto es que no.

—No. De hecho, es muy respetuoso. Pero se me hace raro fingir que estamos juntos.

—Yo a él lo veo muy cómodo —sentencia Adri—. No para de buscarte.

No rechisto y siento cómo mis mejillas se calientan solo de recordar el beso en el cine hace un par de días.

—Ya…, bueno, supongo que tiene que hacerme sentir bien para que siga dándole clase.

—No digas tonterías. Ese tipo de cosas no se pueden fingir.

Ladeo la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Pues que, si él estuviera incómodo, lo notarías. —Desvía la mirada a Jaz—. ¿Verdad?

Mi mejor amiga asiente, y se coloca un mechón de su precioso pelo negro detrás de la oreja, con lo que deja a la vista sus imprescindibles aros dorados.

—Sí. Solo tienes que ver a Milán y Alex cada vez que están compartiendo espacio.

—La tensión podría cortarse con un cuchillo —añade Adri.

—Ya —musito.

—Por eso. Que vosotros tenéis una conexión. Todo parece… natural.

—Nadie diría que estáis fingiendo —finaliza Jaz.

—Hola.

Todas alzamos la vista hacia Milán, que deja su mochila en el borde de las escaleras y se sienta a nuestro lado.

Me siento mal, porque, de forma automática, dejamos de hablar. Como cuando estás hablando de un tema delicado que no quieres que sepa nadie más. Y no es que pretenda ocultárselo, simplemente por cómo están las cosas no me siento a gusto, porque sé que no va a decir nada bueno.

—¿Fingiendo? ¿Quién finge? —pregunta, mirándonos con sus ojos rasgados.

—Yo. Pensaba decir que me duele la barriga para saltarme matemáticas —inventa Jaz, y me siento mal porque tenga que mentir cuando no hace falta.

—Ah.

Un silencio incómodo se asienta sobre nosotras y me entran ganas de llorar porque antes no éramos así.

—¿Qué tal estás? —pregunta Jaz a Mils.

—Bien.

Mils no hace el amago de seguir la conversación y Jaz tampoco. De repente, Alex sube las escaleras y se queda en un escalón por debajo frente a nosotras.

—Hola, chicas —se dirige a nosotras, pero clava sus ojos en Milán—. ¿Podemos hablar?

Adriel, Jazmín y yo nos miramos, y acto seguido clavamos la vista en ellos. Ella ni lo mira. Alex suspira agotado.

—Milán.

Ella aprieta los dientes y, por fin, sube el mentón para mirarlo.

—¿Qué?

—Necesito hablar contigo.

—¿Para qué? Ya me has dejado muy claro que mi opinión te importa una mierda.

—¿Qué? —Él niega con la cabeza—. Yo no he dicho eso.

—Oh. Claro que lo has dicho.

Alex suspira, como si tratara de no perder los papeles, y es que parece que la única persona que saca de sus casillas a Alex es nuestra amiga.

—Es importante —dice entre dientes.

Milán refunfuña mientras agarra sus cosas y se levanta de mala gana.

—No tengo todo el día. Así que rápido.

—Aquí no.

Nos echa una mirada y sigue a Alex escaleras arriba hasta que desaparecen por el interior del edificio.



—Venga, Bee —insiste Adri—. Necesito saber todos los detalles. Antes no hemos podido indagar en el meollo de la cuestión.

La miro de reojo mientras coloco las cosas en mi taquilla, y digo que no con un gesto, ligeramente avergonzada, porque, aunque me haga sentir una mala amiga, me alegré un poco de que Milán apareciera y nuestra conversación sobre Bastian finalizara antes de contarles que me besó. Bueno, que nos besamos.

Suspiro, porque sé que esto tiene que llegar antes o después, y prefiero hablarlo de una vez, aunque tenga que repetirlo más tarde con Jaz porque ahora está en matemáticas.

—Fuimos al cine.

Pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—Ay. Eso ya lo sé. Pero ¿qué más? ¿Qué pasó?

—Bueno, pues… —Cojo aire y lo suelto—. Nos besamos.

—¿Quién te besó, abejita?

Su voz me hace apretar los ojos con fuerza.

No me lo puedo creer. Me muero de la vergüenza.

Giro la cabeza y lo veo ahí plantado, con la gorra del revés y una sonrisa burlona.

Mis mejillas arden y en ese momento me encantaría desaparecer de la faz de la tierra.

Su sonrisa se ensancha aún más con mi silencio.

—Pues…

—Su novio —suelta Adriel con picardía.

—Ah. ¿Y quién es tu novio? —pregunta en un tonito que me hace sentir un calor abrasador.

—Uno —suelto nerviosa.

Sin despegar sus ojos de los míos, se acerca a mí.

—Uno muy guapo, por lo que me han dicho —bromea.

Adriel se ríe con fuerza y le respondo fulminándola con la mirada.

—Connor te está buscando —suelta Bastian sin dejar de mirarme

—¿Dónde está?

—En la entrada.

Adri me acaricia el brazo con suavidad antes de marcharse, pero yo no aparto mi atención de los ojos azules del chico que tengo delante.

—Luego nos vemos. Adiós, tortolitos.

Bastian se lame los labios y, con las manos en los bolsillos, se inclina hacia mí hasta que su nariz roza la mía.

Siento cómo el pecho está a punto de reventarme en mil pedazos.

—Hola, abejita —dice bajito.

—Hola —respondo con la boca seca por su cercanía.

Me da un beso en la mejilla, muy cerca de la boca. Y vuelve a su posición inicial.

—¿Dónde te escondes?

—¿Yo? —Pestañeo con inocencia—. No me escondo.

—Ah. ¿No? Qué raro. Ayer no te vi en todo el día.

—En el auditorio.

—Ya. En el auditorio. Y justo cuando he ido a buscarte, ya te habías ido.

Me hago la tonta, porque sí que es verdad que traté de evitarlo, porque una parte de mí, una que parece que tiene doce años, se moría de vergüenza.

Solo fue un beso. No es para tanto.

—¿Hoy vamos a quedar? —pregunta, irguiéndose.

—¿Sí?

—Tú mandas. Eres la profesora.

—Sí, claro. —Aparto la mirada, ligeramente nerviosa—. Podemos coger un aula en…

—En mi casa.

Levanto la cabeza y lo miro un poco sorprendida.

—¿Qué?

—Nada. No sé. Como quieras.

No se me pasa por alto como cuando mira justo detrás de mí, y su gesto cambia por completo.

—¿Qué pasa? —pregunto, ligeramente asustada.

—Te voy a besar.

—¿Qué?

Pero no me da tiempo a decir ni a preguntar por qué. Me agarra del brazo con suavidad y me mueve hasta que mi espalda choca contra las puertas de las taquillas. Ahogo un suspiro cuando me arrincona con un brazo a la altura de mi cabeza y me besa.

Mi boca se abre al instante y deja entrar su lengua, que me busca con ímpetu, con ansia, con mucha más intensidad que el día

del cine.

Mi pecho roza el suyo, y tiemblo cuando sus manos acunan mi cara.

Su dedo pulgar roza mi labio inferior cuando se aparta de mis labios. Lo miro buscando una respuesta, y, aunque él sigue enganchado a mis ojos, yo desvío la mirada y veo a Grayson pasar por detrás de Bastian.

Supongo que ya sé por qué me ha besado.

Fingir para quitarme de encima a Grayson. Ese era el trato, ¿no?

37

Bastian



—¿No os ibais a ir? —pregunto nervioso y un poco irritado a mis tíos, que están sentados en el sofá sin ninguna intención de mover el culo.

Luis me mira con el brazo rodeando el hombro de Don.

—No.

Gruño frustrado.

—Teníamos un trato.

—No, Bastian. No había nada decidido.

Entrecierro los ojos, voy a volverme loco.

—Sois unos cotillas.

Y voy hasta la puerta, donde me está esperando Bee.

—Perdona. Vamos, ven. —La agarro de la mano por inercia y voy a subir a mi habitación con ella, pero un «chsss» me frena en seco.

Me muerdo la lengua y giro sobre mí mismo con ganas de matar a alguien.

Luis está en el umbral que separa el recibidor del salón, y me mira. Chocolate aparece con la lengua fuera y se acerca a olisquear

las piernas de Bee.

—Ay. Hola —susurra con la voz supertierna, y lo acaricia mientras yo deseo desintegrar a mi tío.

—¿Adónde vas?

—A estudiar.

—¿A tu cuarto? —Arquea las cejas.

—¿Qué pasa? Necesitamos intimidad.

Mi tío se cruza de brazos y se acerca a nosotros.

—En la cocina tenéis todo tipo de intimidad. Nosotros no vamos a molestaros. —Centra toda su atención en la chica a la que tengo cogida de la mano—. Hola, linda. Soy Luis, el tío de este garrulo.

—Pero cómo que… —Me muerdo la lengua otra vez.

Pero me alivia ver que Bee trata de ocultar una risita, y eso, por lo menos, es buena señal.

—¡Encantada! —Le regala una amplia sonrisa—. No queremos molestar… Si no, podemos ir a la biblioteca… o…

Me mira en busca de algún tipo de solución, pero yo niego con la cabeza. No me voy a ir a ningún sitio. Quiero estudiar en mi casa y punto.

—De hecho, podéis ir a la nuestra. —Mi tío me lanza una mirada —. ¿No? ¿O necesitas subir a esta pobre chica a la pocilga que llamas habitación?

Me cago en todo.

—Oye, pero ¿qué dices de mi habitación? —gruño enfadado.

—Nada bueno tengo que decir de ella. Hasta Charlie la tiene mejor que tú.

Me toco el puente de la nariz, desesperado.

—La biblioteca está genial —dice Bee en un tono suave, apretándome la mano—. Además, si es igual de bonita que el resto de la casa…

—Ay. Muchas gracias. Bastian la odia.

Joder.

Luis me asesina con la mirada y Bee me mira horrorizada.

—Pero si es maravillosa… Es como vivir en un castillo de cuento.

—Igualito. Mira, ahí está el hada madrina. —Señalo a mi tío Don, que aparece por la puerta.

—Bastian —gruñe Luis.

—Nosotros nos vamos.

Tiro de Bee desesperado hasta la puerta de la biblioteca y escucho el gritito ahogado que suelta cuando entramos.

—Se supone que nadie nos va a molestar.

Se queda ahí plantada con las manos sobre el pecho mirando todos los rincones. Sus ojos brillan con una intensidad que me gusta.

—Es… —Da una vuelta sobre sí misma—. Es increíble.

—¿Gracias? —Suelto una risita.

—Lo que pagaría por tener algo así en mi casa.

Avanza con miedo, como si fuera a decirle algo por pasearse por allí.

—No sé si seré capaz de darte clase teniendo esto ante mis ojos.

Avanzo hacia las cortinas y las abro de golpe, porque, según mis tíos, a los libros no les puede dar el sol directo porque se quedan amarillos, así que esta zona suele parecer la cueva de un oso.

—¿Te importa que…?

Me vuelvo hacia ella.

—Todo tuyo. Disfruta.

38

Bee



—Vale. Repetimos. ¿Cuál era la diferencia entre narrador protagonista y narrador omnisciente?

Lo observo por encima de la montura de las gafas. No deja de juguetear con el bolígrafo mientras se muerde los labios.

—El protagonista te da su punto de vista y el omnisciente es el que sabe todo.

—Hum. Vale, pero… ¿puedes desarrollarlo un poco más?

Pestañea y desvía la mirada para concentrarse. Puede que nunca se lo haya planteado, pero le queda demasiado bien este sitio. Cualquiera podría pensar que no es un lugar para alguien como él, pero es lo suficientemente inteligente como para estudiar lo que le dé la gana, solo que no parece confiar demasiado en sus capacidades.

No le hace falta más de una explicación para que pille todo a la primera y lo entienda. Y me da rabia que lo esté desaprovechando de esa manera.

Mira al techo buscando la inspiración y yo poso los ojos en la nuez de su cuello. Me fascina cómo se mueve cuando traga saliva.

—¡Yo quiero verla!

Arrugo la frente cuando escucho una vocecita al otro lado del pasillo y miro a Bastian.

—Vienen a verte —susurra.

La puerta se abre de par en par. En el umbral aparece un niño alto y flacucho, con una mata de pelo rubio y unos ojos enormes.

—Hola.

Me giro sobre la silla y le dedico una sonrisa.

—Hola.

Bastian arrastra la silla y se levanta para ir hasta donde él. Antes de que el crío pueda decir nada, Bastian le revuelve la mata de pelo y lo levanta, cogiéndolo como si fuera un saco de patatas.

—¡Ay, Bas! —Se ríe.

—¿No has venido a verme a mí? —Le hace cosquillas y el niño se troncha de risa.

—Eh. Bueno, sí. También.

—Eres un cotilla. Igual que tus padres.

Bastian lo baja al suelo y el niño se peina el pelo con los dedos. Me acerco para saludarlo.

—Este es…

—¡Oye, que sé hablar! —se queja.

—Vale. Perdón.

Sonrío porque me produce mucha ternura cómo se tratan. Cómo ha ido Bastian a cogerlo en volandas. El cariño que desprenden sus ojos fríos como el hielo.

—Soy Chapi. El hermano pequeño de Bastian.

Intento que no se me note la confusión, pero, cuando miro a Bastian, él niega con una sonrisa, como diciendo: «Me he cansado

de decirle que no somos hermanos, pero se empeña en ir contando lo que le da la gana», o así interpreto su gesto, y no le doy importancia, porque la lógica de los niños pequeños es algo que realmente me apasiona.

Todos seríamos mucho más felices con esas ideas que tienen.

—Yo soy Bee. —Le dedico una sonrisa sincera.

El niño lleva la cabeza a un lado y me enseña todos los dientes (excepto el hueco en una de sus paletas) con una sonrisa enorme.

—¿Como las abejas?

Bastian ahoga una risa y recobra la compostura ante mi mirada asesina

—No lo he dicho yo. —Alza las manos como si lo estuviera apuntando con una pistola—. Ha sido él. —Se agacha a su lado y baja un poco la voz, pero sigo escuchándolo perfectamente—. Es una abejita.

Chapi se ríe y yo pongo los ojos en blanco.

—En realidad me llamo Beatrice, pero todo el mundo me llama Bee.

—Yo soy Charlie —dice con la cara arrugada—. Pero todos me llaman Chapi.

—Me gusta, ¿y a ti?

—También. —Sonríe—. ¿Te vas a quedar a cenar?

Me quedo rígida, porque eso sí que no me lo esperaba, y llevo los ojos a Bastian, que me observa con detenimiento.

—No. Tengo que irme a casa.

—Ah. Vaya. —Su vocecita suena algo triste—. Pero… ¿otro día te quedas?

—Si me invitáis, sí.

—La invitamos, ¿a que sí, Bas?

Chapi gira la cabeza hacia Bastian y él asiente tocándole el pelo.

—Claro, enano. —Me mira—. Bee puede venir siempre que quiera.

Mi corazón da un pequeño brinco ante sus palabras.

—Corre, vete a decirle a los tíos que llevo a Bee a su casa y cenamos en un rato.

—Vale —grita contento—. ¿Y después unos tiros?

Bastian asiente, derrotado.

—Sí, claro.

—Adiós, Bee —se despide con una sonrisa antes de salir corriendo por la puerta.

—Adiós, Chapi.



Dejo las llaves sobre la cómoda de la entrada. El pasillo está terriblemente oscuro, pero se ve una rendija de luz en el despacho de mi padre.

Abro la puerta y ahí está, con las gafas puestas, la música de los ochenta sonando y la ventana cerrada a cal y canto.

—Hola, papá.

—Hola, Bee —dice sin despegar los ojos de la figura que tiene entre las manos—. ¿De dónde vienes?

—De… estudiar.

Podría contarle todo lo que ha ocurrido en los últimos días, pero no sé cómo hacerlo.

—Hum. —Desliza la paleta por la pieza, supongo que estará juntando los cachos rotos—. ¿Por qué no estudias en casa?

—Eh. Bueno…, me viene bien darme una vuelta.

Avanzo hacia el interior y me dirijo a la ventana.

—No hace falta, Bee.

—Papá… —suelto con reproche—. ¿Tú sabes el pestazo que hay aquí? Te vas a intoxicar…

—Si no lo he hecho ya…

Por fin alza la cabeza para observarme y aparto la mirada ligeramente incómoda, porque creo que hace demasiado que no sé lo que es sentir sus ojos sobre mí.

Observo el espejo gigante que hay en la pared frente a su escritorio, al lado de la puerta.

—¿Un encargo?

—El más gordo por el momento. Era de un empresario con muchísimo dinero, y me dijo que lo quería restaurar para regalárselo a su hijo.

—Es bonito.

«Pega en casa de Bastian», pienso, y al instante trato de sacarlo de mi mente.

Carraspeo y avanzo hacia la salida.

—Voy a cenar.

—¿Cenamos juntos?

Me giro de golpe, porque hace días que he perdido la esperanza de compartir tiempo con él.

—Ah. Sí. Claro.

—Termino esto, y voy.

—Genial. Yo me voy a dar una ducha.

39

Bee



—¡Me haces daño!

—Déjame hacer mi trabajo y…

—¡No! Vamos, es que ni de broma.

Los gritos de Adriel resuenan sobre el auditorio. Sierra Byrd y Joel Morris resoplan. Han repetido esa escena como quince veces. Se ve que están hartos.

—¿Qué pasa ahora, Porter?

Adriel detesta que la llamen por su apellido.

—¿Que qué me pasa? —grita exasperada con las manos en las caderas—. Hemos repetido este dialogo más de veinte veces, y no hay forma de que parezca que estáis enfadados, pero que a la vez se note que os gustáis.

Sierra y Joel se miran como si no entendieran lo que Adri les quiere decir, y es que yo como lectora sí entiendo el punto de odiarse y gustarse a la vez. Como en esos buenos romances *enemies-to-lovers* en los que se ponen la daga al cuello, pero no

dejan de comerse con los ojos. Pero entiendo que una persona menos intensa no llegue a entender del todo ese concepto tan contradictorio.

—Lo estamos haciendo bien. —Joel se lleva las manos al puente de la nariz, desesperado—. Deberías dejar de ser tan exigente. Es un puñetero musical de instituto.

—¡No es ninguna tontería, Joel!

—Entonces, ¡¿por qué coño no lo haces tú?! —grita, encarándose a ella, y todo el auditorio se queda en silencio.

—No le hables así.

Su voz termina de detonarlo todo.

Me dejo llevar por ella y desvío mis ojos hacia Bastian, que está apoyado en una de las columnas de luces del escenario con las manos en los bolsillos y sus ojos azules clavados en ellos.

—No eres el más indicado para hablar, Wolf. —Joel alza las cejas, molesto por su intervención. No querrá herir su orgullo de macho, supongo—. Esto no va contigo.

—La próxima vez que le hables así, te cruzo la cara, gilipollas.

Y se da la vuelta como si nada para seguir a lo suyo.

—A ver… —Mi amiga carraspea—. Vamos a intentarlo por última vez, por favor. Y luego pasamos a la canción de la huida, ¿vale?

Estas últimas semanas están siendo un auténtico caos, pero Adriel es la que peor lo está llevando. No sé cuántas horas duerme al día, pero apostaría a que menos de cinco, y casi no come y pasa más de doce horas en el instituto sin parar ni un segundo.

Está completamente desquiciada, y lo entiendo. Quiere hacerlo lo mejor posible. El problema es que, cuando tu trabajo depende de más personas…, todo se complica.

La pareja asiente con cara de pocos amigos y vuelven a retomar el diálogo por donde lo dejaron. Yo trato de ponerme a lo mío, pero

se me ha terminado el barniz y encima necesito más papel de seda para hacer los pétalos de la rosa.

El hormigueo habitual que siento cuando estoy en el mismo espacio que Bastian me recorre de arriba abajo solo de pensar que voy a pasar cerca de donde está trabajando.

La puerta está medio abierta, así que me meto dentro y empiezo a buscar como una loca todo lo que necesito para no tener que volver. Me pongo de puntillas para alcanzar un botecito de barniz, pero, como era de esperar, no llego.

—Pensaba que ya habíamos superado esta etapa, abejita. —Su voz hace que mi estómago brinque.

Me giro de golpe, con el corazón en la boca del estómago, y aprieto los labios cuando lo veo apoyado contra el marco de la puerta. Lleva unos pantalones de chándal grises y una sudadera ancha, la del equipo, con su número en la espalda.

—¿Qué etapa?

—La de no pedirme las cosas. Estoy para lo que quieras.

Se incorpora y empieza a caminar hacia mí con cautela.

Menudo cosquilleo. Supongo que tener sus ojos sobre los míos no es un factor que facilite demasiado mis nervios.

Sin dejar de mirarme, alza el brazo para coger el botecito.

Siento una presión insoportable en mi bajo vientre. Como un enjambre de abejas (aún no sé por qué me imagino abejas y no mariposas, como todo el mundo) zumbando por mi estómago hasta el tórax.

El cuerpo de Bastian roza el mío y tiemblo como una hoja.

—¿Necesitas algo más?

Una bombona de oxígeno no me iría mal.

Su tono de voz es más bajo y pastoso de lo normal, y sus ojos siguen fijos en los míos de una manera que me está consumiendo.

¿Esta habitación era así de pequeña hace cinco minutos?

—No —logro decir con un hilo de voz.

Con los ojos clavados en mi boca, se lame los labios y da un paso atrás, dándome un poco de espacio que agradezco y detesto a partes iguales.

—Oye —decimos a la vez, y soltamos una risita breve—. Perdona —repetimos de nuevo.

—Dime tú —trato de decir más rápido que él.

—Bueno, había pensado que, si todo esto sale bien y puedo volver al equipo, aunque sea para la final… —Se toca la nuca—. Me gustaría que vinieras a verme jugar.

¿Ha oído alguien hablar de ese momento en el que el chico malo se abre y se ve que realmente no es tan malo, sino que lleva toda su vida con una fachada por miedo? Pues ahí me doy cuenta, tras recopilar más detalles que he ido viendo con el paso de los días, que Bastian no es más que un tío que, aunque físicamente intimide un poco, en realidad es mucho más inseguro y tierno de lo que quiere mostrar a los demás.

Y al igual que me pasa con los libros, ese tipo de hombres atormentados, con problemas emocionales, me pierden.

Complejo de salvadora, supongo.

—¿Quieres que vaya a verte? —pregunto despacio, saboreando con incredulidad cada palabra.

—Connor quiere invitar a Adri y…, bueno, supongo que quedaría raro que mi novia no fuera a la final, ¿no crees? —Se acerca un poco más y baja la cabeza—. Podrías ponerte mi camiseta.

Una punzada de decepción me atraviesa cuando menciona a Connor y Adri, porque supongo que no ha sido idea suya y tampoco es algo que le haga especial ilusión. Solo quiere mantener una imagen.

Una parte de mí deseaba que la invitación fuera genuina, porque me cae bien, porque creo que me he encariñado con él al verlo en otros ambientes, al ver cómo es conmigo.

—Bueno…, ya veremos, ¿vale? —Aparto la mirada y me escabullo.

—¿Vale?

Lo miro por última vez antes de salir con el bote entre las manos, y no puedo negar que su expresión me produce una sensación de lo más extraña.

40

Bee



Creo que una de las cosas que más me gustan del mundo es pasar tiempo con la gente que me llena el alma, y en estas últimas semanas había olvidado lo bonito que es.

—¿Queréis algo? —pregunta Adri caminando hacia atrás—. Tengo unos *bagels* con aguacate y salmón que están buenísimos. —Hace un ruido sonoro cuando se lleva los dedos a la boca—. Últimamente mi padre se ha aficionado a la cocina.

—Un té frío. —Sonrío con ternura—. Por favor.

—Un americano —añade Jaz.

—Oye, ¿te ayudamos? —pregunto, recostándome sobre el banco y abrazándome para darme algo de calorcito.

—No. Prefiero que no.

Adri entra corriendo a su casa y nos deja en el porche trasero, que da al jardín y a la piscina.

Es un rinconcito precioso que ella y su familia llaman «La pecera». Está cubierto de cristal desde el techo hasta el suelo y

puedes estar al calorcito en invierno y abrirlo al completo en verano.

Tiene una decoración marinera en toda regla. Paredes y suelos de madera blanca, los asientos del mismo color, cojines en tonos azules y un montón de estrellas de mar pegadas por la pared, con conchas y perlas.

Es como estar en el refugio de un marinero que echa de menos su mar.

Jaz me da un golpe cariñoso en el muslo.

—Vale, a ver… ¿Qué pasa?

—¿Nada?

—Bee… —Su tono lo dice todo. Suspiro y giro la cabeza para mirarla—. Llevas unos días más rara de lo normal. Hace tiempo que ya no me esperas para ir juntas por las mañanas…, y quiero saber si está pasando algo de lo que no me he enterado.

Suspiro y niego con la cabeza. Últimamente tengo muchas cosas en la cabeza y ninguna de ellas me hace sentir bien.

—Estoy un poco agobiada con todo, la verdad. —La miro con una sonrisa a medias—. Pero no tienes que preocuparte.

Se da la vuelta y coloca una pierna sobre el banco.

—Claro que me preocupo, Beatrice. Eres mi mejor amiga. Para lo bueno, pero, sobre todo, para lo malo. ¿O es que se te ha olvidado?

Le agradezco sus palabras con un gesto cálido.

—Lo tengo presente. En serio.

Sus ojos dorados están llenos de una preocupación que me desborda y me hace sentir aún más culpable de lo que ya me siento de forma habitual por cosas muy aleatorias. Así que, con la culpa arrancándome la piel a tiras, me abro con ella porque tampoco se merece que me calle todas mis preocupaciones y la deje en ascuas. Al fin y al cabo, ella ha sido mi consuelo siempre que me he encontrado perdida.

—Mi padre se ha ido sin avisarme.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—Pero… —Se yergue sobre su sitio—. ¿Por qué no me has dicho nada antes, Bee?

—¿De qué serviría?

—Joder, tía. —Curva las cejas—. Podrías haber venido a dormir a mi casa o cualquier cosa. No tienes por qué estar sola, aunque creas que es lo que tienes que hacer.

Agacho la cabeza para contener las lágrimas que empañan mis ojos y trago el maldito nudo que me impide hablar, pero, cuando Jaz coloca su mano sobre la mía, me cuesta el doble mantenerme entera.

Llevo un par de días con una angustia que no consigo controlar. Cuando llegué a casa y me encontré con una nota pegada en la nevera, me quise morir.

La comunicación nunca ha sido nuestro punto fuerte, pero habíamos cenado juntos hacía unas cuantas noches. Podría haberme dicho algo. ¿Cómo te vas de casa sin decirle nada a tu hija menor de edad?

No me entra en la cabeza.

—Es que últimamente me siento un poco perdida. No sé cómo explicarlo, pero… —Miro al techo y no puedo controlar las lágrimas que empiezan a caer de forma silenciosa por mis mejillas—. No encuentro la paz de siempre en las clases. Con mi padre las cosas no mejoran… Cada vez se aísla más en sí mismo y yo no sé de qué forma acceder a él. El musical me está quitando todo el tiempo que tenía para otras cosas y… —Me tiembla la voz ante la confesión que más me asusta de todas y que he tratado de apartar de todas las formas posibles—: No sé si quiero ir a la universidad.

En la cara de mi mejor amiga no hay ningún atisbo de sorpresa, como si ya lo supiera. Suspira antes de hablar.

—Creo que llevas mucho tiempo tratando de complacer a todo el mundo y ya es hora de que empieces a pensar en ti, Bee.

Sus palabras caen como un jarro de agua fría sobre mí y me dejan pensando más de lo que debería. ¿Mi sueño realmente ha sido ir a la universidad para ser maestra o no era más que una manera de contentar y mantener la atención de mi padre sobre mí? ¿Me he dejado los cuernos siendo la mejor en los estudios para mi futuro o es que esa era la única forma de conseguir un poco de atención que no recibiría de otro modo?

Adriel aparece abriendo la puerta con el pie y haciendo equilibrios con las bebidas entre las manos.

—¡Más quisieras, *caraculo*! —grita al interior de casa.

Suelto una especie de carcajada porque sé que está discutiendo con una de sus hermanas por cualquier cosa.

—Ya estoy aquí. —Suspira, y nos tiende las bebidas para que Jaz y yo se las quitemos de las manos—. ¿He tardado mucho? Es que Índigo quería que le dejara una falda para ir al cine… y…

Su cara cambia cuando termina de dejar las bebidas sobre la mesa y nos mira.

—¿Qué me he perdido?

Jaz y yo nos miramos comunicándonos en silencio.

Sé que ella está esperando a que yo decida qué quiero contarle a Adri.

—Ven —le pido con ternura—. Siéntate.

Sus ojos, del mismo color que el mar, se clavan en mí, asustados.

—Ay. ¿Qué pasa?

Después de contarle lo mismo a Adri, me siento un poco más

ligera, aunque eso no hace que mis preocupaciones hayan desaparecido. Sí siento que ahora me es más fácil sobrellevarlas.

—Ya sabes lo que pienso sobre el futuro y las imposiciones que tenemos desde…, puf. Pues desde antes de nacer. —Gesticula de forma exagerada hasta golpearse el muslo—. Yo no sé qué quiero hacer y mucho menos quién quiero ser en el futuro, porque ¿quién sabe eso a nuestra edad?

—Bueno, ya.

—Pues eso…; tú llevas toda la vida metida en una hoja de planificación. —Suelto una risita amarga, porque razón no le falta—. ¿Y es eso lo que quieres? ¿Lo has querido alguna vez o lo hacías solo por…?

—¿El reconocimiento y la validación externa? —finalizo por ella con un hilo de voz.

Coloca su mano sobre mi muslo y aprieta con ternura.

—Oye. Que no hay nada malo en ello. Todas lo hemos hecho. —Adri echa un vistazo a Jaz—. ¿O no?

Mi mejor amiga bufa y se aparta el pelo con fuerza.

—He perdido la cuenta.

Un mensaje llega al móvil de Adri y sonríe de forma automática cuando lo ve.

—¿Y bien? ¿Algo que contar? —la pica Jaz.

Adri nos mira con una sonrisa negando con la cabeza y dejando su móvil sobre la mesa.

—Es Connor. —Se lleva un mechón de pelo detrás de la oreja—. El viernes vamos a pasar la tarde al muelle.

Jaz alza las cejas y yo no puedo evitar sonreír, porque la relación de esos dos es de lo más tierna.

—¿Al Navy Pier? —pregunta Jaz con curiosidad.

Adriel asiente con una sonrisa enorme y, de repente, sus ojos se

abren, iluminados como dos luceros

—¡Veníos! —grita, inclinándose hacia nosotras—. ¡Vamos todos!

—¿Todos? —Jaz arruga las cejas con cierta desconfianza.

—Sí, claro. Tú y Din. Y Bastian y Bee.

Me atraganto con mi té helado y consigo no salpicar a mis amigas, aunque toso más de lo que me gustaría.

—Adri, ¿qué te hace englobarnos a mí y a Bastian en la misma frase?

—Ay, por favor, Bee. No me hagas decirlo en voz alta.

Pestañeo. Me quito las gafas y con la tela de mi jersey limpio el cristal, que se ha manchado de alguna gotita de té.

—Dilo.

Se encoge de hombros y me mira con una expresión de «Luego no digas nada, ¿eh?», y se dirige a Jaz.

La emoción de sus ojos a la hora de contarlo me recuerda a mí hablando de los libros que me obsesionan y, aunque no me hace mucha gracia, en este caso parece que la protagonista soy yo.

—Bee y Bastian se gustan. Creo que se ha dado cuenta todo el River Valley menos ellos.

Me muerdo la punta de la lengua y sigo limpiando las gafas para evitar mirar a las chicas. La verdad es que no sé cómo sentirme al ver a Adriel hablando abiertamente de mis sentimientos y de los de Bastian cuando ninguno de los dos hemos dicho ni hecho nada.

—¿Has hablado con él para poder confirmar eso que dices, Adriel? —pregunto con sorna.

—No. —Gesticula tanto que parece un dibujo animado—. Pero solo hay que veros juntos.

—Estamos fingiendo —trato de justificarme.

—Ay, Beatrice, por favor. Eso sí que es falso. Bastian hizo una buena jugada con eso de la relación falsa. Le gustas de verdad.

Además, él es un tío, y los tíos no hablan de sus sentimientos, Bee. —Pone los ojos en blanco como si fuera una información de conocimiento mundial.

—Din sí.

—Pero es que Din no es un hombre al uso. —Adriel agita la mano y mi mejor amiga curva las cejas porque no sabe si eso es bueno o malo—. Él es… todo lo que debería ser un hombre. Es la expectativa.

La sonrisa de Jaz nos deja claro que las palabras de Adri son muy acertadas y la hacen sentir orgullo del muchacho con el que comparte la vida.

—Tengo mucha suerte de haberme cruzado con él —susurra con la voz cargada de nostalgia, mordiéndose el labio, como si se hubiera trasladado demasiado lejos de nosotras.

—¿Te acuerdas de cómo estabais al principio? —Adri le da un codazo suave.

—Puf. Sí. —Agita la cabeza y alza los ojos al techo—. Pero ahora no estamos hablando de mí y de Din. —Clava sus ojazos en mí—. Toca hablar de esta señorita y de sus supuestos sentimientos hacia la estrella del equipo. ¿Algo que decir, Beatrice?

Ni siquiera sé qué es exactamente lo que siento porque nunca lo he experimentado, aunque he leído muchísimas veces lo que se supone que se siente.

No sé si el hecho de que me tiemblen las piernas cuando lo tengo delante o de que se me corte el aliento es indicativo de un sentimiento profundo, la verdad.

Igual es que me impone su presencia y ya.

O que no estoy acostumbrada a recibir la atención de alguien del sexo opuesto de esa forma. Mis experiencias en ese campo son bastante nulas, y las pocas veces en que he tenido contacto con

chicos han sido porque querían pedirme que los ayudara con los deberes.

O, mejor dicho: exigirme que se lo hiciera.

—No diré nada hasta que no esté en presencia de mi abogado.

Las tres nos quedamos en silencio, observándonos, y nos echamos a reír.

—Solo di que vienes —suplica Adri.

Echo todo el aire que tengo en los pulmones porque me cuesta mucho decir que no. Además, para qué mentir: me apetece tener una excusa más para ver a Bastian.

Aún no supero la imagen de ese hombre de casi dos metros de altura y una espalda anchísima sonriéndome. Apartándome el pelo de la cara cuando le explico algo.

O besándome.

41

Bastian



Esta última semana ha sido rara.

Desde nuestro breve encuentro en el almacén, Bee ha estado un poco más distante y no sé por qué. Pero su actitud volvió a ser la de siempre en cuanto la esperé a la salida de clase hace un par de días y me la llevé a comer.

Nos gastamos bromas. Se manchó de yogur y se lo lamí con la lengua de forma impulsiva. Trató de ignorarme poniéndose a leer y le arranqué el libro de las manos.

Preguntarle sobre el libro que estaba leyendo le quitó esa actitud extraña y volvió a ser la Bee de las últimas semanas.

Ahora está inclinada sobre la mesa, con un montón de papeles subrayados y el portátil. Las gafas en la punta de la nariz y el pelo revuelto. ¿Lo tiene más rizado? Sus mejillas están más rosadas que de costumbre, aunque quizá es por el calor que hace en esta maldita sala de estudio.

Lleva un montón de rato hablando. Explicándome no sé qué, y yo no he sido capaz de prestarle atención más de dos minutos,

porque mis ojos se van a su hombro desnudo, al hueso de su clavícula, porque ese maldito jersey finito de color blanco que lleva se desliza y le deja toda esa piel al aire, lo cual le da un toque demasiado sexy.

Y yo me estoy poniendo malo.

Joder, Beatrice, ¿qué me estás haciendo? ¿Por qué la ropa que antes me resultaba de abuela ahora me pone cachondo?

Me llevo la mano al pelo para tratar de gestionar el calor que empiezo a sentir.

—… el fantasma es una proyección mental del protagonista y, al mismo tiempo, es algo tangible… ¿Qué dirías tú?

Pero yo no escucho nada de lo que dice.

—¡Bastian!

—¿Qué? —respondo, apoyado sobre la mesa, ligeramente tumbado hacia delante.

Bee frunce el ceño y se coloca las gafas.

—¿Me estás escuchando?

—Sí —miento con descaro

Me mira sin creer ni una palabra.

—¿Qué te estaba diciendo?

Dudo antes de arriesgarme a mentirle.

—¿Que si creo en los fantasmas?

Gruñe frustrada.

—Así no vamos a ningún sitio, Bastian. —Se levanta de golpe y me siento bien en la silla, asustado, porque no quiero que se vaya—. Y yo no puedo perder el tiempo contigo.

—Perdona, Bee. Estaba distraído.

—No es la primera vez.

Me echo a temblar cuando la veo recoger todas sus cosas.

—¿Qué haces?

—Me voy. Tengo muchas cosas que hacer.

Me abalanzo sobre ella cuando se dirige hacia la puerta sin decir nada más, dando por zanjada nuestra conversación. Cierro la puerta con la mano y me quedo pegado a su espalda esperando su reacción, pero, al ver que no se mueve, inclino la cabeza.

—No te vayas —le pido en un susurro.

—Si no vas a tomarte esto en serio, no sé qué estamos haciendo.

—Mírame.

Pero ella sigue con los ojos fijos en la puerta, y yo siento la desesperación en las tripas.

—Por favor —gruño, porque nunca se me ha dado demasiado bien pedir las cosas de esa manera—. Mírame, Bee.

Se gira despacio y no puedo evitar sonreír satisfecho porque haya cedido. Alza el mentón y la observo tragar saliva como si le costara, un poco como me está pasando a mí.

Bee pega la espalda a la puerta cuando acorto casi toda la distancia que nos separa, y nuestros labios se quedan a un palmo de distancia.

—¿Qué quieres? —suelta casi sin aliento.

—Que no te vayas.

—Necesito que te concentres.

—Es que… —Me humedezco los labios—. No puedo dejar de pensar en una cosa.

—¿En qué… cosa?

Clavo mis ojos en los suyos y le meto un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Palomitas.

Se le abren los ojos como platos. Sabe perfectamente qué significa esa palabra. Resume muy bien lo que quiero: besarla.

—Ah —titubea, mirando a todos los lados—. Hum. Esto…, yo…

—Tú, ¿qué, Bee? —ronroneo, a punto de rozar sus labios.

Su teléfono empieza a sonar con fuerza y me detengo cuando ya siento su aliento rozando mi boca.

Mierda.

Llevo más de una semana queriendo besarla de nuevo.

—Tengo que cogerlo. Es mi padre.

Se escurre y se va a la otra esquina de la sala.

Me llevo la mano al pelo y giro sobre mí mismo para observarla.

—Hola, papá —contesta con el aliento entrecortado, y se da la vuelta hacia el ventanal. Me da la espalda y, con ello, me regala una visión increíble de sus piernas enfundadas en unos vaqueros ajustados—. ¿Qué? Pero ¿qué ha pasado? Madre mía… —Le tiembla un poco la voz—. Vale. Sí, no te preocupes…Veré qué puedo hacer.

Cuelga y suspira, pero en ningún momento se da la vuelta.

—¿Pasa algo?

—Mi padre está fuera de la ciudad. —Se encoge de hombros como si quisiera quitarle importancia. Me acerco—. Y da la casualidad de que se ha roto el grifo de la cocina. —Suspira como si estuviera agotada—. Mejor dejamos la clase para otro día, ¿vale? Tú no estás muy puesto, y yo… tengo que evitar que se me inunde la casa —suelta una sonrisa amarga.

—Te llevo.

Niega con la cabeza, pero le lanzo una mirada que le cierra la boca al instante.

—Venga, vamos.

42

Bastian



Estar en casa de Bee me hace sentir como un gigante dentro de una casa de muñecas. Tengo la sensación de que voy a destrozar todo si hago un movimiento demasiado brusco. No hay nada que no tenga un detalle bien cuidado, con suelos de madera oscura, paredes, techos y ornamentos de color blanco. Sillones de tela con patas doradas y bordados de flores, cuadros con pinturas colgando sobre las paredes y, en cada una de las superficies, un montón de figuras de porcelana y jarrones.

«A mis tíos les encantaría esto», pienso, observando cada rincón, hasta que poso los ojos en un marco de fotos dorado en el que sale una niña de ojos marrones, con pecas en la cara y una sonrisa enorme.

Bee.

Al lado, hay otro marco un poco más grande en el que sale ella otra vez y una mujer que imagino que será su madre. Ambas llevan un vestido vaporoso y una cesta llena de flores. Parece que están sobre la ladera de una colina con montañas de fondo.

—Estábamos en una aldea preciosa —rompe nuestro silencio y fija sus pupilas en donde están las mías: en la foto—. Siempre me había gustado la idea de vivir en un pueblo, pero, desde ese viaje, me obsesioné.

—¿Te gustaría dejar Chicago? —La busco con los ojos y veo cómo se quita todas las capas de abrigo.

—Chicago me gusta porque es donde he nacido; es lo único que conozco. Es mi normalidad. Pero mi vida ideal es entre montañas, con una casita rodeada de vallas blancas y el sonido de los grillos en las noches de verano. Me encantaría tener una huerta y gallinas.

Me sorprende que una chica tan joven como ella quiera una vida tan… ¿tranquila?

—¿No crees que te podrías llegar a aburrir?

Se encoge de hombros y me hace un gesto para que la siga hacia la cocina.

—No soy de hacer grandes planes y quedadas. Ni de salir de fiesta. Me gusta la idea de ir con más calma y no con tanta prisa. Caminar hasta una panadería y comprar allí el pan recién horneado todas las mañanas. Despertarme, hacerme un té y salir al jardín, descalza y en pijama.

Solo el hecho de imaginármela entre montañas viviendo en una pequeña y bonita casa con jardín hace que sonría, porque le pega mucho.

Me da un poco de envidia que parezca tenerlo tan claro. Yo solo sé que quiero jugar al baloncesto porque se me da bien, pero ya está. Mi ambición termina ahí.

Aprieto los dientes al recordar de forma fugaz a mi padre.

Es triste, porque todos mis recuerdos con él son del mismo estilo:

Tenía las venas del cuello hinchadas, el pelo revuelto y los ojos eran dos llamas. Se puso de cuclillas para estar a mi altura, y con un tono serio me dijo:

—¿Eres hijo de un animal? —Yo negué con la cabeza—. ¿Entonces? ¿Por qué te comportas así?

No respondí porque no sabía qué decir. Mi madre no me decía nada, y yo entendía que lo que hacía estaba bien. Luego venía mi padre y me reñía. No entendía nada.

—Responde.

—No lo sé.

—Pues ya es hora de que utilices el cerebro. No voy a pasarte ni una más. ¿Entendido?

Asentí en silencio.

—Mírame, Bastian —rugió.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. En ese momento, lo odiaba.

—¿Qué? —solté con el ceño fruncido.

Movió la mano en un gesto que me hizo pestañear y encogerme un poco. Mi forma de hablarle no le había gustado nada. A mi madre le hablaba así todo el rato y no me decía nada.

—Soy tu padre. No me hables así. Recoge todo lo que has tirado y empieza a comportarte como un ser humano, no como una bestia.

Me habría gustado preguntarle: ¿Qué he hecho mal y cómo se hace bien?, pero esa conversación nunca existió, y yo seguí en un limbo extraño.

Carraspeo y, antes de poner un pie en la cocina, Bee grita y me quedo como una estatua.

—¡Cuidado con Bloom!

—¿Qué?

Bee se agacha a la altura de mis pies y veo una bola de pelo de color marrón claro, con las orejas largas y caídas, que está olisqueando mis playeras.

Me pongo de cuclillas con el codo sobre la rodilla y observo cómo

se mueven sus bigotes.

—¿La famosa conejita problemática?

Bee asiente con una risa.

—Te presento a Bloom. —La coneja gira la cabeza hacia la voz de su dueña y, de repente, se tira al suelo estirando todo el cuerpo.

—¿Le pasa algo?

Bee se ríe mientras le acaricia la barriga.

—Hace eso cuando se siente segura. Puedes tocarla si quieres.

Alargo la mano y Bloom se incorpora. Se sienta. Le doy pequeños toques que hacen que su cabecita rebote.

Bee se pone en la misma postura que yo, frente a mí.

—No es un botón… Mira, le encanta que la acaricien aquí.

Empieza a tocarla con suavidad justo encima de las orejas y el animal alza la cabeza para que ella siga.

Bee aparta la mano para que yo imite el movimiento, y lo hago, aunque mis ojos están fijos en ella en todo momento.

—¿Por qué «Bloom»? —carraspeo.

—Tenía cinco años y no era muy original que digamos —Sonrío al recordar cuándo adoptamos y bautizamos a Chocolate—. Y, bueno, me encantan las flores.

Sigo riéndome.

—No me lo esperaba —suelto con sarcasmo, haciendo un ligero barrido por lo poco que he visto de su casa, pero creo que es suficiente para forjarme una idea, y ella pone los ojos en blanco—. Y ¿cuál es tu favorita? Sorpréndeme, por favor.

Le pega muchísimo el girasol. Es tan amarillo…, tan ella.

—La rosa.

—¿Roja? —pregunto curioso, pero ella niega con una sonrisa—. Amarilla.

Asiente sin dejar de mirarme y, en vez de hacer lo típico, como

devolverme un «¿y cuál es la tuya?», se queda callada, y no sé si es porque da por hecho que no me gustan las flores o porque le da igual esa información.

—¿Por qué no me preguntas por la mía? —pregunto con el ceño fruncido. Como un puto crío con una rabieta.

—¿Te gustan las flores? —Parece sorprenderse.

Vaya, si resulta que la abejita también tiene prejuicios.

Muevo la cabeza e imito su gesto.

—¿Por qué no me iban gustar?

Finjo un poco más de indignación de la que realmente siento, porque me apetece sacarle los colores.

—No… —Se muerde el labio inferior, y tengo que aguantarme las ganas de lanzarme a ella como un animal cuando hace eso—. Bueno. No sé. No tienes pinta de ser un chico al que le gustan las flores…

Una especie de sonrisilla tira de mis labios.

—¿No crees que eso es un poco prejuicioso por tu parte?

Vuelve a morderse los labios y yo tengo que apretar los dientes para no hacer una tontería.

—Igual sí.

Se le van los ojos al brazo en el que tengo una rosa tatuada, al lado de unos cuantos tatuajes más.

—¿Te apetece tomar algo y me lo cuentas?

Sonrío y asiento con la cabeza.



Estamos sentados en su sofá, ella con las piernas cruzadas y una manta de pelo suave cubriendo sus bonitas piernas. La miro

apoyado sobre el respaldo.

Me observa cuando se lleva la taza de chocolate caliente a los labios.

—Estoy esperando.

—Dame un segundo, estoy intentando ordenar los momentos en mi cabeza.

—No estarás inventándotelo, ¿verdad?

Niego con la cabeza y arrugo las cejas.

—¿Por quién me tomas? —Me quedo unos segundos observando el techo ornamentado hasta que la miro de nuevo—. Cuando era pequeño, venía a veranear a casa de mis tíos…

—¿Aquí, en Chicago? —Asiento en silencio—. ¿Con los que ahora vives? —Asiento de nuevo y ella no me pregunta nada más.

«Siempre tan respetuosa», pienso, queriendo sonreír un poco por sentirme lo suficientemente cómodo como para contarle cosas que creo que nunca he hablado con nadie más allá de Connor, y ni siquiera él lo sabe todo. Como yo tampoco lo sé todo de él.

—Y tenían…, bueno, tienen, que la señora sigue viva —nos reímos—. Una vecina mayor. La señora Fisher. Una viejecita de pelo blanco que siempre lleva chaquetas de esas como las tuyas… —suelto para picarla un poco y restarle intensidad a lo que voy a decir.

—¿Cárdigan?

—¿Supongo? No sé. —Agito la mano—. Para mí son chaquetas de abuela.

—Ay, Bastian, por Dios. —Sacude la cabeza.

—Bueno. Da igual. El caso es que esa mujer se pasaba las tardes en su jardín. Tenía un rosal gigante, o al menos eso me parecía a mí cuando era pequeño. La cosa es que yo siempre la observaba, hasta que un día cortó una rosa medio marchita del rosal y me la tendió a través de la valla.

—¿Y qué hiciste?

—Cogerla. Pero fui tan burro que me clavé todas las espinas.

Bee pone una mueca de desagrado, como si solo imaginarlo le hiciera sentir el dolor que experimenté yo.

—Grité y aparté la mano de golpe, pero la señora Fisher no se inmutó. Me miró a través de la valla y me dijo: «Ten cuidado, porque hasta las cosas más bonitas pueden hacer daño». Si te soy sincero, en ese momento no entendí el símil.

—¿Y ahora?

—Creo que sí… —Me humedezco los labios—. Le pregunté por qué no tenía más flores en su jardín y ella me dijo que, cuando plantas una rosa, lo haces sabiendo que, de forma natural, va a reclamar todo el protagonismo, porque está acostumbrada a ser admirada por su belleza y, cuando tiene que compartir espacio con otras flores, no lo gestiona bien.

—¿Te dijo algo más? ¿Por qué te dio la rosa que estaba marchita y no una sana?

Bajo la vista a mis manos vacías y cojo aire, porque ese es uno de los recuerdos más nítidos que tengo de mi infancia. Supongo que, sin saberlo, la señora Fisher me puso delante de un espejo en el que no me quería mirar, porque siempre había huido de mi reflejo.

—No lo sé. —Levanto los hombros—. Supongo que me vio ahí, mirándola, y por eso me la dio.

—¿Y por qué te tatuaste la rosa?

—La señora Fisher me dijo: «La rosa es el reflejo de alguien que se odia tanto a sí mismo que necesita convencerse de que no es así. Hace daño con sus espinas, que le sirven de barrera natural para que nadie pueda acercarse demasiado».

Bee baja la mirada a su taza, que sigue humeando. Mueve los pulgares por los dibujos.

—¿Eres…? —Se lame los labios y coge aire—. ¿Eres infeliz?

Tengo muy clara la respuesta, pero supongo que verbalizarla no es tan sencillo.

—Bee… —suspiro.

—No hace falta que respondas.

La miro fijamente, pero ella sigue perdida en su taza.

—¿Por qué piensas eso?

—Bueno, a ver, creo que las señales están ahí. Y dudo mucho que alguien medianamente feliz se tatúe lo que tienes tú en el pecho.

Aprieto los labios y hago el amago de sonreír, pero no me sale. Me recuesto sobre el respaldo y echo la cabeza hacia atrás, tratando de poner en orden el cosquilleo y esa sensación pegajosa que me recorre el cuerpo.

—Fue el primer tatuaje que me hice. Debía de tener quince o dieciséis años y fue una manera de demostrarles a mis tíos que mandaba yo. Que ni ellos ni nadie iban a decirme lo que podía hacer, y que, aunque necesitaba su permiso para hacérmelo, me daba igual. —Se me escapa una mueca—. Beneficios de tener colegas con una máquina y muchas ganas de probar.

—Ya, pero… ¿el hueco de un corazón? ¿Como si te lo hubieran quitado?

Giro la cabeza hacia ella y asiento de forma sutil.

—Así me he sentido la mayor parte de mi vida, y fue mi manera de representarlo. Pensaba tatuarme al hombre de hojalata de *El mago de Oz*, pero no quedaba tan poético.

Ella se ríe con fuerza y yo la sigo, porque tiene una calidez que a veces me atrapa.

43

Bee



Con el estómago en la garganta, me muevo arriba y abajo por la cocina tratando de no fijarme demasiado en la espalda de Bastian.

Lleva más de veinte minutos arrodillado, con la cabeza metida dentro del armario donde está toda la grifería del lavabo de la cocina, y siento que voy a hacer un agujero en el suelo de todas las vueltas que he dado.

—¿Necesitas algo?

Se golpea con el mueble cuando se mueve.

—Joder.

—¡Ay! —Me agarro a la encimera—. ¿Estás bien?

—Sí. Tranquila. —Se encoge de hombros y me mira. Tiene el pelo desordenado y una gota de sudor recorre su sien.

—¿Quieres algo de cenar?

Aparta la mirada y un músculo de la mandíbula se le tensa. Se limpia las manos con un trapo.

—Tengo que irme.

—Ah. Sí. Claro —digo muy rápido, sintiendo la vergüenza como un flechazo.

—Es que… le prometí a Chapi que cenaría con él, y ya llego demasiado tarde.

Ladeo la cabeza.

—Qué mono —suelto en voz alta y no sé si me refiero a su primo o a él. Carraspeo—. ¿Por qué dice que eres su hermano mayor?

—Bueno, cuando él llegó a casa de mis tíos, yo ya estaba allí, y nos hemos criado como hermanos. Aunque sabe que no lo somos, y que ni siquiera tenemos sangre en común, yo para él soy como un hermano.

—Y entiendo que para ti significa lo mismo, ¿no?

Bastian asiente en silencio.

—¿Y qué se siente? ¿Cómo es tener un niño en casa?

—Es… raro. Porque a veces me encantaría estar solo. Sin ruido. Sin nadie que me pida ayuda para hacer los deberes o cualquier chorrada. Pero luego, cuando no está y solo hay silencio… es como…, no sé. Da pena.

Me trago el nudo de angustia que crece en mi garganta porque esa sensación de pena y soledad es la que siento cada día.

Bastian tiene suerte. Los niños siempre son alegría.

—Se nota que lo quieres. —Deslizo los ojos a su pecho, donde está ese tatuaje—. Pues creo que ya es hora de modificar ese dibujo, porque ahí sí que hay un órgano que late.

Tiene una expresión que no sabría cómo identificar. Hago una inspiración profunda y no le quito el ojo de encima mientras se levanta.

—Bueno, vamos a ver si funciona.

Me pongo a su lado y abre el grifo. Ambos fruncimos el ceño, porque no sale nada.

—¿Seguro que lo has arreglado? —preguntó, burlándome un poco.

—Se supone.

Abre y cierra varias veces hasta que, de repente, el agua sale disparada. Como si la tubería hubiera reventado, y noto el chorro de agua en toda la cara.

—¡Aaah! —grito, tapándome la cara—. ¡Bastian!

—Me cago en… —gruñe, y lo veo correr a tapar el grifo, pero eso solo hace que el agua salga disparada en más direcciones.

—¡Cierra la llave del agua! —grita, tratando de bloquear el grifo —. ¡Corre!

Me quedo quieta y miro hacia todos los lados.

—¡¿Dónde está?!

—¡Aquí debajo! ¡Es de color rojo!

Me agacho y busco frenética la llave. La giro y dejo de escuchar el agua.

Me yergo y miro en derredor, a ver cómo de grande es el estropicio de la cocina y todo lo que tengo que fregar.

Mis ojos chocan con la mirada de Bastian, que está fija en mí. Tiene las pupilas más dilatadas de lo normal. Los ojos le brillan. El pecho le sube y baja con fuerza. Tiene el pelo empapado cayéndole por la frente, y la camiseta de manga corta se le pega en todas las hendiduras de su torso.

Trago saliva y noto una quemazón que me abrasa por dentro cuando me doy cuenta de que me está mirando así.

A mí.

—Bee —jadea.

—¿Qué? —suelto con un hilo de voz.

Sus ojos me recorren de arriba abajo y me dejan una sensación sobre la piel que necesito calmar de alguna forma.

Me observo el cuerpo, y mi jersey está empapado, lo llevo completamente pegado, y deja unas vistas de mi pecho y abdomen como si estuviera desnuda.

Una punzada ardiente de vergüenza y deseo me recorren el cuerpo. Y antes de que pueda alzar la cabeza y cubrirme con los brazos, Bastian se coloca frente a mí en dos zancadas.

Noto sus manos acunándome la cara y, cuando quiero darme cuenta, su boca está sobre la mía.

Su lengua busca ansiosa la mía, que lo recibe como si estuviera sedienta.

Llevaba desde la última vez pensando en cómo sería volver a besarlo. Cómo sería seguir fingiendo delante de los demás, pero ahora no hay nadie más que nosotros y no hay necesidad de enseñarle nada a nadie.

Le rodeo el cuello con los brazos y me coge en volandas. Rodeo su cintura con mis piernas. Jadeo al mismo tiempo que él y se pone a andar.

—¿Dónde está tu habitación? —pregunta contra mis labios.

—Por ahí.

Avanza como si no le costara nada sostenerme y, cuando llegamos a mi cuarto, caemos sobre la cama.

Sus manos recorren todo mi cuerpo y, aunque estamos empapados, no siento frío, sino todo lo contrario. Los nervios se intensifican y al mismo tiempo tengo la necesidad de que explore cada recoveco de mi cuerpo.

Colocado entre mis piernas, se incorpora y me observa.

Se lame los labios.

—Esto…

—Está bien —jadeo.

Se quita la camiseta y la tira a algún lado de la habitación.

Respiro con fuerza y se me seca la boca cuando lo veo así ante mí. Vuelve a besarme mientras mete una de sus manos por debajo de mi camiseta y me hace temblar.

Su mano cubre mi pecho por completo y gimo cuando lo masajea con ternura. Mis manos recorren sus brazos y deseo alzar mis caderas hacia las suyas, pero él actúa antes incluso de que yo pueda hacerlo y noto la dureza de su entrepierna.

—¿Estás bien? —susurra en mi oído.

Asiento sin voz.

Me quita el jersey por encima de la cabeza y me observa con detenimiento. La habitación está a oscuras y el único rastro de luz es el que entra por la ventana. Deslizo los dedos por su pecho y, cuando llego al borde de sus pantalones, las aparto de golpe porque no sé qué hacer con ellas.

Sonríe contra mis labios mientras recorre con sus dedos mi abdomen y, cuando llega al botón de mis vaqueros, clava sus ojos en los míos.

—Bee —jadea con la respiración agitada—. ¿Quieres que siga?

Asiento en silencio.

—Dilo. Necesito que lo digas en voz alta.

—Sí… —suelto con la voz ronca, con un poco de miedo. No por él, sino por mí. Por esto. Por lo que siento en el pecho y la quemazón que hay entre mis piernas.

Desabrocha el botón y me muero por soltar todo el aire que estoy reteniendo. Agarra mis vaqueros y, con una delicadeza que jamás habría esperado de alguien como él, los baja despacio, como si disfrutara de la sola idea de desvestirme.

Hace el mismo movimiento con mis braguitas y siento que ya no hay vuelta atrás.

Una parte de mí quiere decirle que nunca lo he hecho con nadie,

pero tampoco pretendo que sienta esa responsabilidad, y mucho menos que se eche para atrás. Ahora no. También me gustaría preguntarle si tiene protección o si piensa ponérselo, porque es algo que he pensado miles de veces. ¿Cómo afrontas el hecho de que quizá él ni siquiera lo comente? ¿Y si no quiere ponérselo?

Pero antes de que pueda pensar en algo más, noto las yemas de sus dedos en mi sexo. Acariciándolo con suavidad. Mis piernas tiemblan con fuerza cuando introduce los dedos y me arqueo gimiendo.

Gruñe contra mi cuello y agarra mi labio inferior con los dientes mientras sigue moviendo los dedos con suavidad.

—¿Estás segura de que quieres seguir?

—¿Por qué preguntas tanto? —Cierro los ojos mientras sus dedos siguen haciendo temblar todo mi organismo.

—Porque no quiero que mañana te arrepientas.

—¿Y tú? —jadeo cuando aumenta el ritmo y siento una especie de quemazón que me hace retorcer los dedos de los pies.

Suelta una risita ronca y pasa la lengua por mi cuello.

—No podría arrepentirme de nada que pase contigo, Bee.

Trago saliva y no tengo demasiado tiempo para pensar en lo que me ha dicho cuando sus dedos abandonan mi interior y se quita los pantalones. No sin antes sacar un preservativo que se coloca en la boca y rasga el envoltorio con los dientes.

Noto la boca tan seca que no sé cómo puedo seguir besándolo. Se recuesta sobre mí y coloca los brazos a ambos lados de mi cara.

—¿Esto también forma parte del trato? —lanzo con un poco de miedo por saber la respuesta. Ni sé por qué digo eso y me arrepiento al segundo.

—¿Qué trato, Bee?

Pestañeo, un poco confusa e incómoda.

—El… el nuestro.

Deja escapar el aire por la nariz al mismo tiempo que sonríe de medio lado, negando con la cabeza.

—Ay, Beatrice. Nuestro trato hace tiempo que pasó a la historia.

Y se cuela dentro de mí.

Hincho el pecho de aire y abro la boca al sentir el quemón. Me escuece, pero no quiero que pare. Entrelaza su mano con la mía, y eso sirve de apoyo para terminar de hundirse dentro de mí con una lentitud extrema.

Se queda quieto, como si estuviera esperando a algo. O quizá se haya dado cuenta. O esté arrepintiéndose.

Clava sus ojos en los míos y yo aparto la vista, avergonzada por ese momento tan animal, donde todas mis inseguridades están expuestas ante una persona que hace unas semanas era un desconocido.

¿Cómo puede ser que le demos algo tan nuestro a gente que hasta hace poco no era más que un extraño? ¿Como puede caber siquiera la posibilidad de sentirte tan cómoda hasta el punto de entregarte al completo?

—Mírame.

Trago saliva y hago lo que me pide.

En cuanto mis ojos entran en contacto con los suyos, empieza a moverse, y ese escozor pasa a diluirse como cera caliente en mis venas. Las piernas me tiemblan y mi sexo burbujea.

Siento como si todas mis terminaciones nerviosas fueran a explotar de un momento a otro.

Y cuando el orgasmo me inunda, noto un millón de abejas zumbando y dejando un hormigueo suave en todo mi cuerpo.

44

Bastian



Con el corazón en la garganta y una sensación de lo más desagradable en la boca del estómago, observo a Bee, con la cabeza apoyada en la almohada, los ojos cerrados y el pelo esparcido por otras partes.

Respira tranquila y una parte de mí no quiere despertarla.

Le paso la sábana hasta cubrir su cuerpo para que no se enfríe y me siento sobre el borde de la cama, apoyando los codos en las rodillas y escondiendo la cara entre las manos, preguntándome qué coño acaba de pasar.

Esto se nos ha ido totalmente de las manos.

¿Cómo es posible que ella no haya tenido la confianza suficiente para decirme que era su primera vez y yo haya sido tan gilipollas de asumir su silencio como si nada?

¿Qué coño me pasa?

«No se puede esperar nada de ti, Bastian». Las palabras de mi padre aparecen en mi mente para hacerme papilla y abrir las puertas de un pasado que prefiero olvidar.

—¿Qué te pasa? —Su voz me asusta y me giro de golpe, con el corazón en la garganta.

—Pensaba que estabas dormida…

Bee niega con la cabeza, con los ojos medio cerrados y las mejillas arreboladas.

—¿Y por qué no me has dicho nada cuando te he…?

Aprieto los labios porque las cosas no pueden ir a peor. Hincho el pecho de aire rascando un poco de tiempo para averiguar cómo demonios me embarco en una conversación que jamás me he planteado tener.

¿Tengo la obligación de hacerlo? Pues no lo sé, la verdad; creo que nunca nadie me ha explicado qué hacer ante una situación parecida. Simplemente, me dejo llevar por lo que me quema en el pecho. Porque mi conciencia, o lo que sea, no ha dejado de taladrarme desde el momento en el que me hundí en Bee sabiendo la verdad.

La miro fijamente a los ojos.

—¿No tienes nada que decirme?

Sus ojos me observan vidriosos. Veo el movimiento de su garganta al tragar saliva. Tiene que saber perfectamente a lo que me estoy refiriendo.

—No —dice con la boquita muy pequeña, y eso no hace más que incrementar mi enfado.

Aparto la mirada de ella y vuelvo a mi postura inicial.

—¿Te pensabas que no me iba a dar cuenta o qué?

Su silencio me rasga la piel a tiras, y no lo soporto.

La miro, buscando la respuesta en sus ojos. Algo que tenga sentido y que me quite todas las dudas que tengo en la mente.

—Bee —gruño—. Di algo, joder.

Me llevo la mano al pelo y suspiro, agobiado porque no sé cómo

enfrentarme a esto. Tampoco sabía que…, joder.

—Es algo… íntimo —baja la voz.

—Ah. —Abro los ojos de par en par—. ¿Y no crees que yo tengo derecho a saberlo?

—¿Por qué? —Frunce el ceño—. ¿Cambiaría algo?

Me quedo callado porque creo que en realidad sí cambiaría las cosas.

—Pues…, ¿claro? Joder. Bee. Es algo que me gustaría saber antes de…

Se retuerce, apretando más las sábanas contra su cuerpo.

—No lo entiendo. Es algo mío, no tuyo.

Cojo aire. No sé cómo contárselo sin parecer un capullo.

—¡Pero lo vas a compartir conmigo, Beatrice! —alzo la voz desesperado—. ¿No entiendes que para mí también es importante? ¡Voy a ser tu primera vez, joder! Y es una responsabilidad. —Suspiro —. Es…, joder, Bee. Se supone que para vosotras es importante con quién lo hacéis, y para nosotros también lo es saber a quién…

—¿Desvirgáis? —Su tono mordaz me hacer hervir la sangre, porque parece dolida. Como si yo tuviera la culpa de todo esto. Y seguramente sea así.

—Oye. ¿Qué pasa?

—No entiendo por qué este discurso de… —Agita la mano—. Príncipe azul. Ya está, Bastian. Es una tontería.

Pestañeo confuso y me inclino hacia ella.

—¿Una tontería? ¿Eso es? —Asiente en silencio con los labios apretados—. ¿Y si es así por qué no me lo has dicho?

—Precisamente porque no le he dado importancia.

—Eso es bastante desconsiderado por tu parte.

Arquea las cejas.

Después de una eternidad, coge las gafas de su mesita de noche

y se las pone de mala manera.

—A ver. ¿Por qué?

—¿No has pensado en qué quiero yo?

Entrecierra los ojos y ladea la cabeza, como si no entendiera lo que quiero decirle.

—Quizá yo no quería la responsabilidad de ser la primera vez de nadie, Beatrice —escupo con dureza—, y no me has dado la posibilidad de elegir. —Sus ojazos se ponen vidriosos, como si mis palabras se hubieran clavado en su tórax como trozos de cristales rotos.

—Yo… —titubea—. Eh…

—Da igual. Eso es algo que, por mucho que trates de ocultarlo…, se nota.

Sus mejillas arden, pero no en el buen sentido, sino en el de querer meterse debajo de las sábanas y no salir.

—Entonces…, ¿por qué me echas la culpa si tú tampoco has parado?

Me quedo rígido y me muerdo la lengua.

—Pues… por eso, joder. Porque cuando ya me he dado cuenta…

—Era demasiado tarde, ¿verdad? —suelta con una fiereza que nunca había visto en ella—. ¿Ahora ya no eres tan caballeroso? ¿Qué pasa? ¿Que cuando te has dado cuenta de que era virgen ya eras incapaz de sacar la…?

—Beatrice —alzo la voz con dureza—. Vale.

—No. Ahora no me voy a callar…

Echa un vistazo a su alrededor y coge lo primero que pilla que cuelga del borde de la cama. Se lo pone por encima de la cabeza y tengo que reprimir el impulso de volver a tirarla sobre la cama y hacerla mía, pero esta vez de verdad.

Deslizo los ojos por su cuerpo y noto cómo el mío arde.

Se ha puesto mi camiseta, y creo que jamás nada me ha parecido tan sensual como eso.

Trago saliva tratando de parecer un hombre sensato que intenta tener una conversación medianamente responsable con la chica con la que se acaba de acostar hace un rato.

—Ahora te la doy…

Niego con la cabeza.

—Quédatela. Te queda mejor que a mí.

Bee se arrodilla frente a mí dejando sus piernas al desnudo y haciéndome perder la poca cordura que me queda.

Aprieto los puños a ambos lados de mi cuerpo.

—Ahora me toca a mí, Bastian.

Alzo el mentón, preparado para lo que sea que tenga que decirme, porque, así vestida y con ese carácter, puede hacer lo que quiera conmigo.

Respiro agitado, esperando lo que sea que tenga que decirme.

—Si para ti mi virginidad es algo tan importante, ¿por qué no paraste? —habla más lento, saboreando cada una de sus palabras porque sabe que tiene razón y que, en este caso, todos mis argumentos se van a la mierda—. ¿Por qué no dijiste algo?

Me quedo en silencio y desvío la mirada odiándome a mí mismo, porque, cuando inicié esta conversación, sabía perfectamente que no podía reprocharle nada, porque yo también tenía que callar.

—Ah. Vaya. Parece que las tornas han cambiado, ¿no? Yo debería habértelo contado y tú quizá deberías haber parado cuando te diste cuenta, pero ninguno de los dos lo hemos hecho.

Levanto los ojos hacia ella y me acerco de golpe, porque no soporto que me hable de esa manera, con esa condescendencia y esa superioridad moral de quien sabe que puede jugar con el otro porque la ha cagado más.

—No me hables así —refunfuño a un palmo de su cara—. No juegues conmigo, Bee.

—No estoy jugando contigo. Solo te digo las cosas, como tú has hecho antes.

—Yo no he usado ese tono contigo.

—¿Qué tono?

La miro de arriba abajo y trato de calmar el ardor que me recorre el cuerpo.

—El de profesora que regaña a su alumno.

Me mira por encima de la montura de sus gafas y es la primera vez en toda esta conversación que sonríe con malicia. Sus ojos brillan.

—No era mi intención. —Pestañea con inocencia, alzándose sobre sus rodillas.

Carraspeo y no puedo evitar deslizar mis ojos a su boca hinchada. Me acerco con cuidado, despacio. Ella coloca las manos sobre mis hombros.

—¿Y cuál era tu intención entonces? —ronroneo.

—Hacerte sentir un poco culpable —dice en voz baja—. Que yo no lo he hecho bien, pero tú tampoco.

Su pecho se hincha, haciendo que sus tetas rocen mis pectorales. Su aliento acaricia mis labios y su olor a miel me hace perder todo el sentido.

—¿Qué hacemos entonces? —susurro sin despegar los ojos de su boca—. ¿Lo dejamos pasar como si nada?

—¿Prefieres marcharte enfadado?

Niego con la cabeza.

—Yo tampoco —finaliza con un hilo de voz antes de mirarme con esos ojazos.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Repetir.

Suelto una risita, porque, de todas las respuestas, esa no era la que esperaba.

—Vas a saco, ¿eh?

—No quiero quedarme con esta sensación —admite—. Ha sido algo… bueno y no quiero quedarme con un recuerdo agridulce.

Noto cómo sus manos hacen presión sobre mis hombros cuando se sienta a horcajadas sobre mí sin despegar los ojos de mi boca.

Y en ese momento me siento como una mosca atrapada en la tela de una araña. Que no hay escapatoria, porque ella siempre será más fuerte que yo.

Poso las manos en su cintura, clavando mis yemas en su piel. Me muerdo el labio cuando alzo mis caderas para que sienta lo mucho que me gusta.

—¿En los libros esos que lees hay este tipo de escenas?

—Te sorprenderías… —Sonríe con una picardía que me hace perder la cordura.

Lamo su cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja.

—Vaya…, entonces ahora cobra todo mucho más sentido…

—Y hay un sinfín de cosas que quiero probar, a ver qué se siente…

Agarro su nuca y la beso con un hambre voraz.

Como si no hiciera menos de una hora que estaba dentro de ella. Como si nunca hubiera estado enfadado conmigo mismo. Con ella. Con ambos.

Pero supongo que soy débil cuando se trata de ella.

45

Bee



¿Sabes ese momento en el que has hecho algo mal, pero no lo sientes exactamente así?

Esa sensación que te pesa y que te recuerda constantemente que hay algo que no está bien, pero tú no terminas de sentirte en armonía con ella.

¿Como ir en contra de tus valores, pero, aun así, ceder por presión social?

Una de las cosas positivas de estar sola es que tengo demasiado tiempo para pensar. Y eso también es algo malo, porque no he dejado de darle vueltas desde que Bastian se fue.

Cuando la puerta se cerró con su partida, supe que las cosas no estaban bien. A pesar de haber pasado ese último rato metidos en la cama.

¿Nunca has fingido que todo está bien, aunque notes que no es así? Pues así me he sentido durante todo este tiempo, pero no me veía capaz de… abordar un tema que para mí no tiene la importancia

que sí parece tener en él.

Me levanto de la cama y voy hacia la ducha con el móvil.

¿Hoy hacéis algo?

Adri: ¡Navy Pier! ¡Veeen!

Me lo pienso.

Adri: ¿Qué tienes que pensar? Hay manzanas de caramelo y algodón de azúcar.



—¿No le has dicho que eres virgen? —El tono de decepción de Jaz me hace sentir un poco mal.

Trato de pedir un mínimo de silencio porque estamos en mitad de la calle, donde cualquiera nos puede escuchar, pero mis amigas están demasiado centradas en mi virginidad.

Y se les olvida.

—Era —enfatiza Adri.

—¿Qué?

—Has dicho «eres virgen», y de virgen ya no tiene nada.

Jaz pone los ojos en blanco y hace un gesto con la mano.

—Ay, bueno, ya me entiendes. —Fija de nuevo la atención en mí y se lleva una patata a la boca—. ¿Por qué no le dijiste nada, Bee? Creo que es algo que él debería saber.

Me muerdo los labios buscando apoyo en Adri, que está callada

observando a Jaz. Porque no quiero que más personas se unan al discurso de Bastian.

—No me pareció relevante…

—¿Es eso o que te daba vergüenza decírselo?

Aparto la vista porque creo que son las dos a la vez. ¿Cómo le confiesas a alguien que eres virgen? En plan, ¿en qué momento surge una conversación así?

Quizá, si mi madre hubiera estado aquí, me habría dado un punto de vista diferente, pero no es el caso…

Mi silencio hace que Jaz se arrastre por el banco hasta pegarse prácticamente a mi lado.

—Bee… —Su tono maternal me ruboriza—. ¿Te piensas que no se habría dado cuenta?

Alzo la cabeza y me encuentro con sus ojos y sus cejas arqueadas.

—Bueno…, pues pensaba que, si yo no se lo decía, no se iba a enterar. —Las miro de lado—. De hecho, yo pensaba hacer como si nada.

—¡Amiga! —Adri alza la voz—. ¡No puedes hacer eso! Si para ti es algo que no tiene importancia, suéltalo y ya. Como un dato informativo. Esto es como cuando vas a una cafetería y pides las cosas sin lactosa porque eres intolerante, pues esto igual. Coges y le dices: «Oye. Soy virgen».

Pestañeo un poco confusa.

—¿Y ya?

—Sí. —Se encoge de hombros—. Y os ponéis a follar.

No me convence para nada el argumento de mi amiga, así que observo a Jaz, que tampoco parece muy convencida.

—¿Qué? —pregunto con cierta desconfianza.

—No, nada. Es que jamás pensé que tendríamos esta

conversación, y mucho menos viniendo de ti, la verdad.

Me muerdo los labios y agacho la cabeza.

—Ya…

—Bee, la voz de la razón. La que siempre tiene respuesta para todo. La que medita todos y cada uno de sus pasos… —No hay reproche en la voz de Jaz, simplemente sorpresa—. ¿Qué has hecho con mi mejor amiga?

Nos reímos al mismo tiempo, y eso me ayuda a aliviar un poco la culpa que estoy sintiendo por no haber compartido esa información con Bastian y haberlo hecho quedar como ¿exagerado?

—Es que… en ese momento no pensé mucho en cómo me sentiría después o en cómo había imaginado que sería… Me dejé llevar.

—Y no hay nada de malo en ello, Bee. El problema sería si te hubieras visto obligada a hacer algo que no querías. Ahí sí que estaríamos hablando de algo muy serio.

—No. —Niego con la cabeza—. Todo lo contrario. Me preguntó varias veces si estaba segura y…

—Ayyy, qué mono…

Giro la cabeza al escuchar el tono de voz de Adri. Jaz se lleva la mano a la boca para acallar la risa.

—¿Qué? Es que me parece adorable que alguien como él —según lo suelta hace el gesto con sus manos para demostrar la corpulencia de Bastian— sea tan *cute*.

Niego con la cabeza al mismo tiempo que me muerdo los labios y recuerdo la sensación de sus dedos sobre mi piel. Su aliento rozando mis labios. La ternura de sus movimientos.

—Es muy mono. —Bajo la vista al notar cómo mis mejillas se encienden—. La verdad.

Me muerdo los labios y recuerdo que días antes Adri había

mencionado que Bastian iba a venir al muelle.

—Oye, Adri, ¿Bastian no se suponía que iba a venir?

Mi amiga se encoge de hombros y echa un vistazo entre la multitud.

—Se supone, pero nunca llegamos a confirmar nada, la verdad.

46

Bee



He pasado una noche horrorosa con una tos que me ha despertado más veces de las que me gustaría. Supongo que pasar la tarde en el muelle tampoco ha ayudado demasiado. Me pica el pecho tanto que me gustaría abrirme el tórax y poder rascarme con ganas, pero, obviamente, esa posibilidad no existe. Ahora, después de haber estado la mayor parte del día entre la cama y el sofá, avanzo arrastrando los pies para hacerme un té mientras Bloom me sigue con atención.

Me gustaría leer un poco, ya que estas últimas semanas mi ritmo de lectura se ha visto altamente perjudicado.

Y eso no me gusta.

Con la taza humeante y el libro abierto, suspiro saboreando el momento hasta que mi móvil suena y rompe mi calma

—No me lo puedo creer —protesto, apretando los párpados con fuerza.

Me maldigo aún más cuando veo que la persona que está

interrumpiendo mi momento favorito del día es la misma que se ha ido a un congreso sin avisarme siquiera.

No debería coger el móvil y hacerlo sufrir un poco.

Cosa que no hago, porque parece que no aprendo.

—Hola, papá.

—Hola, Bee. ¿Cómo estás?

Me sorprende mucho que pregunte cómo estoy. Nunca lo hace. Seguro que necesita algo.

—Bien. —El silencio me resulta insoportable, y eso de hacerme la dura me cuesta demasiado—. ¿Y tú? ¿Cómo está yendo el congreso?

—Bastante bien.

—Genial.

—Oye, bicho… —Hace años que dejó de llamarme de esa forma y que lo haga ahora confirma mi teoría de que necesita algo—. ¿Te acuerdas del encargo supergordo en el que he estado trabajando?

—Sí.

—Bien…, pues necesito que se lo acerques al cliente.

—¿Qué? Pero… ¡papá!

—Lo siento, hija, pero esto se está alargando más de lo que esperaba y yo no puedo hacer esperar más a este hombre. No quiero que me arruine. Con este tipo de personas no nos la podemos jugar. Lo entiendes, ¿verdad?

En vez de echarle algo en cara, cedo.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¡¿Ahora?! ¡Papá! —me quejo, con un dolor de cabeza insoportable.

—Ya lo sé, hija. No he calculado bien… Pensaba que este hombre tampoco tenía tanta prisa, pero…

Me muerdo la lengua antes de soltar algo de lo que pueda

arrepentirme más tarde.

—Vale. Pásame la dirección.

—La escribí en un papelito. Debería de estar pegado en el propio encargo.

Suspiro poniendo los ojos en blanco.

—Vale.

—Gracias, Bee. Te tengo que dejar.

Ni me da tiempo a decir un triste «adiós», porque mi padre me cuelga sin esperar ni una respuesta por mi parte.

Y en ese momento me encantaría ser otra persona. Tener el carácter de mandar todo a la mierda y gritarle que no voy a hacerlo, que no quiero, pero no soy ese tipo de persona. Supongo que no me queda otra que asumir lo que soy: que, aunque a veces lo odie, hago lo que hago para sentirme bien conmigo misma.

Avanzo hacia el despacho de mi padre y me acerco al encargo, que ocupa gran parte de la pared. La notita está ahí y siento que puedo respirar con alivio.

—Ay…, dime que no.

Ahogo un gritito cuando identifico a la perfección el lugar adonde debe ir ese encargo.

La casa de Bastian.

Soy Bee, ¿podrías acercarte
un momento a mi casa?

Bastian: ¿Abejita? Qué
honor… Me gustaría saber
cómo has conseguido mi
número.

Eso lo dejamos para otro día.
Ahora necesito que me
ayudes.

Bastian: ¿Cómo se piden las cosas?

¿Por favor? 😳

Bastian: Buena chica. En dos minutos estoy allí.

Con unos nervios en el estómago que no consigo controlar, doy un bote cuando suena el timbre de mi casa.

Hincho el pecho de aire antes de abrir la puerta. ¿Qué narices me pasa?

Mi bajo vientre tiembla cuando abro la puerta y me encuentro con Bastian y su dichosa gorra hacia atrás enmarcando todas sus preciosas y salvajes facciones, con la sudadera del equipo y unos pantalones de chándal.

—Bastian.

—Beatrice.

Tiemblo cuando pronuncia mi nombre de esa manera mirándome fijamente a los ojos. Pero intento no darle más importancia de la que tiene.

Es solo un nombre, Bee. Tranquila. No hay ningún mensaje oculto tras ello.

—¿Has traído remolque?

Suelta una carcajada al mismo tiempo que entra en casa.

—No. Cuando solicitaste mi ayuda no me dijiste nada de un remolque. —Se gira para mirarme de arriba abajo—. Así que tendremos que apañarnos con mi coche.

Aprieto los labios con fuerza.

Cierro la puerta de casa y, cuando me giro, no puedo evitar fijarme en su impresionante y ancha espalda. En la forma de sus hombros y en su nuca.

Nunca me había parado a pensar en lo atractivo que es ver a un hombre de espaldas. Al menos a este.

Se gira y me pilla de pleno.

—¿Pasa algo?

—No. Nada. —Carraspeo—. ¿Qué va a pasar?

—Tú sabrás. —Se encoge de hombros y mete las manos en los bolsillos de su pantalón—. Bueno…, cuéntame.

—Necesito que me ayudes a llevar un encargo.

Alza las cejas.

—Ahora resulta que soy el chico de la mudanza…

Hago una mueca y paso por delante de él para abrir la puerta del despacho de mi padre.

—Ay. Por favor. El paquete es para ti. Bueno, no sé si para ti, pero es la dirección de tu casa…

Bastian frunce el ceño y se queda en silencio. Dudando.

Avanzo hacia el taller. Nada más acceder al interior, Bastian gira la cabeza como si le hubieran dado un golpe fuerte.

—Cómo huele.

—Es que los productos que usa mi padre son ligeramente tóxicos.

—Ya veo, ya. ¿Y no ventila?

—Bueno. Es un hombre un poco despistado y se le suele olvidar.

Bastian me mira perplejo.

—Es peligroso —dice con la seriedad que el tema merece—. No es una tontería.

—Lo sé. Por eso la ventana lleva abierta casi todo el día.

—Claro. Entiendo —dice entre dientes, echando un vistazo al

caótico taller—. Bueno…, ¿dónde está?

Señalo un objeto que ya está empaquetado al detalle y que es más alto que Bastian. ¿Será el espejo del otro día? Aunque, si fuera eso…

Se acerca y trata de analizarlo.

—¿Segura de que esto tiene que ir a mi casa?

Me encojo de hombros porque quizá me he equivocado con la dirección.

—Eso es lo que pone ahí…

Asiento con la cabeza y le señalo el papelito que tiene pegado en una de las esquinas.

Su espalda se tensa, al igual que todas las facciones de su cara.

—¿Sabes si lo han encargado mis tíos?

Sus ojos azules como el hielo me taladran y me recuerdan al Bastian de hace unas semanas.

—N-no sé nada —titubeo nerviosa, dudando de si decirle lo poco que sé o quedarme callada.

Frunce el ceño con confusión y mira de nuevo el paquete en busca de algo.

—Bueno, vale. —Flexiona las rodillas para coger bien el objeto y alzarlo—. ¿Puedes abrirme las puertas?

—Claro.

Salgo corriendo para abrir la puerta del despacho, que se ha cerrado por la corriente, y, una vez la atraviesa, abro la principal.

Una vez metido de malas formas entre el maletero y los asientos traseros, me subo al asiento del copiloto, y todas mis alarmas terminan de activarse cuando lo veo conducir. Y aunque no es la primera vez que lo hago, creo que sí le presto una atención diferente. Lo percibo distinto, y quizá sea porque ayer esos dedos que ahora se aferran al volante estuvieron acariciando la curva de

mis caderas y cada trozo de piel expuesto.

Trago saliva y trato de controlar mi respiración y los ligeros sofocos que me provoca su perfil, con la mandíbula tensa y marcada, la gorrita hacia atrás, el brazo extendido agarrando el volante, girándolo solo con la palma de la mano mientras la otra cambia de su muslo a la palanca de cambios.

Sin duda, verlo en ese contexto es un placer visual en toda regla.

—¿Te pasa algo? —Ladea la cabeza y me mira.

—No.

Después de un rato de silencio, toqueteando mis manos, lo miro de nuevo.

—¿Y a ti?

Veo que su mandíbula se tensa y me fijo en el color de sus nudillos cuando agarra con fuerza el volante.

—No.

Aprieto los labios y vuelvo la vista al frente sin creerme ni una palabra de lo que me ha dicho, pero no quiero indagar más.

Mira por la luna trasera, coloca el brazo detrás de mi reposabrazos y comienza a dar marcha atrás. Desde ese ángulo puedo ver al detalle cómo se le marca la mandíbula y el contorno de sus labios y su nariz.

Deslizo los ojos por sus hombros hasta llegar a sus brazos descubiertos. Se ha subido las mangas de la sudadera hasta los codos y no puedo evitar mirar las venas de sus antebrazos, pero es que mi bajo vientre termina de retorcerse cuando hace girar el volante con la palma de la mano y una fluidez que me deja asombrada.

Inspiro cuando finaliza y siento la necesidad de salir de ese coche que cada vez es más pequeño y donde hace más calor.

—Ya hemos llegado.

Me observa y, sin previo aviso, se inclina hacia mí.

¿Me va a besar?

Permanezco quieta como una estatua cuando su cara queda tan cerca de la mía que puedo notar la calidez de su aliento sobre mis labios, su pecho roza mi brazo y siento que todo a mi alrededor va a estallar.

Escucho un ruido que me hace girar la cabeza y entonces veo el porqué de su cercanía.

—Es que no abre desde fuera… —susurra, apartándose de mí—. Te lo he dicho antes…

Carraspeo y aparto la mirada, fingiendo que no siento una vergüenza abrasadora por llegar a pensar que iba a besarme.

—Ya.

Se baja del coche y yo prefiero olvidar lo extraña que se siente la decepción, porque sí, por un momento no se me ha hecho raro que quizá quisiera besarme.

47

Bastian



Tengo un sentimiento de lo más extraño desde que he visto esa cosa en casa de Bee. No me preguntes porqué, pero es una intuición.

Algo que me pellizca la piel y que me dice que algo no va bien.

Me armo de valor al entrar en casa y, en parte, respiro tranquilo cuando no hay nadie. Mis tíos me dijeron que se iban a llevar a Chapi a dar una vuelta al centro comercial, así que estamos solos.

Verla caminar por mi casa con esa soltura me hace sentir bien. Como si esta casa le perteneciera un poquito. Puede parecer una tontería, pero, gracias a su llegada, siento que puedo ver todos los colores con nitidez, como si hasta ahora mi vida hubiera estado en un tono gris.

Se quita el chaquetón, pero se deja puesta la bufanda de color amarillo que bordea su cuello. Una parte de mí quiere abrazarla e incluso prepararle un plato caliente para que se sienta mejor, pero no lo hago.

Coloco el objeto apoyándolo contra la pared. Con el pulso temblando y el corazón en la garganta, me planteo no abrirlo y

dejarlo ahí tal cual, porque esa mala sensación no hace más que aumentar.

Hincho el pecho de aire y me armo de valor.

Arranco el papel con furia y mi corazón se para de golpe cuando lo primero que veo es mi reflejo.

No puede ser.

Con la boca seca y las manos hechas gelatina, termino de romper el papel y siento como si me hubiera trasladado al pasado de golpe.

Un pasado al que trato de no volver porque me hace sentir como un monstruo.

No puedo terminar de descubrirlo al completo porque sé perfectamente lo que es y quién lo manda.

—Es precioso… —suelta Bee.

Asiento en silencio, incapaz de mirarla.

—Bastian… ¿Qué pasa? ¿Quién… quién lo manda?

Trato de procesar la cantidad de imágenes que discurren por mi mente y que me impiden expandir mis pulmones para coger todo el aire que necesito.

Noto su mano sobre mi brazo, y es ahí cuando los diques de mi interior se rompen.

—El mismo que me echó de su vida cuando no tenía más que ocho años. —Alzo los ojos y miro a Bee a través del reflejo del espejo.



Salgo a la calle en busca de un poco de aire, porque, desde que tengo algo de sentido común, mi forma de sacar lo que llevo dentro

ha sido jugando al baloncesto.

Agarro el balón entre las manos y empiezo a botarlo.

El sol ha empezado a esconderse y ha teñido el cielo de un tono naranja y rosado.

Pero, antes de que pueda lanzar el balón, la veo por el rabillo del ojo. Está en el umbral de la puerta, abrazándose a sí misma y escondiendo parte de su carita en esa bufanda gigante.

Trato de seguir a lo mío porque el sonido de la goma rebotando contra el asfalto siempre ha silenciado todo lo que ronda por mi mente, pero ahora no parece surtir el mismo efecto, y eso me jode.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, Bastian?

Su voz me hace cerrar los ojos e hinchar el pecho de aire antes de lanzar y no meter el balón en el aro.

Echo una mirada fugaz a la chica que está esperando una respuesta por mi parte y yo niego con la cabeza.

—No…

—Puedes contármelo. No te voy a juzgar.

Intento tragar el aullido de angustia que me impide decir ni una sola palabra, y atrapo el balón entre las manos dispuesto a lanzar de nuevo. Pero entonces siento las manos de Bee sobre las mías y me sobresalto.

—No tienes que llevar todo esto solo.

—Dudo mucho que puedas volver a mirarme a la cara después de contártelo.

Me observa sorprendida, como si no comprendiera mis palabras.

—Bastian… —No me permite lanzar el balón y hace fuerza para que no lo haga—. Por favor.

—Cuando era niño, reventé a puñetazos ese mismo espejo. Destrocé al completo la habitación en la que estaba —suelto con la voz temblorosa sin quitar los ojos de nuestras manos unidas—. Ese

día, mi madre me miró de una forma que… —Aprieto los labios para contener el temblor de mi voz—. Y mi padre me echó de casa.

—Pero… ¿qué pasó? Para que te pusieras así…

Sonrío con una amargura que me quema.

—No lo sé, Bee. —La miro con miedo de que ella también me odie. No quiero ver en sus ojos lo que vi ese día en los de mi madre. No podría soportarlo—. Me he pasado mi infancia sin saber qué me pasaba. Siempre me he dejado llevar por una cosa que me quemaba. —Me llevo la mano al pecho—. Solo quería gritar y romper cosas.

—¿Todo el rato?

—Cuando no hacían lo que yo quería.

Abre y cierra la boca como si no supiera qué contestar.

—Y tus padres….

—Me he pasado toda la vida solo, Bee. —Me encojo de hombros —. Nunca he tenido límites. Nunca nadie me había dicho qué tenía que hacer. O por dónde tirar. Hasta que llegó un día en el que, de repente, todo lo hacía mal. Todo era «no». Y yo no sabía qué hacer, y tampoco entendía por qué ahora de repente me negaban las cosas que siempre me habían permitido…

—Falta de límites —susurra, apartando las manos de las mías.

—O falta de interés en su hijo. No lo sé —lanzo y, por fin, encesto.

—¿Y ese día? ¿Por qué rompiste el espejo?

Avanzo para coger el balón y darme así un poco de tiempo para procesar lo que le voy a decir.

Suelto el aire poco a poco.

—Mi padre me castigó por primera vez en toda mi vida. Estaba harto de mí. Y lo sé porque no tenía problema en gritármelo a la cara. Ese día, después de una de mis rabietas, me llevó a la salita y

me sentó delante del espejo. —Aparto los ojos porque no quiero mirarla y me centro en mis pies—. Reventé el espejo porque odiaba lo que veía. Odiaba mi reflejo, porque… sabía que lo que yo veía era lo mismo que mis padres odiaban. No es agradable para un niño de ocho años saber que sus padres no lo tienen en demasiada estima. Estar allí durante horas mirándome incendió algo dentro mí que nunca había estallado de esa manera. Ahí fue la primera vez que quise hacerme daño a mí mismo y no al resto.

Suspiro ligeramente aliviado y agarro el balón con fuerza, dispuesto a lanzarlo.

—¿Por qué das por hecho que te odiaban…?

—Mi padre me odiaba y se encargaba de repetírmelo. Las pocas veces que estaba en casa, porque esa es otra… No sé si odiar es la palabra, pero…, bueno, quizá simplemente no me quería y tampoco lo disimulaba.

—¿Y tu madre?

Tiro de nuevo antes de armarme de valor para abrirme en canal.

—Mi madre tampoco estaba mucho en casa, pero ella me lo daba todo. Todo. No había nada que me negara. Si lo tenía, me lo daba. Y si no lo tenía, se buscaba la vida para dármelo…

—¿Y en ese momento tú que preferías? ¿Lo que hacía tu padre o lo que hacía tu madre?

Después de mucho esquivarla, la miro a sus inmensos ojos y siento un poco de alivio al no ver reproche en ellos.

—Bueno…, pues, siendo un niño, yo prefería lo de mi madre, pero… era raro, porque… aunque ella me lo daba todo, me sentía como… inseguro. Era como caminar por arenas movedizas. En cambio, con mi padre sí sabia por dónde tenía que ir. Que decir y cómo decirlo. No sé si tiene algún sentido… Pero… lo que peor llevaba era que cada uno dijera una cosa…

—Porque no sabías qué era lo correcto, ¿no?

Asiento en silencio.

—¿Y… puedo preguntarte por qué acabaste aquí con tus tíos?

—Luis es hermano de mi padre, y ese día él estaba en nuestra casa. Cuando entré en bucle, después de reventar el espejo, fue él quien entró en la habitación. El que me curó las heridas. —El nudo de mi garganta se incrementa y noto cómo las lágrimas llenan mis ojos. Respiro hondo para evitar ponerme a llorar—. Y el que me preguntó si estaba bien… No fueron mis padres, sino él. Y mientras, al otro lado de la habitación, yo escuchaba los gritos de mi parde refiriéndose a mí como una bestia a la que había que encerrar en un reformatorio, Luis trató de indagar en mi interior. Me preguntó, aunque yo no sabía responder… y me salvó, sin yo saberlo.

—¿Quién te salvó?

La voz de Chapi hace que se me caiga el balón de las manos de golpe.

Giro la cabeza y lo veo caminando hacia nosotros. A lo lejos, en la acera, veo venir a mis tíos de la mano, hablando y riéndose.

Sonrío con tristeza, porque mi yo de niño tiene envidia de no haber podido criarse en un ambiente así.

—Hola, enano. —Carraspeo—. ¿Vosotros no estabais en el centro comercial?

—Sí, pero había mucha gente y…

—Don se agobia —finalizo por él, y Chapi asiente con todos los dientes. Me roba el balón y me hace un quiebro—. ¡Eh! ¿Qué te crees que haces tú?

—Ganarte —se chulea, y echo a correr detrás de él.

—Te vas a enterar.

48

Bee



Ver a Bastian reírse de esa forma con su primo es agradable. Contemplarlos juntos, con esa química y la facilidad que tienen ambos para chincharse. De comprenderse. Están en perfecta armonía.

Sonrío de forma involuntaria cuando veo cómo Bastian corre hacia Chapi, que trata de hacer los mismos movimientos con el balón que hace Bastian.

Me abrazo el cuerpo y escondo la cara un poco más en mi bufanda. El sol prácticamente se ha ido y las luces de las farolas iluminan la calle.

—No tienen remedio… —La voz de Luis me hace girar sobre mis pies, pero sin querer dejar de mirar a esos dos.

—Es bonito —digo bajito.

—Cuando trajimos aquí a Bastian, parecía un animal salvaje, ¿a que sí? —Luis observa a Don y vuelve la mirada a esos dos muchachos que tratan de quitarse el balón y meterlo en el aro—.

Pensé que nunca se adaptaría.

Me muerdo los labios aguantándome las ganas que tengo de hacer millones de preguntas que sé que no debería hacer.

—¿Por qué se quedó aquí?

—Este era su sitio —finaliza Don, con los ojos vidriosos—. El lugar al que pertenecía.

Sonrío tratando de contener la emoción, porque hay veces que no hace falta que te digan «te quiero» para que te lo demuestren a voces, y en este caso, Luis y Don lo hacen todo el tiempo.

—Se le ve feliz.

Vuelvo los ojos a Bastian justo cuando alza a Chapi y lo coloca en sus hombros para que enceste.

—Su actitud empezó a cambiar cuando llegó Charlie… Ahí dejó de ser tan…

—¿Bruto? —pregunta Don con una sonrisita.

Luis suelta una carcajada.

—Eso lo ha sido y lo será siempre. Pero sí. —Hunde las manos en los bolsillos de su gabardina color cámel—. Con la llegada de Charlie, parte de sus fantasmas se marcharon, o por lo menos dejaron de atormentarlo tan continuamente.

—¿Nunca pensasteis en llevarlo a un especialista?

Luis y Don se miran, y por su expresión entiendo que sí es algo que estaba en sus planes.

—Fue imposible. Destrozaba todo lo que había a su alrededor con solo mencionarle la idea de ir a ver a alguien. De contar sus problemas. De hablar de sus padres…

Me vuelvo un poco sobre mis pies para observarlos mejor.

—¿Y ellos? ¿Nunca…?

Ambos niegan con la cabeza.

—Nunca más volvieron preguntar por él. Salvo alguna fecha

puntual.

Una tristeza devastadora me llena el pecho y siento unas ganas terribles de correr a abrazarlo, porque supongo que no hay nada más devastador que el que tu propia familia no te quiera y encima ni siquiera trate de disimularlo.

Si yo a veces me ahogo en la autocompasión deseando que mi padre me preste más atención de la que me da, no me quiero imaginar lo que tiene que ser pedir ayuda a gritos y que nadie te la dé.

—Cada vez lo lleva mejor, y sí que es verdad que, desde que lo has ayudado un poco a poner en orden sus estudios…, su carácter no tiene nada que ver. —Luis echa un vistazo a Don, que observa a Chapi y Bastian—. ¿Verdad?

—Uy. Sí. —Me mira con las mejillas rosas—. Ahora se despierta pronto para jugar, pero también para estudiar.

Trato de contener una sonrisa porque me siento orgullosa de eso.

—Pero eso no es mérito mío. —Niego con ternura—. Es una capacidad suya, solo que quizá… nunca había encontrado la motivación para llevarlo a cabo.

—Aun así, muchas gracias, Bee. Le has aportado color a nuestro muchacho.

Escondo la cara aún más en la bufanda.

—No le quitéis mérito. —Echo un vistazo a Bastian, que camina hacia nosotros mientras habla con Chapi—. No cualquiera lo haría.

—Te quedas a cenar, ¿verdad?

Me quedo rígida sin saber muy bien qué decir y mis ojos chocan con los de Bastian.

—¿Vale?

Pregunto ligeramente insegura, porque no sé cómo están las

cosas entre nosotros, la verdad.

Entramos en casa, hablando y comentando el partido improvisado de Chapi y Bastian, hasta que, de repente, todo el mundo se queda en silencio al ver el espejo.

—¿Qué es…?

La pregunta de Luis muere en la punta de su lengua. Supongo que reconoce perfectamente el objeto que llena el espacio.

Mira a Bastian.

—Es un encargo que le han hecho a mi padre —digo por fin, con un miedo que me asfixia.

—¿Y sabes quién lo ha hecho?

Me quedo unos segundos dudando.

—Eh. Bueno. —Tiemblo y me lamo los labios—. Mi padre me dijo que era un encargo de un empresario… —Lanzo una mirada fugaz a Bastian, que me observa con sus ojos increíblemente azules sin pestañear, como si temiera lo que voy a decir—. Un regalo para su hijo.

Mis palabras caen como si de una bomba nuclear se tratara. Todos nos quedamos en silencio y, aunque no dejo de repetirme que no lo haga, termino mirando a Bastian.

En sus ojos hay un montón de emociones, y créeme que ninguna es buena.

—¿Sabías que era de mi padre y no me has dicho nada? —alza la voz con dureza.

—No sabía… Bueno, ni siquiera sabía que era para ti, Bastian, y…

Da un paso sin despegar los ojos de mí, solo que yo no puedo aguantarle la mirada por más tiempo.

Mi cobardía me la ha jugado.

—¡Pero te he preguntado! ¡Y aun así me has mentido! —Inclina la cabeza para que lo mire, pero yo aparto aún más la mirada—.

¡Beatrice!

Aprieto los párpados con fuerza y me alejo un paso de él.

—Bastian. Por favor —suplica Luis, con un tono de voz tranquilo —. Puede que sea un malentendido. O…

—Es el espejo. ¡Es el puñetero espejo! —grita, perdiendo el control—. No hay más opciones.

—¿No hay una nota ni nada? —pregunta Don.

Bastian niega con la cabeza, pero es Chapi quien se arrodilla al lado del papel marrón que hay en la base del espejo y se pone a rebuscar.

—¡Hay una notita!

Creo que todos los presentes nos quedamos sin aire en los pulmones, esperando que Chapi saque la nota y lea lo que hay en el interior.

—Chapi, cielo… —Luis dulcifica mucho la voz—. ¿Puedes ir a…?

—Ya. Lo pillo —suelta con el ceño fruncido, pero no parece enfadado, sino resignado—. Esto es una conversación de mayores…

Le tiende la nota a Bastian, pero este no hace amago de cogerla, así que se la tiende a su padre Luis, que sí que la coge con ternura.

Don y Luis se echan una mirada cómplice, y es en ese momento en el que Don rompe el silencio y coge a Chapi de los hombros con ternura.

—Vamos a buscar a Chocolate y a darle de cenar.

Y desaparecen escaleras arriba.

Nos quedamos los tres solos y el peso del silencio a mí me está matando lentamente. Yo no pinto nada ahí, y al final he salido de las más perjudicadas.

¿Cómo es eso de matar al mensajero? Bueno…, eso. Que todo mal.

—Léelo y acabemos con esta mierda —gruñe Bastian.

Luis contempla la nota sin cambiar de cara y, después de coger aire, lee en voz alta:

—«Se acaba el tiempo».

Observo a Bastian, que mira a su tío esperando algo más.

—¿Ya? ¿No hay nada más?

—Hay…

—Espera —exige, y entonces me mira con una frialdad que hacía mucho tiempo que no veía en sus ojos—. Creo que es mejor que te lleve a casa.

Lo miro perpleja sin saber muy bien qué decir.

—Bastian… —susurra Luis.

—No —protesta—. Este tema es privado.

Eso sí que no me lo esperaba, y mucho menos después de haber compartido tanto sobre su pasado.

Me siento tan fuera de lugar… Tan humillada… Es como si de repente me hubieran tirado un jarro de agua fría sin avisar, en plena tormenta de nieve.

Retrocedo un poco y niego con la cabeza.

—Prefiero ir caminando —suelto con un hilo de voz.

—Te llevo yo —espeta con dureza.

El problema es que ahora mismo no quiero que me lleve a casa, ni compartir espacio en su coche.

Quiero estar sola y procesar todo lo que ha pasado, porque siento que voy a reventar de un momento a otro.

Empiezo a caminar hacia atrás y, cuando me doy la vuelta, echo a correr sin mirar atrás.

Y no negaré que una parte de mí esperaba escuchar a Bastian Wolf gritando mi nombre.

Pero no lo hace, y eso me rompe un poco más el corazón.

TERCER ACTO

¿Y el amarillo?

49

Bastian



Hacía varias semanas que las pesadillas habían dejado de despertarme por las noches, hasta hoy.

Salí del sueño de golpe con una agonía que me quemaba las entrañas. Empapado en sudor, y por un momento me vi con cinco años, solo en mi habitación de Nueva York, llorando desconsolado por el miedo, y nadie acudía a mis llantos.

Pero ya no soy ese niño.

Me siento sobre la cama tratando de recobrar el aliento y recordándome que estoy en Chicago. En casa. Alzo los ojos y, entre toda la oscuridad de la habitación, lo único que destaca como un maldito punto de luz es la bufanda de color amarillo que se le cayó a Bee cuando se fue y que yo mismo recogí.

Cuando vi en sus ojos que me vio como un monstruo.

Ahora, toda mi habitación huele a miel.

Llevo un par de días con mis tíos más pendientes de mí de lo normal y, aunque me toca las narices, supongo que es lógico. No todos los días el padre del muchacho que lleva viviendo en tu casa

aparece con un espejo y una nota de lo más misteriosa.

Me he pasado las últimas noches tratando de descifrar qué cojones quiere conseguir. Por qué ahora, después de casi diez años sin querer saber nada de mí, sin preocuparse ni un ápice.

No sé si es que el destino tenía preparado esta mierda para mí, para ver mis capacidades como ser humano funcional, pero siento que no doy más de mí.

—¡Bastian! —Los gritos de Luis al otro lado de la puerta me hacen poner los ojos en blanco, pero eso no me impide seguir haciendo flexiones—. ¡Levanta!

—¡Que estoy despierto! —jadeo.

La puerta se abre y mi tío me observa, con un brazo apoyado sobre el pomo de la puerta y el otro descansando en su cadera.

—¿Nervioso?

—Para nada —miento, y no se me pasa por alto cómo sus cejas se alzan—. ¿Qué quieres?

—Nada. ¿No puedo venir a ver cómo estás?

Trago saliva y agarro mi botella de agua para bebérmela de un trago.

—Pues bien. Aquí estoy.

—¿Sabes algo de…?

—No.

Luis asiente con la cabeza.

—¿Quieres que llame o…?

Niego con la cabeza.

—Si quiere algo, ya aparecerá. Quizá tengamos suerte y sea un puto farol.

Luis asiente con la cabeza.

—No tardes, que se enfría el desayuno.

Después de darme una buena ducha de agua fría y ponerme

algo de ropa, bajo a la cocina, pero todo el mundo ha desaparecido. Es como si mi familia se hubiera esfumado de repente, aunque, por la hora, supongo que es normal.

Qué curioso, hace unos meses deseaba poder desayunar solo, en silencio, sin que nadie me molestara, y ahora que lo tengo, no lo quiero.

Después de desayunar, agarro mis cosas dispuesto a salir de casa para enfrentarme al maldito instituto una semana más.

Llevo un par de días tratando de ignorar cómo voy a enfrentarme a Bee, la verdad. Puede que, junto con el tema del espejo, sea una de las cosas que me superan, porque no sé cómo abordarlo. No sé quién debería dar el brazo a torcer. No sé nada, y eso me agobia tanto que lo único que ha hecho ha sido alejarme para evitarlo.

Abro la puerta y siento como si toda la gravedad hubiera desaparecido. El corazón se me para de golpe, al igual que el resto de mis terminaciones nerviosas.

Ahí está. Con un traje oscuro y perfectamente planchado. Con el cabello negro engominado y sin un pelo fuera de su sitio. Está mucho más mayor de lo que lo he recordado siempre, pero no mayor en plan mal, sino mayor en plan «Qué bien te conservas».

Trago saliva al toparme con unos ojos igualitos a los míos. Del mismo color. La misma forma. La misma frialdad.

—Hola, Bastian. —Escuchar su voz después de tantos años me hace volver a la realidad como si me hubieran dado un bofetón a mano abierta—. ¿No me vas a decir nada?

Ni siquiera soy capaz de decir o hacer nada. Me quedo ahí plantado, con el aliento en la base de la garganta sin mover un solo músculo.

Parece que observa a través de mí, al interior de casa.

—¿Puedo pasar?

Da un paso hacia delante, pero yo le cierro el paso.

—No.

—Ah. —Suelta una sonrisilla—. Que hablas. Qué alegría. Pues venga, te invito a un café.

Se gira con elegancia para acceder al coche que hay aparcado en la acera justo enfrente de mi casa.

—¿Qué quieres?

Se para en seco y me observa.

—Hablar.

Aprieto los labios con fuerza, deseando que se abra un surco en la tierra y lo trague a él. O a mí. Y así acabamos rápido con toda esta mierda.

—Yo no tengo nada que hablar contigo…

Se acerca, y ahí está, ese gesto tan sutil e imperceptible que cualquiera que no lo tenga calado pasaría por alto. Ese tono de voz que nunca se altera, pero que es una amenaza velada.

—No te pases. Vamos a tomar un café y hablamos.

Respiro hondo y, aunque trato de mostrarme sereno y tranquilo, mi cabecita de repente me traslada al pasado: yo, acurrucado entre las mantas de mi cama, tratando de calmar mis llantos.

—¿Y si no quiero?

Me mira de pies a cabeza como quien sabe que tiene la sartén por el mango.

—Entonces, en ese caso, puedes hacerte a la idea de llamar casa a Nueva York.

50

Bee



Te mentiría si dijera que estos últimos días he estado bien.

La tos y el picor de garganta no me han dejado pegar ojo. Los labios cuarteados y la boca seca tampoco me lo han puesto demasiado fácil. Ni el dolor de cabeza que me martilleaba con fuerza a cada momento del día, con cada movimiento.

Pero si a ese malestar le sumas todo lo ocurrido con Bastian, solo quiero que me entierren bien hondo bajo la tierra, por favor.

Arrastro los pies por el pasillo de casa con la intención de desayunar algo antes de ir al instituto, aunque lo más sensato sería quedarme en la cama, porque con este catarro no voy a ningún lado, pero no puedo permitirme faltar ahora que tengo todos los parciales.

Mientras preparo la comida de Bloom, escucho las llaves.

Y como un elefante entrando en una cacharrería, mi padre llega armando un jaleo que no hace más que incrementar mis dolores de cabeza.

—¡Bee! —grita desde el fondo del pasillo—. ¿Estás en casa?

Pongo los ojos en blanco y me llevo los dedos al puente de la nariz.

—Sí… —digo un poco más alto, pero sin poder gritar.

A los pocos segundos aparecen ya por la puerta de la cocina con una sonrisa enorme y un montón de paquetes debajo del brazo.

—¡Hola! —saluda eufórico, dejando las cosas sobre la mesa de la cocina—. Madre mía. Estoy muerto. ¡Ha sido increíble! Agotador, pero muy interesante… Hay una cantidad de técnicas que no conocía… Bueno, he comprado bastante material para empezar a hacerlo y…

—Hola, papá. Bien, gracias. Yo estoy bien —suelto.

Y, por fin, en los tres minutos que lleva en la cocina, me mira.

—Ay, perdona, Bee.

¿Sabes ese momento en el que notas en el pecho cómo todas tus emociones y tu malestar se desbordan como un dique?

—¿Perdona por qué? ¿Por no ser capaz de preguntarme cómo estoy? ¿O por irte sin avisar? —Noto que todo lo que he acumulado estos años sale sin poder ponerle barrera de ningún tipo. Supongo que estar tanto tiempo callada ahora es como tratar de silenciar un monstruo que ha roto sus cadenas—. ¿O quizá sea por hacerme sentir menos valiosa que todas tus piezas rotas? ¿Qué de todas esas cosas es? ¿Eh?

Con los ojos llorosos y el alma hecha trizas, me aparto de la encimera para salir de ahí. No necesito una réplica. No me hace falta una disculpa por su parte, he sobrevivido diecisiete años sin él, y creo que puedo seguir haciéndolo.

Avanzo hacia la salida, pero mi padre me agarra con delicadeza, y eso es lo que termina de romperme en cachitos muy pequeños. Los ojos se me desbordan de lágrimas.

—Bee…, no… —Suspira—. Lo siento.

Niego con la cabeza y me trago el nudo que me impide hablar, o al menos intentarlo. Levanto los ojos.

—Llegas diecisiete años tarde, papá.

51

Bastian



Tener a mi padre frente a mí después de casi diez años sin verlo no está siendo fácil de procesar. Pero ni de coña.

A pesar de que la cafetería está llena de ruidos de platos y tacitas. De las voces de los clientes y los trabajadores. Del olor al pan recién hecho y a la bollería. De la campanita que tintinea cada vez que alguien entra o sale. Nada de eso consigue relajarme.

Siento que mi padre es capaz de escuchar los latidos de mi corazón e incluso de escuchar todos los pensamientos que me están taladrando la cabeza.

Muevo la pierna de arriba abajo, y trato de mirar a cualquier parte menos al hombre que tengo enfrente, que parece la mar de tranquilo.

—Bueno —suelta con tranquilidad—. ¿Cómo llevas el último curso?

—Bien —respondo con sequedad.

Sus ojos azules se posan sobre mi taza de café.

—Se te va a enfriar.

—No me gusta el café.

—Ah —espeta sin sentir mucho remordimiento, y se lleva su taza a los labios—. ¿Tus tíos no te han enseñado que es de mala educación no tomar lo que sea a lo que te invitan?

Cojo aire.

—No me has preguntado si lo quería… Yo ya he desayunado.

—¿Cuánta vajilla has roto en el proceso? —pregunta, lamiéndose los labios—. ¿O ya has superado esa etapa?

Aprieto los dientes con más fuerza de la que me gustaría.

—¿Qué quieres? —pregunto, notando cómo los límites de mi paciencia empiezan a desdibujarse—. Tengo clase.

—¿Te gustó mi regalo?

—No entendí muy bien su finalidad.

—Me pareció bonito mandarlo restaurar y regalártelo. Como símbolo de una nueva etapa.

Llevo todo este tiempo deseando preguntarle mil millones de cosas, pero una parte de mí no quiere darle ese poder, aunque lo tenga.

—No lo quiero. —Niego con la cabeza.

—Era el favorito de tu madre, qué menos que tengas eso contigo, ¿no?

Trago saliva, aunque no sirve de nada. Tengo la boca seca como un zapato.

—¿Cómo está?

—En el Caribe, creo.

—¿Crees?

—Hace años que nos separamos.

De verdad que trato de mantenerme impasible, pero no puedo.

—¿Os habéis separado?

Mi padre asiente y parece satisfecho. Ahora toda mi atención

está puesta en él.

—Nunca debimos casarnos, en realidad. Ese fue nuestro gran problema. Pero no nos dimos cuenta hasta que te tuvimos a ti. La idea de crianza que teníamos cada uno era totalmente opuesta…

—No me digas… —añado con ironía.

Mi padre se queda quieto y alza las cejas.

—¿Tienes algo que decir?

—Si empiezo, no acabaría nunca, así que vamos a dejarlo en que habéis hecho bien en separaros. Así quizá no hagáis daño a nadie más.

—Eso no es justo, Bastian. Criarte a ti, con esos cambios de humor, tus rabietas… fue horroroso.

Suelto una risa seca y amarga que me recorre prácticamente el cuerpo entero.

—Es gracioso, porque yo recuerdo haber pasado la mayor parte del tiempo solo. Bueno, la pobre Roberta estaba por ahí. Pero ni tú ni mamá estabais.

—Estábamos trabajando.

Lo miro con desdén.

—No es excusa. —Me inclino hacia delante, con el interior en llamas—. Luis y Don se pasan el día currando, pero están en casa y en la educación de Charlie. Todos los días.

Ni siquiera se inmuta cuando le hablo de su hermano y de su sobrino. Es como si tuviera un único objetivo y el resto le diera igual.

—Es una realidad. Tu madre y yo trabajábamos mucho para que tú vivieras en esa casa con todos los lujos posibles.

—Ya —escupo con desprecio—. Y cuando tenía pesadillas, ¿quién venía a consolarme?

Se queda callado y siento una satisfacción enorme por haberle cerrado la bocaza.

—Bueno. Si no tienes nada más que decirme, yo tengo que irme a clase.

—Espera. —Suspiro, deseando salir corriendo de ahí—. Quiero que vuelvas a casa, Bastian.

Trago saliva y lo observo, esperando que argumente más su respuesta.

—Te tuvimos muy jóvenes y no sabíamos cómo gestionar la situación. Ya te he dicho que tu crianza no fue nada fácil y, cuando pasó lo del espejo…

—Lo tuvisteis muy fácil cuando Luis me ofreció pasar el verano con ellos en Chicago. Sí. Esa historia me la sé, la he vivido.

—Estabas bien aquí.

—Y vosotros allí, ¿no?

Mi padre asiente en silencio.

—¿Y ahora? —pregunto irritado.

—Sigo teniendo tu patria potestad. Sigues teniendo mis genes y mi apellido. —Me froto la barbilla, odiando cada una de sus palabras —. Y aunque todos estos años te haya dejado libertad total, puedo hacer que te vengas conmigo mañana mismo.

Mis dientes chirrían. Mis pulmones se expanden.

—No me puedes hacer eso. —Sacudo la cabeza—. Yo tengo mi vida aquí.

—¿Y la universidad?

—¿También? Ya lo tengo todo mirado. No puedes venir aquí después de diez años como si nada y pretender ¿qué? ¿Cambiarme la vida? ¿Poner todo mi futuro del revés por tu capricho?

—No es capricho, Bastian. Es arrepentimiento.

Los ojos se me llenan de lágrimas y me levanto antes de ponerme a llorar como un crío.

—Pues si realmente te arrepientes de haber sido un padre de

mierda, haz las cosas bien. —Cojo aire—. Entrega la custodia a mis tíos. Y déjame.

Justo cuando voy a bordear la mesa para irme, me encuentro con mis tíos entrando en la cafetería.

—Hola, Bastian —dice Don con alegría, sin darse cuenta de quién está sentado frente a mí.

Pero Luis sí que se percata al segundo y se pone rígido.

Mi padre, con el infierno en sus ojos azules, se gira sobre el asiento para observar a mis tíos.

—Hombre, toda la familia junta. Qué bien. —Me echa un vistazo —. Bastian, puedes irte a clase. Volveremos a hablar cuando te den las notas.

Echo un vistazo a Luis, que asiente en silencio y, antes de irme, me guiña el ojo y me acaricia la mejilla con ternura.

Salgo de allí con el corazón desbocado y unas ganas horribles de gritar hasta que me sangren los pulmones.

52

Bee



—¿Sigues con ese catarro? —pregunta Jaz con el ceño fruncido.

—Bueno…, el tiempo tampoco ayuda demasiado. —Toso, llevándome la mano a la boca.

—¿Por qué no te has quedado en casa descansando?

Niego con la cabeza y me limpio la nariz con un pañuelo.

—Mi padre ha vuelto, y no… no quiero.

Jaz entrecierra los ojos, esperando que le diga algo más, pero tampoco tengo fuerzas ni ganas para repetir lo que le he dicho. No me siento orgullosa.

—¿Ha pasado algo?

—Bueno, digamos que le he puesto un poco a caldo.

—¿Qué? Pero… ¿qué ha pasado?

Niego con la cabeza mientras avanzamos a clase de gimnasia.

—No ha pasado nada nuevo. —Me encojo de hombros—. Lo mismo de siempre. Él estaba en su planeta y, esta vez, lo he bajado de su órbita diciéndole lo que pienso. No hay nada extraordinario…

—Bueno, Bee. Creo que el hecho de que le hayas dicho todo lo que te lleva atormentando años sí que es extraordinario, ¿no te parece?

La observo en silencio, porque quizá tenga razón.

—Tal vez nunca habría llegado a estos extremos si mi madre…

—Tu madre no podía hacer el papel de ambos. Ella hacía muy bien su rol, pero tu padre seguía ignorando el suyo. Tarde o temprano acabaría explotando.

—Supongo que tienes razón… —Suelto una sonrisa y me miro los pies.

—¿Y… con Bastian? ¿Sabes algo de…?

Niego de nuevo con la cabeza, tragando saliva al mismo tiempo para evitar echarme a llorar ahí mismo.

—Bastian se acabó —suelto con una brusquedad que pilla a Jaz totalmente desubicada.

—Pero…

—Teníamos un trato y creo que ha cumplido perfectamente su función. Él se ha puesto las pilas y Grayson no ha vuelto a molestarme.

Mi mejor amiga me observa como si no comprendiera mi lógica. Como si hubiera algo en todo aquello que no encajara, y tiene razón, solo que no me siento preparada para verbalizar que la he cagado y no he sabido cómo solucionarlo.

—Pensaba que igual esperabais hasta que él finalizara la recuperación de los créditos…

—Es mejor así.

—¿Eso se lo has preguntado a él? ¿O es algo que has decidido por tu cuenta?

Supongo que, por un lado, me puede la vergüenza por no haber hecho las cosas mejor. Por no haberle dicho lo del dichoso espejo.

Por haberme colado en la intimidad de su casa y que tanto él como sus tíos se hayan abierto conmigo de una manera muy íntima, y yo…, bueno, por no haber hecho las cosas bien.

Haber salido corriendo de su casa tampoco ayuda a que pueda mirarlo a la cara.

La bola se ha ido haciendo más y más grande, hasta que no tengo la fuerza suficiente para pararla.

—No —respondo con la boca pequeña.

—Bee… —agrega con un tono que es más lastimero que otra cosa. Se para frente a mí—. Escúchame y deja de esquivar el tema ¿Tú no eres la fiel defensora del diálogo?

—Sí, claro. Pero también creo que hay cosas que es mejor no alargarlas. Es mejor cortar por lo sano y ya.

Jaz me agarra de los brazos con delicadeza e intenta colocarme frente a ella para que la mire, pero esquivo sus ojos dorados.

—Mírame, Bee.

A regañadientes, hago caso a su petición.

—¿Es mejor cortarlas por lo sano porque te has dado cuenta de que Bastian te gusta y de que no hay nada fingido detrás de ese trato? ¿Por eso quieres mandarlo todo a la mierda? ¿Por miedo a que sea él quien te «deje»?

Aparto la vista porque tiene razón: me gusta Bastian como jamás pensé que me gustaría alguien como él.

En todas mis fantasías había imaginado que me enamoraría de un chico inteligente y responsable, que sacara buenas notas y con el que tal vez pudiera compartir tiempo de estudio.

Un empollón como yo.

Jamás esperé encontrar en Bastian cosas que me gustaran. Supongo que, cuando nos conocimos, pensaba que detrás de toda esa fachada de estrella del equipo no había nada. Que era una

cáscara vacía, pero tuve que cerrar la boca cuando empecé a conocerlo y empaparme de cada uno de sus detalles y matices.

Lo que más miedo me da de todo esto es que con él me he sentido lo suficientemente segura como para no necesitar la validación de nadie más que la mía propia. Con él estoy siendo esa versión de mí que nunca pensé que llegaría a conocer, y me da miedo no ser así si no estoy a su lado.

Como si esa Bee solo existiera junto a Bastian.

Un ruido sordo nos hace girar la cabeza y, entonces, lo veo por el pasillo con la mochila al hombro y una sudadera ancha.

Mi corazón retumba con fuerza en respuesta, y mis piernas están a punto de ceder cuando parece que viene hacia nosotras. Pero él está muy lejos de allí. Sus ojos miran, pero parecen vacíos, como si estuvieran en otro lugar.

Con el corazón en la garganta, me giro de golpe, porque no sé cómo actuar en caso de que quiera hablar conmigo, aunque, después de nuestra última conversación, dudo que quiera hablar de nada.

Y mi decepción llega cuando pasa por nuestro lado sin mirar. Sin percatarse de nuestra presencia. Resoplo y aparto la vista, fingiendo que no esperaba una mirada suya.

—Bee, esto no está bien.

La fulmino con la mirada.

—No me digas… —Echo a andar de nuevo hacia el gimnasio, mentalizándome de que voy a tener que dar vueltas como un pollo sin cabeza alrededor de una pista y de que mis notas van a depender de ello—. Mira, da igual. En serio.

—¿Cómo vais a pasar de…?

—Pues como hace mucha gente. ¿No hay relaciones que se acaban de un día para otro? Pues ya está.

Jaz se queda callada, porque supongo que no sabe qué más decir al respecto.

—¿Qué vamos a hacer por tus dieciocho? —pregunto, cambiando de tema de forma radical.

—No tenía pensado nada especial. Una cena en casa y poco más…

—Me gusta el plan.

—Oye, Bee. —Pongo los ojos en blanco porque no quiero volver al tema—. Queda menos de una semana para la final y Adriel quiere que vayamos…

Empiezo a negar con la cabeza antes de tiempo, pero mi mejor amiga tampoco me da pie a que diga mucho más.

—Piénsatelo, ¿vale?

53

Bastian



La sensación de caminar sobre una cuerda floja. De mirar, pero sin ver. Respirar y sentir que se te clavan cristales con cada exhalación.

La terrible sensación de regresar al pasado una y otra vez. Y de saber que no puedes hacer nada para cambiar todo lo que se te viene encima, como si tu destino estuviera escrito. Como si ya no fuera suficiente desgracia para mí compartir genes y un pasado con ese señor al que ni siquiera puedo llamar «padre» porque jamás ha cumplido ese papel.

Me paso el día como ausente, vagando por mis recuerdos constantemente. Con una sensación desagradable en la boca del estómago y unas ganas increíbles de salir corriendo a mi casa.

Con mi familia. La de verdad.

La que no se elige, pero los que sí me han elegido todos y cada uno de los días desde hace diez años.

—¡Ey! —La voz de Connor me saca de mi bucle—. ¿Qué tal estás? No tienes buena cara.

—Gracias.

—Joder. Ya sabes a lo que me refiero.

—No he dormido muy bien.

—¿Nervioso?

Me tenso un poco y lo miro.

—¿Por qué debería estarlo?

—La final es la semana que viene, Bastian.

Me quedo rígido porque me había olvidado por completo de la final. Supongo que tengo que darle las gracias al capullo de mi padre por hacerse con el monopolio de mi cabeza.

Gracias por eso.

—¿Y? —Levanto los hombros—. ¿A ti alguien te ha dicho que puedes jugar? —Connor niega con la cabeza apesadumbrado—. Pues eso.

—Yo no pierdo la esperanza. Seguro que, cuando menos lo esperemos, aparece el entrenador para darnos la noticia.

Niego con la cabeza y, como si toda esa nube negra se hubiera medio difuminado de mi mente, la busco con los ojos, porque supongo que todo siempre termina llevándome hasta ella.

A una chica que la última vez que me miró a la cara salió corriendo como si yo fuera esa bestia que siempre se han encargado de hacerme ver.

—Oye… ¿Has visto el coche que había aparcado en tu puerta?

Suelto todo el aire y aprieto mi mochila con fuerza.

—Era mi padre.

—¿Qué? ¿Y pensabas callarte, cabrón?

—¿Y qué quieres que te diga? Ni yo lo sé.

—Pero…

—Quiere que vuelva a Nueva York.

—¡¿Qué!? Pero… no puedes irte. Ni de coña.

Le dedico una sonrisa ladeada y digo que no con la cabeza.

—Esa es la intención. Por eso mismo, ahora solo quiero llegar a casa y hablar con mis tíos. Necesito salir ya de esta situación de mierda.

Caminamos sin un rumbo fijo, o al menos yo no lo tengo, y por eso siento que me dejo llevar movido por la corriente. Por mi mejor amigo, que va ligero como una pluma y, entonces, cuando giro la cabeza, la veo.

No es muy complicado verla entre una multitud, porque destaca de una forma que no sé cómo explicar.

Se me para el corazón, porque hacía unos días que no la veía y lo he sentido como semanas enteras. Ni yo le he escrito ni ella a mí, y supongo que quizá nos hacía falta esto. A mí, para centrarme en solucionar parte de mis problemas sin hacerla responsable de ellos, porque no es así. No puedo ser cruel con ella.

Ha habido una falta de comunicación y ya está.

Podemos arreglarlo.

—Luego te veo —susurro a Connor, y avanzo hacia Bee, que va distraída mirándose los pies. Y como la delicadeza no es uno de mis puntos fuertes, me planto frente a ella y le obstaculizo el paso.

Alza la cabeza hacia mí y no me gusta la expresión con la que me observa.

—Hola, abejita —suelto con una timidez que no es propia de mí, pero ella no me responde. Desvía la mirada hacia ambos lados como si no comprendiera mi actitud.

»Oye, Bee. —Me toco la nuca—. Que…, bueno, quería dis…

—Me tengo que ir —me corta antes de que pueda terminar la frase—. Lo siento. Tengo prisa.

Hace un quiebro y pasa por delante de mí.

La agarro del brazo y tiro de ella hasta pegarla contra la pared.

—Bee. Mírame, por favor.

Ella hace lo que le pido y, en ese momento, no sé qué hacer. ¿Cómo abordo todo esto que siento? ¿Cómo le digo que llevo días sin dormir porque el temor de dejar Chicago me paraliza? Que me comporté como un gilipollas con ella cuando solo trataba de ayudarme.

—¿Cuándo seguimos con las clases? —pregunto en un tono distendido, dejando a un lado todo lo demás, pero ella me mira confusa, como si no se esperara eso por mi parte. Y puedo entenderlo, pero ya sabemos que lo mío no son las palabras.

—Bastian…, se acabó.

—¿Qué?

—El trato. Creo que ya ha llegado a su fin.

—¿Por qué? Si aún falta…

—Ya ha cumplido su función.

—Bee, si es por… —Aprieto los dientes con fuerza—. Fui un gilipollas, ¿vale? El otro día con lo del espejo y todo eso. Pero… es que… —Miro al techo desesperado por encontrar las palabras adecuadas—. Me superó. Todo. Y no sabía cómo gestionarlo… No…

—Está bien. Tú no hiciste las cosas bien y yo tampoco. No pasa nada.

—¿Y ya está? ¿En serio?

—Nunca hemos compartido nada más allá de este trato.

Me quedo rígido ante la frialdad de sus palabras y lo mucho que esquiva mi mirada.

—¿Me dejas? Tengo prisa.

Me aparto de su lado para dejarla libre y la veo marchar.

54

Bee



Podría decir con total libertad que estos últimos días han sido de los peores de mi vida en el plano emocional: ya no solo por el vacío que he sentido al no tener clases con Bastian y todo lo que eso suponía, sino que también una parte de mí ha echado mucho de menos a Chapi y al resto de su familia. Mi padre lleva desde que le grité encerrado en su taller, qué raro, y yo tampoco he intentado hablar con él. Ahora mismo no me veo preparada para enfrentarme a él.

Los parciales me han quitado una porción de mi tiempo, y aun así siento que no he podido prepararlos bien porque tenía la cabeza en mil cosas diferentes, encima de que ponerme a estudiar no hace más que recordarme que ir a la universidad es un futuro que cada vez me gusta menos. Por otro lado, encontrarme con Bastian cada tarde en el auditorio tampoco ha sido algo fácil, y mucho menos después de sus disculpas en el pasillo, como si quisiera arreglar las cosas deprisa y corriendo. Parecía desesperado por arreglarlo así sin más, pero ¿para qué?

Una parte de mí no ha podido dejar de pensar en el espejo. En el padre de Bastian. En sus tíos. ¿Cómo estará él? ¿Qué habrá pasado finalmente con eso?

Me encantaría preguntárselo, porque estos últimos días iba por los pasillos como un autómata.

—¿Cómo lo llevas?

La vocecita de Adri irrumpe en mis pensamientos y la observo. Está cagada de miedo porque mañana estrenamos el musical.

Mañana todo esto habrá terminado y, aunque lo estoy deseando, una parte de mí no quiere asumir que dejaré de verlo tan seguido. Que él volverá a su vida y a su baloncesto, y yo, a mis libros.

—Bien.

—Bee. Llevas unos días muy apagada…

—Se me pasará. —Le dedico una sonrisa fingida—. No te preocupes. La primavera la sangre altera. —Le saco la lengua y pestañeo de forma exagerada.

—Pero ¡¿qué cojones haces?!

Alzo la cabeza ante los gritos que llenan el auditorio y veo a la pareja principal enfrentándose, y, aunque no es algo extraño, porque son novios en la vida real y ya han discutido alguna vez en los ensayos, nunca los había visto de esa forma.

Adriel corre hacia ellos.

—¿Se puede saber qué pasa? ¿Sois tontos o qué?

—Tú, cállate —grita Sierra Byrd con la cara roja—. Esto no tiene nada que ver contigo. Mi problema es con él. —Señala a su novio—. Que es un cerdo.

Joel Morris está tocándose la mejilla, y de verdad que si las miradas matasen…

—¡Yo no he hecho nada! —se defiende a gritos.

—Ah, ¿no? ¿Y qué hacías metiéndole la lengua hasta la

campanilla a Alisson Read en los baños de arriba? ¿Eh? ¡Pedazo de asqueroso!

Él no dice nada, y en este tipo de situaciones, si no dices nada…

Todo el auditorio se queda enmudecido y esperando, observando en absoluto silencio cómo se enzarzan en un duelo de miradas que van y vienen y que se alarga demasiado para mi gusto.

—¡Se acabó! ¡Tú y yo hemos terminado!

—¡Vale! ¡Me parece perfecto! ¡Ya era hora! —grita él, haciéndose el machito delante de todos—. ¡Nunca he querido estar contigo!

Cierro los ojos y niego con la cabeza, porque ese tipo de discusiones me ponen del hígado. Me parecen argumentos absurdos que no consigo comprender; si la quieres o si te gusta, estás con ella. Si no te interesa, no estás. No es tan difícil, ¿no? ¿Por qué los seres humanos hacemos todo tan complicado?

¿Y por qué yo alardeo de ese tipo de actitud si ahora mismo soy la primera que está haciendo lo contrario a lo que desea?

Miro de soslayo a Bastian, que ni ha levantado la vista para centrarse en la movida. Lleva varios días ausente, como si hubiera tantas cosas en su mente que no le permitieran ver más allá. ¿Habrá pasado algo grave en su casa después de aquella tarde?

—¡Que te den, capullo!

—Oye, chicos… —Adriel intenta meterse en medio de esos dos, pero no le sale bien.

—¡No intentes convencerme de nada, Porter! —grita desquiciada, y mira a Joel por última vez—. Esto se acaba aquí.

Sierra se da la vuelta, moviendo su melena con ímpetu, y baja las escaleras del escenario con la cabeza bien alta y paso firme.

—¡Que te jodan! —grita Joel con las manos a ambos lados de su boca para que se le oiga mejor.

Sierra hace un corte de manga y reina el silencio cuando la

puerta se cierra de golpe. Joel nos observa a todos y mira a Adriel.

—Yo me piro también.

—¿Qué dices? —grita Ariel, desquiciada—. ¿Cómo que te piras?

—Hombre, no te jode. Estaba metido en esta mierda por ella. Porque quería ser la puta Bella y, si me negaba, me quedaba sin pelotas para el resto de mi vida.

—¡Fuera! —grita Adri con el brazo extendido hacia el lateral del escenario.

—¿Cómo?

—¡Que te vayas!

Joel la mira como si deseara fulminarla. Parece que no le gusta que las mujeres lo dejen en ridículo, cuando no le hace falta absolutamente nadie para hacerlo; él es bastante idiota como para conseguirlo por sí solo.

Aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo y se va sin decir nada.

Cuando la puerta vuelve a cerrarse, Adriel se deja caer de cuclillas, haciéndose una bolita. Entierra la cabeza en las manos y rompe a llorar.

Corro hacia ella y me arrodillo a su lado.

—Adri…, tranquila, ¿vale? —susurro, acariciando su espalda con ternura—. Lo sacaremos adelante.

Levanta la cara y se me parte el alma al ver sus ojos enrojecidos y llenos de lágrimas.

—¿Qué voy a hacer, Bee? —Los sollozos no le permiten hablar con fluidez—. No tenemos tiempo para…

Mira a su alrededor y se echa a llorar de nuevo.

Y en ese momento algo que muerde y araña dentro de mí me hace alzar la voz.

Supongo que en el fondo era algo que quería hacer, pero que

nunca me había atrevido a dar el paso por miedo a no ser capaz. Pero estas últimas semanas he visto que sí soy capaz de hacer cosas que pensaba que estaban reservadas solo para los demás.

—Yo seré Bella.

Sus ojos de color turquesa se abren de golpe, iluminados por la esperanza.

—¿Lo dices en serio? —Su voz tiembla.

—Claro. ¿No te parece que me pega?

Adri se ríe con nerviosismo terminando de expulsar las lágrimas que cuelgan de sus preciosos ojos.

—Llevo aquí demasiadas tardes como para sabérmelo de memoria… Además, sabes que tengo debilidad por Bella y Bestia.

Adri se gira por completo hacia mí y me abraza, haciendo que casi pierda el equilibrio.

—¿Te he dicho alguna vez que eres la mejor?

—No tantas como me gustaría —bromeo.

—Vale. Ahora solo falta Bestia.

Antes de mirar a quien sé que va a mirar, Adriel me observa; no me pide permiso con sus enormes ojos, sino perdón, porque sabe cómo está la situación y es consciente de que lo que va a hacer va a empeorarlo todo.

—Bastian… —dice con la voz aún temblorosa, y mi estómago cae en picado—. Por favor…

Veo que su mandíbula y todos los demás músculos de su cuerpo se tensan a la vez y me lanza una mirada fugaz antes de ceder.

—¿Qué quieres que haga?

Mi corazón me hace daño entre los huecos de las costillas.

—Necesito que saques la Bestia que llevas dentro.

55

Bastian



Es como si la vida me estuviera mandando un mensaje subliminal. Como si todo cobrara sentido (al menos en mi cabeza) y me gritara que todo esto era para lograr un fin: participar con Bee en el musical y, tal vez, conseguir que me perdone por haber sido un capullo.

Todos estos días he estado moviéndome por inercia. Como si me dejara arrastrar por una corriente que no sabía adónde me llevaba, pero poco me importaba. Y ahora sí sé a dónde quiero llegar. Lo que quiero conseguir con todo esto.

A la chica.

Bee es ese tipo de mujer a la que se conquista por detalles y que se abre poco a poco, de modo que te va dando migajas de sus sentimientos. En el momento en el que se abre por completo a ti, ahí está, es como encontrar un tesoro en el interior de una cueva. Como una rosa eterna.

¿El problema? Que todo eso que cuesta tanto ganarse puede perderse en cuestión de un segundo. Y eso es lo que me ha pasado a mí.

Ahora me encuentro frente a ella, con un maldito papel protagonista de un musical que no me interesa lo más mínimo y que, obviamente, dudo mucho de que beneficie en algo a mi carrera como deportista (si es que la hay).

Pero es que, una vez más, me he dejado llevar por un impulso cuando se trata de ella y sus ojos jaspeados. Me ha parecido muy sexy cómo se ha lanzado a ayudar a Adri cuando la pobre parecía a punto de mandarlo todo a la mierda.

Siento que el tiempo se me escapa entre las manos, porque, por un lado, mañana todo habrá terminado. Haremos esto y ya está. Nuestros caminos volverán a separarse, esta vez de forma definitiva. Ya no habrá nada que nos una.

—… ¡Bastian! —Adri grita, y me saca de mis mierdas.

—¡Joder! —Me llevo la mano al pelo—. ¿Qué?

Me mira con el ceño fruncido.

—Céntrate, por favor. Solo tenemos la tarde de hoy para hacer esto antes de cagarla delante de todo el instituto.

Gracias por los ánimos.

Aprieto los dientes con fuerza y cojo aire.

Bee no ha levantado la vista del papel en todo el tiempo que llevamos aquí metidos, y yo no soporto que no me mire.

Aunque sepa que lo merezco.

—Necesito que te metas en el papel, ¿vale? —susurra Adri con ternura.

Bee asiente con una sonrisa a medias y, entonces, clava sus preciosos ojos en mí y pierdo todo el sentido.

¿Esto es de lo que habla todo el mundo?

—Venga. Vamos a la siguiente.

Rezo para que no sea una de esas escenas de palabras bonitas y confesiones románticas, porque ahora mismo siento que me echaría

a llorar.

Carraspeo y empiezo antes de que Adri me dé pie:

—No entiendo qué parte no has entendido de que íbamos a cenar juntos —subo la voz, mirando su preciosa cara, aunque ella siga con la cabeza gacha, observando su guion como si fuera lo más interesante que ha visto jamás.

—No tengo hambre —dice sin ninguna gana, y ahora empiezo a entender el enfado de la Bestia.

Cojo aire y una rabia que no tengo necesidad de fingir me llena las entrañas.

—Sal o echo la puerta abajo. —Doy un paso hacia ella, aunque no está indicado en el guion, porque en realidad se supone que ella estaría detrás de una puerta.

Adri hace el resto de los secundarios para ponernos en situación.

—Mi señor…, no creo que esas sean las mejores formas para que ella tenga ganas de cenar con usted… No estaría mal un poco más de… tacto o delicadeza.

Hago un gesto de fastidio, y con voz neutra me dirijo a Bee:

—¿Vas a bajar a cenar?

—No.

Acorto la distancia un poco más porque odio que no me mire y porque, para qué mentir, cualquier excusa es buena con tal de estar cerca de ella.

La echo de menos y no sé cómo decírselo.

—Te agradecería que me lo dijeras mirándome a la cara, Beatrice.

Levanta la cabeza de golpe y nuestros ojos se encuentran.

Me satisface mucho que sus iris estén sobre mí; todo mi cuerpo reacciona a ella con un fuego que me quema.

—Buena chica —ronroneo con una sonrisilla mientras me inclino

hacia ella—. Ahora, dime. —Le miro la boca—. ¿Por qué no quieres cenar conmigo?

Se lame los labios y sé que le encantaría apartarse porque mi cercanía la intimida, y más después de todos estos días de mierda en los que no nos hemos dirigido la palabra.

—No somos amigos. —Sus palabras son como un dardo que se me clava en mitad del pecho—. No tengo que fingir que me apetece cenar contigo. —Sus ojos arden a través de sus gafitas y yo tengo que apretar los dientes con fuerza—. Los dos sabemos por lo que estoy aquí, así que no hay que fingir nada.

Mentiría si dijera que eso no ha sido como un puñetazo en la boca.

—¿Fingir? —suelto con una risita, y me meto la mano en el bolsillo del pantalón—. Yo no estoy fingiendo. —Me encojo de hombros y trato de mostrarme indiferente con ella, aunque ni de coña lo consigo—. Me apetece cenar contigo.

Podría asegurar con rotundidad que Bee es la primera persona que me despierta emociones a las que ni soy capaz de poner nombre. Con ella siento todo de una manera tan diferente que me asusta. Me estoy haciendo adicto a esa sensación que me provoca.

—Estás siendo demasiado considerado con una prisionera.

—¿Prefieres que te tenga encerrada y te tire un mendrugo por debajo de la puerta?

—Si así no tengo que verte la cara, sí.

La miro sorprendido por su respuesta y suelto un bufido, porque una de las cosas que más gusta de Bee es su ternura, pero… verla enfadada y hablándome así me pone más de lo que puedo soportar.

—Chicos… —La interrupción de Adri hace que Bee la mire, pero yo no aparto los ojos de ella. No puedo—. De verdad que me encanta vuestra capacidad de improvisación, pero… creo que

deberíamos ceñirnos al guion, ¿no os parece?

—Perdona, Adri…

La puerta se abre de golpe y un chavalín asoma la cabeza.

—Adriel, ¿puedes salir un momento?

—¿Ahora? —refunfuña—. Estoy ocupadísima, por si no te has dado cuenta.

—Estamos teniendo problemas con el vestuario… y…

—Dios santo. —Pone los ojos en blanco y nos mira—. Seguid ensayando. ¡No improviséis! Ahora mismo vengo.

Cuando la puerta se cierra de golpe y nos quedamos completamente solos, la tensión se hace insoportable. Como si nos hubiéramos metido en un horno en plena ebullición.

No se me pasa por alto que los gestos de Bee ya no son tan bruscos ni seguros como hace cinco minutos.

—Oye, Bee…

Niega con la cabeza y clava sus ojos en mí.

—No. No lo hagas.

—¿El qué?

—Lo que sea que vayas a hacer que no tenga nada que ver con lo que pone en el papel. —Aprieto los dientes con fuerza—. Eso es para lo que estamos aquí.

Doy un paso hacia ella.

—Sabes que eso no es así.

Ella retrocede.

—No lo hagas más difícil de lo que ya es.



—¿Nervioso?

La pregunta de Luis me saca de mis pensamientos.

—Bueno. No es fácil plantarte delante de todo el instituto a representar un papel que te has aprendido en un día.

—Supongo que todos hemos hecho locuras por amor…, ¿verdad, Don?

—Ni que lo digas.

Me quedo quieto, con la cuchara a medio camino de mi boca, y aniquilo a Luis con la mirada.

—No me vaciles. Y más si no me vas a contar qué es lo que ha pasado con…

—¿Con tu padre?

Asiento en silencio.

—Ya está solucionado, Bastian.

—Eso ya me lo has dicho, pero no me queda claro ni cómo lo habéis solucionado, ni qué pinto yo en todo esto…

—¿No te vale?

—No. Yo quiero saber las cosas.

—No te vas a ir a Nueva York. Todo va a seguir como siempre. Vas a ir a la universidad y esta siempre será tu casa.

—¿Y ya? —pregunto con desconfianza—. ¿Ya está? ¿Tan fácil?

—Supongo que a un empresario de la magnitud de tu padre no le gustaría estar relacionado con una negligencia parental que le pueda llevar a la quiebra…

Alzo las cejas sorprendido porque sabía que mi tío Luis era listo, pero no tanto.

—Así que…

—Te quedas aquí y…, bueno, esto pensábamos hablarlo después de la final, pero, como eres un impaciente… —Desliza un papel hasta dejarlo frente a mí—. Si quieres, puedes constar como nuestro hijo adoptivo, como Charlie.

Un nudo se posa en mi garganta y me impide decir nada. Supongo que nunca me planteé la posibilidad de que mis tíos quisieran adoptarme de forma oficial, nunca fue una posibilidad para mí, y ahora que es algo tangible no soy capaz de decir nada.

Joder. Qué imbécil.

No soy capaz de levantar la mirada del papel, porque supongo que me da vergüenza que me vean llorar de la emoción.

—¿Bastian? ¿Estás bien?

Me muerdo los labios con fuerza y lo miro.

—Supongo que todo lo bien que puede estar un chaval que ha encontrado una familia.

56

Bee



—¿Estás lista?

—No.

Con el corazón a mil por hora, solo tengo ganas de echar a correr y no parar hasta llegar a un estado nuevo. Donde nadie me conozca.

Trago saliva e intento controlar mi pulso, pero el murmullo que escucho al otro lado del escenario no ayuda en absoluto. Como tampoco ayudó nada a aliviar la tensión el haber estado ensayando con Bastian hasta las doce de la noche. Ni sus miradas. Ni su cercanía. Ni que me acompañara a casa.

Tampoco su mensaje en mi teléfono móvil a las tantas de la mañana en el que me decía que sí o sí íbamos a hablar. Quisiera o no.

—Venga, Bee. —Adri me acaricia el brazo—. Lo vas a hacer genial. Tenéis una química bestial.

Trago saliva y le regalo una media sonrisa, porque de verdad que

no sé cómo tomarme eso. Respiro hondo y, antes de salir, echo un vistazo a Bastian, que está al fondo, dando vueltas sobre sí mismo, con la cabeza gacha, y, como si sintiera mis ojos sobre mí, alza la cabeza y me mira.

Es curioso, porque ahora mismo sus ojos no tienen nada que ver con los de hace unos días. Ahora parecen esperanzados, llenos de vida.

Asiente con suavidad, alzándose en toda su altura.

Y movida por un impulso, salgo al escenario, porque creo que prefiero estar ante un público inmenso que soportar la forma en la que él me mira.

El silencio sepulcral hace que solo escuche los latidos erráticos de mi corazón y que busque a mis amigas entre las butacas para encontrar un punto de apoyo, pero, con las luces apuntándome directamente, me es muy difícil encontrarlas.

Me muerdo los labios y empiezo a caminar por el escenario; aunque eso no es lo que he ensayado, de alguna manera tengo que canalizar los nervios que me están impidiendo hablar.

Y, de repente, ocurren dos cosas:

1. Mis ojos se tropiezan de nuevo con los de Bastian, que en silencio me están gritando: «¡Puedes hacerlo!».
2. Cuando aparto mi mirada de la de Bastian, veo a mi padre al fondo, buscando un sitio donde sentarse.

Mis ojos se llenan de lágrimas al verlo ahí, porque creo que jamás ha venido a nada de este tipo, o al menos no tengo el recuerdo. No puedo creerme que, después de cómo estaban las cosas últimamente entre nosotros, haya venido.

Aprieto los labios para que no me tiemblen y esas dos cosas son las que, por fin, me hacen sacar la voz y empezar la actuación.



Es la primera vez que veo a Bastian en traje y ojalá nunca lo hubiera hecho, porque ahora ya no sé cómo voy a poder sobrevivir sin verlo así más veces; lleva el pelo medio húmedo peinado hacia atrás, aunque algún que otro mechón le cae por la frente. El traje azul marino con detalles dorados pega con sus ojos e incrementa la dureza de sus rasgos. La camisa blanca ligeramente desabrochada le da un aspecto más informal y demasiado atractivo.

La intensidad con la que sus ojos me hacen un repaso de arriba abajo no hace más que incrementar el enjambre de abejas que no deja de zumbar en mi estómago.

Me agarro la falda del vestido amarillo para no tropezarme cuando ambos caminamos frente al otro para quedar en lo alto de las escaleras.

Sin pestañear, se inclina ligeramente y extiende su mano hacia mí. Temblando, le doy la mía y, sin despegar sus ojos de los míos, me besa el dorso de la mano enguantada.

Dos segundos más y mis rodillas habrían cedido ante semejante hombre, pero, gracias a Dios o al papel que tenemos que seguir, y que, por cierto, él está haciendo mucho mejor que yo, continuamos con la actuación y ambos hacemos una ligera reverencia.

Bastian se yergue en su increíble altura, coloca el brazo para que me cuelgue de él y empezamos a descender.

Su perfume no ayuda en absoluto a que me tranquilice. Ni su altura. Ni sus ojos azules, que ahora mismo queman. Tampoco sus despampanantes facciones. Y mucho menos lo bien que le queda el traje.

Ahora mismo, en este preciso instante, Bastian parece escrito

por una mujer, y eso vuelve las cosas todavía más difíciles.

Trago saliva cuando terminamos de bajar las escaleras y nos colocamos de frente; él se inclina y yo alzo la cabeza. Y es ahí cuando me doy cuenta de que nunca nadie me ha mirado como lo hace él. Con esa intensidad que me hace arder, y con una especie de ternura y admiración que me hacen sentir como nunca.

Se lame los labios y veo que ha abandonado mis ojos para mirarme la boca.

Acorta toda la distancia entre nosotros y coloca su enorme mano en mi cintura. El contacto de su piel sobre mi cuerpo me asfixia. Poso mi mano sobre su bíceps porque su hombro me queda demasiado alto, y eso le arranca una sonrisita que, la verdad, me gustaría ver más a menudo.

Empezamos a dar vueltas y a girar sin apartar los ojos del otro mientras la música suena.

—Estás preciosa —suelta con la voz ronca.

Pestañeo, porque eso no está en el guion. De hecho, el baile es en silencio, para escuchar la melodía que tocan nuestros compañeros.

No debería haber diálogo.

Avergonzada, bajo la vista, pero él habla de nuevo.

—No sientas vergüenza, y menos por algo que es verdad.

—Gracias —logro decir.

Sonríe a medias y, cuando hace eso, se le dibujan unas pequeñas líneas de expresión alrededor de los ojos que le suavizan mucho los rasgos e incrementan aún más su atractivo.

—Tú también —suelto con la boca pequeña, y eso le hace reír y alzar las cejas.

—¿Yo también qué?

Pongo los ojos en blanco y aparto la mirada porque siento cómo

me arden las mejillas.

—Venga, Bee —susurra con la voz rasposa. Mi mote entre sus labios me hace mirarlo de golpe y encontrarme con su cara demasiado cerca de la mía—. Dame el gusto de oírtelo decir…

—¿Y qué gano yo con eso?

—¿Mi agradecimiento eterno? —se burla.

—Eso no me vale.

Se separa un poco y me hace girar, después tira con fuerza para pegarme contra su pecho.

—Pide lo que quieras y te lo daré.

La intensidad de su mirada me seca la boca.

Podría pedirle mil millones de cosas, pero creo que con una me bastará para solucionar todas mis dudas.

—Una hora de sinceridad.

Enarca las cejas, sorprendido por mi petición.

—¿Y luego? —pregunta, haciéndome girar de nuevo.

—Luego podremos volver a ser dos desconocidos con un puñado de recuerdos en común.

57

Bastian



Creo que jamás había recibido tantas palabras bonitas ni halagos por parte de gente cercana y profesores. He de admitir que no me he sentido tan extraño como esperaba, porque parte de mi atención estaba en Bee. En lo guapa que lucía y en lo muchísimo que quería estar con ella, y hablar de una vez las cosas.

Quería compartir con ella que tengo una familia. Una de verdad.

—Bee.

La llamo porque no quiero que se esconda de mí, y es que llevo buscándola desde que terminamos el musical.

O desde que el musical terminó conmigo.

Verla vestida de amarillo y bailar pegados me ha hecho papilla el cerebro.

En cuanto acabó la función, ella se fue corriendo adonde sus amigas y se lanzó a los brazos de su padre, y, aunque me habría encantado cogerla en volandas y llevármela lejos, mi entrenador me pilló por banda y no me soltó.

—Mañana te quiero ver con la equipación, Wolf. Tenemos un

partido que ganar.

Y se marchó, dejándome una sensación de lo más extraña.

Ahora que la gente está empezando a dispersarse, no puedo dejar que se me escape.

—¿Vienes a casa o te quedas? —pregunta Luis, colocando la mano sobre el hombro de Chapi.

—Me quedo un rato —respondo, buscándola.

—No llegues muy tarde… Tienes que estar fresco para el partido de mañana, principito.

Lo hago añicos con la mirada.

—Qué gracioso eres, ¿no?

Don y Luis se carcajean con fuerza.

—¿No has pensado en dedicarte al arte dramático en vez de al baloncesto?

Niego con la cabeza y trato de ignorarlos, porque tienen la gracia en el culo.

—Gracias por venir, colega —revuelvo el pelo de Chapi con cariño.

Se encoge de hombros y me sonríe.

—Necesitabas mi apoyo…

Nos reímos a la vez y me muerdo los labios. Lo miro de nuevo y me sorprende que no deje de mirarme.

—¿Qué pasa?

—Tu sonrisa… Ahora parece de verdad. Como si no te costara hacerlo.

Echo el aire y mis ojos la buscan frenéticos de forma inconsciente.

—Habrá tenido una buena maestra —suelta mi tío Luis.

—Oye, me tengo que ir. Nos vemos luego, ¿vale?

—Venga, anda, vete. No queremos que se te escape.

Los miro, y ambos me están observando con una sonrisilla y los ojos entrecerrados. Echo a correr, tratando de esquivar a la gente que sigue amontonada en el *hall*.

Estiro el brazo y la agarro de la muñeca.

—Bee.

Me mira, sorprendida.

—Bastian… —susurra, y yo tengo que mantenerme firme para no deshacerme por la forma en que dice mi nombre.

Echo un vistazo a sus amigas, que nos contemplan con una sonrisa radiante, menos la que parece un perro de presa. Bee las mira de reojo y yo tiro un poco de ella para tener algo de intimidad.

Y para tenerla cerca.

Alza la cabeza y yo la inclino.

—¿Te vas? —pregunto ansioso.

—Sí…, íbamos a… —Se repasa con la lengua los labios, que aún están pintados de un rosa cereza. Labios que he vuelto a besar porque lo exigía el guion, y en los que parece que vivo anclado—. Bueno, a cenar.

—Ah. Ya.

Ella ladea la cabeza y hace que su pelo caiga en cascada por sus hombros.

—¿Qué querías…?

—Una hora sincera. —Abre los ojos de golpe y, joder, qué bonitos los tiene. Sin las gafas parecen incluso más grandes y brillantes—. ¿Se te ha olvidado o qué?

—No pensaba que… Ay, Bastian. —Se rasca la frente—. Pensaba que eso era parte de…

—¿De qué? ¿De la actuación? Bee…, por Dios. —Pongo cara de resignación sin dejar de agarrar su muñeca con suavidad—. Eso no estaba planeado, y lo sabes.

—Bastian…

Empieza a negar con la cabeza y mi corazón aporrea con fuerza contra mis costillas porque sé lo que va a decir y no quiero escucharlo.

Hoy no.

—Mañana antes del partido.

Pestañea y me quedo clavado en sus ojos como un gilipollas.

—No voy a ir al partido, Bastian.

Exhalo, desesperado, porque siento algo en el pecho que me arde.

—Por favor, Bee —suplico, y yo nunca hago eso, joder—. Una hora, y luego si quieres no me vuelvas a hablar en la vida. Pero dame eso.

—¡Bee! ¡Nos tenemos que ir! —grita una de sus amigas, y yo me cago en todos los santos en voz baja.

—Me tengo que ir…

—Bee… —suplico.

—Una hora —suelta junto con un suspiro—. No más.

Asiento sin poder esconder la sonrisa que tira de la comisura de mis labios y veo cómo se va con sus amigas.

Connor se coloca a mi lado y me aprieta el hombro con fuerza.

—¿Cómo estás?

—Mejor —digo sin apartar los ojos de ella.

—¿Se lo has dicho?

Niego con la cabeza.

—Mañana.

58

Beatrice



Con el corazón aún lleno de emociones por el día de ayer, avanzo hacia la cocina con Bloom entre mis brazos y me quedo quieta al ver a mi padre haciendo la comida.

—¿Papá?

Se gira de golpe, con un delantal mal puesto y el pelo desordenado.

—Hola, Bee.

—¿Qué haces?

—Eh. Bueno. Intentaba… darte una sorpresa.

Lo miro atónita, porque desentona muchísimo en ese ambiente.

Una parte de mí siente cierta ternura al verlo tan perdido entre los fogones de la cocina y, después de dejar a Bloom en el suelo, me acerco a él.

—Déjalo, anda. Al final vas a quemar la cocina.

—No, Bee. Déjame a mí. Te mereces que haga esto por ti. Aunque sea una minucia.

—Papá… —Me siento la peor persona del mundo—. No digas eso…

Sus hombros tiemblan y se apoya en la mesa. Baja la cabeza y el suspiro que suelta se me cuela debajo de la piel.

—Siempre he sabido que era un padre de mierda, pero nunca he tenido el suficiente valor para afrontarlo, porque… no sabía cómo hacerlo.

—No digas eso.

Me mira y la tristeza que veo en sus ojos me parte el alma, porque, aunque haya estado mucho tiempo pensando que mi padre nunca me ha querido lo suficiente, y que podría haber sido mejor, no puedo evitar sentirme una persona nefasta cuando sus palabras salen de su boca.

Supongo que es la primera vez que lo veo así de vulnerable, y no sé muy bien qué hacer.

—Llevo todos estos días pensando en lo que me dijiste, Bee, y estoy de acuerdo en todo. He meditado cómo se sentiría tu madre al respecto… Si ella supiera lo mal que lo he hecho…

Me acerco del todo a él y le coloco la mano sobre el hombro.

—Pero ella ya no está —digo con un hilo de voz.

—Y yo debería haber estado a la altura.

Supongo que sabe perfectamente lo que mi madre significaba para mí. Lo que era en nuestra casa y en mi vida, y el vacío que dejó al marcharse.

Un boquete en mi alma y en nuestra casa que mi padre no se encargó de rellenar. Simplemente, cerró con más fuerza la puerta de su taller y se encerró aún más en sí mismo.

—Sé que es tarde, pero lo siento —admite con la voz temblorosa y los ojos encharcados—. Si me dejas…, puedo tratar de hacerlo mejor a partir de ahora.

—Yo… solo quiero que estés. Igual que estaba ella.

No puedo decir nada más porque la emoción me embarga, supongo.

—Estoy muy orgulloso de ti, Beatrice. Tienes la misma alma que tu madre… —Sus ojos se ponen vidriosos a la vez que los míos—. Ella estaría orgullosa de ti.

Trato de gestionar el nudo de emociones que se me atasca en la garganta y me impiden decir absolutamente nada.

Me limpio las lágrimas con la manga del jersey.

—¿Y tú?

—¿Yo? Claro. Eres la hija que todo padre querría tener. —Me dedica una sonrisa—. Cuando te vayas a la universidad, esto se va a quedar muy vacío…

Se me atascan las palabras, porque, ya que estamos abriendo la caja de Pandora, pues la abrimos al completo.

—No sé si quiero ir a la universidad.

Mi padre pestañea un par de veces y, sin decir nada, se seca las lágrimas de la misma forma que yo.

—Ah. Yo pensaba que…, bueno, pues… ¿Y qué vas a hacer?

—¿No te molesta? —pregunto, confundida.

—¿Molestarme? ¿Por qué debería hacerlo?

—Bueno…, siempre has querido que sea excelente y que vaya a una buena universidad.

Niega con la cabeza.

—Yo quería eso porque pensaba que era lo que tú querías hacer. Pero a mí me da igual, Bee. Como si quieres dedicarte a pintar cuadros. Mientras a ti te haga feliz, me vale.

Qué pena que me haya pasado tantos años de mi vida dando por hecho que el caso que me hacía mi padre era cuando sacaba dieces, y resulta que eso le daba igual, él vivía en su propio mundo

independientemente de mis notas.

—Pintar cuadros es una buena manera de ganarse la vida. —Agarro un delantal que cuelga del interior de uno de los armarios de la cocina y me lo pongo—. Esto del musical me ha hecho ver que tengo habilidades para las manualidades.

Nos reímos juntos mientras lo ayudo a preparar la comida.

—Puedes hacer lo que tú quieras, Bee. No lo dudes.

—Gracias, papá —susurro con timidez por la belleza de sus palabras.

—Gracias a ti por no odiarme.

59

Bastian



Llevo media hora dando vueltas con el corazón en la garganta y nervioso como un niño pequeño.

Y no porque el partido sea en cuarenta minutos y me quemen las ganas de volver a la cancha, sino porque tengo una sensación que nunca he sido consciente de haber sentido: es como si todas las cosas de mi vida estuvieran alineándose y saliendo bien. Aunque eso no quita el ligero resquemor que me produce saber que las personas que deberían haberme querido y protegido nunca lo han hecho, y que son más importantes su reputación o la empresa que los ha hecho millonarios que su propio hijo. Pero, quitando eso, que es algo con lo que tengo que vivir, siento que todo está saliendo bien.

Quizá soy un egoísta, pero quiero poner la guinda del pastel arreglando las cosas con Bee, pero no llega, y parte de mi esperanza de solucionar las cosas se diluye.

He mirado el móvil unas cien veces, pensando que quizá me había escrito un mensaje. Igual le había surgido algún problema o yo qué sé.

Pero nada.

Escucho la puerta a mis espaldas y giro la cabeza. Me agarro a la barandilla porque tengo la sensación de que, si me suelto, perderé el equilibrio.

—¿Qué haces aquí, colega? —Connor me sonríe a medias y yo finjo que no me destroza que sea él y no ella.

—El gilipollas —suelto, agotado.

Avanza despacio hasta colocarse a mi lado, con las manos en los bolsillos, apoyando su cuerpo contra la barandilla.

—No ha venido, ¿no?

—¿Tú la ves por algún lado? —Connor niega con la cabeza—. Pues eso. —Me crujo los dedos con fuerza.

—Bueno, tío, dale tiempo. Igual sí que viene.

—Ya…, sí. Igual.

Carraspeo y me estiro.

—Tenemos que entrar…

Trago y asiento antes de echar un último vistazo, como si fuera a aparecer de repente.

Como un rayo de sol en mitad de un cielo encapotado.

Connor pasa su brazo por mi hombro y me arrastra al interior.

—Todo saldrá bien, ya verás.

—Vamos a patearles el culo —suelto con media sonrisa.

Cada uno de mis compañeros tiene su propio ritual para llamar a la suerte, y la verdad es que yo nunca he tenido uno, pero hoy es distinto. Antes de salir ahí fuera, me agacho junto a mi mochila de deporte y saco un trocito de esa bufanda amarilla. La huelo y se me pone la piel de gallina. La beso y pienso en ella.

Joder. Cualquiera que me vea dirá que soy un cursi.

La guardo de nuevo y avanzo hacia la cancha, con el resto del equipo.

Los gritos y vítores de la gente me revolucionan el pulso.

Mi sonrisa se ensancha cuando veo a mi familia ahí, sonriéndome, con mi camiseta puesta. Creo que es la primera vez que tengo ganas de llorar por algo bonito. Por una emoción que no me desgarre el pecho de pena.

Los saludo y sigo buscándola, pero ella no está.

Nos sentamos en los bancos mientras las animadoras y la mascota del equipo hacen su trabajo.

Connor sale corriendo hacia un lado de las gradas y allí está Adriel, asomada a la barandilla con una sonrisa enorme en la cara, la camiseta de mi amigo y una coleta alta.

Se inclina todo lo que puede y él hace lo mismo hasta que se besan sin importarles si alguien los ve.

Sonrío y vuelvo a lo mío.

Cuando la bocina suena con fuerza, nos levantamos todos y, mientras avanzo hacia donde está mi entrenador, no puedo dejar de pensar en esa hora de sinceridad en la que iba a decirle lo que siento. Que el trato no había sido más que una excusa para acercarme a una muchacha que me llamaba la atención de una forma que no sé explicar.

Pero no ha venido. Supongo que no fue más que una excusa para librarse de mí y no tener que verme más.

—¿Estás bien? —Connor me agarra del brazo y yo asiento.

—Vamos a ganar —le digo.

La bocina suena.

Que empiece el juego.

60

Bastian



—No dejéis que el marcador os limite, ¿entendido? ¡Somos los mejores!

Los gritos de ánimo de nuestro entrenador nos dan un poco de esperanza. Solo tres puntos y la victoria es nuestra.

Alzo los ojos hacia el marcador y cojo fuerzas.

Cuarenta segundos y todo habrá terminado.

Mi atención se desvía ligeramente hacia las gradas y veo a Chapi, que me mira con los ojos brillantes. Agita la mano para saludarme. Le guiño el ojo al mismo tiempo que me llevo la mano al pelo y trato de quitarme el sudor que me recorre la frente.

Y la busco de nuevo, por instinto.

Mi estómago se da la vuelta de golpe. Se me seca la boca y mi corazón empieza a correr desbocado. Como si no hubiera más de trescientas personas en las gradas, clavo mis ojos en ese punto concreto con la esperanza de que sea ella.

Y entonces, como sacada de un libro de esos que lee, la veo.

Está sentada con sus amigas, con una media coleta alta y el

resto de su melena cayendo por sus hombros. Sonrío como un imbécil cuando veo que lleva puesta la camiseta de nuestro equipo.

¿Llevará la mía?

Atado a la cintura, parece llevar su cárdigan de color amarillo, y yo no puedo evitar soltar una risita, porque estoy seguro de que se está muriendo de frío, a pesar de llevar una camiseta de manga larga debajo y unos vaqueros ajustados.

Recobro las fuerzas y me alzo, y olvido por completo que mi entrenador sigue dándonos indicaciones para ganar. En cuanto Bee entra en mi campo de visión, se me olvida por completo mi objetivo de ganar.

Llevo pensando en ella más tiempo del que es recomendable. ¿Qué quieres que haga si la veo en las gradas? Pues perder la cabeza.

Me llevo la mano al pelo empapado en sudor y aprieto, porque lo único que quiero es echar a correr hacia ella. O gritarle para que me mire.

—¡Wolf! —Pero no puedo despegar los ojos de ella. De cómo habla animadamente con sus amigas y de lo bien que le queda la camiseta—. ¡Wolf! ¡Ven aquí, cojones!

Me muerdo los labios y me giro hacia mi equipo.

—¡A lo que tenemos que estar, eh! —grita con rabia.

La bocina suena. El silencio del público no hace más que incrementar ese momento de tensión en toda la cancha. Los jadeos de mis compañeros. El balón botando entre las manos de McKay y el chirrido de las playeras contra el suelo encerado.

Corro hacia el lado contrario de la cancha con la esperanza de que sigan la jugada y poder meter un triple de la forma que sea. Me da igual cómo.

A McKay lo empujan con fuerza y lo obligan a lanzar el balón a lo

loco antes de que se lo quiten. Mi corazón se detiene de golpe. Kevin lo agarra y echa a correr hasta mitad de la pista, se para en seco y me mira antes de tirarme el balón.

Esa no era la puñetera jugada, joder.

—¡No hay tiempo! —grita Connor—. ¡Últimos cinco segundos!

Trato de mantener la calma, no es fácil hacerlo cuando por el rabillo del ojo veo como todo el mundo se ha levantado de las gradas y están con las manos en la boca, gritando para animar a unos y a otros.

Salto para recibir el balón y, cuando lo agarro entre mis manos y toco el suelo con los pies, hago un amago para distraer al contrario. Giro sobre mí mismo y salto, lanzando el balón al aro.

A todo o nada.

El balón entra sin rozar el aro justo cuando suena la bocina y toda la cancha estalla.

Hemos ganado.

Me llevo las manos a la cara y caigo al suelo de rodillas. No puedo contener las lágrimas por todas estas semanas de miedos y dudas. De mis propias inseguridades.

—¡Hemos ganado! —chillan todos.

Y, sin esperármelo, me agarran y me alzan en volandas.

Cuando miro de nuevo a las gradas, veo que Bee está levantada, y no sé si es porque todos estaban así o porque se quiere ir.

Mi corazón se frena de golpe.

—¡Bajadme! —exijo a voces, pero ninguno de mis compañeros me hace ni caso, y grito más fuerte—. ¡Que me bajéis, hostias!

En cuanto mis pies tocan el suelo, salgo corriendo hacia las gradas sin pensar en nada. Salto la valla sin dificultad y subo las gradas sin apartar los ojos de ella y de todos los movimientos que hace.

En cuestión de unas zancadas estoy en la entrada de su fila, y ella, que en todo este tiempo ha ido observando sus propios pies, como si no quisiera mirar por si se encontraba conmigo, se choca contra mi pecho.

Sorpresa, abejita.

Levanta la cabeza y tiemblo como una hoja cuando sus ojos se cruzan con los míos. Trago saliva con dificultad porque me moría de ganas de ver esa cara.

—Yo… —titubea, colocándose uno de los mechones sueltos de esa coleta tan sexy detrás de su diminuta oreja—. Enhorabuena.

Sonrío de lado y me inclino un poco hacia ella.

—Qué guapa estás, Bee —susurro con el aliento entrecortado y la miro con cariño de arriba abajo—. ¿Es la mía?

—¡Sí! —grita Adriel por detrás, y no soy capaz de aguantarme la risa cuando veo cómo las mejillas de Bee se ponen coloradas.

—Bien hecho, Adri —le guiño el ojo, y vuelvo mi atención a la chica que lleva mi camiseta—. Bee.

Me mira con los ojos brillantes y respira.

—Yo…

—Te he estado esperando… —jadeo, casi sin aliento y sin despegar mis ojos de los suyos.

—Lo siento, es que…

Se lame los labios nerviosa, y ese es el detonante para que deje de hacer el gilipollas y acabe con esa tontería.

—Lo importante es que estás aquí y no voy a dejar que te vayas otra vez.

Agarro su cara entre mis manos y la beso con desesperación, deseando que todo lo que siento se afiance entre nosotros de una vez. Y ella reacciona de la mejor forma posible; colocando sus manos sobre mis antebrazos. Por la forma en la que sus labios

presionan los míos, intuyo que se ha puesto de puntillas, cosa que me parece lo más adorable del mundo.

Besarla sabe mejor que haber obtenido la victoria.

Su boca se abre a la vez que mi lengua busca la suya para bailar juntas. Los gritos de fondo llenan el estadio casi más que cuando hemos ganado, pero eso no hace que deje de besarla.

Sus dedos se clavan sobre mi piel sudada, y yo recorro cada rincón de su boca con una intensidad que quizá no debería mostrarse en público, y menos delante de nuestras familias.

Apoyo mi frente contra la suya.

—Sal conmigo —digo con la voz ronca y los ojos entrecerrados.

—¿Qué? —jadea.

Suelto una risita a la vez que me humedezco los labios.

—Una cita.

Sus mejillas arden cuando se da cuenta de la cantidad de gente que nos está mirando, pero nada de eso me frena para seguir hablando.

—Una de verdad. —La contemplo, loco por ella.

—¿Ahora?

—Ahora —asiento con una sonrisa.

Atrapo mi labio inferior con los dientes, esperando descubrir algo en ella que me deje ver que tiene las mismas ganas que yo de irse de aquí.

—Pero… —Me mira nerviosa—. ¿Y la fiesta?

Niego con la cabeza y gruño desesperado.

—La fiesta me la suda, Bee. —Me lamo los labios como forma de autorregular los pinchazos que siento en el estómago y lo rápido que me va el corazón—. Vámonos. —Entrelazo su mano con la mía y tiro un poco de ella.

Bee echa un vistazo a sus amigas, que la miran con una sonrisa

en la cara y asienten.

Tener la bendición de su grupo me alivia un poco.

Sus ojos vuelven a mí, y mi corazón revienta cuando asiente con timidez, porque no lo dudo ni un segundo. Paso el brazo por la doblez de sus rodillas y la alzo llevándomela en volandas con los ojos de todos puestos sobre nosotros.

—¡Bastian! ¡Hay que recoger el trofeo! —gritan desde la cancha.

Me giro hacia ellos.

—¡Ya tengo el mío!

61

Bee



Ya en el suelo, agarrada a su mano, me dejo llevar por los pasillos vacíos del instituto hasta que llegamos a la biblioteca.

Su pecho sube y baja a la vez que el mío.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Es el sitio perfecto —susurra.

Me agarra las manos con ternura y empieza a trazar pequeñas caricias con su dedo pulgar sobre el dorso de mi mano.

—Llevo muchos días pensando cómo hacer esto, pero sigo sin saberlo, Bee.

—¿Hacer el qué?

—Decirte lo que siento.

Se me corta el aliento.

—Creo que no hace falta…

Me interrumpe.

—Sí. Sí hace falta. Porque yo me he pasado toda la vida sin recibir ni una sola muestra de afecto. Ni una. —Me fijo en cómo le

tiemblan los labios—. Y pensaba que no me hacía falta. Nunca he podido apoyarme en mis padres, porque, bueno…, no estaban, y… este año, gracias a mi trato contigo, me he replanteado muchas cosas, como, por ejemplo, dejarme apoyar por la gente que me quiere. Hablar las cosas que me hacen sentir mal. Aunque no esperes que lo haga ya… me estoy adaptando…

—Tienes gente maravillosa a tu alrededor que está dispuesta a escuchar todo lo que tengas que decir.

—Ya. Pero es algo que me ha costado procesar…

—No tiene que ser fácil haber pasado toda tu vida detrás de una máscara.

Niega con la cabeza.

—La verdad es que no. Porque ha llegado un punto en el que me odiaba tanto a mí mismo… porque no era capaz de reconocerme. No sabía quién era.

—¿Y ahora?

—Bueno, ahora estoy encontrándome.

Le dedico una sonrisa amplia.

—Cuando te encuentres del todo, vas a sorprenderte.

Frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Por todo lo que vas a encontrar en ti.

—Me he pasado toda mi infancia pensando que no era más que un monstruo que destrozaba todo lo que tocaba. Que nadie me quería ni lo iba a hacer jamás. Por eso, en parte, siempre he mantenido esa distancia con casi todo el mundo, hasta que llegaste tú.

—¿Yo?

—Sí. Tú. Con esa aura de chica buena y responsable. De abuela, incluso. —Nos echamos a reír con fuerza—. Despertaste mi

curiosidad y, gracias a eso, he visto cosas de mí y de los que me rodean que no esperaba.

—¿Y te gusta lo que has visto?

—Sí. No está mal.

—Está increíble —finalizo con seguridad.

Juntamos la frente y nos quedamos en silencio un instante.

—Oye, Bastian. —Carraspeo—. Quería disculparme por todo lo que ha pasado. No era mi intención ocultarte nada.

—Da igual, Bee. Yo tampoco he hecho las cosas bien.

—No sabía…

—Ya está. Ya pasó. Él estuvo aquí y, gracias a toda esa mierda, ahora ya puedo decir que tengo una familia de verdad.

Lo miro fijamente esperando a que siga.

—Mis tíos quieren adoptarme, de forma definitiva.

Abro los ojos de golpe sin poder creerme lo que estoy escuchando.

—¿En serio?

Asiente con la cabeza y lo abrazo con fuerza.

—Te lo mereces tanto… De verdad.

—Gracias, Bee —susurra, acariciando mi pelo con ternura—. Por ver a través de todas mis capas. —Me mira a los ojos.

—Ha sido un honor para mí ver todas y cada una de ellas.

—¿Ahora me concederías el honor de ser mi novia? Mi novia de verdad.

Nos reímos al mismo tiempo. Noto los latidos de mi corazón retumbando con fuerza.

—Te diría que sí…

—¿Pero?

—Pero el curso está a punto de acabar, y yo no sé lo que voy a hacer, tú te irás y…

—Bee. Para. No intentes controlar todo porque es imposible. Aquí y ahora.

Lo observo, y verme a través de esos ojos azules es lo más bonito que he visto jamás.

—Aquí y ahora —concluyo en un susurro.

Sus manos me aprietan más de la cuenta y mis pies dejan de tocar el suelo. Me posa sobre una de las mesas de estudio y, con un gesto extremadamente suave, desliza las yemas de los dedos por mi rodilla hasta llegar a mi muslo y ejerce un mínimo de presión.

Hago lo que me pide en silencio; abro las piernas para que pueda colarse entre ellas. La intensidad de su mirada me está ahogando. Mi corazón bombea a toda velocidad. Me sudan las palmas de las manos. Mi boca se seca. Mi vientre grita.

—Te… Bee, yo te…

—Tú, ¿qué?

—Te siento, en amarillo.

Frunzo el ceño, totalmente confusa, porque no entiendo lo que quiere decir.

—No te entiendo.

—Tú eres amarillo, Bee. Es como si… si tuviera que ponerle un color a lo que siento.

Entiendo que, cuando te has pasado gran parte de tu vida anulando lo que sientes, o escondiéndolo, luego cuesta un mundo exteriorizarlo. No es fácil, yo soy la primera que lo entiende, porque las cosas con mi padre también están yendo despacio, deshaciendo hábitos que han estado ahí durante demasiado tiempo.

Y me resulta muy tierno que Bastian trate de decirme lo que siente a su manera.

—¿Estás diciendo que…?

Asiente, colocando las manos en mi cara.

—Sí. Justo eso.

Desde que tengo memoria, siempre había soñado con que llegaría el día en el que se declararían a mí de una forma hiperromántica, pero lo que nunca esperé es que alguien definiera sus sentimientos con un color, y que esa manera, precisamente, sea mi favorita.

Y para alguien a quien le cuesta tanto mostrarse tal y como es, me parece la mejor de las formas.

Nadie nunca ha definido mejor el amor hacia el otro.

Me lanzo a sus labios dispuesta a ahogarme en ellos. Dispuesta a demostrarle al siete del River Valley que para mí el amarillo también es amor.

EPÍLOGO

Dos meses después

—¿Cuándo viene Bee? —pregunta Don, colocando los cubiertos alrededor de la mesa.

—Debe de estar al llegar.

—¿Ya habéis hablado de lo que vais a hacer cuando vayáis a la universidad? —me interroga Don, poniendo los vasos.

—Todavía quedan un par de meses… Déjanos disfrutar el verano.

—El verano pasa demasiado rápido, y las cosas que no se hablan al principio…

—Ya. Ya lo sé.

El timbre suena y me incorporo de golpe.

—Ya está aquí —anuncio.

—¡Abro yo! —grita Chapi desde el salón.

—¡No! —vocifero, saliendo al recibidor—. ¡Abro yo, que es mi novia!

Pero Chapi se me adelanta y abre la puerta para recibir a mi despampanante chica, que viene con una faldita de las que me encantan y una camiseta de color amarillo (para variar).

Me muerdo los labios al verla, porque Bee en mi casa es luz.

Bueno, luz es ella en cualquier parte.

—¡Hola, Chapi! —Se pone de cuclillas para darle un abrazo, y Chocolate aparece para meterse entre ellos—. Hola a ti también.

—¿Por qué has tardado tanto? —quiere saber el cotilla de Chapi.

—Mi padre me tiene explotada —suelta con una risita.

Desde que acabamos el instituto, Bee empezó a trabajar con su padre. Quiso aprender el oficio que lo tiene atrapado en un universo propio y, de momento, aunque lleva poco tiempo, ella está empezando también a verse atrapada por ese arte.

Y yo tengo miedo de que esas piezas rotas le quiten todo el tiempo libre. Ya me costaba luchar contra sus novios ficticios como para hacerlo ahora también contra un montón de piezas rotas.

Pero he de decir que me encanta verla así de realizada, al igual que a ella le gusta saber que mi futuro está en una de las mejores universidades de Estados Unidos, porque, el día de la final, había un ojeador entre las gradas ¿Y a quién le ofrecieron una beca deportiva? Sí. A la bestia del River Valley.

—Abejita… —La agarro de la mano y tiro de ella hacia mí para posar un beso suave sobre sus labios—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Mucho mejor ahora que has llegado —susurro con delicadeza, una que me sale a borbotones cuando se trata de ella.

—Estás aprendiendo rápido, ¿eh?

Me da un golpe suave en el pecho y yo me muerdo los labios.

—No es fácil. Tus novios literarios son…

—¿La expectativa? —Alza las cejas divertida.

—Sí. Son la ruina de todo hombre de carne y hueso.

Tiro de ella hacia la cocina y a mis tíos se les ilumina la cara cuando la ven.

Me encanta eso.

Y es que, desde que la conocieron, sé que se enamoraron de ella al instante. No sé si por los gustos que tienen en común; por la forma de ser de mi novia, que es absolutamente tierna; por cómo soy cuando estoy con ella o por la suma de todo.

Pero Bee en mi casa es una más, y eso me encanta.

—¡Hola, cielo! —Don se acerca a darle un abrazo—. Estás preciosa. —Se gira para mirar a mi tío, que está centrado en los fogones con un delantal de flores—. ¿A que sí, Luis?

Luis se gira y echa un vistazo a mi novia.

—No sé si te lo he dicho alguna vez, pero el amarillo te sienta de maravilla, querida.

Me inclino hacia ella y le susurro al oído:

—Te siento en amarillo, abejita.

AGRADECIMIENTOS

Mi bisabuela decía: «Es de bien nacido ser agradecido», y yo tengo muy claro que no habría llegado hasta aquí si no fuera por mucha gente que forma y ha formado parte de mi vida. Porque todos somos la consecuencia de lo que nos ha tocado vivir.

Lo que viene conviene, incluso lo malo.

No me cansaré de repetir que, para mí, mis padres son lo más importante de mi vida. De verdad que no sé qué sería de mí sin ellos. Este libro ha salido gracias a ellos y a su apoyo incondicional, porque siempre se han encargado de alzarme lo más alto posible en mis sueños, de la mano y tirando de mí cuando ni yo misma podía.

Una vez, mis padres me dijeron: «Ojalá que la vida te regale una hija como tú», y yo no puedo evitar pensar que ojalá todo el mundo pudiera tenerlos a ellos, porque ser amada de esa forma tan especial es de las mejores sensaciones que se pueden experimentar.

Mi gran premio en la lotería es sin duda mi familia (mi hija, mis abuelos, mis tíos…) y, mientras todos ellos estén bien, puedo dedicarme a cumplir el resto de mis sueños, como lo es este.

Escribir ha sido algo que me lleva acompañando desde que era niña, pero que nunca lo vi como un sueño hasta hace unos años. Y lo que quiero decirte a ti que estás leyendo esto es que no hay nada de malo en descubrir tu vocación a los veinte, a los treinta o a la edad que sea. Nunca es tarde para encontrar tus alas.

Claudita, mi casualidad más bonita, mi lectora alfa y esa amiga en la distancia que está al pie del cañón con y para todo. Tili, gracias por apoyar este proyecto cuando solo era una idea difusa; hoy por hoy puedo decir que «proyecto princesas es una realidad». Ángela, Andrea, mis patas, en general, por ser uno de los apoyos más grandes que tengo en todos los ámbitos de mi vida.

Mónica, sin ti esto quizá nunca habría llegado a suceder. Gracias por hacerme brillar sin ni siquiera saberlo. Eres de las cosas más bonitas que me ha dado esta comunidad. A Cris, mi sevillana favorita, porque, sin ser conscientes ni la una ni la otra, siempre vamos de la mano, y esto es solo el principio. Elena, porque, desde que me leíste, nunca has dejado de confiar en mí, y no sabes lo mucho que significa eso para alguien como yo.

A mis amigas de siempre, por su apoyo incondicional.

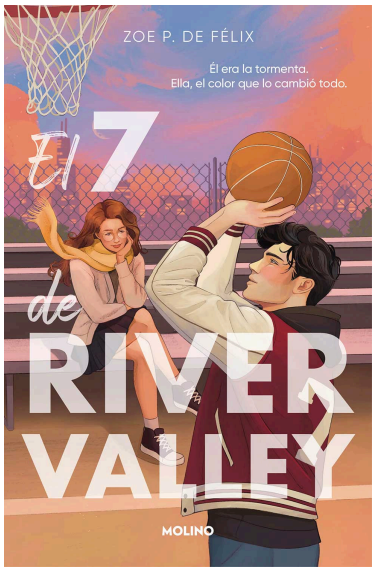
A Andrea Longarela, por ser un faro de luz en mitad de todas mis dudas y guiarme en el camino. Sin ti, esto tampoco existiría.

A Marta, mi editora, gracias por la confianza desde el principio. Por la increíble oportunidad que ha supuesto todo esto. Jamás imaginé que llegaríamos hasta aquí. A todo el equipo de Molino, gracias infinitas por hacer este libro posible y tratarlo con tanto mimo.

Y a mis lectoras, porque para mí «llegar lejos» es llegar a vosotras. Espero que disfrutéis de esta historia, que os haga sentir en amarillo y golpear la mesa con fuerza.

Gracias por estar.

Ella teme lo que siente. Él no tiene nada que perder. Ninguno podrá resistirse.



Bastian Wolf es la Bestia: frío, distante y con un pasado que pesa más que cualquier marcador. En la cancha es imparable; fuera de ella, un misterio envuelto en silencio y rumores.

Bee Holder prefiere pasar desapercibida. Libros, agendas y observar desde las gradas le bastan para sentirse a salvo. Hasta que empieza a mirar al chico que todos evitan. Hasta que descubre que, detrás del dorsal número 7, hay algo más que rabia.

Mientras el invierno cubre de nieve Chicago y las luces del instituto se apagan al caer la noche, ambos aprenderán que algunos partidos no se juegan para ganar, sino para sobrevivir.

Y que, a veces, amar no significa salvar... sino quedarse.

Zoe P. de Félix (1996) vive en un pueblito pequeño del norte, entre mar y montañas. Creció rodeada de una familia aficionada al cine y a celebrarlo todo con una buena comida. Desde bien pequeña, ha vivido cada momento con dramatismo e intensidad. Con el nacimiento de su hija, retomó dos cosas que daba por perdidas: la lectura y escribir. Y ahí descubrió que su vocación no era al arte dramático, sino la escritura, en la que plasma esa intensidad que la caracteriza a través de su pluma. En 2023, se lanzó con la autopublicación, sin plantearse siquiera que las lectoras pudieran llegar a enamorarse de lo que escribía. Aficionada a llorar por personas que no existen, comparte esa parte de su vida en las redes sociales.



Primera edición: abril de 2026

© 2026, Zoe P. de Félix
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Ilustraciones de los arranques y los cambios de escena: iStockPhoto

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Meritxell Mateu
Ilustración de portada: © Laia Tinaut

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-272-5681-1

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El 7 de River Valley

Prólogo

Primer acto. Chica buena vs. ¿chico malo?

1. Bastian
2. Bee
3. Bee
4. Bastian
5. Bee
6. Bastian
7. Bee
8. Bastian
9. Bastian
10. Bee
11. Bee
12. Bee
13. Bastian
14. Bee
15. Bastian
16. Bastian

17. Bee
18. Bee
19. Bastian
20. Bee
21. Bee
22. Bastian
23. Bastian
24. Bee
25. Bee
26. Bastian
27. Bee

Segundo acto. Proximidad ¿forzada?

28. Bastian
29. Bee
30. Bastian
31. Bastian
32. Bastian
33. Bee
34. Bastian
35. Bee
36. Bee
37. Bastian
38. Bee
39. Bee
40. Bee
41. Bastian
42. Bastian

43. Bee
44. Bastian
45. Bee
46. Bee
47. Bastian
48. Bee

Tercer acto. ¿Y el amarillo?

49. Bastian
50. Bee
51. Bastian
52. Bee
53. Bastian
54. Bee
55. Bastian
56. Bee
57. Bastian
58. Beatrice
59. Bastian
60. Bastian
61. Bee

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Zoe P. de Félix

Créditos